La etimología

Zamboni, Alberto

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

II. ESTUDIOS Y ENSAYOS, 358

ALBERTO ZAMBONI

LA ETIMOLOGÍA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
PILAR GARCÍA MOUTON

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

© 1976, NICOLA ZANICHELLI S. p. A., Bologna.

© 1988, **EDITORIAL GREDOS, S. A.**, Sánchez Pacheco, 81, Madrid, España, para la versión española.

Traducción autorizada de la edición en lengua italiana publicada por Zanichelli.

Título original: *L'ETIMOLOGIA*.

Depósito Legal: M. 8616-1988.

ISBN 84-249-1269-1. Rústica.
ISBN 84-249-1270-5. Guaflex.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1988. — 6053.

ABREVIATURAS, SÍMBOLOS Y NOTACIONES CONVENCIONALES

> significa: *x* pasa a *y*
< significa: *x* se deriva de *y*
→ significa: igualmente paso, pero en sentido general, no técnico-lingüístico
v significa: vocal *x*
c significa: consonante *x*
× significa: elemento o grupo fonético *x*
* significa: forma inducida o reconstruida, no atestiguada
~ significa: oposición
ø significa: cero (desaparición de un elemento)
≠ significa: diferente de
significa: límite de palabra
/ / significa: transcripción fonológica
[ ] significa: transcripción fonética
± significa: presencia o ausencia de rasgo distintivo
⇒ significa: transformación

Las transcripciones fonéticas y fonológicas se dan según el alfabeto de la Asociación Fonética Internacional (API); para las transliteraciones y las transcripciones más corrientes se ha recurrido a menudo a los símbolos que se remontan sustancialmente a Lepsius (1854) y a su adaptación, llamada de los romanistas (Ascoli-Goidànich-Merlo), de la que damos aquí las principales correspondencias con la API:

ä [ae], vocal anterior muy abierta, cfr. inglés *cat* [kaet] 'gato'
ǫ [ɔ], vocal posterior abierta, cfr. italiano *còro* ['kɔ̀ro] 'coro'

ọ [o], vocal posterior cerrada, cfr. italiano *córte* ['korte] 'patio, corte'
ę [ɛ], vocal anterior abierta, cfr. italiano *tésta* ['tɛsta] 'cabeza'
ę [e], vocal anterior cerrada, cfr. italiano *césto* ['tʃesto] 'cesto'
ë [ə], vocal central («indistinta»), cfr. inglés *first* [fə:st] 'primero'
ü [y], vocal anterior prolabial, cfr. francés *chute* [ʃyt] 'caída'
ö [œ, ø], vocal anterior prolabial, abierta, cfr. francés *œil* [œ:j] 'ojo', o cerrada, francés *nœud* [nø] 'nudo'
u̯ [w], semivocal posterior, cfr. italiano *buòno* [bwɔ'no] 'bueno'
i̯ [j], semivocal anterior, cfr. italiano *piède* ['pjɛ'de] 'pie'
p̸ [φ], fricativa bilabial sorda
b̸ [β], fricativa bilabial sonora, cfr. español *beber* [be'βer]
g̸ [γ], fricativa velar sonora, cfr. español *algo* ['alγo]; la paralela es [x] del alemán *ach* [^{2}ax] 'pero'.
n̄ [ɲ], nasal palatal, cfr. italiano *ragno* ['raɲɲo] 'araña'
l' [λ], lateral palatal, cfr. italiano *figlio* ['fiλλo] 'hijo'
č /tʃ/, africada palatal sorda, cfr. italiano *cinque* ['tʃiŋkwe] 'cinco'
ǧ [dʒ], africada palatal sonora, cfr. italiano *gésto* ['dʒɛsto] 'gesto'
š [ʃ], fricativa palatoalveolar sorda, cfr. italiano *biscia* ['biʃʃa] 'culebra'
ž [ʒ], fricativa palatoalveolar sonora, cfr. francés *joue* [ʒu] 'mejilla'
ṅ [ŋ], nasal velar, cfr. italiano *àncora* ['aŋkora] 'ancla'
k' [kˌ], oclusiva velar sorda palatalizada, cfr. friulano *chian* [kˌan] 'perro'
g' [gˌ], oclusiva velar sonora palatalizada, cfr. friulano *ghiat* [gˌat] 'gato'
þ [θ], fricativa interdental sorda, cfr. inglés *thin* [θin] 'delgado'
đ, ð, dh [ʔ], fricativa interdental sonora, cfr. inglés *then* [ðen] 'entonces'
' [^{2}], oclusiva glotidal sorda, cfr. alemán *Ei* [ʔaɪ] 'huevo'.

En las bases latinas, ¯ y ˘ indican naturalmente cantidad larga y breve de las vocales; en las bases indoeuropeas, r̥, l̥, m̥, n̥ significan las sonantes (ápices de sílaba), mientras que *qu̯, gu̯* son los símbolos elegidos para indicar las labiovelares (otros utilizan *kw, gw*). Los étimos latinos se expresan en una forma tipificada de acusativo.

0. INTRODUCCIÓN

0.1. Definición de etimología

0.1.1. Se admite comúnmente que la *etimología* (francés *étymologie,* inglés *etymology,* alemán *Etymologie,* ruso *etimológija,* español *etimología*) es la ciencia que estudia el o r i g e n de las palabras o, en otros términos, la investigación de las r e l a c i o n e s —formales y semánticas— que ligan una palabra con otra unidad que la precede históricamente y de la que se deriva. Dicho esto, son necesarias algunas precisiones importantes: en primer lugar, la investigación del origen (m e d i a t o o i n m e d i a t o) implica, en cuanto tal, una actitud que trata de explicar la naturaleza de las cosas a través de una interpretación del lenguaje, adhiriéndose directamente al pensamiento de los griegos, que concibieron la etimología precisamente como conocimiento del «verdadero» *(étymos)* sentido de las palabras. Esta actitud, en un primer momento preponderantemente f i l o s ó f i c a (orientada, repetimos, a clarificar la relación entre los «nombres» y las «cosas», o mejor entre los *significata* y los *designata*), se orienta cada vez más hacia la época moderna en sentido h i s t ó r i c o : de ahí la exigencia actual de hacer de la etimología una verdadera «historia de palabras», que siga las formas desde su origen más lejano hasta los resultados más recientes a través de todas las etapas documentadas o documentables (p. e. incluso con la reconstrucción), tanto en la evolu-

ción morfofonológica como en la semántica, razonando además también en términos de a s o c i a c i o n e s y apuntando por tanto a la reconstrucción de estructuras completas, si no de verdaderos sistemas.

0.1.2. Generalmente se acostumbra a distinguir, y a veces a oponer, el estudio de la formación de las palabras y de su cronología junto con el de las leyes y las reglas que rigen estos procesos (la etimología «pura») y la etimología «histórica», que investiga precisamente de manera explícita las realidades históricas subyacentes a la lengua [1]: estos dos aspectos, copresentes e ineliminables en la ciencia en cuestión, hacen de ella una entidad m i x t a , a caballo entre diversas disciplinas, tributaria y suministradora al mismo tiempo de datos y resultados, no pocas veces basada en criterios fuertemente empíricos y carente de un método rigurosamente delimitado, de donde la *querelle* sobre la etimología como c i e n c i a o como a r t e y las acentuaciones incluso programáticamente polémicas efectuadas por algunos estudiosos. Es verdad, por otra parte, que los resultados objetivamente conseguidos en la investigación y la capacidad de obtener, a partir de los datos de la realidad, conclusiones tanto de orden h i s t ó r i c o —generalmente verificables— como de orden estrictamente l i n g ü í s t i c o (con adquisiciones decisivas sobre la naturaleza y sobre las características del lenguaje), hacen de la etimología una ciencia suficientemente individualizable y autónoma.

0.2. La etimología moderna: origen y aspectos

0.2.1. No por casualidad estos dos aspectos se encuentran indudablemente unidos dentro del movimiento que está en la base

[1] Ya A. G. Schlegel, *De l'étymologie en général,* Lipsia, 1846, distinguía *a)* la etimología filosófica; *b)* la etimología gramatical; *c)* la etimología histórica.

de la lingüística moderna, o sea en el historicismo comparatista surgido en los primeros decenios del siglo XIX y perfeccionado en la gran síntesis neogramática: de hecho, la evolución y el progresivo perfeccionamiento del método histórico-comparativo (es decir, de la lingüística comparada indoeuropea) significó, por una parte, la fijación de un complejo de adquisiciones teóricas o, mejor dicho, la definición de la única teoría entonces científicamente concebible, eliminando poco a poco las corrientes de pensamiento ligadas a Humboldt, por lo menos hasta la llegada de Saussure; por otra parte, la realidad del indoeuropeo inductivamente sostenida y reconstruida a través de la masa de las comparaciones y la ordenación en esquemas cada vez más rigurosos —dentro de una tradición unívoca— de un material extremadamente rico y heterogéneo, venía con todo configurada en sus presumibles aspectos históricos, es decir sociales, políticos, económicos, culturales, religiosos y hasta ecológicos. Las conocidas síntesis de Benveniste y Devoto esbozan las estructuras fundamentales de la economía, del parentesco, de la sociedad, de la religión, del derecho en el mundo indoeuropeo: es clásico el caso de la noción de 'rey', donde se ve que el nombre representado por el latín *rēx, rēgis* aparece únicamente en los extremos del área de expansión histórica de las lenguas indoeuropeas y, en cambio, es desconocido en el sector central: junto al latín se tiene de hecho la concordancia del céltico, cfr. irlandés antiguo *rī,* genitivo *rīg* (> irlandés *ri*), gálico *-rīx* (en los nombres propios compuestos *Ver-cingĕtŏ-rīx, Dumnŏ-rīx*), a occidente, mientras que a oriente tenemos el sánscrito (antiguo indio) *rāj-an,* falto de correspondencias tanto en el vecino y afín iranio (antiguo persa, etc.) como en balto-eslavo, germánico, griego, itálico, y recogido quizá sólo en el aislado nombre regio tracio *Rhêsos*: parece, más bien, éste el argumento principal en favor del fenómeno de la supervivencia de los términos relativos a la religión y al derecho en las áreas marginales del mundo indoeuropeo y del reconocimiento de un carácter innovador en las centrales, concordando el conjunto con algunas «leyes» generales de naturaleza lingüístico-espacial relativas a la na-

turaleza centrífuga de las innovaciones y a la recurrencia periférica de las fases de conservación (Bartoli).

0.2.2. El término en cuestión se remonta de cualquier modo a una raíz **reg'-*, en varios grados apofónicos, de la cual procede y se organiza todo un sistema léxico: latín *rĕgĕre* 'dirigir, regir', el derivado neutro *rēgnum* < **rēg-no-m* (de donde el verbo denominal *rēgnāre*), el femenino *regīna,* formado de modo análogo al sánscrito *rājñī* 'id', pero también términos aparentemente extraños, como *rēgŭla,* originariamente 'regla, varilla', luego 'regla, norma, principio', *rĕgio, ōnis,* en su origen precisamente 'línea, dirección', y *rēctus* 'derecho, en línea recta' (luego trasladado al sentido moral), con sus exactas correspondencias germánicas, cfr. alemán *recht* e inglés *right* 'recto, justo'; la complejidad de esta constelación se confirma luego por la presencia del grado apofónico en el verbo latino *rŏgāre* 'solicitar, pedir' (propiamente 'extender la mano') al que se remontan, en definitiva, it. *interrogare, arrogante, ròggito,* mientras que a la primera raíz se ordenan entre otros *reggente, reggia, rettore, diretto, corretto, regime, reggimento, rione (< regiōne(m)*: se trata de una voz romanesca recuerdo de la antigua división administrativa de la Urbe), y, en el campo germánico, el alemán *rechnen* 'numerar, contar' (esto es 'poner en serie, en orden'), *richtig* 'justo, exacto'.

0.2.3. Por otra parte, es interesante observar que los términos representativos del 'rey' en las áreas centrales indoeuropeas no difieren sólo formalmente, sino que además contienen una diferencia semántica real, aludiendo de modo bastante preciso a una renovación, si no a una verdadera revolución política y social (Devoto): así, el griego *basiléus,* más reciente que *kóiranos* y *(w)ánax,* y por otra parte de étimo oscuro, y el gótico *þiudans,* con varios paralelos germánicos, derivado de *þiuda* 'pueblo', es decir, 'popular, jefe del pueblo'; *þiuda* gótico tiene correspondencias en todas las lenguas germánicas, p. e. el alto alemán antiguo *diot,* de donde el

adjetivo *diot-isk (> deutsch),* latinizado en *teutiscus* 'alemán', y de cualquier modo es palabra-clave indoeuropea, cfr. osco *touto,* umbro *tota* 'ciudad, pueblo'; lituano y letón *tautà* 'pueblo' (*Tautà* 'Germania'), gálico *Teuto-, Touto-* en nombres propios, y también el nombre de la tribu germánica de los *Teutŏni* (¿antigua denominación colectiva?). Las mismas lenguas germánicas, sin embargo, han preferido para 'rey' el tipo representado por el alemán *König,* inglés *king* (< anglosajón *cyning*), nórdico antiguo *konungr,* que postulan un protogermánico **kuningaz* 'bien nacido, noble', de **kunja-* 'familia, estirpe', cfr. gótico *kuni,* anglosajón *cynn* (> inglés *kin*): en las lenguas eslavas, en cambio, el ruso *korol',* servocroata *krâlj,* checo *král,* polaco *król,* etc., se remontan al alto alemán antiguo *Karal, Karl* (latín medieval *Carolus*), nombre del emperador Carlomagno.

0.2.4. Es útil recordar, por otra parte, que al sentido originario de 'dirigir' presente en **reg'-* se unen exactamente tanto *rĕgio* como *rēctus*: el primero, en la acepción primaria de 'punto alcanzado en línea recta', hace que 'región', en sentido propio, sea el resultado de la acción ritual y sagrada de trazar sobre el terreno líneas de deslinde *(rĕgĕre fines),* mientras que *rēctus* 'derecho' ha pasado a la esfera moral, 'recto, justo', y el alemán *recht* a la jurídica (*Recht* 'derecho'); análogamente *rēgŭla* 'instrumento para trazar la recta' se ha convertido en 'regla, norma'.

0.2.5. Para concluir, *rēx,* con su notable sacralidad, representa una entidad histórica bien definida, más religiosa que política, y, comparativamente, un mundo en continua evolución cultural: en el campo de la organización social, p. e., los varios grupos indoeuropeos dejan entrever, a través de series paralelas diferentes, la común herencia de una sociedad estructurada y jerarquizada según tres funciones fundamentales —el sacerdote, el guerrero, el agricultor—, mientras que en la economía el indio antiguo (védico) *paśu* 'ganado', avéstico *pasu* 'id.', latín *pĕcus* 'id.', alto alemán antiguo

fihu, fehu (> alemán *Vieh*), gótico *faihu* 'dinero', nórdico antiguo *fé* 'riqueza mueble', anglosajón *feoh* 'id.', postulan la existencia de **pek'u-* 'riqueza mueble personal', luego 'ganado (menor)': los términos relacionados con éste son esclarecedores como el latín *pecūnia, pecūlium,* donde la especialización se da precisamente en el sentido de 'riqueza mueble, dinero', mientras que en el dominio germánico surge la caracterización del fráncico **fehu* 'ganado, riqueza, posesión', origen del latín medieval *feudum* (propiamente de **fehu-ōd* 'posesión de ganado') y de las correspondientes voces románicas, francés *fief,* italiano y español *feudo,* y por tanto fiel espejo del particular orden político, económico y social propio del Medievo latino-germánico.

0.3. La reconstrucción

0.3.1. La reconstrucción de hechos históricos y la reconstrucción de hechos lingüísticos van, pues, parejas, basándose esta última esencialmente en dos criterios —el de la congruencia en la evolución formal y el de la congruencia o compatibilidad semántica—: el verbo latino *carpĕre* 'coger, recolectar' se puede yuxtaponer al alemán *Herbst* 'otoño' (< alto alemán antiguo *herbist*), inglés *harvest* 'cosecha, mies', de un germánico **karpisto-* 'tiempo de la cosecha', cfr. griego *karpós* 'fruto, producto de la cosecha'; aclarada la justificación semántica, la fonética se produce sobre la base de algunas leyes evolutivas que oponen regularmente /h/ germánica a /k/ griega, latina, del indio antiguo, etc., y, en general, una oclusiva sorda de las distintas lenguas indoeuropeas a una expirante sorda germánica (la Lautverschiebung o 'ley de Grimm'). El conocido término inglés *whisky* (irlandés y americano *whiskey*) es una abreviación de *whiskibae,* adaptación de *usquebaugh,* gaélico escocés *uisge beatha* 'aguardiente'; *uisge* 'agua' entronca con el irlandés antiguo *u(i)sce* < **udeskio-,* o sea, un adjetivo derivado de la difundida raíz indoeuropea **ŭd-* 'agua', griego *hýdōr* (> *hidra, hidro-*), latín *unda,*

umbro *utur*; inglés *water*, alemán *Wasser*; paleoeslavo *voda* (cfr. el ruso *vodka*, precisamente para el derivado diminutivo de *vodá* 'agua').

0.3.2. Desde un punto de vista estrictamente lingüístico diremos, pues, que si las «reglas» o «leyes» morfofonológicas son el fundamento de la confrontación etimológica exacta, ésta aporta por otra parte resultados de primer orden para la semántica, la estructura del léxico, la formación de las palabras, etc.: en un proceso inverso, y en una estricta conexión de causalidad, las leyes fonéticas se establecen precisamente a través del acercamiento sistemático y orgánico, que constituye por tanto —obedeciendo al criterio empírico de la evidencia— el momento f u n d a m e n t a l de toda investigación lingüística así concebida; en este sentido, no se está lejos de la posición de algunos especuladores antiguos y de las que hoy se definen todo lo más como «fantasías» etimológicas. El salto cualitativo se da verdaderamente a comienzos del XIX, con la fijación del método histórico-comparativo basado esencialmente en las correspondencias fonéticas, y sigue, aunque no siempre regularmente, los desarrollos de la lingüística, desde las formulaciones de los neogramáticos a los descubrimientos de la lingüística areal, hasta Saussure y el perfeccionamiento de la lingüística sincrónica y los enfoques más recientes. Así, a la tendencia de los últimos decenios, que Guiraud llama l é x i c o - h i s t ó r i c a y que apunta a la reconstrucción no sólo de fragmentos aislados sino también de familias enteras (de formas y de significados), se une desde hace poco un nuevo acercamiento que, superando los datos sustancialmente externos del método histórico, busca una reconstrucción de tipo «interno», partiendo del estudio de la forma del sistema lingüístico de acuerdo con las posiciones más recientes de la teoría: en esta continua renovación, no desconectada sin embargo de los más sólidos fundamentos de la tradición, está el futuro de la etimología como ciencia.

0.4. Duplicidad del término «etimología»

0.4.1. Téngase presente, en fin, que en «etimología» se confunden en general d o s significados: 'ciencia' en general y 'étimo' en particular, es decir, origen y derivación de una palabra determinada.

1. HISTORIA Y SIGNIFICADO DEL TÉRMINO «ETIMOLOGÍA»

1.0. Origen de la palabra: desde las fuentes clásicas a la Edad Media

1.0.1. 'Etimología', como se sabe, es una palabra griega de acuñación e s t o i c a , *etymología,* cuya primera parte es el adjetivo *étymos* (variante de *eteós, etétymos*) 'verdadero, auténtico' (¡de étimo oscuro!), de modo que su significado, ligado como veremos a premisas filosóficas, es el de 'búsqueda de lo verdadero': atestiguado en obras filosóficas y técnicas desde los siglos III-II a. C., sobre todo, como hemos dicho, en ambiente estoico, el término está acompañado por el adjetivo *etymologikós* (de donde *etymologikón* 'recopilación, diccionario etimológico') de *etymológos* 'etimólogo', así como por el verbo *etymologéō,* con el doble significado de 'argumentar sobre etimología' y 'analizar una palabra y hallar su origen'; en este sentido merecen ser citados también algunos sinónimos menos conocidos y poco afortunados: *etymēgoréō,* 'derivar', usado por Proclo (siglo V d. C.), comentador del *Crátilo* de Platón, y *etymēgoría* 'etimología', en el mismo, compuesto con el verbo *agoréuō* 'afirmar'; desde la época de Aristóteles es notable también *étymon* 'verdadero sentido, étimo de una palabra', *etymótēs* 'verdadero sentido, etimología', y cfr. también *etymónion* 'veraz' (Esiquio). El acento se pone, pues, desde el principio, aparte

de los diversos matices filosóficos de los que se hablará más adelante, sobre el concepto de 'verdadero' identificado con 'origen', aunque no en el sentido moderno de 'evolución histórica', sino más bien en el de 'modo de relación, conexión intrínseca de orden semántico': de donde el uso, en los repertorios de la antigüedad tardía, del término *Origines* junto a *Etymologiae* (o *Etymologicon*), como es notorio p. e. por la obra clásica de Isidoro de Sevilla (siglo v d. C.).

1.0.2. En la tradición latina, en efecto, *etymŏlŏgĭa, etymŏlŏgĭcus, etymŏlŏgus, ĕtymum,* etc., cuya adaptación se debe a Varrón, no son términos exclusivos, sino que permanecen ligados a su *medium* cultural y son explícitamente connotados como extranjeros, como se ve por un pasaje del *De lingua latina,* 5, 2: *«illam partem, ubi cur et unde sint verba scrutantur, Graeci vocant etymologían»;* y en los autores se encuentran, en efecto, algunas otras opciones, como *origo* y *proprietas verborum* (Quintiliano), *notatio, adnotatio* (Cicerón), que traduce más bien el *sýmbolon* de Aristóteles, *nota* (Marciano Capella), *veriloquium* (Cicerón), *originatio* (Quintiliano, Isidoro), *nominis interpretatio* (Macrobio), y todavía *enodatio* (Cicerón) (cfr. 2.4.4). Parece, pues, como si los autores latinos hubieran opuesto conscientemente una variedad de términos técnicos al término general tomado del griego y utilizado en niveles más estrictamente teóricos: de aquí la distinción establecida por Zumthor entre un uso absoluto, indeterminado, abstracto y otro determinado, técnico, que sin embargo es bastante tardío. Entre Varrón y Cicerón *etymŏlŏgĭa* designa, en efecto, un conocimiento teórico *(cur et unde sint verba),* que ya en Cicerón y luego en Quintiliano *rationem praestat,* es decir, tiende hacia una forma, metódica, de conocimiento práctico: en este último, el término define ya una disciplina bien caracterizada, y este uso se impone en los gramáticos y tratadistas del Imperio tardío; la tardía acepción técnica (Servio, Jerónimo), que sustituye las diversas opciones mencionadas antes, alude en general a una

relación entre una palabra y otras, tanto dentro de un mismo sistema como entre sistemas diversos. A partir del siglo IV, por lo demás, la palabra se encuentra a menudo en plural (lo que indica verosímilmente un conjunto de hechos y de relaciones o r g á n i c a s , es decir, comparables); cfr. la citada obra de Isidoro, con quien esta ciencia se convierte en el fundamento de la gramática y de la retórica, asumiendo poco a poco las características típicas de la Edad Media y mereciendo en la cultura irlandesa el título de *Culmen,* punto culminante de la ciencia.

1.0.3. En la Edad Media el término es, en verdad, más bien raro y referido expresamente a una noción cognoscitiva; pero hacia el período tardío reaparece con orientación más técnica (con ello parece repetirse el proceso de la época latina) y en formas diversas: cfr. *etymologicare* (siglo XIII), *etymologizare* (1271), *etymologare* (1365), *etymologatio* (1419): de esta época se conocen desde hace tiempo también las primeras documentaciones vulgares, apareciendo *ethimologie* en francés antiguo desde los años 1170 y 1190 en dos documentaciones discutidas (y probablemente de connotación retórica); la tradición neolatina evidentemente no es autónoma respecto a la latina, ya que el término alude, en el siglo XIII, a una ciencia autónoma, o mejor a un arte, *ars* en el sentido medieval, es decir, más *téchnē* que *epistḗmē* [1]. Entre el siglo XIV y el XV, con el perfeccionamiento de los métodos de la Escolástica y el desarrollo de las teorías sobre el lenguaje, comienzan a florecer los derivados y los sentidos específicos, como el objetivo *ethimologique* (probablemente a imitación de *rhetorique, theorique*), *ethimologisacion,* donde debe notarse la extrinsecación práctica de la actitud especulativa: aún más técnicas y restrictivas son las tendencias del siglo XVI, donde «etimología de una palabra» es el uso más frecuente y prepara el camino para el puro tecnicismo del siglo XVII que,

[1] Obsérvese también la documentación de *estimelogie,* resultado de la superposición de *estimer* 'estimar, juzgar'.

con un importante progreso teórico, individúa ya en la palabra una relación real de sucesión comprobada entre dos términos particulares del lenguaje humano: aparece, entre otros, *etymologiste* (1578), que anuncia la especulación moderna, preparada por el pensamiento del Iluminismo tardío (fines del siglo XIX), cuando se establece, entre otras cosas, retomando el uso antiguo, la distinción entre *étymologie* 'ciencia' y *étymon* 'étimo, etimología de una palabra, su derivación', uso adoptado hasta hoy.

1.1. Historia de la palabra en las lenguas de cultura europeas

1.1.1. Nos encontramos, en suma, frente a un *Kulturwort* típico de muchas lenguas, en cuanto índice de una cultura históricamente e u r o p e a : esto se nota también por la evolución del término en italiano, donde las documentaciones más antiguas de *etimologia* aluden explícitamente a un *ars,* representando pronto el significado de 'interpretación, explicación individual, étimo' (Guidotto de Bologna, 1.ª mitad del siglo XII; F. Sacchetti, *Leggenda di Santi,* 1.ª mitad del siglo XIV; Sabadino degli Arienti, siglo XV, etc.); en sentido teórico y general, parece conocido sólo a partir de los siglos XV-XVI (Equicola), mientras sigue siendo clásico *Etimologie* como designación del libro canónico (Guido da Pisa, 1.ª mitad del siglo XIV; Guido delle Colonne vulgar, ibid.); entre los derivados, nótense los antiguos *etimologizzare* (Boccaccio) y *etimologizzatore,* alusivo a la difundida práctica medieval de las *lecturae* y de las *interpretationes* (*Tesoro versificato,* 1310); después *etimo* (Baldi, siglo XVI), *etimologicamente* (Equicola), *etimologico* (Panciatichi, siglo XVII, 'relativo a la e.', Varchi, siglo XVI, 'estudioso de la e.', C. Dati, siglo XVII, *'Etymologicum'*), *etimologista* (B. Fioretti, siglos XVI-XVII), *etimologizzante* (Liburnio, siglos XV-XVI), *etimologizzato* (Salvini, siglo XVII); más recientemente *etimòlogo* (Vico) y *etimologismo* (B. Croce), además de *etimografo* 'diccionario etimológico', acuñado por Leopardi y usado sólo por él *(Zibaldone), etimologica* 'etimología' en algunos diccionarios de principios del XIX (Marchi, Vanzon): los testimonios relativos a la tradición filosófica y filológica italiana son evidentemente significativos.

1.1.2. La situación inglesa la describe el verbo *etymologe* 'explicar e.' (raro y desusado, 1586), luego *etymologer* 'etimólogo' (1650), *etymologic* (1813), *etymological,* ciertamente más usado que el anterior (1592), *etymologically* (1730), *etymologicon* (1645), *etymologist* (1635), más usado que *etymologer, etymologization* (1831), *etymologize,* verbo canónico ('dar la e.', 1530; 'practicar la e.', 1652), y en fin, naturalmente, *etymology* (*Notation or Etymologie,* 'proceso descriptivo del origen', 1588; 'ejemplo de tal proceso', 1460; 'formación y derivación de una palabra', 1398; 'significado originario', 1592; 'ciencia que estudia el origen de las palabras', 1646; 'parte de la gramática que trata de palabras individuales', 1592); *etymon* ('forma primitiva de una palabra', 1570; 'término primario del que se deriva', 1659; 'significado originario' y 'nombre verdadero de las cosas', 1619); también aquí es evidente la anterioridad del uso específico y técnico, y, en cualquier caso, el testimonio más antiguo es el de 1398, *ethimilogie* (< francés antiguo *ethimologie*).

1.1.3. Es más débil la tradición alemana, donde *Etymologie* es conocido desde 1520 (*etymologei,* Paracelsus) y 1521 (*ethimologey,* Emser), mientras que *etymologisch* lo es sólo desde 1729 (Bödiker) y *Etymologe* 'etimólogo', desde el siglo XIX; hay que observar, sin embargo, que el alemán prefiere con frecuencia *Herkunft* 'origen, proveniencia', o bien *ursprüngliche Bedeutung* 'significado originario'.

1.1.4. En español, el primer testimonio se remonta, en el sentido de 'derivación', a 1490 (*ethimología,* Alonso Fernández de Palencia), mientras que Nebrija lo usa en 1492 entendido como 'morfología'; pero en el siglo XVI esta tendencia gramaticalizante ya no está viva, y el uso es el moderno; siguen luego *étimo* (1843), *etimológico* (*Autoridades,* 1726), finalmente *etimologista (etimólogo), etimologizar* (1832), *etimologizante.*

2. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN ETIMOLÓGICA DESDE LOS COMIENZOS HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

2.0. Antigüedad de la especulación etimológica. Los Hebreos

2.0.1. La especulación etimológica es ciertamente bastante antigua, tanto que la encontramos documentada ya en las primeras manifestaciones literarias: está ligada, naturalmente, no a una mentalidad histórica y científica en el sentido moderno, sino a una voluntad i n t e r p r e t a t i v a de tipo mágico-religioso o filosófico y es inseparable de la reflexión sobre la naturaleza y sobre el origen del lenguaje humano.

2.0.2. Ya en varias ocasiones se ha llamado la atención sobre el interés de los hebreos por estos problemas, aunque en la Biblia no haya nada que se refiera de modo explícito al análisis lingüístico propiamente dicho: el pensamiento hebreo, como es sabido, está ligado a una concepción religioso-mitológica del lenguaje que se concreta, entre otras cosas, en el gusto vivísimo por las etimologías forjadas a posteriori (unas cuarenta sólo en el *Génesis*), hasta el punto de constituir una especie de o b s e s i ó n etimológica (Mounin); destaca, en efecto, la búsqueda de una m o t i v a c i ó n de los nombres propios que se encuentra precisamente en una pretendida etimología. Así, en el Antiguo Testamento, los nombres propios,

que son en general t r a n s p a r e n t e s (cfr. la serie de *Daniel, Emmanuel, Ezequiel, Miguel, Natanael,* etc., donde el segundo componente, *-el,* procede precisamente del hebreo *el* 'Dios', forma abreviada de *'elōhīm*), sufren a menudo verdaderas paretimologizaciones, que no corresponden a la historia exacta y al significado del nombre: entre los casos más conocidos está el de Adán, hebreo *'ādām,* propiamente 'hombre, humanidad', que los antiguos exegetas relacionaban con *'ādāmāh* 'tierra', por haber sido creado Adán con tierra (por lo demás, la paretimología está presente en el texto, cfr. *Gén.,* 2, 7): ésta, sin embargo, está relacionada con el adjetivo *'adom* 'pelirrojo' (raíz *'dm* 'ser pelirrojo, pelirrojo oscuro'), precisamente el color de la tierra [1], mientras que *'ādām* tiene un origen totalmente diferente, relacionado con el asirio *admu* 'niño', cfr. también el nombre sumerio *ad-da-mu, a-ad-da-mu* 'mi padre'. *Moisés* (latín *Mōsēs, Mōysēs*) se remonta al hebreo *Mōšeh,* interpretado notoriamente en el *Ex.,* 2, 10 como 'sacado, salvado de las aguas' (*mašah* 'sacar'), cuando se trata probablemente de un nombre egipcio, de la raíz *m-š-j* 'parir, criar', es decir *mšw* 'criado, hijo', cfr. *Twtmš,* gr. *Thoutmôsis,* o sea el conocido nombre faraónico *Tutmosis* 'hijo de Thot (dios)'; conviene, en fin, no silenciar *Bäβel* 'Babel, Babilonia', del asirio *Bāb-īlu* 'puerta del dios', que se reinterpreta en ambiente hebreo según el verbo *bālal* 'confundir, mezclar'.

2.0.3. Se trata aquí, en suma, de verdaderas i n t e r p r e t a c i o n e s , que deben contribuir a ilustrar, en el nombre, cualidades o hechos relativos al personaje y quedan sujetas, por tanto, a la más amplia *auctoritas* exegética del hagiógrafo, de la clase sacerdotal, más tarde de la Iglesia: no por casualidad reproduce Barr un verso latino de la alta Edad Media: *urbs beata Jerusalem*

[1] Según algunos es perfectamente análogo el caso del latín *tĕrra,* que parece < **ters-ā,* de la misma raíz indoeuropea de *torreo, *ters- / tors-* 'secar', por tanto, 'seca, quemada, árida'.

dicta p a c i s v i s i o , donde el autor ha descubierto en el nombre de la ciudad la presencia de *r'h* 'ver' y *šlm* 'paz', cfr. hebreo *šalōm,* árabe *salam* 'paz, salud'. Esto vale no sólo para los nombres propios, sino también para los términos particularmente importantes, especialmente religiosos, que se interpretan *ad hoc* en el ámbito de una exegesis que sirve de base a y se basa en una tradición reconocida *(auctoritas),* no ignorada, por otra parte, tampoco como procedimiento de la exegesis moderna.

2.1. Los indios

2.1.1. Es conocido el interés claramente g r a m a t i c a l que anima, en cambio, la especulación india: en realidad, su característica sorprendentemente anticipadora es la primacía del elemento f ó n i c o , auditivo, sobre el elemento significante; de ahí el rápido desarrollo de la fonética descriptiva y de la morfología, en definitiva, de una completa y profunda descripción gramatical, que culmina en la obra de Pāṇini (siglo v a. C.). Efectivamente, la gramática se concibe como *vyākaraṇa* 'análisis', o sea, descripción de la 'formación gramatical perfecta', *saṃskāra* (cfr. *saṃskṛta* 'acabado, perfecto'), y la conquista principal de los indios consiste en haber aislado el concepto de raíz, y, por consiguiente, los de afijo, flexión y desinencia, haciendo así posible una indagación propiamente lingüística sobre la formación de las palabras bastante más pertinente, en este aspecto, que las divagaciones etimológicas de la tradición europea; más aún, precisamente el descubrimiento de estos conceptos, a través del estudio del sáncrito, constituye el punto de partida de la etimología científica moderna, en el ámbito de la gramática comparada.

2.1.2. Las raíces filosófico-religiosas de esta reflexión sobre el lenguaje se encuentran desde el himno de enigmas (*Ṛg-Veda,* I, 164) y el de la Palabra, *Vāc* (X, 71). La creación del mundo es, en pri-

mer lugar, la creación o la revelación del Verbo: *Bṛhaspati* 'el dueño de la palabra sagrada' da nombre a las cosas (creador y nombrador, exactamente como Dios en la tradición hebrea), nombres que se realizan concretamente en la 'palabra material' *śabda brahman* (hay aquí la notable intuición de dos niveles, el de la forma y el del contenido): por eso la gramática, que parte del análisis de aquélla, alcanza el nivel de ciencia suprema, purificadora de todas las ciencias.

2.1.3. Un solo libro, por lo demás importante, se ocupa de semántica y da ejemplos de exegesis etimológica védica, el *Nirukta* de Yāska, gramático de cronología incierta y controvertida pero generalmente considerado posterior a Pāṇini, aunque algunos lo sitúen inmediatamente antes. *Nirukta* significa *'explicatio'*, es decir 'explicación etimológica' (a partir de un valor originario 'pronunciado, claro, diferente'): es el título de una de las seis *Vedāngas* (obras consideradas en conexión con los *Veda*), en cuanto explicación glosal de términos oscuros, además de nombre de la obra de Yāska (propiamente comentario del *Nighaṇṭus,* vocabulario védico) [2]. Esta obra confirma, por otra parte, la importancia concedida a las coincidencias formales, proponiendo con frecuencia etimologías que son sustancialmente asociaciones de ideas en el ámbito de la poética védica y que un lingüista moderno no podría aceptar: lo mismo puede decirse en cuanto al análisis de los *mantra* ('versículos' o fórmulas que acompañan la ejecución de un rito y son necesarios para su éxito) que se tienen de algunos *Brāhamaṇa* (iniciadores de la tradición 'etimologizante') y en los primeros *Upaniṣad.*

[2] La palabra está compuesta por *nir-*, variante en *saṃdhi* (fonética sintáctica) de *nis-*, *niḥ*, preposición y prefijo *'de, ex'*, y *ukta-*, derivado participial de *vac-* 'decir, hablar', cfr. griego *(w)épos* 'palabra', *(w)épomai* 'digo'; latín *vōx, vocāre* < **u̯equ̯-*; cfr. también, en sánscrito, *nir-vacana* 'análisis, interpretación etimológica; vocabulario, índice', que confirma el carácter gramatical de la etimología india. El apelativo técnico para etimología es, de cualquier modo, *vyutpatti-* 'producción, origen, derivación' (especialmente de palabras a partir de raíces), que consta de *vi-* 'de' y *(ut-)patti-*, de la raíz de *pad-* 'pie, suelo'.

2.1.4. Entre los predecesores de Yāska son conocidos Kantsa, Cākaṭāyana y Cākapūṇi, uno de los más antiguos comentaristas de los *Veda* y presunto autor de un *Nairukta*: se conocen algunos ejemplos suyos de derivación por procedimiento a c r o f ó n i c o, cfr. *agnís* 'fuego' (¡latín *ignis*!) con *a* < *ayana* (raíz *i* 'ir'), *g* < *k* de *akta* (raíz *anj-* 'ungir'), o bien < *daghda* (raíz *dah-* 'quemar'), *ni* < *nī* 'conducir, guiar'; la técnica es la de explicarlo todo, incluso lo que no resulta transparente al análisis, por un principio de semejanza de los sonidos que supera las leyes gramaticales y descubre las formaciones anómalas, es decir, en términos modernos, las excepciones; otra interesante explicación de *Agní-*, nombre del dios del fuego, se encuentra en el *Ṛg-Veda* (V, 2, 12), según la cual, el nombre se debe al hecho de que *aryah sam ajati védah* 'del enemigo arrebata (propiamente 'arrebate' en sentido augural) la riqueza', relacionando *Ag-* con la raíz *aj-* 'arrebatar' (Pisani).

2.1.5. A nivel semántico y en relación especialmente con el clásico problema de la conexión entre los «nombres» y las «cosas», hay que recordar finalmente la doctrina de la *mīmāṃsa* (nombre formado a partir de la raíz *man-* 'pensar'), propiamente 'reflexión, consideración', 'investigación', 'método filosófico de interpretación', como una de las tres grandes divisiones de la filosofía hindú ortodoxa: según esta escuela (Vendryès), en la búsqueda del sentido de las palabras se oponen los principios del *yoga* y de la *rūḍhi*. El primero designa el sentido o r i g i n a l, con frecuencia difícil de conocer, pero cuya búsqueda es indispensable para el gramático y el filósofo, estando reservado de hecho a los doctos: *yoga* 'conjunción, disposición', es de la misma raíz que el latín *iungĕre* 'unir', *iugŭm* 'yugo, conjunción', griego *zéugnymi*, etc., indoeuropeo **ieug-*; el segundo designa, en cambio, el sentido que la palabra tiene en el uso común y es propio, en efecto, del hombre corriente (que relaciona las palabras por a n a l o g í a), y significa, 'fuente, nacimiento', 'tradición, uso común' (raíz *ruh-* 'crecer', cfr. *rūḍhi-śabda* 'palabra usada en sentido convencional'). Según la *mīmāṃ-*

sa, por tanto, en una palabra existen d o s valores, uno etimológico y otro convencional, quedando establecido que en el lenguaje la superioridad es del segundo, recurriéndose al primero sólo a falta de una precisa configuración de aquél: la concordancia entre los dos no es más que un feliz accidente, mientras que la discordancia conduce, como oportunamente recuerda Ullmann, a la preponderancia de las asociaciones sincrónicas, es decir, a una etimología «asociativa» o «popular», cfr. 4 [3].

2.2. Los árabes

2.2.1. La tradición á r a b e profundiza también extraordinariamente en la descripción gramatical, en relación además con las características particulares de las lenguas semíticas: los campos de investigación son bastante variados, y van desde la fonética *(aṣwat* 'sonidos', *laḥn* 'pronunciación incorrecta') a la morfología *(ṣarf, taṣrīf),* a la sintaxis *(naḥw),* a la lexicografía (de la que los árabes han dejado grandes monumentos), a la sinonimia, a las palabras extranjeras *(gharīb, nāwādir),* a la métrica. *Ištiqāq,* propiamente 'derivación' (cfr. *muštaqq* 'derivado'), es el término con que se designa la 'etimología' en árabe y da título a una serie de obras clásicas, entre ellas el perdido *Kitāb al-Ištiqāq* 'libro de la etimología' de al-Aḫfaš al-Awsaṭ, de la escuela sistematicista de Baṣra, muerto entre el 825 y el 835; o *al-Ištiqāq al Kabīr 'Etymologicum magnum'* de Ibn Ǧinnī (Mosul 952-Bagdad 1014), indagador, entre otras cosas, del problema del origen del lenguaje en la conocida antinomia entre *waḥi wa-tawqīf* 'revelación cerrada' y *tawāḍu' wa-ṣṭilāh* 'institución y convención': conviene tener presente que a los árabes,

[3] La noción de la divergencia está presente en cualquier época: Curtius narra la anécdota medieval del niño que, a una oración dicha por él, responde con voz clara: *Amen,* y el comentario del fragmento donde se produce la anécdota: *Hic, aethimologia, tuus confunditur ordo: / Infans dum fatur, nomen tibi tollitur istud; infans* significa, de hecho, etimológicamente 'el que no habla'.

como a todos los antiguos, les falta la concepción histórica del desarrollo del lenguaje, propia de la cultura europea a partir del siglo XIX, y que su visión es, por tanto, estrictamente estática; en tiempos modernos, la tradición de los filólogos medievales fue retomada con 'Abd al-Qādir al-Maghribī (1867-1956), gran reformador religioso, social y lingüístico, cuyo *Ištiqāq wa-l-ta'rīb* 'vocabulario de la arabización', publicado en El Cairo en 1908, constituye un texto fundamental para acuñar términos nuevos basados en raíces árabes.

2.2.2. *Ištiqāq* (que pasó también al persa y al turco, *istikak*) es un derivado de la raíz *š - q - q, šaqqa* 'dividir, separar; derivar', y se refiere a la derivación de palabras de raíces triconsonánticas por medio de prefijos, infijos y sufijos: los filólogos conocen tres tipos: 1) pequeño *(ṣaghīr)* o menor *(aṣghar),* el más sencillo y usual, en que el orden de sucesión de las mismas consonantes radicales permanece idéntico en los dos términos; 2) grande *(kabīr)* o medio *(galb)*; 3) mayor *(akbar, ibdāl),* el más complejo, donde no se respetan ni el sentido propio de la raíz ni el orden sucesorio. Además, este procedimiento es uno de los seis métodos para acuñar palabras, junto a *qiyās* 'analogía', *naḥt* 'fusión', *ta'rīb* 'arabización', *majāz* 'metáfora', *i'rab* 'desinencias vocálicas'; se trata, en fin, de una de las cuatro ramas de las ciencias gramaticales, que son, por orden, 1) *al-lugha,* el vocabulario en sí; 2) *an-naḥu,* tratamiento relativo a los textos, a un lenguaje expresado en frases (sintaxis); 3) *at-taṣrīf,* vía intermedia entre los dos primeros, que concierne a la palabra en sí, en su forma (morfología); finalmente 4) *al-ištiqāq,* que recoge el examen de la palabra en sí, desde el ángulo de la relación de origen, en su *wazn* 'esquema' o 'forma': éste, que con frecuencia se concibe como ciencia auxiliar del *taṣrīf* y los gramáticos sólo lo practican en las palabras árabes, no introduce ninguna perspectiva histórica en el estudio de la lengua y se confirma, por tanto, como un medio refinado de sistematización descriptiva y sincrónica (Fleisch).

2.3. Los griegos

2.3.1. La definición de las teorías lingüísticas y fundamentales que penetran aún profundamente en el pensamiento moderno es obra de los griegos y de su filosofía, en particular de los primeros pensadores, los materialistas jónicos y sus epígonos, a quienes se debe la concepción del lenguaje como reflejo conceptual del mundo externo. Producto de esta especulación es, pues, el descubrimiento de un sistema formal, hecho de significantes y distinto del significado externo (lo real), aunque reflejo de éste, como muestra la rigurosa distinción platónica entre lenguaje, creado para designar lo real (conocer los nombres = conocer las cosas), y lo real mismo, o sea la realidad conceptual que preexiste a este lenguaje: si, por consiguiente, el significante (es decir, la palabra) es creado en función de un significado que expresar *(nomina sunt consequentia rerum),* éste, que se identifica con la idea o realidad conceptual, es objeto privilegiado de la consideración lingüística, al contrario de lo que sucede en la lingüística moderna, donde el punto de partida se sitúa en la forma (Joyaux).

En este sentido, el término *etymología,* que, recuérdese bien, es una formación de la *koiné,* o sea de la lengua tardía, y fue propuesto en particular por los estoicos (Crisipo), significa 'búsqueda de lo verdadero (significado conceptual)' en las palabras o a través de las palabras (ambigüedad fundamental), estableciendo así una relación de origen no tanto de tipo histórico, como entendemos hoy, sino más bien en el modo de la relación, que es conceptual e ideal, no real (Zumthor); nótese la persistencia de este modelo en los calcos de otras lenguas, p. e. latín *verĭlŏquium* y armenio *stugabanut'iwn.*

2.3.2. En estrecha conexión con el desarrollo del pensamiento filosófico y lingüístico, Reitzenstein distingue cuatro épocas fundamentales en los estudios etimológicos griegos: 1) una pri-

m e r a , nacida de mociones gramaticales, de los debates sobre la analogía y la anomalía, de la necesidad de parafrasear y comprender a los autores antiguos, por una parte, y de especulaciones filosóficas, por otra, orientadas a resolver la cuestión fundamental de la justificación *(orthótēs)* de los nombres, concebidos como *physikài eikónes* 'representaciones reales' de las cosas o, al contrario, como *technētài eikónes* 'representaciones convencionales y artificiosas'. En cualquier caso, la etimología, buscando la *aitía* de las palabras, o sea la 'causa' o m o t i v a c i ó n , contribuye a la profundización científica no tanto de la lengua, como de las cosas mismas: la máxima sistematización de estos conceptos se encuentra precisamente en los estoicos; 2) en la s e g u n d a f a s e , el florecimiento de la gramática alejandrina hereda de la Stoá un enfoque general de tipo sistemático, tendente a aislar los *verba primigenia (prôta onómata)* y describir todas las derivaciones y combinaciones sucesivas, y desarrolla la doctrina de la analogía y la anomalía fijando, al adherirse a la primera, c u a t r o cánones fundamentales de la lengua: *etymología, analogía, diálektos* (*synétheia,* o sea 'costumbre, uso'), *historía* (*auctorĭtas,* tradición reconocida y legítima, uso de los antiguos); como se ve, la etimología se considera autónomamente; 3) en el t e r c e r período y 4) en el c u a r t o , la etimología se orienta finalmente hacia metas predominantemente t é c n i c a s , filológicas y eruditas (compilación de *Etymologica*).

2.3.3. La imagen etimológica, por otra parte, está viva ya en los poetas griegos y se la encuentra más aún en los glosógrafos: se trata de una tendencia vinculada al principio con el mundo del mito (Homero), pero sucesivamente más concreta y erudita (Hesíodo); todavía Píndaro se inclina a la búsqueda del mito, bastante difundida entre los trágicos y más aún entre los cómicos, para los que se convierte incluso en un fino recurso parodístico-descriptivo. Pero es, naturalmente, entre los filósofos, en el marco del mito sobre el origen del lenguaje, donde la tendencia resulta más típica y coherente, a pesar de algunas venas de escepticismo: así, para

Platón *alétheia* 'verdad' se interpreta como *ále théia* 'divino vagar' [4], cuando en realidad se trata de un compuesto de *a-* privativa y un derivado de la raíz *lēth-*, cfr. el verbo *lanthánō* 'ocultar': la verdad, en suma, como 'no ocultación'; *dikaiosýnē* 'justicia' se explica como *toû dikáiou sýnesis* 'conciencia de lo justo', *phrónēsis* 'sabiduría, prudencia' es *phorâs kài rhoû nóēsis* 'intelección del movimiento y del fluir', etc. Para los estoicos, de quienes recordamos la definición de etimología como *anáptyxis tôn léxeōn di'hês tò alēthès saphēnízei* 'explicación de las palabras, a través de la cual (ésta) manifiesta la verdad', los *onómata* son, en su origen, *étyma* y la etimología tiene, por una parte, la función de mostrar los *etymótēta* o verdades de las palabras, es decir, la congruencia de éstas con el objeto determinado, y, por otra, la de descubrir las verdades religiosas, morales y metafísicas contenidas en tales étimos, hasta convertirse en norma de vida, como se deduce de la conocida anécdota de San Agustín (*Conf.*, IX, 12, 4), que trató de suavizar el dolor por la muerte de su madre tomando un baño, ya que el griego *balaneîon* (> latín *bal(ĭ)nĕum* 'baño') se interpretaba precisamente como *bállein anían* 'ahuyentar el dolor'. Típica en este sentido (y ya platónica) es la teoría de la derivación a partir de los elementos fundamentales *(ta pröta onómata)*, según la cual las palabras largas procederían de la yuxtaposición de otras más breves, cfr. p. e. *thálassa* 'mar' de *thanátou âsson oûsa* 'que está cercana a la muerte'.

2.3.4. El vínculo fundamental entre las teorías de los sofistas y la elaboración aristotélica, y más tarde estoica, sigue siendo la obra de Platón, sobre todo el célebre diálogo *Crátilo,* en el que se plantea explícitamente el problema del lenguaje; ¿Se adecúa éste a la realidad (o sea, existe una relación de necesidad entre el signo lingüístico y el referente), como sostiene Crátilo, seguidor de Herá-

[4] Obsérvese que algunos textos helenísticos definen la etimología como *alēthino*-*logía,* explicación de lo que es veraz (Klinck).

clito, o bien los nombres de las cosas proceden de una convención, de un acuerdo social (*thésis,* o mejor *synthékē kài omología* 'convención y acuerdo'), como quiere, en cambio, Hermógenes, adepto de la escuela eleática de Parménides? Platón, por boca de Sócrates, responde que entre la necesidad natural, necesaria para el conocimiento, y la convención, producto del lenguaje como hecho social, existe el principio mediador del *nómos* 'regla, ley', que presupone un legislador *(nomothétes)* capaz de ordenar el lenguaje: parece, por tanto, que, según Platón, existe una especie de lengua natural y universal de la que las diversas lenguas históricas son manifestaciones externas y, en este sentido, están sometidas a la costumbre (el *éthos* de Crátilo): en sustancia, la relación de necesidad se da entre el concepto de la realidad externa y el significado de la palabra (es decir, entre *designatum* y *significatum*), no entre el concepto y el signo lingüístico en su conjunto, puesto que el significante, o sea, la forma fónica, es variable de un hombre a otro y de una lengua a otra. La concepción de la lengua como *érgon,* cosa fija y estable, y no *enérgeia,* facultad creadora, explica las teorías de Platón sobre la existencia de un grupo de signos elementales y fundamentales, *ta prôta onómata* 'los primeros nombres', de los que, por medio de composiciones sucesivas, deriva todo el conjunto de la lengua; dado que éstos deben encontrarse lo más cerca posible de la realidad significada, resulta clara la importancia de los fundamentos motivadores que aseguran la legitimidad etimológica de las denominaciones, como p. e. la onomatopeya (Pisani).

2.3.5. Leroy distingue en el diálogo cuatro principios metodológicos que anticipan las concepciones modernas: 1) el interés por remontarse a las formas antiguas de la lengua; 2) la recomendación de recurrir al testimonio de los dialectos; 3) la introducción de la noción de préstamo de lenguas extranjeras; 4) el recurso a la fonética «impresionista». Aunque la noción de una primacía platónica en intuir la importancia de las relaciones entre sonido y sentido (onomatopeya, etc.) sea canónica y comúnmente recorda-

da en los manuales de lingüística, Belardi critica estas posiciones, que atribuye a una interpretación forzada de las expresiones platónicas separadas del contexto general del diálogo, en el famoso pasaje en que el filósofo habla del uso de las letras por parte del sabio legislador que creó los sonidos originales y parece intuir la posibilidad de que el sonido «exprese» directamente las cosas: así, la *l* evocaría lo líquido, resbaladizo (*leîos* 'liso', *liparós* 'graso'); la *r,* un movimiento rápido (cfr. *¡phrónēsis!*); la *i* expresaría las cosas sutiles y delgadas (*iénai* 'andar', *híesthai* 'lanzarse', cfr. 6.2.1 y 6.2.3); la *s,* la agitación (*séiesthai* 'estar agitado'), etc. Volveremos sobre estas consideraciones de «etimología elemental», recordando aquí que, según Belardi, Platón no piensa en la intuición psicológica de una relación inmediata entre sonidos y significados, aunque se aproxime realmente en ciertas afirmaciones a la intuición fonosimbólica, como cuando señala que «*advirtiendo (el legislador) la intensidad de la ny, llamó a lo interior* éndon *y* entós *para imitar las cosas con las letras*». Indicaciones evidentes en este sentido se hallan en Dionisio de Halicarnaso, pero el primer verdadero diseño de una teoría de las palabras expresivas es de los estoicos, quienes reconocen la motivación *(orthótes)* según la naturaleza *(phýsis)* de los nombres: no existe, pues, ningún nombre que, oportunamente manipulado, no pueda ser referido a una base onomatopéyica (*Orígenes,* S. Agustín, cfr. 2.3.7).

2.3.6. En la teoría platónica del discurso confluyen, pues, consideraciones lingüísticas y también lógicas, con la separación entre lo real y el símbolo; sucesivamente, los estoicos establecen, en este último, la primera distinción entre un significante *(sēmaînon)* y un significado *(sēmainómenon*: el tercer elemento es la cosa externa, *prágma,* o el accidente, *tynchánon),* y, en conjunto, una distinción más clara entre el estudio lógico y el gramatical de la lengua (Dinneen).

La convicción de que la lengua es una convención no excluye la necesidad de una conexión natural, en su historia, entre los soni-

dos y las cosas significadas, justificando así la búsqueda de las formas originales (raíces o *étyma*), estableciendo la etimología sobre bases orgánicas, y distinguiendo entre etimología en sentido propio y derivación; esta problemática pasa a la escuela alejandrina, dando origen a la cuestión de la anomalía y de la analogía, anticipada en su día por la de *phýsis ~ nómos*; tanto los procesos naturales como las construcciones lingüísticas están sujetos a normas y a modelos regulares *(analogía),* no al azar *(anōmalía),* como define ya el máximo codificador de la gramática antigua, Dionisio Tracio (II-I a. C.). En su *Téchnē grammatiké,* la etimología es una de las seis partes de la gramática (junto con 1) pronunciación correcta, 2) explicación de los principales tropos poéticos, 3) conservación y explicación de glosas, 4) identificación de analogías, 5) examen crítico de las composiciones poéticas, que es la parte más noble de esta ciencia): la gramática es, a su vez, el tercer grado de conocimiento en la clasificación de los griegos, que jerarquizan: *peîra* 'experiencia' (propia del obrero), *empeiría* 'práctica' (típica del capataz), *téchnē* 'arte' (que posee el ingeniero, el técnico), *epistémē* 'conocimiento demostrable' (sólo alcanzado por el pensador, por el filósofo). La expresión *téchnē grammatiké (ars grammatica)* significa precisamente 'arte de las letras', y la etimología, que forma parte de ella, es también *ars,* es decir, medio para explicar y ordenar, no *epistémē (scientia)*: es, por tanto, el grado poseído por quien ve las analogías y los principios subyacentes que explican irregularidades aparentes, no un nivel interpretativo filosófico; es un hecho, sin embargo, que Dionisio Tracio, que se ocupa sobre todo de la formación gramatical de las palabras, de la derivación, no habla expresamente de etimologías, y esta omisión puede significar en el fondo una inseguridad teórica sobre la etimología como simple metodología y no, más bien, como forma de conocimiento teorético (recuérdese la definición dada por los estoicos, 2.3.3, y la misma distinción entre etimología auténtica y derivación).

2.3.7. San Agustín recuerda que, para los estoicos, no hay palabra de la que no se pueda establecer con certeza la *ratio* (es decir, la motivación primaria, el étimo): retrocediendo a sucesivas derivaciones, se llegará a un punto en el que la cosa concuerde con el sonido que la significa *(aeris tinnitum, equorum hinnitum, ovium balatum, turbarum clangorem, stridorem catenarum)*: si no todas las cosas implican efectos sonoros, del principio onomatopéyico se pasa al f o n o s i m b ó l i c o (2.3.5), por el que, según los sonidos impresionen el oído de modo agradable o desagradable, deben significar cosas agradables o desagradables, p. e. cuando se dice *crux* 'cruz', cuyo sonido áspero y estridente manifiesta, en efecto, una realidad dolorosa. Son éstos los llamados *cunabula verborum (stoicheîa)* o elementos primeros, de los cuales procede la posibilidad de denominar por s e m e j a n z a : así, de *crux* (*asperitas verbi* = aspereza del dolor) salió *crus* 'pierna', porque las piernas, por su longitud y dureza, son los miembros más semejantes al madero de la cruz [5]. Siguiendo el proceso de derivación, se llega a la *abusio* (griego *katáchresis*) 'uso impropio de una palabra', generada por una relación de c o n t i g ü i d a d , en un primer momento mensuro-espacial: las *piscīnae* 'estanques, depósitos' de los baños públicos se llaman así porque contienen agua, medio natural de los peces *(pisces)*, o porque los hombres, nadando en ellas, se hacen semejantes a los peces (aquí la conexión es históricamente

[5] Observemos que, históricamente, la derivación no tiene ningún sentido: *crux, crŭcis* (femenino) y *crus, crūris* (neutro) son dos palabras totalmente distintas —entre otras cosas, ambas de étimo incierto— y San Agustín, que también advirtió de vez en cuando hechos de evolución lingüística, como la caída de la correlación de longitud vocálica en el latín de África, sólo ha recogido aquí que, si hay una semejanza particular, es precisamente de orden evolutivo. De hecho, en latín tardío y en la pronunciación vulgar, *x (cs)* tiende a simplificarse en *s (s)* y, por tanto, *crux* a convertirse en (casi) homófono de *crus,* antiguo, pero probablemente perdido pronto en latín y sustituido por *camba, gamba* (< griego *kampḗ* 'curvatura'), cfr. la probable homofonía (homeotelèuto) del dicho *summum ius summa crux,* que debía sonar *ius ~ crus*; sobre las concepciones etimológicas agustinianas cfr. además 2.3.3.

real); de aquí se pasa finalmente a lo contrario *(kat'antíphrasin),* procedimiento conocido sobre todo por los ejemplos varronianos (2.4.1), y se vuelve, por tanto, a las varias posibilidades de la *vicinĭtas,* contigüidad abstracta, asociativa esta vez, cfr. *ŭrbs* 'ciudad' también llamada *orbis* 'círculo' trazado en el lugar de la fundación (no hay conexión real entre las dos, también ellas, por lo demás, poco claras etimológicamente); etc.

2.3.8. Se entiende que el criterio fundamental de esta teoría es el del cambio semántico (es decir, de la asociación sucesiva de varios significados), que justifica un cambio fonético: la evolución de los sonidos puede realizarse «por abreviación o alargamiento, adición, sustracción o permutación de letras o de sílabas», como afirma Quintiliano; según la terminología griega, se tiene un *prōtótypon,* significado del que provienen los diversos *parágōga* (*declinata* 'derivaciones'), por varios medios, como el *pleonasmós* 'alargamiento, agrandamiento', *synkopé* 'abreviación', *tropé* 'cambio'.

2.4. Los romanos

2.4.1. El más conocido exponente de la doctrina gramatical y etimológica latina es Varrón, contemporáneo de Dionisio Tracio, partidario del analogismo alejandrino y el teorizador más completo de la doctrina estoica: en su obra *De lingua Latina,* dedicada significativamente a Cicerón, pone explícitamente en primer lugar el problema de la relación entre las palabras y las cosas, que llama precisamente *etimología (etymŏlŏgĭa),* ciencia que indaga *cur et unde sint verba* e intenta, de acuerdo con sus declarados antecedentes (los estoicos Crisipo y Antípatro y los gramáticos Aristófanes y Apolodoro), hallar las palabras «originarias», que, para él, deberían coincidir con las cuatro categorías pitagóricas: cuerpo, espacio, tiempo y acción. Pero se trata siempre de un estudio de significados y de una etimología derivada sobre la base de éstos: así Varrón

puede llevar a cabo análisis semánticos que parecen objetivamente válidos, como cuando, buscando familias de palabras, reúne *ager* 'campo' con *agrārius homo* 'campesino', *agrĭcola* 'labrador', etc., o bien *equitātus, eques, equus*. En cuanto al étimo de las distintas palabras, Varrón afirma la presencia de c u a t r o niveles en la interpretación de las mismas: 1) el de s e n t i d o c o m ú n, propio de la experiencia lingüística de un hablante cualquiera y ligado, por consiguiente, a la pura y simple e v i d e n c i a; 2) otro más elevado, que requiere nociones gramaticales sobre fases lingüísticas más antiguas (palabras cultas, poéticas, etc.); 3) un tercero, ligado a un conocimiento filosófico, que conduce a la capacidad de interpretar las palabras comunes, en general o p a c a s; 4) finalmente, el más alto y más complejo, que requiere al mismo tiempo capacidades filosóficas y gramaticales, para poder llegar a la individuación de los *prôta onómata*. Esta distinción presenta muchos puntos de contacto con la de Dionisio Tracio, salvo cierta significativa trasposición en los puntos 3 y 4: en todo caso, Varrón afirma que espera poder llegar al tercer grado, deteniéndose, por tanto, en una concepción filosófica de la etimología «normal», pero señalando también la necesidad de otros procedimientos y técnicas para llegar más lejos; por lo demás, establece algunas importantes distinciones histórico-gramaticales, por ejemplo, entre palabras indígenas *(nostra)*, préstamos *(aliena)*, términos desusados y obsoletos *(oblivia)*, dando además una amplia descripción del concepto fundamental de *declinatio* 'derivación', necesario para organizar las correspondencias lingüísticas (familias) y próximo ya a la concepción moderna de «raíz»; también pertenece a Varrón una noción más evolucionada de la «patología de los sonidos», relativamente poco conocida por los estoicos.

2.4.2. El método varroniano, sin embargo, no se aparta mucho del de sus antecesores; más aún, en algunos sentidos ciertamente lo trivializa: se parte de las transformaciones fonéticas, cfr. *terra dicta ab eo ... quod teritur* 'es pisoteada': *itaque tera in augurum libris scripta cum R uno,*

V, 21; *gladium C in G commutato a clade* 'derrota', *quod fit ad hostium cladem gladium,* V, 115; a r m e n t a , *quod boves ideo maxime parabantur, ut inde eligerent ad arandum, inde* a r i m e n t a *dicta, postea I tertia littera extrīta,* V, 96 [6], y se pasa a la semejanza, a la metáfora, a la analogía *(similitudinis causa, per translatum),* cfr. V, 70: *ignis a nascendo, quod hinc nascitur omne et quod nascitur ignescit*; hasta las famosas etimologías *e contrariis (kat'enantíōsin, kat'antíphrasin),* V, 40: *prata dicta ab eo, quod sine opere parata*; y, luego, *lucus a non lucendo* 'bosque porque no luce', *canis a non canendo, bellum quod res bella non sit*; anticipando una moda difundidísima en la Edad Media y después, Varrón une a la etimología hechos históricos, nombres propios y conocimientos arqueológicos (más o menos fundados), o bien, siguiendo a los estoicos, escinde las palabras en componentes improbables, cfr. VI, 11: *aevum ab aetate omnium annorum* (mientras que, en realidad, es lo opuesto, es decir, *aetas* < **aevītas,* abstracto de *aevum*); VI, 46; *cura quod cor urat.*

2.4.3. Junto a estas teorías gramaticales, penetran en Roma también los principios materialistas e p i c ú r e o s , sobre todo a través de la obra de Lucrecio (91-57 a. C.), *De rerum natura,* en la que se desarrolla una completa teoría atomística del lenguaje, concebido como una propiedad n a t u r a l que responde a las necesidades de la humanidad: así como el lenguaje refleja la realidad, también él es concebido como materialidad sonora, compuesta de átomos y diversamente dispuesta según el o r d e n de éstos; así

[6] Quizá Varrón esté en lo cierto, cfr. VI, 4: *meridies ab eo, quod medius dies. D antiqui non R in hoc dicebant, ut Praeneste incisum in solario vidi*; en realidad, *meridies* < *medidies,* tradición conocida aún en tiempos de nuestro autor, con disimilación. En cuanto a la célebre *antíphrasis lucus a non lucendo,* es interesante señalar que la etimología histórica revela una motivación totalmente opuesta: *lūcus* 'bosque sagrado', antiguo *loucos,* osco *lúvkei 'in luco'* tiene un sentido original de 'claro', 'trozo de monte deforestado', cfr. anglosajón *leah* 'pradera', alto alemán antiguo *lōh* 'claro con arbustos', lituano *laūnkas* 'campo, espacio libre', sánscrito *lokáh,* 'espacio libre', y la raíz es precisamente la de *lux, lucis,* son conocidos, por lo demás, en latín los verbos *collucāre, interlucāre, sublucāre,* términos técnicos de los leñadores, propiamente 'cortar los árboles, clarear un bosque', para los que ya los antiguos proponían una explicación mediante *lux: conlucare autem, succisis arboribus lucum implere luce* (Ernout-Meillet).

> cambiando su posición, los mismos átomos producen el fuego (i g n i s) y la madera (l i g n u m), como las dos palabras l i g n a e i g n i s, teniendo los mismos sonidos, se distinguen por el sentido gracias a una ordenación continuamente diversa de estos sonidos (I, 907);

con este principio, Lucrecio evidencia el étimo de las palabras, p. e. el *maternum nomen* (V, 795, 821) 'nombre de madre' atribuido a *terra*, precisamente porque en *maternus* están presentes los átomos (o sea, los elementos fónicos significantes) de *mater* y *terra* (Joyaux).

2.4.4. Es claro que la tradición latina no asume posturas siempre conformes con estas proposiciones: Cicerón tiene a menudo una vena de escepticismo, cuando no de abierto rechazo, juzgando *ineptiae* 'tonterías' las elucubraciones de los estoicos o ridiculizando (según el pasaje de Agustín) su pretensión de encontrar un origen para cada palabra: y, con todo, la práctica (e incluso la teoría) etimológica sigue bastante viva durante toda la latinidad (que hereda de los griegos, entre otras cosas, el gusto por los *Etymologica*, grandes repertorios eruditos). Hemos observado ya (1.0.2) que *etymŏlŏgĭa*, adaptado precisamente por Varrón, designa al principio un conocimiento teórico y, poco a poco, una disciplina práctica: el uso determinado del nombre es bastante tardío y, a través de Isidoro y de los escritores de su tiempo, se vincula a los tratados teóricos medievales; aquí la etimología se ha convertido en el fundamento de la gramática y de la retórica, mientras que las *etymologĭae* son «tropos», «figuras» explicativas y simbólicas. Por otra parte, en toda la tradición latina son frecuentes los sinónimos o las paráfrasis del término, que aluden significativamente a particulares aspectos de la teoría: *etimŏlŏgĭa* se siente siempre como término extranjero y sus diversos sustitutos son precisamente *orīgo* (Quintiliano) 'origen' ' *propriĕtas verborum* (id.) 'significado, carácter propio', *(ad)-notatio* (Cicerón) 'designación, explicación del concepto', *nŏta* (Marciano

Capella) 'signo, indicio', *verilŏquium* (Cicerón), calco de *etymologĭa, originatio* (Quintiliano, Isidoro) 'derivación', *nominis interpretatio* (Macrobio) 'explicación', pero también *verborum enodatio* 'explicación, desarrollo', *symbŏlum* (Cicerón), equivalente griego de *nŏta,* etc.: se busca siempre el *argumentum nominis* o la *vis verbi* 'contenido propio, valor intrínseco de una palabra' (1.0.2). Esto explica la tendencia etimologizante de la tradición latina, no sólo poética y literaria (por ej. en Virgilio), sino también técnica; los jurisconsultos, y no sólo los gramáticos, no pueden dejar de apoyar sus elucubraciones con tales artificios, cfr. por ej. *mutuum ex eo, quod de* m e o t u u m *fit*: y, por otra parte, todas las tendencias que hemos visto se funden completamente en la tradición cristiana y en los autores de transición entre la latinidad clásica y la Edad Media, entre los que sobresale el obispo Isidoro de Sevilla (siglos VI-VII d. C.), autor de las célebres *Etymologiae sive Origines,* una especie de gran repertorio crítico e interpretativo de todo el saber humano, cuyo espíritu se revela en el pasaje de I, 9: *dum videris unde ortum est nomen, citius vim eius intellegis,* declaración de fe, pues, en un *dinamismo intelectivo, no cronológico* (Zumthor).

2.5. La Edad Media

2.5.1. Isidoro, Boecio y Pedro Elías son los nombres más significativos para la trasmisión y la caracterización del pensamiento lingüístico de la Edad Media: si con Isidoro la etimología se convierte en fundamento de la gramática y de la retórica, con Boecio vuelve a integrarse en el problema general de la *interpretatio* o en la búsqueda de los «universales semánticos», según la idea aristotélica de que, siendo idénticos los conceptos para todos los hombres, la «gramática» como ciencia es ú n i c a , aunque haya tantas «artes gramáticas» como lenguas. Por lo demás, la adhesión al principio bíblico de una denominación originaria y general inspirada por Dios y la consiguiente creencia en el hebreo como lengua primigenia,

de la que, después de la torre de Babel, descenderían todas las lenguas, introduce una primera connotación histórica en nuestra ideología (cfr. también Dante, 2.5.5): Isidoro, en realidad, además de esta conciencia, refleja también otra, mucho más importante para los modernos, la de la existencia de varios *estratos* cronológicos de la latinidad (ya San Jerónimo había observado la variación *et regionibus quotidie ... et tempore*), partiendo de un estadio inicial *(prisco)* y acabando con uno «mixto», surgido después de la caída del imperio y difundido con las costumbres y con las gentes que invadían Roma, corrompiendo la integridad de las palabras con solecismos y barbarismos. Esta intuición histórica [7] confiere a la teoría etimológica del obispo sevillano una notable complejidad de principios, que comprenden: 1) las causas *(reges* de *regendo),* 2) el origen *(homo* de *humus* 'barro de la tierra'), 3) los contrastes *(lucus* de *lucendo),* 4) la derivación *(prudens* de *prudentia),* 5) los sonidos vocálicos *(graculus* de *garrulitas),* 6) una fuente griega, 7) los nombres de lugar, 8) lenguas de las naciones diversas: Isidoro tiene también muy presentes los hechos de contacto social, intuyendo la realidad del préstamo (punto 8), que distingue agudamente del influjo más ampliamente cultural (6, la fuente griega); pero, en todo caso, frente a la teoría, la técnica etimológica en sí no supera, ni en el método ni en los resultados, la varroniana; *Ger*MANI*ae*: *im*MANI*a corpora*; *cadaver*: CA*ro* DA*ta* VER*mibus,* etc., son ejemplos significativos. Todo esto explica la concepción de la etimología como base de la creación poética y del conocimiento del lenguaje, además

[7] Cfr. *Etymologiae,* I, 29, en particular el pasaje: *No todos los nombres fueron impuestos según la naturaleza de las cosas, igual que estamos habituados a asignar un nombre a nuestros esclavos y a nuestras propiedades según la inspiración. Esto explica por qué muchas etimologías no pueden ya ser identificadas, ya que algunas palabras han perdido los caracteres que tenían originariamente y, según el capricho de los hombres, se han transformado en otras palabras.* Para Isidoro, en suma, la etimología es un estudio carente de principio unitario, ya que es parcialmente histórico y parcialmente mnemónico, oscilante entre la motivación lingüística y la filosofía (Dinneen).

de su metodologización en sentido retórico, con la invención de la *figura etymologica*: la definición de Pedro Elías, según la cual la etimología es sustancialmente una *expositio alicuius vocabuli per aliud vocabulum* (cfr. por ej. *fenestra*: *ferens nos extra*) y difiere de la *interpretatio,* explicación de nombres de otras lenguas (cfr. el ej. ya citado de *Jerusalem visio pacis*), se aleja, sin embargo, de sus antecesores y establece el fin de la identificación original. La etimología es, pues, un aspecto singular de la cultura medieval, no simplemente un artificio curioso o fantástico: semántica y retórica son, de hecho, su fundamento; aun heredando técnicas y teorías de la tradición clásica, reelabora originalmente los datos, alejándose conscientemente de la visión pagana; convertida, por tanto, en metáfora y artificio retórico, *genus interpretationis,* termina fundiéndose en la actitud alegórica general que caracteriza a la Edad Media (Klinck).

2.5.2. Dos aspectos fundamentales se distinguen en la etimología medieval: 1) el origen de las palabras *(prima vocabuli origo),* y 2) la motivación intrínseca *(expositio alicuius vocabuli per aliud vocabulum)*: explicación de palabras por medio de otras palabras ligadas a ellas por el sonido y el significado, con lo que la etimología comienza a desprenderse de sus premisas estrictamente lingüísticas y se distingue, en los teóricos del siglo XII, de los dominios de la *compositio, derivatio* o *interpretatio,* más próximas a la concepción de la *prima origo*: cfr. el pasaje de Pedro Elías *benignus quasi bene ignitus, sed* ethimologia *est,* non compositio. Los «tropos» (modos de derivación) agustinianos proporcionan la base para toda una serie de derivaciones: cfr. la *translatio similutidinis* (*Pluma quasi piluma. Nam sicut pili in quadrupedum corpore, ita pluma in avibus,* Ps. Hugo), y la *translatio vicinitatis,* que puede realizarse *per efficientiam* 'lo que sucede, a partir de aquello por lo que sucede', por ej. *privignus* 'hijastro' *eo quod a matre privatur* (Osbern); *per effectum,* lo contrario de lo anterior, como *sacerdos dicitur quasi sacrum dans; per id quod continetur,* como *vena, quod per eam sanguis veniat; per id quod continet,* cfr. *venenum quod per venas eat; a parte totum,* cfr. *templum quasi amplum tectum; a toto pars,* cfr. *capillus quasi capitis*

pilus; per antiphrasin, come arena ab aro, etc. La etimología-*expositio* halla, en cambio, sus más sutiles ramificaciones (siglos XII-XIII) en la revelación literal de la palabra *(alludit enim significationi trahendo argumentum per litteras vel sillabas aliunde),* como puede verse en estos ejemplos de Giovanni Balbo, *deus*: d*ans* e*ternam* u*itam* s*uis* (nótese el medieval *eternus* en lugar del clásico *aeternus*); *Roma*: q*uasi* r*adix* o*mnium* m*alorum* a*varicia*; Tomás Cisterciense es el máximo virtuoso de esta práctica, a través de una refinada multiplicidad interpretativa que se convierte en punto de partida para la alegoresis cfr. las c u a t r o etimologías de:

flos { f*eni labens honor seorsum*
f*undens late odorem suum*
f*ructus libans opem sequentis*
f*aciens laetum odorem suavitatis;*

el gusto por los ritmos en acróstico hace que la palabra se convierta en una especie de c i f r a en la que están recogidas las cualidades de la cosa: etimologizar significa d e s c i f r a r .

2.5.3. Tradición e innovación constituyen, pues, las características de la etimología medieval, articulándose sobre algunos principios fundamentales:

1) a c e p t a c i ó n de etimologías paganas que concuerdan con la doctrina cristiana, cfr. por ej. *homo quia sit humo natus,* o bien, según Balbo, *quasi habens omnia manu omnipotentis; caelebs dictus quasi caelo beatus, pagani a pagis dicti* [8].

[8] El étimo de *pagano* merece una pequeña digresión: la tradicional derivación a partir de *pagus* 'aldea', en el sentido de que el *pagānus* 'habitante de la aldea' es considerado como un conservador más tenaz de la fe antigua, ya que al Cristianismo le resultó difícil penetrar en el campo (interpretación que se remonta ya a la latinidad tardía), fue discutida hace mucho, por la precoz documentación del término, conocido por primera vez en una inscripción de Catania de principios del siglo IV d. C., pero, sobre todo, porque el apelativo se encuentra fijado popularmente en la Romania oriental, donde por tanto debe haberse establecido antes de la fecha citada: rumano *păgîn* 'ateo, malo, perverso', albanés *pëgerë* 'sucio, inmundo'. La interpretación más difundida actualmente es la que contrapone *paganus,* término del *sermo castrensis* en el sentido de 'burgués', 'civil', al *miles* (su uso era también típico de los gladiadores), y, como los cristianos se consideraban *milites Christi* 'sol-

2) a c e p t a c i ó n de etimologías paganas que n o concuerdan con la doctrina cristiana, cfr. *nemus a numinibus nuncupatum, quia pagani ibi idōla constituebant; daemones... quasi dii manes,* etc.

3) d i f e r e n c i a c i ó n consciente de las etimologías paganas, con las consiguientes neoformaciones, cfr. *anima, quasi ánaima* (palabra griega, literalmente 'sin sangre') *id est discreta longe a sanguine; quoniam et post mortem corporis in sua substantia vivit* (Rábano Mauro), opuesta a la interpretación antigua de *anĭma* = griego *ánemos* 'soplo, viento, espíritu vital'; es original la explicación de *mors* (relacionada por los antiguos por ej. con *Mars*) a partir de *morsus,* la mordedura de la serpiente edénica, que también da vida a una figura etimológica en Venancio Fortunato, *Himnos,* 50, 71: *De parentis protoplasti fraude factor condolens / Quando pomi noxialis* m o r t e m o r s u *conruit / Ipse* l i g n u m *tunc notavit, damna* l i g n i *ut solveret,* donde el ritmo está sabiamente realzado por las aliteraciones y, además de por la figura, por el juego polisémico del último verso, donde *lignum* 'madero de la cruz' redime el daño (pecado) del árbol ('madero'). Bastante parecida a ésta es la imagen con que Osbern relaciona *malus* 'manzano' y *malum* 'manzana', con *malus* 'malo', *malum* 'mal', siempre con una referencia precisa a los acontecimientos del Edén, naturalmente, sin considerar el hecho, ajeno a su mentalidad y también a sus conocimientos objetivos, de que se trata históricamente de dos términos bien diferenciados, *mālus* 'manzano' y *mălus* 'malo': la distinción de la cantidad vocálica es en general ajena a los medievales, para quienes el latín es lengua de conservación literaria y no tiene vigencia, lo repetimos, ninguna intención histórica.

4) c o n e x i ó n , finalmente, de la etimología con la a l e g o r í a , que se convierte en un auténtico *genus interpretationis* en que se apoya coherentemente la explicación de la fe; centradas sobre todo en torno a la figura emblemática de Cristo, estas alegorías se efectúan frecuentemente

---

dados de Cristo', podían llamar a los infieles *paganos* (Mohrmann); otra hipótesis es la que ve en el *paganus* al miembro de la comunidad del *pagus,* que se mantuvo durante largo tiempo en las ciudades y a la que se habría confiado la custodia del culto de las divinidades tradicionales; para otros aún, *paganus* podría significar el ciudadano *privado,* que no pertenece a ninguna organización y es, en particular, extraño a la comunidad cristiana, que está unida por vínculos de estrecha solidaridad (Tagliavini).

con nombres de animales, como *coluber* explicado como *colens umbram* y convertido por Pedro Capuano en símbolo del Dios hecho hombre: *ergo et primus coluber, id est caro Christi, coluit umbram poenalitatis et mortalitatis nostrae...*

2.5.4. Nos encontramos, pues, frente a dos concepciones de la etimología; una, por decirlo así, tradicionalista, de la que es exponente Ugo de San Víctor, vinculado a Isidoro y a la etimología clásica, mientras que ya en el *comentario* a Prisciano de Pedro Elías (e incluso antes del siglo XII) se hallan indicios de un segundo y renovado enfoque: la antigua doctrina helenística, unida por una parte al significado y por otra al origen de la palabra, se resuelve para éste en el concepto de *expositio,* que ya no considera el problema del origen. Esto lleva también a un cambio de métodos, por el que las derivaciones conocidas hasta entonces como «etimologías» se clasifican bajo el concepto —más gramatical— de *derivatio,* y se produce un gran desarrollo de la etimología-*expositio* aplicada (→retórica, alegoría, etc.): tanto una como otra manera de entender la etimología, en contacto con el pensamiento cristiano, llevan a una profundización del significado (siempre en relación con el dogma). Las nuevas formaciones siguen a menudo un verdadero itinerario, desde el sentido literal al espiritual, cfr. Tomás Cisterciense, que trata las palabras individuales como *notae* (¡uniéndose a la tradición clásico-aristotélica, que descubre símbolos de las cosas!), que hay que explicar con la ayuda de la etimología (Klinck): son diversas las interpretaciones, y diversas, pero igualmente significativas, las etimologías, puesto que la exigencia semántico-teológica no se preocupa, evidentemente, como ya les ocurría a los antiguos, de la univocidad de las soluciones etimológicas, que sólo tiene sentido en la perspectiva historicista moderna.

2.5.5. Es clásica, en este sentido, la definición de Curtius, que considera la etimología como una típica *Denkform,* forma de pensamiento medieval; por otra parte, la enseñanza isidoriana, para

la que la etimología desemboca en una especie de «ornamento» obligatorio en poesía, es ya norma en la época de los merovingios y prosigue luego sin solución de continuidad incluso a un nivel bastante trivializado, aunque se tenga siempre de ella una elevada consideración desde el punto de vista teórico y ético, en cuanto que *divina aperit et practica humana regit* (Bernardo Silvestre). En efecto, aparte del papel que asume en las corrientes goliárdicas, la concepción moralizante de la etimología es una práctica común durante todo el período medieval, que vuelve a hallarse finalmente en Dante, quien hace de ella un juego de *misticismo enigmático* en la *Vita nova* (a propósito del nombre de Beatriz) y en otros lugares, siempre respecto a la interpretación de nombres propios, por ej. en *Par.*, XI, 52, cuando dice de Francisco: *Però chi d'esso loco fa parole / Non dica A s c e s i , ché direbbe corto / Ma O r i e n t e se proprio dir vuole,* donde el juego semántico gravita sobre *Ascesi* 'Asís' < *ascendere,* considerado demasiado trivial para expresar una auténtica salida del sol y, en consecuencia, sustituido por *Oriente*; y más adelante, *Par.*, XII, 67 a propósito de Domingo *(Dominicus),* llamado así *'dal possesivo di cui era tutto'* (es decir, con un derivado de *Dominus* 'Señor', a quien estaba totalmente consagrado), y de sus padres, Félix y Juana [9]. Sobre estas huellas, por lo demás, se pisará durante mucho tiempo durante el Humanismo y el Renacimiento hasta el Barroco, no pocas veces con fines eruditos y encomiásticos.

2.6. Del Humanismo al siglo XVIII

2.6.1. El Humanismo y el Renacimiento acaban por orientar definitivamente el interés lingüístico hacia el estudio de las lenguas

[9] Dante merece, por otra parte, que se tengan en cuenta sus intuiciones, expresadas sobre todo en el *De vulgari eloquentia,* sobre las relaciones genéticas de las lenguas de Europa, que hacen de él, junto con Rogerio Bacon, un auténtico precursor de las doctrinas modernas.

modernas: sin embargo, junto a notables y graduales profundizaciones teóricas, el esquema gramatical sigue proporcionándolo el latín, y no se observa, al menos durante bastante tiempo, un despegue significativo frente a la especulación etimológica de los siglos precedentes: el método y la praxis de algunos, entre los hombres cultos más conocidos de la época, como Julio César Escalígero, autor del *De causis linguae Latinae libri XIII* (1540), no difieren sensiblemente de la tradición consagrada. El mito del origen de las lenguas, de su unidad, de la primacía del hebreo y de la sucesiva fragmentación babélica prolonga y refuerza el planteamiento histórico ya afianzado en la Edad Media tardía: se trata, naturalmente, de una historicidad «obligada» y productora de resultados inadmisibles para nosotros, que se basa demasiadas veces en factores externos para probar el origen común de un grupo de lenguas, como muestra por ej. Giambullari que, en el *Gello* (1546), propone o «demuestra» la cadena hebreo → etrusco → florentino, etc.; otros, en cambio, se adelantan, como ya Dante, por un camino más exacto, como José Justo Escalígero, hijo de Julio César, con su *Diatriba de Europaeorum linguis* (1599) y sus *matrices*.

2.6.2. Por otra parte, el planteamiento histórico sigue estando marcado por la necesidad de demostrar la «nobleza» de las distintas lenguas vernáculas, describiendo su «conformidad» con las grandes lenguas de cultura, el latín y el griego: esto concede aún más espacio a una práctica etimológica carente de verdaderos fundamentos y que, de vez en cuando, no deja de suscitar las ironías de algunos grandes ingenios, desde Rabelais a Voltaire; del primero recordamos, entre tantos otros, el episodio de la denominación de París, que tendría su origen en el grito de los ciudadanos bajo el diluvio de orina del buen gigante: *Par saincte mamye nous son baignez par rys!*, del otro, el célebre dicho de que la etimología era *une science où les voyelles ne sont rien et les consonnes fort peu de chose*. En este clima, se abre paso lentamente la idea —fundamental para nuestro campo— de que en la evolución lin-

güística existen, si no precisamente leyes, al menos r e g l a s determinantes: las comparaciones que cada vez se hacen con mayor frecuencia entre las lenguas vulgares y las lenguas «madres» sugieren la idea de que las palabras se «alteran» en el curso de la historia y que algunas «letras» (aún no se distingue con claridad entre elemento fónico y signo representativo) pueden desaparecer, transformarse, modificarse por diversas causas, sin llegar, sin embargo, al descubrimiento de auténticos modelos; la máxima expresión de este enfoque está representada por Gilles Ménage (1613-1692), autor de los *Principes de l'art des étymologies* y de diccionarios etimológicos *(Origines)* franceses e italianos, que habla explícitamente de *changement, addition, retranchement et transposition des lettres,* estableciendo sobre esta base, junto a muchos étimos *intuitivamente* justificados, muchos otros del todo ilusorios y fantásticos, como *haricot* 'judía' < *fistŭla,* italiano *alfana* 'yegua' (Ariosto, Pulci) < *equus* (en realidad, del árabe *al-faras*), *laquais* 'lacayo' e italiano *ragazzo* < *verna,* etc.; por lo demás, ya Etienne Guichard había hablado en su *Armonia etimologica dell'ebraico, caldeo, siriaco, greco, latino, francese, italiano, spagnolo, tedesco, fiammingo, inglese,* etc., París, 1606, de adición, sustracción, trasposición e inversión de letras, aunque justificándolas con principios absurdos, como el hecho de que los hebreos escribieran de derecha a izquierda (lo que históricamente no es del todo cierto): otras notables y complejas tentativas se deben al orientalista alemán Elias Hutter. Sin embargo, es un hecho que el tono general de la especulación en la segunda mitad del siglo XVI y en el XVII revela el influjo del planteamiento adoptado por Escalígero en el *De causis,* donde la gramática, concebida ahora automáticamente como c i e n c i a y ya no como arte, se divide en d o s partes: 1) el estudio de los elementos que la componen (morfología) y 2) el estudio de su organización (sintaxis): ahora bien, en la terminología escaligeriana el concepto de morfología se expresa precisamente por el término *etimología* (v. ya Nebrija, 1.1.4), ciencia de las derivaciones, declinaciones, conjugaciones, como se confirma poco después en las obras de Ramus (*Dia-*

lectique, 1556, *Gramere,* 1562): *'Las partes de la gramática son dos: Etimología y sintaxis'* (Joyaux).

2.6.3. En el siglo XVII, especialmente, florecen diversas tendencias especulativas, que van desde la aproximación empírica de la escuela inglesa, a la racionalista de los franceses (Descartes, Port Royal), a las posiciones de los alemanes, representados sobre todo por Leibniz, sobre el fondo de una intensa actividad lingüística productora de gramáticas, repertorios lexicográficos, tesoros poliglotos, fruto también de los dilatados conocimientos geográficos y étnicos. En la escuela inglesa es notable la posición convencionalista de F. Bacon, que, basándose en principios escépticos (el lenguaje humano, portador de ídolos, carece de racionalidad intrínseca y de una conformidad espontánea con las cosas), critica la técnica etimológica y reconoce sus límites, que, por lo demás, ya habían sido puestos de manifiesto dentro de cada lengua por el desarrollo historicista de los estudios lingüísticos. La etimología no puede ser un instrumento absoluto en la búsqueda de las «causas de los nombres», es decir, de la racionalidad de éstos: así como la relación semántica tiene, en las diversas lenguas, una motivación diversa, ya que el nombre es un instrumento apto para conocer las cosas según su naturaleza, la investigación etimológica sólo puede ser válida dentro de cada lengua; toda la visión lingüística de Bacon está ligada a la semántica y carece de la idea de un desarrollo de la forma (o, si se prefiere, del significante), que puede cambiar repentinamente de significado. Así resuelve Bacon el problema de cómo una misma cosa puede llamarse con tantos nombres en todo el mundo, y se encuentra en una posición teóricamente bastante más evolucionada que la de J. C. Escalígero, quien, razonando más como «lingüista» que como «filósofo», se asombra de que las mismas palabras puedan tener significados contrapuestos, puesto que para los alemanes *caldus (kalt)* es lo que para nosotros *frigus,* y entre los latinos se tolera que la misma palabra tenga dos significados contrapuestos, como *vescus* y *obēsus*

(que de hecho pueden significar ambos 'delgado' y 'gordo') [10]; por otra parte, para Bacon, si se atribuye una realidad histórica a la lengua original —natural o revelada— se deniega, sin embargo, la posibilidad de reconstruirla a través de la indagación etimológica o por otro método de investigación.

Las premisas baconianas se prolongan en F. Lodwick (*Common Writing,* 1647), que atribuye a la gramática filosófica (estudio de la racionalidad de las lenguas) la misión de reducir al menor número posible los signos del carácter universal a través de un triple análisis, morfológico (que fije todas las derivaciones partiendo del verbo como «radical» primario y ya no del nombre, como en Aristóteles), semántico (para reducir a un solo término los sinónimos y poner orden entre los elementos desiguales o contradictorios), etimológico (para reducir *ad unum* términos que, teniendo sonido distinto, tengan origen común). J. Wilkins, en cambio, apelando a Vossius, Campanella y otros, distingue entre gramática práctica, que es *peritia, opus,* y gramática natural o filosófica, que es ciencia; el «filósofo» (es decir, el lingüista) tiene la función onomatética, o sea imponer los nombres, porque primero se conoce y luego se denomina, pero, como las esencias de las cosas permanecen ocultas, el gramático-filósofo, renunciando a una verdadera ciencia de la onomatesia, debe buscar la etimología de las palabras, o sea el origen de la imposición y las sucesivas variaciones: se trata siempre de especulaciones en las que prevalece el factor semántico (en última instancia, epistemológico), ajenas al concepto moderno de la prioridad formal y que a veces desembocan en un escepticismo metodológico (B. Jones). Con J. Locke, en fin, el origen sensorial del conocimiento reduce toda la lingüística al estudio de la naturaleza de los signos que sirven para la comunicación; las palabras se conciben como contraseñas sensibles de las ideas por institu-

[10] Escalígero no podía saber que el alemán *kalt* se debe conectar en realidad con el latín *gelĭdus* < raíz indoeuropea **g'el-/g'ol-*.

c i ó n , no por semejanza real de sonidos e ideas, y se tiene en sustancia el máximo desarrollo de la doctrina semántica, que pasa a un estadio ya netamente s e m i ó t i c o (Formigari).

2.6.4. Bastante más lingüístico es el enfoque de Leibniz, para quien la historicidad de la lengua es un concepto corriente: se refiere, de hecho, a las familias lingüísticas y concibe la etimología como indagación concretamente histórica dentro de aquéllas.

Según sus concepciones, que se adelantan a muchos descubrimientos de la lingüística comparada, las lenguas, que son los más antiguos monumentos de los pueblos, al ser anteriores a la escritura y a las artes, muestran del mejor modo posible el origen de los parentescos y de las migraciones de aquéllos: por eso, las etimologías rectamente entendidas serían extraordinariamente interesantes y concluyentes, a condición de que se observasen juntamente las lenguas de muchos pueblos, se evitasen demasiados saltos de una nación a otras espacialmente bastante distantes y, sobre todo, sólo se confiase en ellas ante un gran número de indicios c o i n c i - d e n t e s . Es sabido, por lo demás, el interés de Leibniz por la lexicografía, tanto alemana como de otras lenguas, por la recogida de las lenguas de Rusia, por un alfabeto universal y por el proyecto de un *Glossarium etymologicum*; de cualquier modo, Leibniz introduce plenamente el siglo XVIII, que, sin embargo, todavía se caracteriza preponderantemente por el enfoque racionalista heredado de Port-Royal: pero, la concepción de «naturaleza» como sustrato común a todos los hombres y la consiguiente búsqueda de una lengua «natural», implican el progresivo avance de una orientación empíri- ca, d e s c r i p t i v a , identificando la racionalidad con la naturaleza misma más que con una lógica abstracta. El estudio de la lingüística se inspira en el espíritu clasificador y sitemático del siglo, dominado por la geometría, lo que explica la tendencia a referir la multiplicidad de las lenguas conocidas a una lengua original, universal y común, es decir «natural»: y esto desarrolla un germen de historicismo, en el sentido de que las semejanzas que se observan

en el mecanismo de las distintas lenguas, al compararlas, constituyen una prueba de su naturaleza común y de su múltiple evolución; «lengua natural» se torna sinónimo de «lengua común», a partir de la cual se han ido originando todas las lenguas históricas. Adquiere, de todos modos, supremacía la idea del lenguaje como sistema mecánico de funcionamiento, cuyas reglas se pueden estudiar como un objeto físico cualquiera, si nos atenemos a lo manifestado en la obra de Ch. de Brosses, escritor, magistrado y presidente del Parlamento de Borgoña, *Traité de la formation méchanique des langues et des principes physiques de l'étymologie,* publicada en dos volúmenes el año 1765, pero redactada varios años antes y ya conocida en forma manuscrita, tanto que fue utilizada, al parecer, por Turgot y por Beauzée para la redacción de algunos términos lingüísticos de la *Encyclopédie*: se trata de una historia natural de la palabra, basada en los principios de la fonética.

2.6.5. Todo el saber lingüístico del XVIII se despliega en la *Encyclopédie*: una de las mentes más profundas de la época, el economista Turgot, que por otra parte estaba notoriamente interesado por la lingüística, redactó la voz *Etymologie,* publicada el año 1756 en el vol. VI. Realmente, las ideas que Turgot enuncia sobre la materia son sorprendentemente claras y, en varios aspectos, de una modernidad desconcertante: partiendo de la idea, ahora ya indiscutida, de que la etimología es la indagación del origen de una palabra (*pater,* primitivo, es la etimología, o mejor, el étimo de *padre,* derivado), y que las palabras están ligadas a lo que expresan por convención social y, por tanto, histórica, se admite, sin embargo, el principio de la variación lingüística; la búsqueda del origen de las palabras se apoya, ordenadamente, en la semejanza fonética, en la analogía de significado, en la historia de los pueblos cuyas lenguas se consideran. La etimología es un arte conjetural, que tiende a una reconstrucción de hechos lingüísticos en la historia: tiene, pues, un fundamento probabilístico, tanto

mayor cuanto más perfectamente se adecúan las distintas hipótesis y las circunstancias.

El conocimiento «filosófico» (hoy diríamos científico) de las lenguas es para Turgot

> una ciencia vastísima, un rico filón de verdades nuevas e interesantes. Las etimologías no son más que los hechos particulares sobre los que esta ciencia apoya a veces sus principios generales, que, a su vez, hacen más fácil y segura la investigación etimológica...

Pero Turgot considera también clarísima la necesidad de acudir no sólo a la lengua cuidada y refinada de los autores, sino también a la poco conocida, pero en extremo variada, del pueblo: lenguas vulgares y d i a l e c t o s constituyen por primera vez un fundamento lingüístico ineludible, del mismo modo que se debe distinguir claramente entre términos de filiación local y elementos importados de fuera (préstamos) por motivos históricos (Turgot pone explícitamente el ej. de *boussole* ('brújula') llegado de Italia con el uso del instrumento; de la terminología del arte del vidrio, procedente de Venecia; de la mineralógica, fuertemente inpregnada de elementos alemanes, etc.): finalmente, no deben olvidarse los posibles residuos del s u s t r a t o . Procediendo así, al camino de la invención debe seguir el de la crítica, de la verificación de las hipótesis: esencial para esto es la presencia o la ausencia de una sucesión de hechos directamente atestiguados o atestiguables: refiriéndose explícitamente a los métodos de Ménage, Turgot afirma que el latín *dies* y el francés *jour,* por una parte, el italiano *alfana* y el latín *equus,* por otra, presentan —aparentemente— la misma distancia; pero el primer étimo es exacto, ya que entre *dies* y *jour* podemos poner el latín *diurnus,* adjetivo derivado de *dies* y base de la forma francesa así como del italiano *giorno,* mientras que las formas *fanacus, anacus, aquus* 'caballo', interpuestas por Ménge entre *alfana* y *equus,* sólo existieron en su fantasía y por tanto, hacen ridículo el étimo. Otros problemas se refieren, como ya se ha apuntado, a *la mezcla de los pueblos y de las lenguas,* es decir,

a los que llamaremos hechos de sustrato y adstrato; los problemas del desgaste de las palabras y los de la creación lingüística, además de una serie de exactas anotaciones técnicas y generales que preludian, en parte, el concepto de ley fonética y ofrecen un cuadro completo del pensamiento de Turgot, a quien, sin embargo, aún le es ajeno el criterio lingüístico «interno», el único que permite hacer seriamente etimologías y que constituye el mejor testimonio de los lazos inescindibles entre ésta y la lingüística general (Guiraud).

2.6.6. En Italia es interesante y original la postura de G. B. Vico (cuyo influjo es claramente visible en Cesarotti). Vico tiende a la verificación histórica de los hechos lingüísticos y el estudio de la génesis del lenguaje, que él, por primera vez, separa del mito bíblico. Para Vico, las lenguas, una vez perdidas sus motivaciones naturales, pasan a reflejar las diversas condiciones históricas y ambientales por las que se forman y se diferencian los distintos grupos humanos: en esto, su etimología —contrariamente a su filosofía del lenguaje— no sólo es arcaica, sino también a r b i t r a r i a (Coseriu), ya que, queriendo descubrir en el latín la *sapientia* antigua de los romanos, considera los significados como definiciones de las cosas y trata de aclarar las concepciones originarias a las que debieran corresponder las palabras latinas; por otra parte, la imposición de los nombres es una forma de *facere,* de crear. El interés de Vico por la Palabra precisadora fundamental de los conceptos es verdaderamente precoz: como afirma él mismo, la primera lección universitaria de 1698 está totalmente contenida *dentro l'etimologia e la distinzione dello Stato,* aunque —hecho importante— rechace las concepciones etimológicas de los gramáticos, basadas en sutilezas lingüísticas, filológicas o de otro tipo, porque *di assai poco soddisfano l'intendimento* (III, 249). La etimología es una cosa incierta, porque no se conoce el origen de los tiempos oscuros y la sucesión de los hechos, pero de la interpretación de las fábulas antiguas se pueden obtener algunas motivaciones esen-

ciales y unitarias en la sociedad humana, *la favella immutabile delle nazioni* (III, 246); de aquí emanan c i n c o principios: 1) derivación de las lenguas articuladas a partir de los cantos y de los versos (principio, en última instancia, de la onomatopeya y del monosilabismo); 2) existencia de un conjunto etimológico común a todas las lenguas nativas; 3) existencia de un conjunto etimológico de voces de origen extranjero (introducidas externamente en la lengua: distinción de estratos y de fases históricas); 4) creación de un conjunto etimológico universal para la diversidad de los lugares y de los tiempos: conceptos iguales son explicados con expresiones diversas, aun derivando de un principio unitario (diferenciación del lenguaje): 5) principio de un conjunto etimológico m e n t a l (significados fundamentalmente iguales encarnados en creaciones históricas originales y d i s t i n t a s). En este sentido, las etimologías de Vico son siempre «históricas», nunca estrictamente lingüísticas: *annona* deriva de *anno,* porque en los tiempos heroicos el año se medía por las cosechas, y esta indicación pasó a significar, por tanto, la producción de grano (el latín *Annōna,* propiamente 'divinidad que preside la cosecha', luego 'cosecha', está estructurado morfológicamente según el modelo de *Bellōna, Pomōna,* etc.); *tributo,* latín *tribūtum* procede de *tribu,* en recuerdo de la contribución que los plebeyos debían pagar a los nobles, etc.

Todas las etimologías de Vico giran en torno a algunos principios, como el de la unidad y la uniformidad de las cosas, el de la n a t u r a l e z a (nacimiento espontáneo y modificación según el ambiente o las costumbres), el de la evolución (de lo concreto a lo abstracto), de forma que los vocablos tienen siempre una primera referencia a los sentidos y luego al entendimiento, reunidos todos en el *universal principio d'etimologia in tutte le lingue* que permite conocer la *lingua con cui parla la storia ideale eterna... di tutte le nazioni,* IV, passim (Aliprandi).

2.6.7. Battistini ha dedicado un penetrante estudio a la etimología «mitopoyética» de Vico, tanto con referencia a la evolución

de su pensamiento, como a la cultura de su tiempo y a las fuentes que el filósofo utiliza. La aparición del interés teórico caracteriza en primer lugar la voluntad histórica de Vico, que, como hemos visto, trata de descubrir, a través del origen de los vocablos latinos, la sabiduría de los antiguos pueblos itálicos contraponiéndose explícitamente al interés, sobre todo filológico de los *Orígenes* de Isidoro y del *De causis linguae Latinae* de J. C. Escalígero, de la *Minerva* de Fr. Sánchez, y no sólo al del *Etymologicum linguae Latinae* de Vossius, su fuente técnica comprobada: los filólogos, en efecto, se proponen encontrar los orígenes del vocabulario; los filósofos, investigar la naturaleza de las cosas. Por otra parte, paralelamente a la evolución del pensamiento, la práctica etimológica de Vico pasa gradualmente de lo intelectualista a lo fantástico, es decir, a la evocación de los mitos de donde surge la historia universal, no apoyándose ya, como al principio, en voces de la esfera metafísica *(causa, cogitare, essentia, factum),* sino en términos de la religión o del derecho. Se advierte que, técnicamente, el método de Vico no se diferencia sensiblemente de los principios de su tiempo, pero refunde los recursos consagrados por la tradición en una visión antropológica que concibe las hablas primitivas como fuertemente redundantes, basadas en un principio poético, y reducidas más tarde a niveles prosaicos con varias simplificaciones: la fuente primaria de la información de Vico es, como ya hemos dicho, el *Etymologicum linguae Latinae* de G. J. Voss (Vossius, 1577-1649), que constituye una verdadera colección doxográfica de la tradición, incluyendo también algunas voces del latín medieval, que nuestro autor utiliza ampliamente para confirmar y contradecir: sobre todo cuando propone orígenes onomatopéyicos, a los que es particularmente sensible. Las convicciones teóricas de Vico le llevan, en efecto, a compartir la metodología vosiana, coincidiendo los dos estudiosos p. e. en la resuelta negación de la *antíphrasis* (etimología *e contrariis*), tan favorecida por los pensadores clásicos e incluso modernos, dado que, como señala el mismo Battistini citando a Cassirer,

> el criterio antifrástico remontaría a Heráclito, para quien el lenguaje, analizando las cosas desde ángulos visuales diversos, acaba por abolir las distinciones entre las cosas, presentándolas a veces de maneras totalmente opuestas;

pero, en cuanto a la estrategia o la profesión, Vico y Voss se muestran netamente diferenciados; a pesar de algunas motivaciones internas que aparecen reiteradamente en este último, como el eco de la idea isidoriana según la cual con la etimología *ex vi verbi ad rei naturam facilius certiusque devenitur,* es precisamente el decidido acercamiento de la disciplina a las normas de la ciencia natural, consideradas superiores a las de la mera historia, lo que diferencia el pensamiento de Voss:

> Habet igitur etymologia se ad exegeticen pene, uti scientia naturalis, quam physicen dicimus, ad historiam naturalem. Historia enim tantum nude, quid sit, docet. Physice inquirit in omnium caussas;

si Voss se mantiene adicto a una visión más técnica de la disciplina, esto no vale para Vico, cuya filología quiere ocuparse de la totalidad de las instituciones humanas. Esto se ve claramente por los puntos en que Vico se aparta de Voss en la indicación etimológica o incluso cuando se nota convergencia, por la diversidad de motivaciones; en efecto, contrariamente al interés formal por el significante, que interesa al gramático, el criterio i n t e r n o del filósofo, dedicado a indagar las *sources indigènes* del lenguaje, se caracteriza por la introducción del m i t o , que actúa como unificador semántico de la palabra madre y de la hija. Si, por ejemplo, Voss explica *interpretari* a partir del hebreo *patar 'expono',* Vico contrapone

> detto quasi interpatrari, cioè entrare in essi padri quali furono dapprima detti gli dei...: che Dante direbbe indiarsi, cioè entrare nella mente di Dio

(«dicho como *interpatrari,* o sea entrar en los *padres,* que así fueron llamados al principio los dioses...: que Dante diría *indiarsi* (en-

diosarse), es decir, entrar en la mente de Dios»), y la aceptación de la etimología de *latex* 'líquido', 'agua', a partir de *lateo quia in eo latet humor* (Vossius) no parece suficiente si no va acompañada de la noción del asentamiento de los primeros núcleos familiares junto a las fuentes: la metáfora, que descubre capítulos enteros de historia heroica, de la edad *gentílica,* llega a identificarse con la etimología en la *picciola favoletta* que representa intuitiva y braquilógicamente la sustancia profunda de la historia humana.

2.7. Los comienzos de la lingüística moderna

2.7.1. El final del siglo XVIII es el punto de giro que prefigura la evolución filosófica, ideológica y científica del XIX: la esencia de ésta consiste en el paso de una concepción s i s t e m á t i c a , linneana y mecanicista de las ciencias (y, por consiguiente, también del lenguaje) a una concepción h i s t ó r i c a y, más tarde, evolucionista. Se suele decir que el h i s t o r i c i s m o es el carácter central del pensamiento del siglo XIX, en armonía con la evolución desde formas de racionalismo a otras de idealismo y con la rápida afirmación de las ideas románticas y del naturalismo: entre los textos fundamentales de este renovado enfoque está el libro de J. G. Herder, *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad (1784-1791),* donde se propone construir *una filosofía... de la historia de la humanidad en general,* inspirándose explícitamente en los progresos de ciencias como la física y la historia natural.

2.7.2. La idea revolucionaria que se define en estos años es la visión g e n e a l ó g i c a de las lenguas, que son agrupadas coherentemente en f a m i l i a s y sucesivamente llevadas cada una, hasta una fuente original y común: tanto la Antigüedad como la Edad Media e incluso los siglos siguientes, nunca desarrollaron, en efecto, a no ser excepcionalmente, un auténtico interés por la h i s t o r i a de las lenguas, permaneciendo sustancialmente liga-

dos a una visión de la multiplicidad como corrupción de un orden natural, que se reestablecería a través del descubrimiento de los *etyma* (no históricos, por consiguiente, sino lógico-semánticos), como ocurre con los estoicos, o bien, en la tradición judaico-cristiana y medieval, al mito de la Torre de Babel y de la fragmentación sucesiva. El primer paso de esta actitud maduramente empírica lo da el desarrollo del comparatismo, que abandona la descripción taxonómica basada en las diferencias morfológicas externas, de tipo linneano, y adopta una consideración orgánica de los sistemas, vistos en sus órganos y en sus funciones, y clasificados de acuerdo con sus homologías internas, como muestran los progresos de la anatomía comparada, de la economía, etc.; el paso determinante es el cambio a una lingüística completamente histórica, evolutiva, en la cual la concepción organicista de la lengua recibe dos interpretaciones diversas, una claramente «mentalista», debida a Humboldt (para quien la lengua no es *érgon* 'producto', sino *enérgeia* 'facultad creadora'); la otra, netamente naturalista y positivista, de Schleicher, que concibe la lengua como un organismo natural, sometido a las leyes del evolucionismo biológico: perfeccionado por los Neogramáticos y codificado en el concepto de «ley fonética», este planteamiento constituye, todavía hoy, en gran parte el núcleo del acercamiento histórico al lenguaje.

2.7.3. Para la lingüística, en particular, este descubrimiento del sánscrito y de sus vínculos con las lenguas europeas antiguas es el resultado innovador que, identificado a fines del siglo XVIII, sistematizan coherentemente, en los primeros decenios del XIX, Bopp y otros: las lejanas intuiciones de Sassetti († 1588) se tornan cumplida hipótesis en Jones (1786), y el método de la *Zergliederung* 'segmentación', aprendido de los gramáticos indios, lleva a los estudiosos europeos al primer análisis gramatical exacto (en el sentido de etimológico-formal) de sus lenguas clásicas, es decir, al descubrimiento de los exactos mecanismos de cotejo, fonéticos y morfológicos. Será, en cambio, mérito posterior de la obra de

Pott la definición del léxico indoeuropeo. Aunque ya Turgot había entrevisto las modalidades del quehacer etimológico, aún le faltaba en todo caso el *corpus* de observaciones y de correspondencias necesario, proporcionado sobre todo por las t r e s lenguas singularmente coincidentes por antigüedad de documentación y peso histórico-cultural: s á n s c r i t o , g r i e g o y l a t í n , con el apoyo de otras muchas a las que se llamará indoeuropeas; debe tenerse en cuenta que las épocas precedentes habían conocido puntos extremos de evolución lingüística (p. e. el latín y las lenguas románicas), sin que este reconocimiento llevase a establecer confrontaciones exactas, que históricamente sólo se revelaron en presencia de una unidad lingüística no documentada, aunque inducible (el indoeuropeo precisamente) mediante la comparación de numerosas entidades históricas bien delimitadas y suficientemente distinguidas, en una metodología lingüística conscientemente e m p í r i c a .

3. LA ETIMOLOGÍA MODERNA: PROBLEMAS Y MÉTODOS

3.0. La etimología como búsqueda y definición de la relación entre formas lingüísticas

3.0.1. Volviendo a nuestra premisa de etimología como «origen de las palabras» (0.1.1), observamos que la etimología moderna se propone descubrir y reconstruir la relación f o r m a l y s e m á n t i c a entre dos formas *x* e *y*, de las cuales una se da como precedente (y constituye el é t i m o), y la otra, como derivada. Éste es el núcleo de la actual metodología, que, por tanto, actualiza de modo p r o d u c t i v o (es decir, cualitativamente) la concepción antigua, prolongada con varias evoluciones hasta los umbrales de la edad moderna, de la búsqueda del valor i n t r í n s e c o de la palabra o signo lingüístico. Asistimos, pues, a la construcción de una verdadera teoría, aunque enteramente particular: una teorización, en efecto, puede enseñar a hacer gramáticas, pero ninguna, al menos por ahora, puede enseñar a hacer etimologías, y es precisamente este ineliminable aspecto empírico-intuitivo el que relega, o tiende a relegar, esta disciplina al campo de las actividades no «científicas» (es decir, al nivel de «arte»), olvidando, sin embargo, que si la teoría no es suficiente, es, de todas formas, n e c e s a r i a , ya que sin ella no se puede etimologizar con fundamento.

3.0.2. Dicha posición implica d o s conceptos esenciales: 1) el del c a m b i o lingüístico, 2) el de la n a t u r a l e z a del signo lingüístico. La especulación decimonónica, como es sabido, hizo objeto de su examen casi exclusivamente al primero, mientras que, de Saussure en adelante, la atención se ha desplazado gradualmente hacia el segundo (ha ocurrido, pues, lo que, según se suele afirmar, es el desplazamiento desde una visión histórica, diacrónica, del lenguaje a una visión e s t á t i c a , sincrónica, aunque en los últimos años los estudios se hayan orientado hacia la recuperación del primero en una visión global y *dinámica* del fenómeno lingüístico. Un ejemplo de cambio, es decir, de evolución lingüística: el italiano *casa* procede evidente e indiscutiblemente del latín *căsa* ['kasa], que significaba propiamente 'casucha, cabaña', pues el latín tenía para el significado de 'casa, vivienda, habitación' el término *dŏmus* (o *aedes, tēctum*); estamos aquí por tanto, en presencia de d o s tipos de cambio, el primero de los cuales es f o n é t i c o (y afecta a la forma fónica o significante), por el que ['kasa] > ['ka:za] (o ['ka:sa]), o sea una primitiva sibilante sorda latina /s/ se hace sonora /z/ en un contexto intervocálico (al menos en el sistema italiano septentrional: en Toscana y en la Italia centromeridional aún se da generalmente /s/, es decir, ['ka:sa]); por otra parte, la vocal tónica en sílaba libre (abierta) [a] tiende a alargarse, [a:], mientras que, en latín, su brevedad se conservaba rigurosamente, ya que en esta lengua había, en la época clásica, una oposición funcional entre vocales breves y vocales largas, cfr. *mălus* / 'malus / 'malo' y *mālus* / 'ma:lus / 'manzano', 'palo, mástil de la nave'. Junto al cambio fonético, sin embargo, debemos registrar también un cambio s e m á n t i c o , es decir, que afecta al significado, en virtud del cual el latín *căsa* 'cabaña' > italiano *casa* 'casa', fácilmente explicable, por lo demás, como producto de una relación de semejanza (cfr. 3.2).

3.0.3. En suma, lo que cambia es, en general (aunque n o necesariamente, porque para la etimología se presupone principal-

mente el cambio fonético, mientras que para el cambio semántico se puede dar con más frecuencia una relación de identidad entre *x* e *y*), el signo en su totalidad, en su ser compuesto, para decirlo en términos saussurianos, de significante y de significado; se puede preguntar, entonces, si esta relación derivativa es unívoca, es decir, si el latín *casa* ha evolucionado según directrices paralelas en t o d o s los territorios donde históricamente se habló latín.

Una ojeada al REW, 1728, nos ofrece el testimonio del rumano *casă,* dálmata *kuosa, kesa,* italiano *casa,* engadino *k'eza,* friulano *k'aza,* provenzal, catalán, español, portugués *casa*: se puede, pues, afirmar razonablemente que en toda la Romania están vivos los continuadores del latín *casa* con el significado de 'casa, habitación', y concluir que, verosímilmente, ya en el latín hablado debió producirse el cambio semántico 'cabaña' > 'casa', fácilmente motivable no sólo, como hemos visto, por razones de semejanza (motivación i n t e r n a), sino también por razones históricas y sociales (motivación e x t e r n a): aquí, efectivamente, se impuso y se generalizó el término para el objeto más humilde y corriente suplantando a los otros, que a veces se elevan a significados más nobles, por ej. *dŏmus* > italiano *duòmo* 'casa de Dios, iglesia principal'. Sin embargo, en el elenco del REW falta el testimonio del francés, lo cual constituye una laguna significativa. En efecto, es sabido que en aquella lengua para decir 'casa' se usa *maison*: entre el italiano y el francés existe una diferenciación léxica incluso en la definición de un concepto tan corriente y usual como el de 'casa', ya que *maison* viene del latín *mānsio, mānsiōnis,* propiamente de la forma de acusativo *mānsiōne(m),* [ma'zjo:ne] en el latín hablado, inicialmente 'alojamiento, hospedaje' (abstracto basado en *mānsus,* participio pasado de *manēre* 'estar, permanecer, residir') y difundido en muchas hablas románicas, sobre todo en el sentido de 'alojamiento para los animales, establo', cfr. REW, 5311: dálmata *mošun(a)* 'aprisco para las ovejas', pugliés *masunu,* bergamasco, trentino, veronés *mazun* 'gallinero', comasco *mazon* 'cabaña', valtelinés *mazon* 'henil', valsasinés *mazon* 'establo con henil', engadino

maschun 'percha para las aves'; provenzal *mazó* 'recinto al aire libre' (con este significado, la voz pasó al servocroata *mošun,* probablemente desde el dálmata); cfr. también el sardo logudorés y el campidanés *masone* 'majada', *mazoni* 'establo para cabras, ovejas, cerdos'; el español *mesón* se ha especializado en el sentido de 'posada, hostería', cercano al francés *maison* (de donde el italiano antiguo *magione*).

Parecería, pues, que el francés desconociese derivados de *casa,* pero tampoco esto es verdad, ya que la voz latina se ha mantenido viva en aquel territorio, sufriendo todos los cambios fonéticos propios de la evolución de aquellas hablas: palatalización de *ca-,* paso de /a/ > /ɛ/ en sílaba tónica libre, reducción del vocalismo final, de donde el resultado *chez,* a través de la fase medieval documentada *chies* (fines del siglo XII, con las variantes *en chies, a chies*), forma átona (proclítica) de *chiese* 'casa', pero con distinto significado, fijado en 'cerca de', a partir de un originario 'en casa de, junto a'; así pues, el hecho de que el francés conozca, incluso desde época antigua (J. de Meung, 1265), el término *case* 'casa' (hoy 'cabaña', 'casilla', [ka:z]) se explica fácilmente como una adaptación t a r d í a de la palabra latina, es decir, como un término de evolución no popular sino de inserción *culta,* literaria (la reorganización del léxico de acuerdo con un fortísimo influjo latino es uno de los rasgos más importantes de las lenguas europeas de la Edad Media: en cualquier caso, anticipando ciertas conclusiones, vemos cómo el criterio fonético es esencial para establecer la distinción exacta entre lo originario y lo añadido en un sistema lingüístico).

3.0.4. En conclusión, la evolución fonética y la semántica (es decir, del significante y del significado) pueden realizarse de modo d i v e r g e n t e , no unívoco: otro ejemplo de esto, entre los muchísimos que podrían citarse, es la voz alemana *Zaun* 'vallado, recinto', inglés *town* 'ciudad, aglomeración urbana', que se remontan, respectivamente, a un alto alemán antiguo *zūn* y a un anglosajón *tūn*; ahora bien, el juego de las correspondencias fonéticas y,

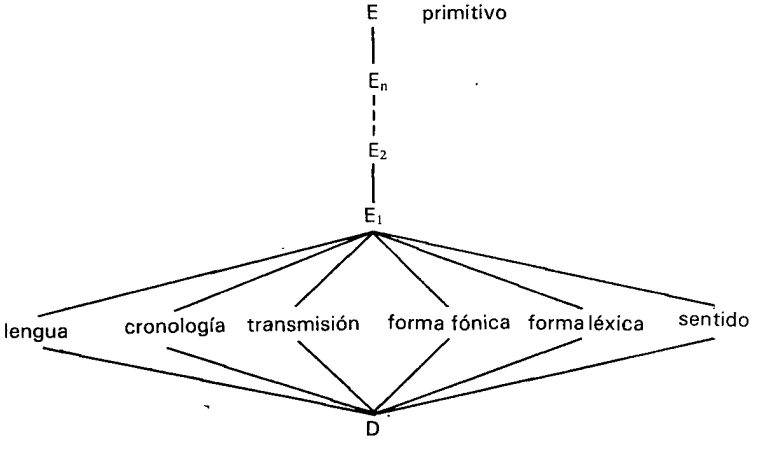
en particular, el recurso a la ley de Grimm (0.3.1), que establece una relación precisa entre la *t* germánica y la *z* alemana (cfr. alemán *zehn* 'diez', *zu* 'a', *Zeit* 'tiempo', *Zimmer* 'habitación', *Zunge* 'lengua' frente al inglés *ten, to, tide* 'marea', *timber* 'madera, mesa', *tongue*), permite referir los dos términos al mismo origen, un germánico supuesto (o si se prefiere, reconstruido) **tū-na,* con el significado originario de 'lugar cercado', cfr. sajón antiguo, fráncico, frisón *tūn,* neerlandés medio *tuun* (> neerlandés moderno *tuin* 'jardín'), nórdico antiguo *tún* 'recinto'; la voz inglesa ha sufrido un proceso de connotación semántica, siempre a través de relaciones de semejanza (pero también aquí con el influjo de hechos históricos, que han llevado el francés *cité* < latín *civitāte(m)* al inglés *city,* propiamente 'centro urbano'); esta base pangermánica, por otra parte, no es separable del *-dūnum* 'fortaleza' frecuente en los topónimos galolatinos (célticos latinizados) *Augustodūnum* (> *Autun*), *Lugdūnum* (> *Lyon*), *Noviodūnum* (> *Nyon*), etc., cfr. irlandés antiguo *dūn* 'ciudad fortificada', cámbrico *din* 'fortaleza': la relación fonética es germánico *t* = indoeuropeo *d,* otro aspecto de la citada ley de Grimm.

Un ejemplo aún más diferenciado: el latín *pŏrtus* 'puerto', tiene conexión con el alemán *Furt,* el neerlandés *ford,* inglés *ford* 'vado' (común también en la toponimia, cfr. alemán *Frankfurt, Erfurt,* inglés *Oxford, Stratford*). Las correspondencias fonéticas nos llevan a una base indoeuropea **pr̥tú-s,* en el sentido original de 'paso', que de hecho se da también en las palabras latinas relacionadas con *pŏrtus*: *pŏrta* 'paso, entrada', *portāre* '(trans)portar, hacer pasar', *angipŏrtus* 'calleja, callejón', cfr. también avéstico *pərətúš* 'vado, paso', galo *ritu- (Ritumagus, Augustoritum, Novioritum* > *Niort)* 'vado', de un **pritu-* anterior con caída de *p-,* fenómeno típicamente galo (*Mediolanum* < **Medioplanum* 'en medio del llano'); la raíz indoeuropea es **per-,* con los grados apofónicos **por-* y **pr-,* de donde el griego *póros* 'paso, vado' (*Bósporos* 'Bósforo', antiguo nombre del estrecho de los Dardanelos) y el verbo germánico para 'andar, viajar', gótico *faran* 'pasar de un lugar a otro',

alemán *fahren,* inglés *fare*; a partir de **per-* se desarrolla también en las lenguas germánicas, a través de un sufijo con dental, una formación análoga a la de *Furt,* es decir, **per-tú-s,* base del antiguo nórdico *fjǫrðr* 'bahía, ensenada, fiordo', que es el término técnico para indicar la típica morfología costera de Noruega y de otras áreas nórdicas (y de esta voz, en efecto, vienen los préstamos alemán *Fö(h)rde,* inglés *firth,* italiano *fiòrdo,* siglo XVII); no es casualidad que el griego *póros* y el nórdico *fjǫrðr,* ambos ligados al significado de 'estrecho brazo de mar', se remonten a un desarrollo lingüístico semánticamente idéntico en dos áreas distantes, pero caracterizadas ambientalmente por terrenos bastante inaccesibles y por costas muy recortadas y rocosas, donde el mar se convierte en el principal medio de comunicación, como muestra la historia de los pueblos que las habitaron. En ambiente continental, en cambio, la base indica generalmente 'superación de obstáculos naturales', como ríos *(ford)* o montes (paso entre montañas: cfr. los numerosos ejemplos de ámbito pirenaico, *Port, Portel, Portet,* estos dos últimos derivados de *pŏrtus* con el sufijo *-ĕllu(m), Portillon,* y en zona ibérica *Portillo,* también de **portĕllu(m)*; como apelativos, son conocidos el español *puerto* y el provenzal *port* 'paso'; el asturiano *puertu* 'paso, camino entre montañas' y el castellano *portillo* 'paso estrecho entre dos alturas').

3.0.5. La relación entre dos formas cronológicamente distanciadas es, pues, un punto de partida para reconstruir la historia completa de una palabra o, mejor de una familia de palabras: pero, como se ve por los ejemplos citados, las relaciones que unen dos términos *x* e *y* (o más) pueden ser múltiples; según Guiraud, entre un étimo E y su derivado D puede haber una relación de p r é s t a m o (de una lengua extranjera, de un dialecto, de una lengua técnica) o de filiación d i r e c t a , por evolución fonética, por derivación morfológica (afijación, composición), por evolución semántica; a veces (pero no es frecuente) se da una onomatopeya. En suma, se distinguen diversos elementos, es decir, la forma foné-

tica, la forma significante, la noción significada, el referente (cosa o idea designada), la relación entre significante y significado (motivación), mientras que entre E y D existen, a nivel de cada elemento, diversas relaciones (de similaridad, de contigüidad, de causa y efecto, etc.). Por otra parte, las palabras están insertas en dos ámbitos distintos, uno vertical, histórico (donde los parámetros condicionantes son la cronología, el espacio, los cambios y las evoluciones de todo tipo, las relaciones, las necesidades de los hablantes, etc.), el otro horizontal, estático por decirlo así (donde se considera, en cambio, el sistema lingüístico y, por tanto, las relaciones de interacción entre palabras y formas): el esquema ejemplificador es el siguiente; en él la convergencia entre todos estos criterios diversos define la filiación entre el derivado y su étimo:



(según P. Guiraud, *L'étymologie*, 1967², p. 37)

3.0.6. En el *Cours* saussuriano, la etimología se expone brevemente en apéndice a la tercera parte, es decir, a la lingüística diacrónica (se trata, en realidad, de algunos apuntes sobre el curso de etimología griega y latina de 1911-12 utilizados en el apéndice C).

Según el maestro ginebrino, la etimología es la explicación de las palabras mediante la indagación de sus relaciones con otras palabras (y no sólo palabras aisladas, sino también familias y elementos formativos); en este sentido, la etimología no sería ni una disciplina distinta, ni una parte de la lingüística evolutiva, sino tan sólo una aplicación especial de los principios relativos a los hechos sincrónicos y diacrónicos. Así como explicar quiere decir retrotraer a términos conocidos, en lingüística, explicar una palabra significa referirla a otras palabras, únicos términos conocidos posibles, puesto que no hay relaciones de necesidad entre el sonido y el sentido: es el principio de la a r b i t r a r i e d a d del signo lingüístico, que delimita la visión saussuriana y, en gran medida, postsaussuriana del problema, en oposición a una filosofía tradicional que ve los términos conocidos, o, en todo caso, conocibles, en el intrínseco valor «semántico» o «lógico» de la palabra. En este sentido, Saussure prefigura la clasificación de Guiraud cuando, ejemplificando, afirma que el concepto de «procedencia» es múltiple: así, el francés *sel* procede del latín *sal* por simple alteración de sonido (evolución fonética); *labourer* 'trabajar la tierra' viene del antiguo francés *labourer* 'trabajar' por alteración sólo del sentido; *couver* viene del latín *cubāre* por alteración del sonido y del sentido; *pommier* procede de *pomme* por una relación de derivación gramatical (sufijo *-ier* < latín *-āriu(m),* cfr. italiano *-aio, -aro, -iere*): los tres primeros casos implican identidades diacrónicas, mientras que el cuarto se refiere a términos de comparación sincrónicos (raíces, sufijos, etc.: s i s t e m a lingüístico) [1].

[1] A propósito de la derivación por sufijo, es necesario recordar la distinción cronológica de los estratos, dada la productividad de aquél: en otras palabras, el sufijo puede estar presente en una formación antigua o puede, por el contrario, concurrir, posteriormente, a una neoformación: p. e. *forcella* y *forcina* presuponen respectivamente un latín *furcĭlla,* atestiguado y conservado incluso en rumano y sardo, REW, 3594, y un **furcīna,* dada la presencia de [tʃ], palatalización de los grupos latinos *c* /k/ + *e, i*; en cambio *forchetta* (siglo XIV), *forchino* y otros semejantes, son diminutivos del italiano *forca,* precisamente por la presencia de /k/, pues

En la a n a l o g í a , concebida como elección de un modelo e imitación regular de éste, estaría la parte más importante de la investigación etimológica: y, sin embargo, ésta, como la lingüística histórica y evolutiva, describe hechos, pero no de manera metódica, utilizando todos los medios que la lingüística pone a su disposición, sino s i n f i j a r su atención en la n a t u r a l e z a de las operaciones que está obligada a efectuar.

Este juicio parece, en muchos aspectos, parcial y restrictivo, especialmente en lo que concierne a la a u t o n o m í a (es decir, a la identificación y al método) de este sector de la investigación: por otra parte, la inseguridad de la clasificación saussuriana deja abierta, a nuestro parecer, una salida para una valoración más general (y menos genérica) de la etimología como principio —base de las identificaciones lingüísticas de tipo histórico— comparativo, una especie de *prius* ordenador, una intuición general del devenir lingüístico que permite la definición de técnicas y disciplinas como la fonética, la morfología, la lexicología y la semántica histórico-descriptivas y que, sólo d e s p u é s , como aplicación especial a casos particulares de estos métodos, se resuelve en la lingüística evolutiva. Y también es cierto que la etimología, al estar todavía ligada a criterios empíricos e intuitivos, posee un método experimentado y capaz de ulteriores perfeccionamientos, de acuerdo, y no en oposición, con los progresos de la lingüística general. Oportunamente Pisani, recordando que es tarea del etimólogo

> determinar los materiales formales empleados por quien creó el primero una palabra, y juntamente el concepto que con ella quiso expresar,

---

de otro modo tendríamos **forcetta, forcino.* Yerran, por consiguiente, los diccionarios que clasifican en general *forcina* como diminutivo de *forca* (que sería **forchina*), y yerra el REW cit., que incluye entre sus testimonios el español *horquilla,* que n o es derivado directo de *furcilla* (entonces sería **horcilla*), sino diminutivo de *horca.*

discute el principio rígido de la arbitrariedad del signo, que sobre todo en el plano diacrónico no tiene razón de ser, ya que los hombres reciben el signo mismo obteniéndolo de los actos lingüísticos de otros hombres, aunque recreándolo autónomamente (y quizá elaborándolo), pero también porque el proceso etimológico tiende a redescubrir los estadios primitivos del signo en los que éste debía ser, en mayor o menor medida, «transparente» (o motivado): lo que equivale a decir, con Benveniste, que sólo para un extranjero el vínculo entre significante y significado es un puro y simple accidente (cfr. Escalígero, 2.6.3), mientras que, para el hablante nativo, es decir, desde el punto de vista del sistema en sí, esta relación se hace necesaria (un 'caballo' sólo puede ser un *caballo*).

El remitir a Jakobson es, en este sentido, ejemplar, puesto que él examina la cuestión de modo penetrante, partiendo de la conocida tripartición de los signos de Peirce en i c o n o s (representaciones directas), i n d i c i o s (representaciones por contigüidad de hecho) y s í m b o l o s (representaciones por contigüidad institutiva, convencional), y del reconocimiento por parte de éste de que los signos lingüísticos no son simples símbolos arbitrarios, sino que contienen también elementos icónicos e indiciales; el elemento icónico, en particular, tiene una importancia insospechada en la estructura lingüística, ya que la lengua asigna el significante al significado por imitación *(mímēsis)* de m o d e l o s . El que Saussure atenuase su propio principio oponiendo a un «absolutamente inmotivado» un «relativamente arbitrario», es decir, identificable en el plano paradigmático o *asociativo* (*dix-neuf* frente a *vingt*; *poirier* 'peral' frente a *poire* 'pera', por el sufijo *-ier,* reclamado por toda la serie de los árboles frutales, cfr. *cerisier, pommier,* etc., las terminaciones gramaticales y demás, no evita ciertas violencias como el considerar inmotivado *berger* 'pastor' (< latín hablado **vĕrbēcāriu(m),* derivado con *-āriu(m)* de *vĕrvex (vĕrbex, bērbex), -ēcis* 'carnero') frente a *vacher,* 'vaquero', donde se percibe normalmente la conexión con *vache*: los dos términos están ligados, de hecho, por el mismo sufijo de agente *-er* (variante histórica de

-ier); así, *ennemi* 'enemigo' recibe una motivación de la expresión *ami et ennemi* 'amigo y enemigo', donde la rima subraya una afinidad significativa, del mismo modo que la proximidad en la serie numérica del ruso *sem'* 'siete' y *vosem'* 'ocho', *devjat'* 'nueve' y *desjat'* 'diez' (que son ejs. de analogía superpuesta a la regular filiación fonética).

Otros importantes principios motivadores resultan, en fin, de las «influencias cruzadas» entre sonido y sentido (onomatopeya, fonosimbolismo, etc.), de la paronomasia y de las relaciones de semejanza (metáfora, etc.; cfr. 6.2): si todo esto es profundamente verdadero en el plano sincrónico, hasta el punto de justificar la propensión de algunos hacia una etimología e s t á t i c a , basada en criterios semánticos (Vendryès), más válido aún debe considerarse en el plano diacrónico, por el redescubrimiento de las motivaciones que sólo un exacto etimologizar permite: en el sistema latino, la relación entre *vĕrvex, ēcis,* y **vĕrvēcārius,* su derivado, era del todo transparente, mientras que en el francés no existe ya la posibilidad de que el hablante conecte mentalmente *brebis* 'oveja', derivado del primero, con *berger* 'pastor', derivado del segundo: si, por consiguiente, Saussure tiene razón al ver en el francés, con relación al latín, *lo arbitrario absoluto, que es, por otra parte, la condición esencial del signo lingüístico,* la etimología es precisamente el medio que permite superar esta aporía y restablecer el orden ante un aparente desorden.

3.0.7. La concepción, propuesta por muchos, de la etimología como una especie de l e x i c o l o g í a d i a c r ó n i c a (por e. Vendryès), parcialmente justificada por los ejemplos citados, es, sin embargo, aún insuficiente: son esclarecedoras a este propósito las observaciones de Malkiel, que reconoce la i r r e g u l a r i d a d epistemológica de la etimología, recordando la escasa, o incluso nula importancia que se le da en los manuales más acreditados (Saussure, Martinet, Sapir, Bloomfield, que, aun estando lleno de etimologías, trata someramente aquí y allá del problema y describe su

técnica en los capítulos dedicados al cambio fonético y al semántico; cfr. ahora Lyons): la etimología se reduce así a una operación de dimensiones m í n i m a s dentro de la fonética histórica y privada de toda independencia. De aquí proceden algunas reivindicaciones de a u t o n o m í a , encaminadas a precisar la originalidad de esta ciencia: ante todo, el peso que ha tenido en la historia del pensamiento humano como signo tangible de una curiosidad intelectual siempre renovada; en segundo lugar, su misma complejidad, que la lleva a ocuparse tanto de la forma como del significado (y, a través de éste, incluso de la realidad externa) y la asocia a las disciplinas evolutivas, lexicología y fonética histórica, derivación, etc., pero también a la estructura y a la tipología lingüística, en una relación ciertamente, aunque no siempre, fácil de definir (si de generación o de filiación, cfr. 3.0.6): opera, por otra parte, con pruebas f r a g m e n t a r i a s y se basa amplia, si no regularmente, en el principio de la c o n j e t u r a , lo que le confiere una característica totalmente particular.

En esta perspectiva, pierde mucha importancia la cuestión de si se trata de una ciencia o más bien de un arte, porque el elemento casual e intuitivo, que ciertamente ha de tenerse en cuenta, no es más que un momento de síntesis que debe apoyarse necesariamente en una crítica rigurosa y completa de todos los datos, internos y externos: lo mismo que el investigador, el lexicólogo (léase el etimólogo) debe responder a un conjunto de preguntas: qué, con qué, cómo, por qué, quién, dónde, cuándo..., y sólo en el momento en que se haya contestado satisfactoriamente a todas estas preguntas, podrá considerarse resuelta la etimología (Guiraud).

3.0.8. Si, por tanto, en el hecho lingüístico no sólo evoluciona el signo aislado, sino la estructura completa, la etimología es la historia, la descripción de este proceso evolutivo, y no sólo, por consiguiente una aplicación parcial o la ciencia de los *pointillistes* de la lingüística (Malkiel), sino un enfoque interpretativo general que se identifica luego con varias especializaciones: cuando Gui-

raud afirma que en las universidades existen cátedras de varias especializaciones de la lingüística, pero no de etimología, reconoce implícitamente la dificultad de separar este enfoque de uno lingüístico en general.

Se debe a Baldinger el examen analítico de las características de la etimología científica moderna, producto de la cultura románica de comienzos del siglo XIX, que atribuye importancia fundamental al criterio fonético, reservando al semántico una función de soporte, contrariamente a la etimología «precientífica», practicada hasta los tiempos de Ménage y aun después (2.6.2), que se basa, en cambio, esencialmente en el factor semántico y ve en las «transposiciones» de las «letras» el signo de una evolución lingüística sólo describible caso por caso y apartada de todo criterio de regularidad.

Toda la cultura lingüística anterior a Bopp y a Grimm carece de la noción exacta de un cambio formal (fonético) basado en criterios de recurrencia y de regularidad, noción que, en cambio, se consolidó de manera cada vez más rigurosa y pertinente en la lingüística histórico-comparativa del siglo XIX: la máxima teorización de este principio se da hacia fines de siglo en la síntesis de los Neogramáticos, para quienes la lingüística sólo es ciencia en la medida en que la evolución de las lenguas se puede describir con métodos rigurosos y no contradictorios, y que, en la práctica, reducen el análisis lingüístico a la descripción fonética (evolutiva): así, la etimología toma como punto de partida discriminante esta evolución, como se pone de manifiesto en una de las síntesis más típicas de esta escuela, el REW de W. Meyer-Lübke. Es un hecho que, mientras esta mentalidad no estuvo bien definida, la noción de signo lingüístico compuesto por una forma fónica y un contenido semántico no apareció clara para los estudiosos: la especulación etimológica antigua o «precientífica», que es por cierto exquisitamente semántica, no consigue aislar una ciencia autónoma del significado (y no sólo del significante), ciencia que en cambio nace precisamente en plena época neogramática, como contrapartida de una preponderante fonética histórico-descriptiva, con M. Bréal, acuñador

del término *semántica* 'ciencia de las significaciones' (1883), y con A. Darmesteter (1886), contemporáneamente a las reflexiones saussurianas sobre la naturaleza del signo, que desembocarán, algunos años más tarde, en las lecciones del *Cours*.

A partir de Meyer-Lübke, se pone en marcha la recuperación del lado semántico (una vez consolidado el problema fonético) y, en este sentido, puede afirmar Guiraud que la etimología constituye la dimensión diacrónica de la semántica, siendo en sustancia una semántica histórica: éste es el clima que promueve una comprensión más exacta de los fenómenos de etimología «popular» (o «espiritual» o «viva») y que incluso desvía el interés por los significados hacia la naturaleza de las cosas o referentes (materiales o abstractos), hasta los movimientos del tipo *Wörter und Sachen* 'palabras y cosas'. Con estas premisas, la etimología se convierte en una verdadera «historia de palabras»: el mismo Bréal, usando una imagen luego cáusticamente exagerada por Gilliéron, afirma que

> un vocabulario etimológico que se contentase con indicar la raíz sería tan instructivo como un diccionario biográfico que se limitase a proporcionar el nombre y la fecha de los personajes; en cambio a nosotros nos interesa conocer la vida y el carácter, además del papel que han desempeñado en los acontecimientos de su tiempo.

Un ejemplo característico de esto lo proporciona el término latino *cŏxa* 'anca, cadera' que, según el REW, 2292, ha dado el rumano *coapsă,* italiano *coscia,* sardo logudorés, engadino *koša,* friulano *kuèse,* francés *cuisse,* provenzal *cueisa,* catalán *cuxa,* portugués *coxa,* todos precisamente con el significado de 'muslo': Meyer-Lübke no dice mucho más, pero el problema está en saber cómo se produjo, evidentemente, ya en el latín hablado, este desplazamiento de relación; Wartburg cree poder reconocer el origen del cambio en la h o m o f o n í a que se había establecido en el latín posclásico, como consecuencia de la evolución fonética, entre *fēmur, ŏris* 'muslo' y *fĭmus,* popularmente ['femo(s)], 'estiércol', homofonía que ponía en crisis el sistema de las denominaciones de esta parte del cuerpo.

Por eso el paso de *cŏxa* al significado 'muslo', a causa de la caída de *fēmur,* y la sustitución de *cŏxa* por **hanka,* préstamo germánico, permitieron restablecer el equilibrio, contribuyendo a instaurar el sistema actual:

	'cadera'	'muslo'	'pierna'
latín:	*cŏxa*	*fēmur*	*crūs*
italiano:	*anca*	*coscia*	*gamba* (< griego-latín *camba*)
francés:	*hanche*	*cuisse*	*jambe*
español:	*anca, cadera* (< latín *cathĕdra)*	*muslo* (< latín *mūscŭlu(m))*	*pierna* (< latín *pĕrna*)
portugués:	*anca*	*coxa*	*perna*

(Adaptado de W. von Wartburg, *Problemas y métodos de la lingüística,* trad. de Dámaso Alonso y E. Lorenzo, anotado para lectores hispánicos por D. Alonso, Madrid, 1951, pág. 193.)

3.0.9. Estas consideraciones introducen en la especulación etimológica una orientación e s t r u c t u r a l , ligada a las nociones de sistemas y de relación procedentes de Gilliéron y Saussure, que ya no consideran la etimología como observación de un cambio aislado, sino como la percepción de una evolución general y sistemática. Cada palabra forma parte de diversos sistemas en el plano de la forma, de la significación, de la designación de la noción, y contribuye, por tanto, a formar, respectivamente, los c a m p o s :

- formal
  - fonético
  - morfológico, etc.
- semántico
- onomástico
- nocional

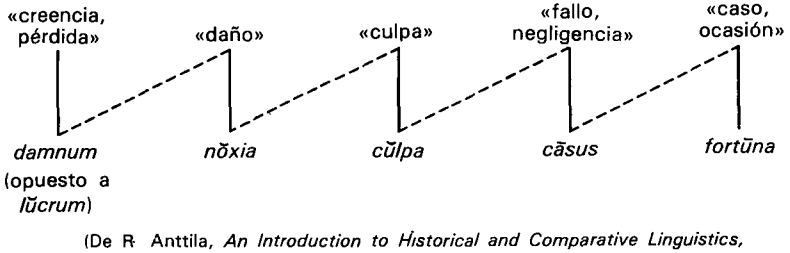
cada modificación implica cambios e n e l sistema o e n l o s sistemas. El léxico de las lenguas románicas ofrece muchos ejem-

plos de estas reestructuraciones, que revelan un origen común, pero diversa colocación, en cada ámbito: el griego-latín *apŏthēca* 'tienda, comercio', continúa en el italiano *bottega* y en el español *bodega,* el primero todavía con el sentido de 'comercio', el segundo con el de 'almacén de vinos'; y así *tĕnda* (bajo-latín) > italiano *tenda,* pero español *tienda* (y portugués *tenda*) 'comercio': en términos diagramáticos, por tanto:

italiano:	*(bettola, cantina,* etc.)	*bottega (negozio)*	*tenda (cortina)*
español:	*bodega*	*tienda*	*(cortina)*

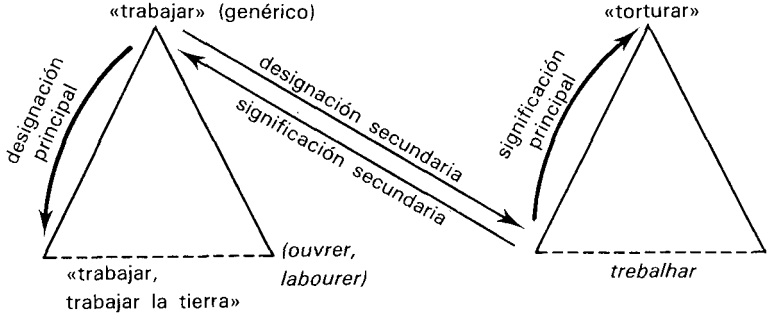
con desplazamiento regular de un grado.

Las correspondencias son etimológicas, pero no semánticas, y, sin embargo, su disposición es s i s t e m á t i c a : se entiende, no obstante, que las correspondencias semánticas no lo son sincrónicamente, sino diacrónicamente, porque *tienda* no es sino la cortina que al principio cubría el banco del vendedor, de donde por extensión de semejanza 'tienda', aunque esté situada en un inmueble; en diacronía, pues, la motivación se da claramente. Obviamente, hay series de traslaciones semánticas con mayor frecuencia en el interior de campos homogéneos, como se puede ver, por ejemplo, en el siguiente esquema de Anttila, que considera los términos latinos relativos a la esfera de la c o n c i e n c i a (el trazo continuo denota correspondencia en el sistema antiguo, mientras que el discontinuo indica la evolución moderna):



(De R. Anttila, *An Introduction to Historical and Comparative Linguistics,* 1972, p. 150)

La interdependencia es rigurosa, sobre todo en el plano de la significación y de la designación, como muestra el ejemplo del provenzal *trebalh, trebalhar* (< latín *tripaliāre* 'torturar, dar suplicio'), en el sentido afectivizado de 'trabajar con fatiga':



(De K. Baldinger, *L'étymologie hier et aujourd' hui,* 1959, p. 246)

La interdependencia de los sistemas formal y semántico resulta evidente, entre otros, en el caso del francés antiguo *malice* < latín *malitia,* que podía ser femenino, pero también masculino, por atracción analógica de la serie *office, service,* etc., según Meyer-Lübke, para otros, por influjo de *vice* < *vitiu(m),* que, en efecto, se ve con frecuencia asociado a aquél en la rima, hasta el punto de generar la forma contaminada (por c r u c e) *mavisce* (siglo XIV); cada palabra se halla en el centro de una compleja red de asociaciones basadas en d o s relaciones, de s e m e j a n z a y de c o n t i g ü i d a d; *cŏxa* y *fēmur* están asociados por contigüidad, mientras que el sentido de *travailler* y *ouvrer (labourer)* lo está por semejanza (similitud, metáfora, etc.).

3.0.10. Actualmente, ningún procedimiento etimológico serio puede, por tanto, prescindir de este modo de considerar las cosas: pero, a los dos aspectos de la cuestión citados (etimología-historia y etimología-estructura) es oportuno ahora añadirles otro t e r c e r o,

que indaga las relaciones entre la historia de la palabra y la historia del hombre; es decir, el aspecto humano o sociológico (en sociedades ricas en historia y en documentos: en otros ámbitos, más ampliamente etnológico o antropológico).

La estructura interna de la lengua, en efecto, no existe *a priori,* sino que procede del hombre, del cual refleja el aspecto dualista (forma ~ contenido): es un problema real el de esclarecer las relaciones entre una lengua determinada y una determinada sociedad o cultura, como han hecho Wartburg, Trier, Matoré y otros (o, en la antropolingüística americana, Sapir, Whorf); por eso la etimología tiene el sentido real de descubrir el *milieu* creador de una innovación léxica, por no decir del cambio lingüístico en general, que es el problema clave de la lingüística evolutiva. Con esto se transforma la historia externa en historia interna y se considera el vocabulario (y no sólo éste) como espejo del conjunto de las actividades humanas: si la palabra y la lengua cambian, como cambia la realidad, la etimología describe y reconstruye esta serie de procesos dialécticos; cfr. 6.0.

3.1. El cambio lingüístico formal

3.1.1. El cambio es la realidad indiscutible de la lengua y la afecta en todos sus planos. Sobre sus causas —sobre todo del cambio fonético— la teoría es compleja: desde las primeras alusiones al clima y al ambiente, poco a poco se fueron invocando el cambio anatómico de los órganos fonadores, la variabilidad de la pronunciación, la imposibilidad para las nuevas generaciones de imitar perfectamente los modelos de las anteriores, la comodidad o ley del mínimo esfuerzo, el cambio de la base de articulación, debido presumiblemente a «reacciones étnicas» (Ascoli), hasta el reciente enfoque estructuralista (carga funcional, presión sistemática) y sociolingüístico (Labov y otros). En realidad, los procesos fonéticos, que parecen tener origen individual, se realizan gradual-

mente, tanto en el plano del cumplimiento como en el de la difusión. Los fundadores de la fonética moderna pudieron mostrar que el lenguaje no es nunca perfectamente idéntico, ni siquiera dentro de una misma familia, y avanzaron la hipótesis de que los cambios se producen en el paso de una generación a otra; esta visión, teorizada por Paul, la han recogido en época muy reciente los fonólogos generativos, que ven en estos procesos la tendencia de las nuevas generaciones a simplificar las gramáticas de los adultos y a racionalizarlas; así, el cambio fonético es un verdadero cambio de la gramática, en el sentido de que cambian las reglas y su orden, y se origina en la competencia del hablante (es decir, forma parte de su estructura lingüística).

En el enfoque de origen neogramático se distinguen, por el contrario, cambios i n c o n d i c i o n a d o s o espontáneos, que son desplazamientos articulatorios graduales de nivel sistemático, y cambios c o n d i c i o n a d o s , que tienen carácter repentino y llevan a la sustitución de elementos fónicos (metátesis, asimilación, disimilación, etc.): en todo caso, la característica del cambio fonético es la r e g u l a r i d a d , sancionada en la famosa expresión de la o b l i g a t o r i e d a d absoluta de las leyes fonéticas, y en el carácter mecánico de la evolución, gobernada por una actitud psíquica.

3.1.2. Se sabe, por otra parte, que las condiciones sociales desempeñan en estos procesos un papel extremamente importante, según que en el uso lingüístico se impongan los modelos de tal o cual grupo: en términos corrientes se habla de «moda» (imitación consciente o semiconsciente), que, en efecto, tiene el poder de provocar cambios generales, a menudo en virtud de un reconocido prestigio del modelo influyente.

Entre los ejemplos canónicos puede citarse la preponderancia de la Corte en la Francia de los siglos XVII y XVIII, de la burguesía media parisina después de la Revolución: el francés *fille* [fi:j] es el resultado de una pronunciación de la clase pequeño-burguesa de

París, que tendía, desde el siglo XVII, a simplificar /λ/ en /j/, particularidad que se impuso naturalmente con la Revolución (mientras que antes se censuraba como incorrecta), relegando al rango de dialectal-provinciana la pronunciación [fi:λ]; el dialecto veneciano acabó por desfonologizar, en la primera mitad del XIX, la oposición entre /ts/ y /s/, que distinguía aún los resultados de /k/ + /e, i/ latina de los de /s/, por ejemplo /'tsento/ 'cien' < *cĕntu(m)* frente a /'sento/ '(yo) siento', del verbo latino *sentīre,* por lo cual la realidad moderna es para ambos significados /'sento/: el uso, nacido ya en el siglo XVIII, se difunde desde las clases inferiores, a las que Boerio se lo reprocha explícitamente en el prefacio de su *Dizionario del dialetto veneziano* (1829).

Es también plausible invocar la tendencia a la comodidad y al mínimo esfuerzo, aunque muchos cambios tengan como resultado una complicación articulatoria: aquí es o b l i g a d a la referencia al concepto moderno de e c o n o m í a propuesto por Martinet, es decir, una visión estructural del cambio lingüístico que engloba unitariamente los principios del mínimo esfuerzo, del énfasis, de la máxima diferenciación de los fonemas y de la asimetría de los órganos fonadores; las evoluciones se realizan en el conjunto de un sistema relacional de sonidos como es el que posee todo hablante, y la tendencia a reducir al mínimo la actividad mental y física está en relación funcional con las exigencias de la comunicación.

3.1.3. Un ejemplo importante de cambio fonético sistemático es el de la sonorización de las consonantes sordas i n t e r v o c á l i c a s en la Romania occidental (es decir, en la Italia septentrional, en el romance alpino, en el dominio francés y provenzal, en el ibérico): si consideramos el artículo del REW, 6682 *pŏsse,* o mejor, la base latina popular **potēre,* veremos que los resultados son, por una parte, rumano *putea,* dálmata veglioto *potar,* italiano (toscano) *potere,* por otra, engadino *pudair,* friulano *podí,* francés antiguo *pooir* > moderno *pouvoir,* con *-v-* destinada a evitar el hiato), y provenzal, catalán, español, portugués *poder.* Así, pues, en toda el área citada, *-t-* (dental sorda) ha pasado a la correspondiente

sonora *-d-*, y, en el caso del francés antiguo, de ésta a cero (a través de ð); análogamente, el artículo *sapo, ōne* nos da, por una parte, el rumano *săpun,* dálmata veglioto *sapaun,* italiano *sapone,* con *-p-* conservada, pero, por otra, engadino *savun,* friulano y francés *savon,* provenzal y catalán *sabó,* español *jabón,* portugués *sabão,* con *-p-* sonorizada en *-b-* o *-v-*: el resultado último de esta «lenición» es, de hecho, una fricativización de la oclusiva, que puede llevar a su desaparición. Pero si *-p-, -t-, -k-* se sonorizan en *-b-, -d-, -g-,* los correspondientes originarios tienden por su parte a la desaparición, cfr. REW, 5942, *nōdāre*: rumano *(î)noda,* italiano *annodare,* frente al francés *nouer,* provenzal *nozar,* catalán *nuar* (y español *anudar*).

Esta gran reorganización distingue, en suma, el consonantismo intervocálico de la Romania occidental del de la Romania Oriental, y sirve como criterio fundamental de clasificación: pero las consecuencias de este proceso (iniciado probablemente en los primeros siglos de la época vulgar) son bastante más amplias, porque la sonorización de las sordas intervocálicas permite, con el paso del tiempo, la simplificación de las antiguas geminadas (consonantes dobles), que, en efecto, ya no existen en los sistemas occidentales, pero se conservan bien en el italiano centro-meridional; el rumano, en el extremo oriental, ocupa una posición especial, porque no sonoriza las sordas, pero simplifica igualmente las geminadas, cfr. REW, 3928, *gŭtta* 'gota': rumano *gută,* engadino *guoˈta,* friulano *gote,* francés *goutte,* provenzal, catalán, español, portugués *gota,* todos con el sentido de 'gota'. Así, pues, se pueden encontrar en la Romania dos sistemas etimológicamente idénticos, pero sincrónica o estructuralmente diferenciados: la oposición fonológica latina /t/ ~ /tt/, por ejemplo, se escinde en:

a) /t/ ~ /tt/, cfr. italiano *ruota* < latín *rŏta*; cfr. italiano *rotta* < latín *rŭpta* (hablado */'rotta/);
b) /d/ ~ /t/, cfr. veneciano *ròda* 'rueda'; cfr. veneciano *rota* 'rota'.

Es interesante observar que la simplificación de las geminadas es un proceso secular y que, en el sector de las consonantes líquidas *(r, l)* y nasales *(m, n),* las geminadas fueron conservadas bastante tiempo, incluso en Occidente, al menos hasta la época literaria, mientras que su eliminación definitiva suele darse con reflejos en las simples originarias: así, en rumano, /ll/ > /l/, al menos en ciertas condiciones, pero /l/ intervocálica pasa

a /r/, cfr. respectivamente *cal* < *caballu(m),* pero *care* < *quale(m).* Análogamente, /nn/ latina se palatalizó en catalán y español, cfr. *año,* frente a la conservación de /n/, mientras que, en diversos dialectos italianos septentrionales (ligures, piamonteses y lombardos), la diferenciación se mantuvo velarizando el resultado de /n/, por ejemplo *lũn-na* 'luna', *caden-na*; todavía el portugués, por último, simplifica la /nn/ > /n/, pero lleva /n/ a cero, cfr. *lua* < *lũna,* a través de **lũa.*

Es también sintomático que estas condiciones se reflejen, a veces, hasta en el entorno vocálico, afectando a la estructura de la palabra aún más a fondo: en rumano, por ejemplo, la velarización de /a/ en contacto con /n/, cfr. *cîne* 'perro' < latín *cane(m)* no se da en contacto con /nn/, cfr. *an* 'año' < *annu(m),* mientras que en veneciano el vocalismo final es estable tras una geminada líquida o nasal originaria, cfr. *ca(l)e* 'calle' < *calle(m)* pero *sal* 'sal' < *sale(m)*; *gran* 'gran' < *granu(m),* pero *ano* 'año' < *annu(m),* etc.

3.1.4. Naturalmente, existen algunas tendencias naturales al cambio, que derivan precisamente de la inclinación que tienen los sonidos a adecuarse a los sonidos contiguos en la cadena hablada. Este principio generalmente a s i m i l a t i v o atañe, por ejemplo, a un fenómeno fonético bastante difundido, como la palatalización de fonos velares en contacto con vocales anteriores (o palatales, precisamente): si en italiano decimos *casa,* notamos que, fonéticamente, [k] es distinto del sonido que se da, por ejemplo, en *china,* donde se produce propiamente una realización avanzada [k +] o incluso [ķ], es decir, condicionada por la palatalidad (proximidad de la parte anterior de la lengua a la bóveda palatal) de la /i/ siguiente; sin embargo, funcionalmente, los dos fonos se reconocen en un fonema único /k/, lo que equivale a decir que en italiano no es posible una oposición fonológica /k/ ~ /ķ/, contra lo que ocurre en otros sistemas, como el friulano. Históricamente, se puede ver aquí el inicio de un proceso de asimilación progresiva que palataliza cada vez más la consonante, como sucede en latín, donde precisamente *c + e, i* sonaba originariamente [k], cfr. *Cĭcĕrō* ['kikero:], *cēna* ['ke:na], pero luego evolucionó casi en todos los terri-

torios románicos (con excepción del dálmata y el sardo) hasta [tʃ], conservada en la zona de palatalización arcaica (Italia centromeridional y algún sector de la cisalpina, en dialectos lombardos y alpinos; finalmente, Rumanía), cfr. en efecto, *cena, cinque,* alcanzando en cambio el estadio de sibilante en los territorios occidentales, cfr. francés [s] en *cent* < *cĕntu(m), cendre* < *cĭnĕre(m);* español [θ] en *cinco,* etc. Se entiende que en italiano existen también [ki, ke] de otro origen, habitualmente < *qui-* o *cli-,* cfr. *chi* < latín *quī, chino* < **clīnu(m),* mientras que, a su vez, el adverbio *qui* < latín **eccu(m) (h)ic*: se trata de una serie de distancias mantenidas en la cadena [kui] > [kwi] > [ki] > [tʃi], incluso cuando algunos resultados dialectales avanzan más, como en el caso del veronés, donde el italiano *qui* está representado por *chi,* mientras que el pronombre *chi* lo está por *ci.*

3.1.5. El factor histórico y social es realmente uno de los motores principales del cambio: la mezcla de lenguas y dialectos, los intercambios lingüísticos que se producen entre las distintas clases y los distintos pueblos tienen que dejar huellas y consecuencias (aunque existan fuentes «internas», debidas, por ejemplo, a factores de inestabilidad en el sistema fonológico): así se justifica, al menos en parte, la diferenciación dialectal del latín, que, de lengua de una pequeña comunidad de pastores y agricultores, se convirtió en lengua de un imperio sumamente vasto y multiforme, expuesta a gran variedad de cruces y de influencias en el espacio y en el tiempo. Lo que importa es que el cambio afecta a la realidad lingüística en t o d a su complejidad: en un nivel superior al fonológico consideramos, en efecto, el cambio morfosintáctico, que se apoya en los dos factores de la evolución f o n o l ó g i c a y de la a n a l o g í a ; ésta produce, por ejemplo, las formas italianas coloquiales (populares) *dassi, stassi* (en vez de los literarios *déssi, stéssi*), calcadas sobre los regulares *amassi, andassi,* etc.

Es conocida la paradoja de Sturtevant, según la cual la analogía, que es un fenómeno irregular (es decir, no describible según

modelos de acción bien precisos), produce sin embargo regularidades (es, por tanto, un principio o r d e n a d o r), mientras que la evolución fonética, fenómeno regular, cumpliéndose con constancia en condiciones semejantes, produce irregularidad: cfr. el paradigma sueco *gås* [go:s] 'oca', plural *gäss* [jɛs], donde la escritura conserva aún un discreto estadio de semejanza, mientras que la realidad fonética está, en cambio, fuertemente diferenciada y es aparentemente contradictoria. La razón de este fenómeno está, efectivamente, en un hecho de m e t a f o n í a palatal (modificación de la vocal radical por influjo de /i, j/), ocurrido ya en época protohistórica, cfr. los paradigmas análogos del alemán *Gans ~ Gänse,* inglés *goose ~ geese,* que, sin embargo, son más transparentes que el sueco, el cual hizo evolucionar posteriormente (esta vez en época ya histórica, como lo demuestra la uniformidad de la notación gráfica) la velar sonora [g] ante la vocal palatal (anterior) del plural [ɛ] llevándola a [j], es decir, tratándola de acuerdo con un proceso asimilativo de palatalización.

La modificación de los sonidos en la palabra implica, pues, fatalmente una modificación de la forma: el latín conocía, como se ha dicho, una oposición funcional entre vocales breves y largas, que se reflejaba regularmente en la morfología del sistema: *rŏsă* /'rosa/ 'la rosa' (nominativo), frente a *rŏsā* /'rosa:/, (ablativo); cuando, por un proceso evolutivo, al que probablemente no fue ajeno el contacto con lenguas de estructura vocálica y acentual diferente, esta oposición se atenuó y luego desapareció, fue necesario suplir con otros medios y restablecer esta importante distinción funcional (por ejemplo, con el uso de preposiciones o con ordenaciones precisas de las palabras en la frase). Análogas consideraciones se pueden hacer sobre la pérdida del futuro latino, cuya forma «sintética» fue sustituida por otra «analítica» luego reconvertida, siempre por evolución fonética, en forma simple: en el sistema latino había ya formas ambiguas como *faciam,* que tanto podía ser presente de subjuntivo como futuro, lo cual previamente producía confusión, y el proceso general de reordenación (y simplificación) llevó

al nacimiento de modelos como *cantāre habeo,* difundidos en la latinidad tardía y base del futuro románico, italiano *canterò,* español *cantaré,* francés *chanterai,* etc., a parte algunas áreas que han elegido *debeo* (sardo *deppo cantare*) o *volo* (rumano *voi cînta*).

3.1.6. La evolución fonética y morfológica tiene también consecuencias no pequeñas en el plano s i n t á c t i c o : si, por ejemplo, acudiendo a un ejemplo trillado, el latín podía decir *Paulum Petrus amat,* anticipando el objeto, el italiano tiene la obligación de decir (al menos en un contexto de tono normal) *Pietro ama Paolo*; las tres palabras son etimológicamente del todo correspondientes, pero la caída de las desinencias casuales configura para el italiano un determinado orden de las palabras destinado a preservar una relación funcional dada. Sumamente expuesto al cambio está, finalmente el l é x i c o , el sector que más de cerca nos interesa en cuanto objeto privilegiado de la etimología, tanto por causas i n t e r n a s como por causas e x t e r n a s : las primeras afectan evidentemente a la evolución formal o semántica (cfr. 3.2), y no sólo a los procesos de d e r i v a c i ó n (y c o m p o s i c i ó n) ; en particular, la derivación por medio de sufijos constituye algo así como un verdadero universal etimológico, y se realiza según modelos recurrentes y regulares, cfr. *Italia→italiano.* El latín *sēcăle (*sēcāle),* REW, 7763, dio el italiano *ségala* 'centeno' (y en la Romania del nordeste, **segàla*) mientras que a un derivado **sēcalĭneu(m)* 'parecido al c., como el c.' (como alusión precisa a la paja delgada y larga de la graminácea) es atribuible el italiano *segaligno,* que se dice de una persona larga y enjuta; en el área friulana, esta oposición se realiza en sentido aún más propio, teniendo por una parte *siàle* 'centeno' (graminácea útil y cultivada) y por otra parte *(jarbe) sialègne,* etimológicamente 'hierba semejante al centeno', que designa a algunos tipos de gramináceas invasoras e inútiles: análogamente, al tipo 'zafferano' ('azafrán'), que designa a la conocida planta oficinal originaria de Oriente, corresponde en los dialectos toda una serie de derivados que designan, en cam-

bio, al cólquico (*Colchicum autumnale L.* y varias especies), planta igualmente exótica y s u c e d á n e a del primero, cfr. *zafferanone, zaffranello,* siciliano *zaffrana, zaffranedda,* etc.: los paralelos formal y semántico son evidentes. Es típica también de las lenguas románicas la derivación por sufijo de bases simples con trivialización del significado (extensión, es decir, mantenimiento sustancial, del originario), cfr. *auris,* 'oreja' frente a *aurĭcŭla, sōl* 'sol' frente a **sōlĭcŭlus, acus* 'aguja' frente a **acūcŭla, ŏvis* 'oveja' frente a *ŏvĭculă,* etc.: parece condición de esta estructura la exigüidad fonética del tipo primario, con la fuerte, y a veces preponderante, difusión del derivado. Frente a estas causas internas hay, por último, una serie de condiciones e x t e r n a s , que atañen en conjunto a la naturaleza y al proceso del p r é s t a m o (cfr. 3.4.5 y 3.5).

3.1.7. Otro problema capital en el cambio lingüístico es, finalmente, el de la cronología, medio y objetivo al mismo tiempo de cualquier estudio histórico exhaustivo del lenguaje. Distinguiremos, obviamente, una cronología a b s o l u t a y otra r e l a t i v a , la primera difícilmente conjeturable sin la ayuda de argumentos externos (documentos o referencias fechables), la segunda deducible, en cambio (y, por eso, tanto más significativa en el plano lingüístico) de comparaciones internas. Ejemplificando este último punto, resulta muy clara la jerarquía evolutiva del francés *chose* 'cosa' < latín *causa,* donde se ha producido la palatalización de /k/ originaria además del cierre de /au/ en /o/: teniendo en cuenta que la palatalización francesa se da precisamente ante /a/ y nunca ante /o/, t i e n e q u e haber precedido al cierre del diptongo, pues, en caso contrario, habría resultado */ko:z/. En cuanto a la época del cambio, la fecha supuesta está a caballo entre los siglos VII-VIII d. C., ya que aquél es p o s t e r i o r a la introducción de muchas voces germánicas (fráncicas), que, por consiguiente, participan de la evolución, cfr. *Charles* < *Karl*: los datos externos que corroboran esta hipótesis son el establecimiento de elementos francos en la Galia septentrional (siglo VI) y la presencia del fenómeno en los

más antiguos textos franceses (siglo IX); por otra parte, el inglés que, después de 1066, como consecuencia de la conquista normanda, incorporó gran número de elementos franceses, muestra que en aquella época la realización era [tʃ] (no [ʃ] como hoy), cfr. *channel, chieftain* (3.4.5.). Continuando con la cronología relativa, ejemplos españoles como *tilde* < latín *titŭlu(m), cabildo* < *capĭtŭlu(m),* muestran con su /d/, correspondiente a la /t/ intervocálica latina, la anterioridad de la sonorización de la oclusiva intervocálica respecto a la síncopa de la vocal átona y, por último, de la metátesis *(capĭtŭlu(m)* > **cabidolo* > **cabidlo* > *cabildo*: cfr. también *molde* < *mŏdŭlu(m))*; en cambio, un paradigma friulano como *lôf* [lo:f] 'lobo' < *lūpu(m),* femenino *love* ['love] < *lŭpa,* permite ordenar una serie de evoluciones que (a parte de la cantidad de la vocal tónica en el masculino, que es un problema más complejo planteado al final del componente fonológico) parten de la sonorización de *-p-* > *-v-*, y siguen con la caída de la vocal final, que diferencia el masculino /lov/ del femenino /lova/ (la *-e* moderna presenta una reducción de la vocal átona final, típica del área friulana central), con el masculino caracterizado ulteriormente por la neutralización del contraste entre sordas y sonoras en posición final, que provoca precisamente la forma superficial (o emergente) *lôf*. El latín *amĭta* 'tía (paterna)', REW 424, ha dado, entre otros, el veneciano *àmia* (antiguo *àmeda*) y el francés antiguo *ante* (moderno *tante*): la evolución del primero muestra el mantenimiento de la vocal átona, que ha permitido la sonorización de /t/ y su posterior desaparición, a través de las fases *àmeda* > **àmeða* (¡en los textos antiguos *amedha*!) > **àmea* > *àmia*; en cambio, la conservación de /t/ en francés obliga a concluir que, a n t e s de la sonorización, la *-ĭ-* latina débilmente acentuada había caído por síncopa, formando un **amta* donde la /t/, ya no intervocálica, permaneció intacta: la síncopa de vocal interna en los proparoxítonos es, por otra parte, típica del francés, cfr. *asĭnu(m)* > *asne* (moderno *âne*), *camĕra(m)* > *chambre, pĕrtĭca(m)* > *perche, fraxĭnu(m)* > *fresne* (moderno *frêne*). Pottier ha destacado, especialmente, el valor de

la datación de las palabras en la investigación etimológica, observando que el problema mayor consiste en el conocimiento (es decir, en la recogida) del material histórico, sumado a la presencia de otros varios indicios externos: el español *alcaicería* 'lonja donde los mercaderes tenían tienda' (sobre todo la 'lonja de la seda' y su correspondiente aduana en el reino de Granada) es un derivado del árabe *(al)qaiṣārīya,* procedente a su vez, de *Caesar (Qaiṣar)* nombre del emperador romano, es decir, arabización de un griego bizantino *kaisáreia* 'palacio del gobernador bizantino', destinado a nuevos fines por los conquistadores árabes; según Corominas, la documentación en la forma citada es de 1571-5 (Hurtado de Mendoza), siendo muy anterior, pues se remonta a un documento aragonés de 1229, la variante *alcacería,* que aún se encuentra en el siglo XVI: de donde concluye Corominas que esta forma, frente a la posterior y restablecida de modo más adherente al étimo, debe de haber surgido por cruce con *alcázar* 'palacio fortificado', otro conocido arabismo español, que se remonta, también, en última instancia a un antecedente latino *(al-)qaṣr* < *castru(m).* El gran distanciamiento (tres siglos y medio) entre las dos formas ha sugerido a Corominas la hipótesis correctiva, que sin embargo es parcialmente inútil si se observa, con Pottier, que la forma más «correcta», *alcaicería,* ya está atestiguada en un documento de Guadalajara de 1384 y que, por consiguiente, puede suponerse tan antigua como la otra: vale más, pues, en vez de suponer una tardía (y bastante ímprobable) corrección culta, pensar en la coexistencia, desde el principio, de las dos variantes.

3.2. El cambio semántico

3.2.1. Junto al cambio fonético o de los significantes, existe también un cambio semántico o de los significados: el signo lingüístico cambia en su complejidad, como hemos visto, pero los dos componentes revelan su autonomía precisamente en los procesos

de cambio (puede cambiar uno y no el otro, y, de cualquier modo, las vías de evolución pueden ser distintas, aunque quede la posibilidad del influjo recíproco, sobre todo en el caso de la analogía).

En muchos aspectos el problema del cambio semántico y de sus causas es también complejo, es decir que son múltiples sus causas y múltiples sus modos y, en cualquier caso, esta visión autónoma del factor significado es moderna, cfr. 3.0.8. En particular, las primeras pueden ser históricas (cambios en las ciencias, técnicas, instituciones: puede cambiar la cosa significada sin que cambie su nombre), lingüísticas (evolución lingüística, cruce, etimología popular, conflictos homonímicos, etc.), sociales (diversificaciones estratificadas de significados, especializaciones o restricciones), psicológicas (búsqueda de expresividad, *tabú,* eufemismo). Todo lo abarca, en cualquier caso, la facultad semántico-creativa del hablante, que, a través de algunos procesos relacionales de base, establece vínculos entre las nociones y los signos lingüísticos y entre los signos lingüísticos mismos: toda creación verbal, afirma una vez más Guiraud, es siempre motivada y se basa en asociaciones extraconvencionales de tipo formal o semántico (transferencia de sentido); sólo la transmisión de base del sentido se apoya en una asociación convencional.

3.2.2. Los primeros semantistas se limitaron a establecer —o a retomar— algunas figuras (retóricas) esenciales como la sinécdoque, la metonimia, la metáfora, etc.: corresponde, en cambio, a los primeros investigadores de las relaciones entre psique y lenguaje la fijación de algunas categorías más precisas en cuanto a esto; Wundt pone de relieve la naturaleza psicoasociativa de estos procesos, identificando los dos grandes tipos de asociación, por semejanza y por contigüidad: el cambio puede consistir en una transferencia de nombre o en una transferencia de sentido (metáfora, etc.), de acuerdo con los dos tipos mencionados. El latín *hŏstis* 'enemigo' corresponde al alemán *Gast,* gótico *gasts,* nórdico antiguo *gestr,* inglés *guest* 'huésped': la cadena fonética que recons-

truimos con las correspondencias —con el auxilio de otras lenguas indoeuropeas— nos retrotrae a un **ghŏsti-s,* pero la explicación no es completa sin la reducción *ad unum* del lado semántico, que se obtiene partiendo de un significado originario de 'extranjero' que luego se especializó con connotación positiva en germánico, negativa en latín; éste es, de todos modos, un caso de transferencia de nombre por semejanza de sentido. También en germánico, podemos demostrar la identidad del alemán *Recke* 'héroe' y del inglés *wretch* 'miserable, andrajoso' a través de un alto alemán antiguo *(w)reckeo* 'desterrado, proscrito' y un anglosajón *wrecca* 'infeliz, fugitivo', ambos de una base **wrakjan-* (que, además, en la forma fráncico-latina *waracione(m)* es el origen del francés *garçon* 'muchacho'): también aquí, un 'proscrito' fue sometido a una connotación de tipo «romántico» en alemán, pero negativo en inglés, pues el que ha sido desterrado de su país es un infeliz condenado a vagar por el mundo y a vivir en la miseria. Análogas consideraciones se pueden hacer para el alemán *Gift* 'veneno' (en conexión con el verbo *geben* 'dar') y el inglés *gift* 'don, regalo': históricamente su significado propio es, en efecto, el último (cfr. el alemán *Mitgift* 'dote', *Brautgift*) y el paso a 'veneno' es eufemístico, sin duda por influjo de la sustitución de latín *venēnum* por el griego *dósis* (de *dídōmi* 'doy') 'regalo', pero sobre todo 'poción (¡dosis!) de veneno que se da, se administra', cfr. igualmente el francés *poison* < latín *potionē(m)* 'bebida', que ha pasado también a 'veneno'; así, el alemán *Knecht* 'muchacho, mozo' y el inglés *knight* 'caballero' son idénticos, y se remontan respectivamente a un alto alemán antiguo *kneht* y a un anglosajón *cniht,* ambos en el sentido de 'muchacho, mozo': en este caso, es el inglés el que ha hecho evolucionar el significado, a través de un estadio de 'escudero'. El alemán *lesen,* originariamente 'recoger', pasó a significar 'leer' (análogamente al latín *lĕgĕre*), con una clara referencia al período en que la operación consistía en interpretar las runas grabadas en bastoncitos, cfr. el sentido originario en el anglosajón *lesan,* del que procede el inglés moderno *lease* 'espigar': siguiendo con la referencia

al sistema alemán, el adjetivo *leer* 'vacío' está vinculado a *lesen* (la /r/ se explica por un rotacismo de /s/ sonorizada por efecto de la 'ley de Verner', **lēzia-*), y la imagen está ligada a una realidad concreta, agrícola, en que *lesen* quería decir 'recoger', propiamente las espigas en el campo, 'espigar', y *leer* '(re)cogido' indica precisamente el campo espigado y falto ya de todo, 'vacío' metafóricamente.

3.2.3. Hasta aquí nos hemos movido en el ámbito de las transferencias de nombre por semejanza de sentido, pero debemos recordar también la presencia de hechos semejantes por c o n t i g ü i d a d semántica, representados en general por figuras como la sinécdoque, la metonimia, etc.; cfr. el caso del francés *vêpres,* italiano *vespri,* donde la función religiosa recibe su propia denominación de la hora en que se desarrolla, latín *vĕsper* 'tarde'.

Por otra parte, las transferencias se dan también en el nombre, especialmente en el caso de cruces y asociaciones paronímicas: el francés *faubourg* 'suburbio' es, en su origen, un *forsborc* (siglo XII), es decir, 'fuera del burgo', cruzado más tarde (siglo XIV) con *faux* 'falso' < latín *falsu(m),* como *faux bourg* 'burgo falso' (*tr.* por semejanza), mientras que las diversas partículas como *rien* < latín *rĕm* 'cosa', *pas* < latín *passu(m)* 'paso', *point* < latín *punctu(m)* 'punto', además de *personne* < *persōna,* evolucionaron (en contacto con *ne*) hasta un significado de negación (*tr.* por contigüidad); y así sucesivamente, hasta los casos más complicados de *tr.* compuestas (Guiraud).

3.2.4. Se ha dicho por ej. (Marouzeau), con razón, que el latín es una lengua de labradores: de hecho, un buen número de términos de sentido general y abstracto muestran una semántica subyacente que refleja de modo perfecto la realidad concreta del mundo rústico: *cŏlĕre* 'cultivar' > 'habitar, residir', *pŭtare* 'podar, limpiar' (cfr. *Pŭta* 'diosa de la poda') > 'distinguir, discernir, estimar', *cĕrnĕre* 'cernir, tamizar' (el grano para separarlo del cascabillo) > 'distinguir; separar' (cfr. también *decrētum* 'decreto, deci-

sión', de *de- cĕrnĕre*: el término es afín a *crībrum, crībĕllum* 'criba, tamiz', cfr. asimismo la metáfora actual, 'pasar por la criba, cribar' para 'examinar, juzgar'); *rīvālis,* derivado de *rīvus* 'riachuelo', propiamente 'el que comparte con otro una reguera' > 'rival'; *exāmen* 'enjambre de abejas' (< **exāgmen,* de *ăgo* 'llevar delante') > 'examen'; y así *laetus* 'alegre' es en su origen 'gordo, opulento', cfr. *laetāmen* 'estiércol, que abona la tierra'; *fēlix* 'feliz' es 'fértil, próspero', cfr. *fēcŭndus*; *ēgrĕgius* 'distinguido, notable, destacado', es 'el que se sale *(e, ex)* del rebaño *(grex, grĕgis)*', etc.

Procesos de transferencia y generalización se observan regularmente en la fijación de terminologías técnicas vinculadas a la evolución material: generalmente, el verbo que en las distintas lenguas indoeuropeas designa el 'escribir' está semánticamente vinculado a las primitivas técnicas de escritura (incisión, pintura, dibujo, etc); el latín tiene, en efecto, *scrībĕre,* propiamente 'rayar, hacer una incisión' (cfr. el letón *skrīpât* 'hacer una incisión') el griego *graphō* 'hago una incisión' (< **gerbh-,* cfr. alemán *kerben* 'id.'), el inglés *write* < germánico **wreit-an,* de donde proceden también el alemán *ritzen* 'hacer una incisión' y *reissen* 'frotar'.

Uno de los ejemplos más convincentes lo proporcionan los términos para 'trabajo, trabajar', que en bastantes lenguas derivan de la voz que indicaba 'fatiga, sufrimiento' ('fatiga' > 'trabajo'): latín *lăbor* 'fatiga, sufrimiento', *laborāre* 'sufrir' > italiano *lavorare,* provenzal *lavorar, labrar* (> francés *labourer*) 'trabajar la tierra, arar', etc.; francés *travailler* < **tripaliāre* 'atormentar, martirizar', propiamente 'someter al **trĭpālium,* tormento, suplicio'; el alemán *arbeiten* 'trabajar', *Arbeit* 'trabajo' se conecta con el gótico *arbaiþs* 'necesidad, carencia', nórdico antiguo *erfiði* 'fatiga, cansancio', anglosajón *earfoð(e)* 'tribulación'; el rumano *muncă* 'trabajo' viene del eslavo *mąka* 'tormento, suplicio', valor conservado en el servocroata *muka,* ruso *múka,* polaco *męka.*

3.2.5. Sin embargo, las cuestiones semánticas y léxicas no pueden tratarse correctamente al margen de lo que suele definirse como

el campo asociativo (Bally, Trier): la introducción de este criterio ampliamente estructural en la semántica y en la lexicología encuentra su punto de partida también en el pensamiento de Saussure, quien observó explícitamente que el vocablo no es una entidad atómica, sino que vive dentro de una red de asociaciones, tanto formales como semánticas, en el plano llamado paradigmático. Para retomar el ejemplo clásico de Saussure, un término como *enseñanza* se vincula inmediatamente, por un principio de psicología asociativa, a *enseñar, enseñante,* etc. (corradicalidad o, mejor, identidad fundamental de signo), pero también a *templanza, andanza, venganza* (identidad formal de sufijo, o sea formación analógica), finalmente a otros términos como *estudio, instrucción, aprendizaje, educación, escuela* (analogía semántica y conceptual). Sobre todo en la elaboración de Bally, esta visión muestra su importancia para la comprensión de los cambios semánticos, determinados precisamente por las asociaciones formales y semánticas que gravitan en torno a un vocablo (cfr. la etimología popular, 4.0), especialmente las que determinan su esfera conceptual. Esto justifica muchos pasos fundamentales, por ej., de lo concreto a lo abstracto, como hemos mostrado antes, y lleva el discurso al problema base de la motivación de las palabras.

3.2.6. Wartburg, siguiendo sustancialmente a Ullmann, propone una categorización del principio en cuestión atendiendo a: 1) palabras motivadas directamente (por los sonidos), como las onomatopeyas (y las imágenes sensoriales en general, la sinestesia); 2) palabras motivadas en su estructura morfológica, como los compuestos (*pararrayos, guardiamarina, abrecartas,* etc.) y los derivados (*rebajarse* de *bajo, corredor* de *correr, libraco* de *libro, fichero* de *ficha,* etc.), o bien los deslizamientos semánticos (*pluma* 'utensilio para escribir' originariamente 'pluma de oca'; *pie* o *pata* de una mesa, *pico* de un jarro, *brazo* de una balanza: el principio de la *animalización* es uno de los más poderosos en esta materia; 3) palabras llamadas *arbitrarias* u opacas, es decir, no ex-

plícitamente motivadas, siempre en el plano sincrónico por supuesto, pues, en el diacrónico, la motivación existe y se identifica cabalmente con el étimo: por ej. el español *gallo* está ligado necesariamente a su antecedente latino *gallus,* es decir, no puede venir (inmediata o mediatamente) más que de éste. En particular, la investigación etimológica es, con esto, capaz de restablecer el significado originario, es decir, de motivar una palabra de otro modo oscura: el alemán *Hahn* 'gallo' es de suyo opaco, pero, con sus correspondientes germánicos (anglosajón y gótico *hana,* nórdico antiguo *hani*) se remonta a un **han-* < indoeuropeo **kan-,* la misma raíz del latín *canĕre* 'cantar' (*cantāre* > italiano *cantare,* español *cantar,* francés *chanter,* etc., es un frecuentativo de *canĕre* 'tararear, canturrear'); y también *carmen* > **canmen,* 'carmen, canto', *canōrus*; irlandés antiguo *canim* '(yo) canto', etc...; desde un punto de vista evolutivo, por consiguiente, *Hahn* 'gallo' es caracterizado como 'el que canta' y pertenece a una familia etimológica de la que también forman parte *Henne* 'gallina' (inglés *hen*) y *Huhn* 'pollo' (neerlandés *hoen* [hun], nórdico antiguo *høns(n)*).

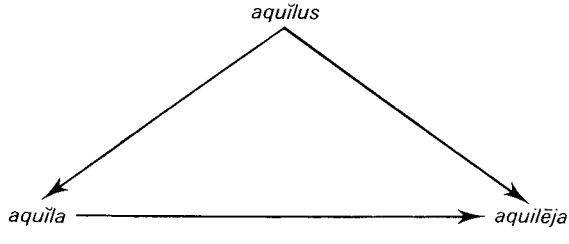
También es cierto que la inmotivación, aceptable en el plano individual, no lo es ya en el social, que en lingüística es preeminente: si el signo no representa al objeto externo, sino (elaboración en el tiempo) la noción que de éste tienen los componentes de una sociedad determinada, se sustrae al arbitrio, porque los hombres lo reciben del lenguaje de los demás con aquel valor determinado y lo convierten en patrimonio de la propia *langue,* incluso habiendo perdido bastante a menudo la noción de su valor semántico original. Éste es, sin embargo, como ya se ha dicho, objeto privilegiado de la investigación etimológica, que desde este ángulo puede configurarse como una dimensión diacrónica de la semántica, es decir, como semántica histórica (Guiraud).

En las hablas del Friul central (llanura y colina udinesas), a una conocida planta parásita, la cuscuta (*Cuscuta europaea* L.), se le da globalmente el nombre de *vôl* [vo:l], mientras que, en las zonas marginales del área friulana (sobre todo en la parte que limita el

Véneto del Oltre-Tagliamento), la terminología predominante presenta los tipos *lova, arba lova,* es decir '(yerba) loba'. El étimo de este último tipo se identifica ciertamente con el femenino de *lŭpus,* REW, 5173 'lobo', con una convincente motivación: así como el lobo destruye a sus víctimas, la cuscuta es dañina y famélica en perjuicio de las plantas útiles; importa, sin embargo, observar aquí que los dos tipos fundamentales del Friul, *vôl* y *lova,* son aparentemente irreducibles y extraños entre sí, pero el análisis fonético puede demostrar la evolución del primero a partir de un primitivo **lŭpŭlu(m),* a través de las fases regulares **lóvol* > *ovol* (con separación de *l-* interpretada como artículo, cfr. *lusignolo* > *usignolo*), > **óol* (con caída de *-v-*), y finalmente > *vóol* (con prótesis de *v-* típica del territorio friulano, cfr. *vòt* 'ocho'); también es decisiva, en este sentido, la presencia de variantes marginales *lóval, ụóval,* etc. Desde un punto de vista de semántica diacrónica tenemos, pues, en Friul un sistema sustancialmente unitario y estructurado, que se basa en la oposición entre un tipo simple y transparente *(lŭpus)* y un derivado ahora opaco *(*lŭpŭlus),* relación que ya no se percibe a nivel superficial; del mismo modo, nadie advierte ya una motivación en *lulla,* la duela en forma de medialuna que se encuentra en el fondo de la cuba a los lados del *mezzūle,* que significa precisamente la duela de en medio, de forma regular (para los dos términos cfr. Dante, *Inf.,* XXVIII, 22), pero *lulla* se remonta a *lūnŭla(m)* 'lunita', diminutivo de *lūna,* REW, 5167, y así resulta perfectamente justificada.

El francés *eau* y las formas dialectales semejantes constituyen la evolución regular del latín *aqua*: ahora bien, en el sistema léxico del francés también están presentes otros derivados de *agua,* cfr. *éverole* 'ampolla de agua' *(< *aquariola), évier,* 'pila, fregadero' *< aquārium(m),* todos de filiación popular, junto con otros de clara reinserción culta, como muestra la fonética, ligeramente adaptada a la base latina, cfr. *aquarium, aquatique, aqueduc, aqueux* (en fr. antiguo se conocía *eveux < aquōsu(m),* luego desaparecido y reemplazado por la forma culta correspondiente), *aquifère, aquosité,* etc.,

todos los cuales forman parte del mismo sistema formal y semántico diacrónico; en cambio el latín tardío y medieval *aquilēja,* nombre de una conocida flor cultivada incluso con fines ornamentales, es de étimo incierto, aunque probablemente debido al color rojo oscuro o violáceo de las flores, que se refleja en muchas denominaciones populares del tipo 'yerba oscura' y semejantes: en este caso podría ser derivado del adjetivo *aquĭlus* 'oscuro, negruzco', caracterización que constituiría el sema fundamental dentro de esta estructura léxica, que comprende en italiano, entre otros, 'prete nero (cura negro)', 'frate (fraile)', 'vedovella (viudita)', 'calderotto (caldereta)', 'campanella del diavolo (campanilla del diablo)'; la traslación semántica de *aquĭlus* a *aquĭla* (si la conexión, como creen muchos, es verdadera) convierte un sema elemental, como el de 'oscuro', en el significado de la verdadera ave, paretimológicamente aproximada a la planta, de donde:



3.2.7. De acuerdo con el concepto actual de la semántica como nivel más «profundo» que la gramática (concepto que coincide significativamente con el de los antiguos), podemos seguir la síntesis de Anttila, para quien el cambio semántico esclarece las fuerzas icónicas e indicadoras del cambio lingüístico en general, acentúa la importancia de las condiciones culturales y sociales y descubre los factores psicológicos (cfr. 6.1.6.). La cuantificación del fenómeno es naturalmente problemática, puesto que no es de suyo mensurable como los factores formales (morfofonológicos), que, en efecto, pueden ser notablemente formalizados: sin dar más peso que

el necesario al difundido concepto de la 'vaguedad' del significado como causa primera de su inestabilidad, está claro que la estructura a b i e r t a del vocabulario, opuesta a la c e r r a d a del sistema fonológico, hace las reinterpretaciones semánticas más fáciles que las formales: además, el desarrollo histórico de la sociedad (técnico, cultural, etc.) requiere constantemente distinciones y matizaciones nuevas, originando un continuo proceso de nominación que se realiza con la creación de nombres nuevos o con la adaptación de los antiguos; ejemplo clásico y manoseado es el de *penna* 'pluma', del latín *penna,* derivado a su vez de la raíz indoeropea **pet-* 'volar' (griego *pétomai*) que designó en cierto momento una pluma (de oca o de otra ave) preparada para escribir, y sigue usándose como nombre cuando el objeto ha evolucionado técnicamente; éste es un caso típico de cambio de la 'cosa' o del 'referente' (alemán *Sachwandel*).

3.2.8. Hay, de todos modos, cambios semánticos «puros» vinculados a cambios generales del signo o a vicisitudes formales, como la homonimia, la polisemia, etc.: estos cambios están en la base de dos grandes subsectores de la investigación etimológica, es decir, de la s e m a s i o l o g í a (estudio de los significados, es decir, análisis de todos los significados que puede asumir una única forma significante, p. e. *pluma*) y de la o n o m a s i o l o g í a (estudio de los significantes, es decir, análisis de todas las formas significantes que expresan un significado análogo).

En el sistema latino de los nombres del caballo se oponían fundamentalmente *ĕquus* y *ĕqua,* pero el masculino fue pronto sustituido por el tipo popular *caballus* 'caballo de tiro', REW, 1440, rumano *cal,* sardo logudorés *kaḍḍu,* italiano *cavallo,* friulano *k'aval,* francés *cheval,* provenzal y catalán *cavall,* español *caballo,* portugués *cavallo,* mientras que *ĕqua,* REW, 2883, se mantuvo en varias áreas románicas: rumano *iapă,* sardo logudorés *ebba,* francés antiguo *ive,* provenzal *ega,* catalán *egua,* español *yegua,* portugués *égoa.* El sistema del francés antiguo es, pues, *cheval ~ ive,* que respecto

al del latín popular sólo denota variantes formales (cambio onomasiológico débil): pero más tarde, *ive* fue eliminado y sustituido, en las regiones del Sudeste, por *cavale* < provenzal *cavala* o italiano *cavalla*, mientras que en el Norte el término innovador es *jument* < lat. *iūmĕntu(m)* 'bestia de carga', hoy voz literaria común; si, por tanto, *cavale* representa un cambio onomasiológico (sustitución de nombre), *jument* representa también uno semasiológico (sustitución de significado). Junto a este tipo de evolución vale también, sin embargo, la nominación debida al cambio de los referentes: algunas neoformaciones pueden ser perfectamente motivadas (compuestas, etc.), otras, en cambio, pueden recibir un impulso especial, como en el caso del eufemismo *(tabú)*: es bastante conocido el caso de la palabra indoeuropea para 'oso', conservada en el latín *ursus* (< **orc-so-s)*, sánscrito *ṛkṣaḥ*, avéstico *arəšō*, armenio *arj*, griego *árk(t)os*, irlandés *art*, mientras que los grupos centrales han introducido innovaciones, el 'pardo' en el germánico (alemán *Bär*, inglés *bear*), el 'comemiel' en el eslavo (ruso *medvéd'*).

Es claro que uno de los más potentes factores de nominación procede del préstamo (3.5), que muchas veces se practica sólo a nivel semántico, no formal, dando origen al llamado 'calco' (inglés *loan translation*); las voces inglesas *grandfather* 'abuelo' y *grandmother* 'abuela' están calcadas (y en parte construidas) sobre las francesas *grand-père* y *grand-mère*. Hay aquí algo de interés notable, pues *grand* es una entidad semánticamente evolucionada que ya no indica 'mayor, anciano', como propiamente en francés, sino la marca de la relación abuelo ~ nieto, de modo que el inglés ha podido extenderlo a los tipos *grandson* y *granddaughter*, que, de suyo, serían contradictorios (mientras que el francés, donde *grand* continúa obviamente con su sentido, tiene coherentemente *petit-fils* y *petite-fille*).

Por el contrario, las mutaciones fonéticas o funcionales que provocan reducciones y acortamientos en las palabras, son medios frecuentes para la pérdida de la motivación: el griego moderno *máti* 'ojo' viene del antiguo *ommátion*, diminutivo de *ómma, -tos*

*(< *op-ma),* y, en cuanto tal, ha perdido por aféresis precisamente el elemento radical; igualmente, el inglés *lord* < inglés medio *louerd, hlāford* < anglosajón *hlāfweard* 'guardián *(weard)* del pan *(hlāf)*' ya no aparece absolutamente claro, de modo análogo a *lady* < inglés medio *lheuedi, lāēfdi* < anglosajón *hlāēfdīge* 'amasadora de pan'.

3.2.9. Los cambios del significado, vinculados a los de los referentes objetivos constituyen, como se sabe, la preocupación fundamental de todas las escuelas de investigación que abrazan el principio de las *Wörter und Sachen* 'palabras y cosas', dirección iniciada por H. Schuchardt (5.0.2) y propugnada en la revista homónima (1909-1944): la peligrosidad de la indagación etimológica basada en el puro material lingüístico, y la consiguiente necesidad de estudiar la historia de los objetos junto con la historia de las palabras, se pone así de relieve en numerosísimos trabajos monográficos, orientados a ilustrar la cultura lingüística y material de un ambiente. Pellegrini ha formulado una casuística del cambio material, distinguiendo las posibilidades siguientes:

1) m a n t e n i m i e n t o del objeto en la forma y en la función, y también en el nombre;
2) i n n o v a c i ó n tecnológica, a partir de una época determinada y consiguiente innovación léxica;
3) mantenimiento del objeto en la forma y en la función, con c a m b i o del nombre;
4) cambio del objeto, ya sea en la forma o en la función, pero con m a n t e n i m i e n t o del nombre.

El primer caso es fácilmente observable en el gran número de objetos e instrucciones que, desde la antigüedad hasta hoy, no han cambiado sustancialmente, cfr. p. e. el latín *falx, falcis* 'hoz', REW, 3175, y sardo logudorés *falke,* friulano *falts,* francés *faux,* provenzal *faus,* catalán *fals,* español *hoz,* antiguo *foz (< *fauce),* portu-

gués *fouce*: presenta innovación semántica el rumano *falce* 'medida', explicable en el sentido originario de 'cantidad que se corta con la hoz en una jornada', o más precisamente, puesto que se trata de una medida de superficie (moldava) 'extensión segable en una jornada'.

El segundo caso es, de igual modo, fácilmente ilustrable: entre las numerosas innovaciones tecnológicas introducidas en la latinidad tardía y en la Edad Media, destacan las debidas a la aportación germánica, notables por ejemplo en la técnica del lavado y de la trilla de las mieses, cfr. italiano *bucato* 'lavado' vinculado a un fráncico **būkōn* 'sumergir' (alemán *bauchen*), o italiano *ranno* 'lejía', latín medieval *ranna* (siglo XII) < longobardo *rann(j)ā* 'remojo' (alemán *rinnen* 'gotear'), italiano *gualcare* 'abatanar' < longobardo *walkan* 'arrollar' (alemán *walken*), italiano *gualchiera* 'batán'.

Para el tercer caso (sustitución del significante), se puede citar el latín *habēnae* 'riendas' (relacionado con *habēre* 'tener, manejar', *habĭlis* 'manejable'), desaparecido en toda la Romania (entre otras cosas, por haberse convertido en homófono perfecto de *avēna*) y sustituido de varias maneras, p. e. por *rēdini* < **retĭna* deverbal de *retĭnēre,* REW, 7261: y también para el cuarto punto la casuística es varia, con el clásico ejemplo del inglés *car,* propiamente 'carro, carroza', que pasó, sin solución de continuidad, al significado de 'automóvil'; así también el alemán *kerze* 'cirio, vela' < alto alemán antiguo, *charza* viene, en última instancia, del latín *charta* e indica un material ya no papiráceo sino de corteza de abedul, apto para escribir e, impregnado en aceite, para quemar como iluminación.

3.2.10. El cambio semántico no sólo está vinculado a la mudanza del referente, sino también a la variación sincrónica, es decir, al estilo de la expresión: son aquí evidentes los factores icónicos e indiciales a que se refiere Anttila, señalando la importancia de las figuras retóricas (tropos) como la metáfora, la metonimia, la litote, para estas evoluciones. Sobre todo la metáfora debida a la semejanza funcional entre dos objetos o no-

ciones, es un fenómeno capital en la comunicación lingüística y un poderoso modo de analogía, siendo técnicamente un subtipo de icono: la poesía germánica antigua está diversamente construida sobre figuras de este tipo, llamadas *kenningar,* en virtud de las cuales la nave, en anglosajón, se convierte en *mere-stallion* 'caballo del mar' y, en nórdico antiguo, *vágmarr* 'corcel de las olas'. Junto a la semejanza de los objetos, existe también la de los n o m b r e s , que provoca incluso una superposición de significados, es decir, fenómenos de cruce (contaminación) y de etimología «popular» (cfr. 4): son conocidos los casos del alto alemán antiguo *vrīthof* 'lugar vallado' convertido en *Friedhof* 'cementerio' por superposición de *Friede(n)* 'paz', como 'recinto de la paz', o el de *sinvluot* 'diluvio universal' convertido en *Sündflut* por *Sünde* 'pecado'; finalmente, la e l i p s i s , donde se producen todos los tipos de transferencia, como afirma Guiraud, por lo cual tenemos el italiano *strada* < latín *strata(m),* propiamente *via strata* 'camino empedrado' (*stratus* es participio pasado de *sternĕre* 'extender'), *orĭens (sol)* 'oriente', *Picasso* 'cuadro de P.', *cognac* 'aguardiente de Cognac', etc.: todo ello representado según el esquema que Anttila adapta del mismo Guiraud:

	Iconicidad (semejanza)	Indicialidad (contigüidad)
Significado (sentido)	Metáfora	Metonimia
Forma (nombre)	Et. Popular	Elipsis

(R. Anttila, *op. cit.,* p. 142)

Las diversas «leyes» o tendencias que se pueden observar en el cambio semántico están efectivamente vinculadas a los principios asociativos sobre los que están construidos las figuras citadas: estos cambios, por otra parte, se pueden clasificar c u a n t i t a t i v a m e n t e en e x t e n s i o n e s y r e s t r i c c i o n e s de significado, es decir, en generalizaciones y especializaciones: estas últimas parecen más comunes, como se ve por el caso de los nombres ingleses de animales, *deer* 'ciervo, gamo, cérvido', *hound* 'perdiguero', *fowl* 'pollo', que se oponen en su sistema a los términos generales *animal, dog, bird,* pero son etimológicamente idénticos a los alema-

nes *Tier* 'animal', *Hund* 'perro', *Vogel* 'pájaro', que han conservado el significado general: así, el latín *bēstia,* REW, 1061 ha dado el italiano *biscia* (*béstia* es culto) y el francés *biche* 'cierva' (junto a *bête,* en el sentido general). Entre las extensiones, es notable el caso del francés *panier* 'cesta del pan' < latín *panāriu(m),* derivado de *pānis* (la voz francesa es también el origen del italiano *paniere*), que ha pasado a significar 'cesto' en general, tanto que hoy, para designar explícitamente el destinado al pan, se puede decir *panier à pain,* con una expresión totalmente redundante en el plano de los componentes históricos, pero justificada en el sistema léxico, donde la relación sincrónica entre *panier* y *pain* 'pan' ya no existe: del mismo modo, el rumano *dezmierda* 'acariciar, mimar, agasajar' ha asumido su sentido actual a partir de un originario 'limpiar al niño', y es, en este sentido, motivado con bastante claridad para quien hable una lengua románica, excepto precisamente para un rumano, que sólo percibe la motivación si es persona culta y tiende, por eso mismo, a evitar el término, sustituyéndolo por *mîngîia* o *îngriji cu dragoste* 'atender con cariño': de hecho, en esta lengua (propiamente en dacorrumano) no quedan derivados populares del latín *mĕrda,* REW, 5520, comunes en las otras. Un caso extremo, y teóricamente importante, de generalización del significado lo proporciona la gramaticalización de algunos lexemas que, ateniéndonos también aquí a la visión semántica actual, se transforman de signos s i m b ó l i c o s (propios del léxico) en signos *i c ó n i c o s* (inmediatamente significantes), es decir, en reglas gramaticales: el formante adverbial más común en italiano es *-mente,* que históricamente origina, a partir de formas de ablativo (instrumental), lexicalizaciones de un adjetivo + *mente (< mēns, mēntis),* conocidas desde Virgilio y difundidas cada vez más en el latín tardío, como *caeca mente* 'con mente ciega, sin discernimiento'; en el italiano antiguo y todavía en el español moderno *mente* conserva autonomía funcional, cfr. *sabia y discretamente.* En cambio, no tiene ninguna autonomía el inglés *-ly* ni el alemán *-lich* (gótico *-leiks*), formantes adjetivales bastante productivos (inglés *heartly,* alemán *herzlich* 'de corazón'), ambos de un germánico **līka-* 'cuerpo, forma', subsistente como lexema autónomo en el inglés *lich* 'cadáver, cuerpo' y en el alemán *Leiche, Leichnam* (alto alemán antiguo *līch, līhhamo*) 'id.'.

3.2.11. La cuantificación o, mejor, la formalización de los campos semánticos sigue siendo, de todos modos, el problema más espinoso, ya que, precisamente en el proceso de la reconstrucción lin-

güística (3.3), difícilmente puede estar a la altura de la morfofonológica. Benveniste somete a crítica toda la cuestión, observando preliminarmente que los criterios vagamente empíricos de algunos estudiosos deben sustituirse por una concepción más precisa del significado, entendido como conjunto de todos los posibles «sentidos» particulares y determinado por la d i s t r i b u c i ó n y las relaciones recíprocas de éstos. La simple descripción sistemática es suficiente, por ejemplo, para diferenciar los homófonos ingleses *story* 'historia, narración' y *story (storey)* 'piso (de edificios')': la etimología constituye aquí una simple ayuda, mostrando la derivación del primero a partir del francés antiguo *estorie* (< latín *historia,* a su vez conocido grecismo) y del segundo a partir del francés antiguo *estorée* (< **(in)-staurāta,* cfr. *estorer* 'construir', inglés *store*) [2]; en cambio, en el caso de los homófonos franceses *voler* 'volar' y 'robar' es posible una relación semántica de base: aunque ambos encabecen sistemas morfosemánticos diversos (el primero es intransitivo y encabeza una red formada por *voleter, s'envoler, survoler, volée, volaille, volière*; el segundo, transitivo y ligado sólo a *voleur* 'ladrón': el único vínculo común entre ambos es *vol* 'vuelo' y 'robo'), es precisamente la limitación de *voler* 'robar' la que hace sospechar un uso especializado de *voler* 'volar', cuyo origen puede encontrarse en el ámbito de la cetrería medieval, ya que *voler* significa también 'volar', es decir, 'coger al vuelo', en la caza con halcón *(volerie): le faucon vole la perdrix* puede fácilmente aplicarse al ladrón que coge su presa, introduciendo así un principio de escisión en un campo semántico unitario. Lo esencial es tener presente que también los factores semasiológicos constituyen una *estructura* y que, por eso, su identificación exacta muchas veces se ve impedida por la falta de observación del *contexto*: es típico el caso de la raíz indoeuropea **dụei̯-* 'temer', cfr. griego *déos (< *dụei̯os)* 'temor', avéstico *dvaēθā-*

[2] Pero se discute el étimo, ya que algunos ven también en el segundo un derivado de *historia,* quizá término arquitectónico en el sentido de p a r e d pintada o esculpida.

'amenaza, motivo de temor', formalmente idéntica a la del numeral 'dos', **dụei̯-*, incluso en la estructura de los derivados; el problema está en saber si esa identidad es casual o no, y sólo puede resolverse aclarando la semántica, que, a primera vista, parece inconciliable, al no haber motivos de semejanza entre 'temer' y 'dos'. Sin embargo, algunos ejemplos contextuales pueden resolver positivamente el dilema, señalando precisamente en 'dos' el punto de partida: cfr. sobre todo algunas expresiones homéricas, donde el verbo *déidō* 'temo' se encuentra asociado con *en doiêi (eînai)* '(estar) en duda', que es la clave de todo el sistema, ya que 'estar en duda' quiere decir 'oscilar entre d o s polos' (la estructura conceptual correspondiente es típicamente binaria, *si ... si, o ... o*), y a partir de un significado originario 'dudar' es totalmente plausible una generalización a 'temer', con lo que se demuestra la posibilidad de reducción de los dos semas: paralelos convincentes con el latín *duo* y, en conexión con él, *dŭbius (in dubio esse),* y el raro verbo *dūbāre* (denominal de un *dŭ-bho-s,* a partir de **du-,* de *duo* 'dos', cfr. *du-plex* 'doble'), *dubĭtare,* etc., análogamente al alemán, donde *zwei* 'dos' está vinculado a *Zweifel* 'duda', *zweifeln* 'dudar' (en gótico *twai ~ tweifls*).

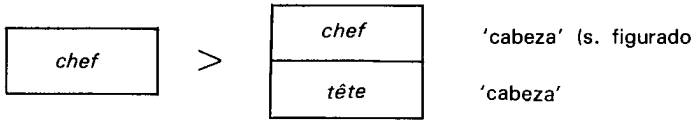
La necesidad de que en la reconstrucción de un proceso semántico entren todos los factores que provocan el nacimiento de una nueva acepción y la conciencia de que, no pocas veces, formas vinculadas etimológicamente se distinguen por diversos matices de sentido son los únicos criterios válidos para reconstruir en los signos originarios los significados fundamentales (macrosemas) que están coherentemente a la cabeza de toda la estructura descendente: el problema semántico es así un problema global, como se ve por el ejemplo del sánscrito *pánthāḥ,* avéstico *pantā,* armenio *hun,* paleoeslavo *pǫtĭ,* prusiano antiguo *pintis,* griego *póntos* y *pátos (< *pn̥-to-s),* latín *pons, pontis*; la conexión de estos nombres es indiscutida, aunque la semántica sea divergente, ya que en indo-iranio, eslavo y báltico se trata de un 'camino', en griego del 'mar' (y de 'vía, paso'), en latín de un 'puente', en armenio de un 'vado':

la noción exacta que hay que presuponer es, por tanto, la de 'superación de un obstáculo natural' (ya que en *pánthāḥ* hay una connotación de fatiga y de peligro, a pesar de la aparente sencillez), noción que se especializa, obviamente, de acuerdo con las características geográficas peculiares del lugar de residencia de los distintos pueblos. En resumen, cada caso concreto que se nos presenta en la indagación implica un problema de r e l a c i ó n , principio en el que se basa toda estructura semántica: los problemas sucesivos de evolución desde un sentido original y de semantización (con variación fonológica concomitante) sólo se pueden resolver coherentemente dentro de esta estructura.

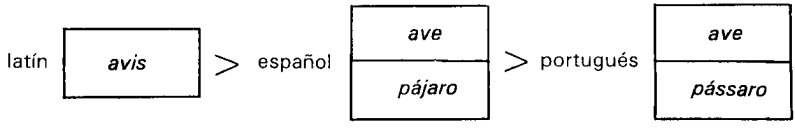
3.2.12. La conciencia de que los cambios semánticos no se producen aisladamente desplaza cada vez más el discurso al plano sistemático, en perfecta analogía con las teorías que consideran el plano formal, donde los modernos análisis estructuralistas han evidenciado satisfactoriamente los elementos constitutivos (fonema, morfema, etc.): de aquí la posibilidad de aislar una serie de rasgos constitutivos fundamentales también en el plano del significado y pasar, por consiguiente, del desarrollo histórico de los significantes y de los cambios que se producen en las relaciones entre significantes y significados a un nivel más refinado que concierne a los cambios e s t r u c t u r a l e s de los significados, que es el sentido de la semántica d i a c r ó n i c a estructural propuesta por Coseriu, desarrollo histórico de los «campos conceptuales» considerados como estructuras léxicas de contenido.

En este sentido es preciso distinguir entre cambio léxico no funcional (es decir, una simple s u s t i t u c i ó n onomasiológica o semasiológica) y cambio léxico funcional (es decir, m o d i f i c a c i ó n semántica real). La estructura *cheval ~ ive* del francés antiguo, a la que corresponde en francés moderno la de *cheval ~ jument,* es un ejemplo del primer caso (3.2.8.): aquí la sustitución concierne sólo al significante y al nexo significante-significado, sin afectar a las relaciones de los contenidos léxicos, que siguen siendo

en francés moderno los mismos que en francés antiguo y, antes, en latín. Pero muchas veces el cambio se produce, precisamente en las relaciones de contenido, como se ve en el caso del francés antiguo *chef* < *caput* 'cabeza', tanto en sentido propio, como figurado, mientras que, en francés moderno, se da la intrusión en el sistema de *tête* < *testa(m),* que cubre una parte de aquellos usos, de donde el esquema:



Son bastante conocidas las comparaciones establecidas por Coseriu entre las estructuras lexemáticas y semánticas del latín y las de las lenguas románicas, que, con bastante frecuencia, contrastan con las simples relaciones etimológicas: el latín tenía, p. e., una oposición entre *avis* 'ave' en general y *passer* 'gorrión', mantenida como tal en francés, italiano y rumano con cambios etimológicos (es decir, onomasiológicos y semasiológicos); en el primero tenemos, en efecto, *oiseau* < **avĭcĕllu(m),* REW, 828, frente a *moineau,* diminutivo de *moine* < *mŏnăchu(m),* REW, 5654, por el color pardo del plumaje; el italiano tiene *uccello* (paralelo a *oiseau*) ~ *pàssero,* que conserva el tipo latino, y el rumano, *pasăre* < *passĕre(m),* con generalización de significado, frente a *vrabie* < eslavo *vrabij.* En cambio, se apartan de estas estructuras el español y el portugués, que han conservado *ave* < *ave(m),* REW, 831, pero en el sentido de 'pájaro grande', mientras que han generalizado *passer* > *pájaro, pássaro,* respectivamente, en el sentido de 'pájaro pequeño', rompiendo, por tanto, en dos una originaria entidad semántica:



de aquí también la sustitución de *passer* por el español *gorrión,* de étimo incierto, y por el portugués *pardal* probablemente < griego *párdalos* (lat. *pardălus*).

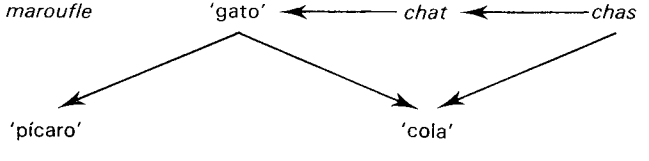
Igualmente clásico es el caso de la nomenclatura de los colores, en la que el sistema latino tenía una oposición 'brillante' ~ 'no brillante' totalmente ajena a las lenguas románicas: así 'blanco' (o 'claro') era respectivamente *candĭdus ~ albus,* 'negro' (u 'oscuro') *nĭger ~ ater;* la oposición se elimina o a favor del término marcado, como en el francés *noir,* italiano *nero < nĭgru(m),* o a favor del no marcado, como en el rumano *alb < albu(m)* (las demás lenguas románicas han introducido aquí 'blanco', de origen germánico), según un criterio taxonómico basado en los matices de intensidad, que, a su vez, parece desconocer el latín. El mecanismo del p r é s t a m o (3.5) y de la reintroducción culta (alótropo) es un creador notable de tales reestructuraciones, como se puede ver por las distinciones adjetivales creadas por el español sirviéndose de latinismos, por ej. entre 'material' y 'no material'; *ancho ~ amplio, lleno ~ pleno, derecho ~ directo,* etc.; en los dialectos comelicanos se conserva el término propio para indicar la levadura del pan (propiamente una porción de masa fermentada guardada de una vez para otra), *levóu, alvóu < *levātu(m),* mientras que la levadura industrial, p. e. de cerveza, suele llamarse *lèvitu,* de influjo semiliterario; se trata de verdaderos casos de significantes tomados de una lengua extranjera, o bien de un sistema diverso, para establecer nuevas oposiciones léxicas: el ejemplo más conocido es, en definitiva, el del inglés, donde el nombre de los animales de cría es distinto del de sus carnes y se produce, por tanto, una oposición 'animal vivo' (con nombre de origen germánico) ~ 'animal muerto' (con nombre de origen francés): *ox ~ beef* 'buey', *calf ~ veal* 'ternera', *sheep ~ mutton* 'oveja, carnero', *swine (pig) ~ pork* 'cerdo'. Es evidente que este tipo de consideración puede integrar de manera profunda la etimología tradicional, constituyendo una verdadera etimología estructural de c o n t e n i d o , distinta de una etimo-

logía de la expresión, es decir, acompañando las estructuraciones formales con adecuadas estructuraciones de significado.

3.2.13. En esta perspectiva se tornan cada vez más claras las relaciones entre la semántica y la etimología, que viene a ser así la dimensión diacrónica de aquélla, una auténtica semántica histórica (Guiraud). La convergencia recíproca de las dos ciencias, ésta antigua, aquélla reciente, orienta la discusión hacia el tipo de etimología «estática» (es decir, sustancialmente sincrónica y semántica) preconizado por Vendryès, que le asignaba la misión de establecer el inventario del patrimonio lexicográfico de los distintos grupos humanos (no muy diverso, salvando las proporciones, del vocabulario etimológico universal auspiciado por Vico), para extraer la imagen más completa posible de la «mentalidad de cada uno»: como hemos visto, en efecto, la consideración de los hechos diacrónicos y la de los hechos sincrónicos (que se basa en la conciencia de los hablantes) son totalmente diversas en su mecánica, cfr. el ejemplo visto arriba del verbo polisémico *voler,* unitario en el plano histórico, pero diverso en el estático. Este último, según Vendryès, es el decisivo para el valor del elemento lingüístico, y en él se generan los cambios, que a veces tienen una justificación genérica o arbitraria: sobre todo el principio psíquico de la asociación, en el que se basan fenómenos capitales como la etimología «popular» (asociación paronímica o etimológica asociativa (Orr)), tiene gran importancia en el cambio lingüístico en general y semántico en particular: el francés *souci* tiene dos significados, el de 'cuidado, preocupación', como deverbal de *soucier* < latín *sollĭcĭtarē,* y el de 'calêndula, maravilla' < latín *solsĕquia,* en este caso motivado ('que sigue al sol'): pero en este segundo sentido hay que suponer el cruce de la forma primitiva *soucie* con *souci* 'preocupación', aunque sea etimológicamente extraño.

Por otra parte Vendryès, al postular junto a la investigación histórica una etimología que fijase el valor de la palabra en el espíritu del hablante, es decir, la r e d de asociaciones (formales y

semánticas) en un sistema dado, tenía presente la conocida distinción india entre *yoga* 'significado original' y *rūḍhi* 'uso corriente', decisivo en el sistema (cfr. 2.1.5). Esto es tanto más importante porque abre el camino a consideraciones estructurales (Guiraud, Wartburg), que han renovado considerablemente la metodología en los últimos decenios: etimología ya no significa sólo, neogramáticamente, establecer una relación entre *x* e *y*, sino considerar la evolución conjunta del sistema del que *x* e *y* constituyen dos elementos sucesivos: un ejemplo brillante de etimología sistemática y asociativa lo proporciona la historia del francés *maroufle*, aclarada por Guiraud, que significaba: 1) gato grande (dialectal); 2) pícaro, bribón (en Rabelais); 3) cola fuerte de pintor (desde 1688); aunque este último parezca totalmente ajeno a 1) y 2), el denominador común lo da el término *chas* 'engrudo, goma', deverbal de un griego-latín **katapsāre* 'extender, untar', que, al ser homófono de *chat* 'gato', fue jocosamente sustituido, mediante un proceso de irradiación sinonímica, por *maroufle*, sinónimo expresivo de este último:



3.3. Multiplicidad de los factores de cambio: criterios internos y externos en la etimología

3.3.1. La evolución de una forma, o, mejor, de un signo lingüístico, depende, pues, de múltiples factores, desde el cambio fonético al semántico, del intercambio entre sistemas diversos, de las relaciones paradigmáticas y estructurales, de las funciones internas, de los condicionamientos cronológicos y sociales: corresponde, pues, a la etimología explicar cada una de estas circunstancias hasta don-

de es posible, r e c o n s t r u y e n d o , es decir, recorriendo hacia atrás la historia de una palabra o de una forma: aquí, repetimos, la importancia del proceso es doble, ya que su éxito está íntimamente ligado a la posibilidad de establecer criterios rigurosos de clasificación para cada uno de los factores mencionados (lo cual implica siempre progresos en lingüística general), mientras que, a su vez, el perfeccionamiento del método permite aplicaciones más correctas en la verdadera práctica etimológica.

La etimología se configura, por tanto, como un método p o l i - v a l e n t e , que basa sus procesos en un conjunto de criterios bastante amplio y no muy homogéneo, en la medida en que forma, significado e historia son elementos intrínsecamente distintos uno de otro: la dificultad principal, radica, en efecto, en ser ésta una ciencia provista de un método basado en la observación y en la clasificación de los hechos empíricos, método que, sin embargo, ha evolucionado de manera diversa en sus componentes.

3.3.2. El etimólogo, por otra parte, no tiene a su disposición los datos relativos a todos los parámetros en cuestión (y, si los tuviese, objeta con razón Malkiel, la etimología ya no tendría razón de ser) y, por tanto, se ve obligado a actuar inductivamente, por vía c o n j e t u r a l , reconstruyendo los eslabones que faltan mediante la comparación de los hechos disponibles y llegando por este camino hasta la prehistoria de las lenguas, o sea, a inducir la fase *x* primitiva, de la que proviene todo un conjunto históricamente derivable. Los criterios para hacer esto son, como ya hemos observado, e x t e r n o s (lengua, tiempo, lugar, estilo, forma fónica, sentido) o i n t e r n o s (forma léxica, forma semántica, motivación paradigmática): entre estos criterios existen relaciones, es decir, l e y e s que definen su convergencia y permiten, partiendo de hechos conocidos, establecer conjeturas sobre hechos mal conocidos o del todo desconocidos; y hasta aquí el método es predominantemente externo, en el sentido de que, partiendo de hechos históricos (cronología, filiación, naturaleza del objeto, vías de trans-

misión), deduce el modo de formación (derivación, préstamo, traslación). De hecho, el punto decisivo que ha permitido a la etimología llegar a ser lo que es radica en que el factor externo por excelencia es la f o r m a f ó n i c a de los signos lingüísticos, forma que, desde principios del siglo XIX, a consecuencia de los descubrimientos y de las sistematizaciones de Rask, Grimm, Bopp y otros, ha podido ser descrita de un modo científicamente válido y constituir, por tanto, criterio preeminente: no es casual que la ley por excelencia sea la fonética, y el pensamiento lingüístico decimonónico gravita, cada vez más insistentemente, en torno a esta problemática, hasta la gran síntesis de los Neogramáticos, cuyos métodos en lingüística histórica y en etimología siguen siendo válidos. La posibilidad de establecer evoluciones fonéticas regulares y no contradictorias («sin excepciones») implica, en suma, la posibilidad de inducir estadios lingüísticos no atestiguados históricamente, pero que presumiblemente existieron: así, partiendo de las lenguas germánicas medievales y modernas, se reconstruye un protogermánico (no, obviamente, como lengua integral y real; sino como conjunto de «isoglosas» o rasgos lingüísticos) paralelo al griego, al latín, al indio antiguo (védico y sánscrito), a las lenguas eslavas (para las cuales se parte documentalmente del paleoeslavo o eslavo eclesiástico), al armenio, a las lenguas célticas, etc.; posteriormente, comparando todas estas cepas se asciende todavía hasta una entidad inducida convencionalmente y denominada «indoeuropeo».

3.3.3. El método de la comparación histórico-fonética muestra su valor también por varias y significativas contrapruebas: es válido (es decir, n o contradictorio) también p. e., cuando se conocen el punto de partida o el de llegada, como en el caso del latín y de las lenguas románicas derivadas de él, incluso porque la comparación de algunos elementos de estas últimas permite recuperar fases primitivas n o atestiguadas en las fuentes latinas; y no es raro el caso de que los estudiosos, sobre esta base, hayan postulado estadios y hechos que p o s t e r i o r m e n t e han sido confirma-

dos por testimonios directos (descubrimientos epigráficos, documentos, etc.), como en el caso verdaderamente clamoroso del griego micénico. Para atenernos a un ejemplo más sencillo, Pellegrini ha explicado la relación entre el latín clásico *adultĕrāre,* REW, 206, y sus sucesores románicos, *avolterare* (cfr. Dante, *Inf.,* XIX, 4), francés antiguo *avoutrer,* provenzal *avoutrar,* que, con su *-v-,* muestran una evolución fonética particular, es decir, un punto de partida *-b-,* y por consiguiente, la sustitución del prefijo *ad-* por *ab-*: **abultĕrāre,* base propuesta ya por G. Paris en 1882 y luego retirada, pero que fue, en cambio, confirmada por su documentación en un epígrafe tardío de Concordia Sagittaria (años 394-5 d. C.), en que se lee precisamente *avulterare* (con *-b-* ya > *-v-*) en el sentido de 'violar, estropear'. El método, en fin, es válido porque su aplicabilidad no se limita a las lenguas mencionadas, sino que se extiende a cualquier grupo lingüístico; su fuerza máxima consiste precisamente en la relación que establece entre lo conocido y lo no conocido, ya que en su esquematismo se adapta bien —al menos en su origen— a la representación de fases lejanas y reconstruibles sólo en términos latos. Significativamente, no surgió apoyándose en fases contiguas, como el latín y las lenguas románicas, polos que, sin embargo, eran conocidos y autónomos desde la Edad Media, aparte el diferente planteamiento histórico y la importancia no secundaria de la asimilación del método gramatical indio para el análisis de las lenguas occidentales. Con estas observaciones establecemos, en definitiva, el concepto de h e r e d i t a r i o , que es fundamental en la investigación etimológica, y no tiene en cuenta relaciones genéricas de semejanza o de pertinencia, sino una precisa relación g e n é r i c a y de continuidad: hereditario es lo que procede en línea descendente de una tradición lingüística anterior y recoge tanto los hechos lingüísticos singulares como los de conjunto, estableciendo, de este modo, el concepto de f a m i l i a y aislando el elemento accesorio (es decir, el p r é s t a m o) , que es introducido en el sistema por factores históricos de contacto o de superposición.

3.3.4. La reconstrucción continúa siendo, de todos modos, si no el más importante, uno de los problemas más importantes de la lingüística histórica, incluso desde la óptica de las teorías más recientes en la materia, tanto que sobre ella se basan notables innovaciones metodológicas, y, en cualquier caso, implica el recurso al problema base del cambio diacrónico y de la naturaleza de la gramática de una lengua. Convencionalmente, sin embargo, se distingue entre reconstrucción interna y reconstrucción comparativa: mientras que la segunda es aquella sobre la que hemos insistido arriba, o sea, la inducción de una lengua (o gramática) «común», partiendo de los datos de dos o más lenguas genéticamente afines, la primera es un caso especial de reconstrucción, que intenta restablecer las fases anteriores de una sola lengua o de un solo sistema a partir, sobre todo, de los datos de esta misma. Los elementos formales especialmente útiles para la reconstrucción interna son las llamadas «alternancias morfofonológicas», o sea, la diversidad de resultados fonéticos dentro de paradigmas homogéneos, alternancias que permiten precisamente postular estadios anteriores; un caso instructivo lo proporciona el rotacismo de /s/ intervocálica latina, recuperable precisamente por medio de alternancias como *auris* 'oreja', pero *aus-cŭlto* 'escucho'; *ūro* 'quemo', pero *ustus* 'quemado'; *maereo* 'estoy triste', pero *maestus* 'triste'; *careo* 'carezco', pero *castus; genus* 'género', genitivo *genĕris; honor, honōris,* pero *honĕstus; onus, onĕris* y *onustus; acieris* 'hacha de bronce usada por los sacerdotes en los sacrificios' y *acĭscŭlus* 'martillo de cantero', ambos técnicos y tardíos, etc.: el origen del fenómeno, históricamente conocido por los latinos, pues se cumplió no después de la mitad del siglo IV a. de C., está en el cambio condicionado de *-s-* que, por efecto del entorno vocálico, se sonorizó (asimilación) pasando a [z], variante contextual, pues, de /s/ en esta posición determinada. Después de este desarrollo, la posibilidad de *-s-* en latín fue restablecida por los préstamos griegos, cfr. *pausa, basis,* o de otro origen, *asīlus, asĭnus,* como también por la reducción de una *-ss-* anterior, cfr. *causa* < *caussa,* pero la fase

de incipiente fonologización /s/ ~ /z/ es superada por el paso de esta última, mal integrada en el sistema latino, que ignora casi totalmente las espirantes sonoras (al haberlas eliminado en fase prehistórica), a /r/, con una verdadera coincidencia con /r/ etimológica, aunque queden rastros del estado de cosas original en las alternancias citadas; comparativamente, en cambio, el osco conserva la fase /z/, cfr. el genitivo plural *rosārum* < **-āsom,* frente al osco *egmazum* 'de las cosas'. Un caso aún más canónico de estas alternancias es la conocida «ley de Verner» (explicada, sin embargo, por vía comparativa), que señala la alternancia de las sordas y de las sonoras en los resultados de la rotación consonántica germánica, es decir, en paradigmas como alemán *geben* ~ *Gift, treiben* 'empujar, conducir' ~ *Trift* 'dehesa', inglés *was* ~ *were, more* ~ *most,* alternancia debida a la diversa posición del acento en fase indoeuropea y protogermánica. Los fenómenos de neutralización son causa frecuente de alternancias significativas: uno de los más difundidos atañe a la pérdida de la oposición sorda ~ sonora en posición final, de la que hallamos diversos ejemplos en área románica (en muchas hablas de la Italia septentrional, en francés, etc.), en área germánica (alemán), en área eslava (ruso): así, en efecto, observamos ejemplos del tipo francés *vif* [vif] 'vivo' < latín *vīvu(m),* frente al femenino *vive* [vi:v] < *vīva*: la realización suele ser la del elemento no marcado (es decir, la sorda en lugar de la sonora) y, en el presente caso, /v/ del femenino frente a /f/ del masculino representa morfofonológicamente la presencia de un elemento vocálico final, que perduró en el tiempo aunque hoy haya desaparecido. En todas estas formas debemos presuponer, por tanto, como primario (con apertura al concepto de cronología relativa) un elemento sonoro.

3.4. El método histórico-comparativo

3.4.1. Las semejanzas verificables entre dos o más lenguas son, pues, de dos clases: las susceptibles de una justificación de orden

general, aplicable a cualquier otro lenguaje humano y que, por consiguiente, no se podrían considerar como peculiares de las lenguas consideradas, y las que sólo pertenecen a estas últimas y que, por tanto, sólo pueden explicarse por un factor *histórico,* comunidad de origen o evolución conjunta. Pertenecen a la primera categoría los caracteres de semejanza debidos al hecho de que t o d a s las lenguas están construidas sobre cierto número de elementos análogos y comunes: corresponden a la segunda, en cambio, los hechos de semejanza sistemática descubiertos y clasificados mediante el método histórico-etimológico. Semejanza sistemática, nótese bien, porque las irregularidades, numerosas y esporádicas, deben atribuirse a un hecho histórico mediato (préstamo, superposición, etc.), o a convergencia casual: el inglés *bad* y el persa *bad* significan ambos 'malo', pero no tienen ninguna relación etimológica, aunque las dos lenguas pertenezcan a la familia indoeuropea: el primero parece remontar, de hecho, al anglosajón *bǣddel* 'hermafrodita' (*bǣdling* 'sodomita'), vinculado a *bǣdan* 'manchar', conectado a su vez con el latín *foedāre* 'contaminar, ensuciar', *foedus,* mientras que el segundo no tiene nada que ver con esta serie; igualmente, el neerlandés *aarde* 'tierra' es casi homófono del árabe *'arḍ* 'tierra', pero, mientras que el primero se encuadra en la base pangermánica **erþō* (alemán *Erde,* inglés *earth,* nórdico antiguo *jǫrð,* gótico *airþa*), el segundo está vinculado a una serie de voces semíticas, p. e. hebreo *arṣ / ereṣ,* asirio *erṣetu,* etc. (aunque algunos estudiosos hagan de él un ejemplo de nexo genético superior, llamado ario-semítico); finalmente, el alemán *Kalb* 'ternero' es similar al árabe *Kalb* 'perro', también aquí sin contactos reales.

3.4.2. Si observamos p. e. en las lenguas germánicas el pronombre de 2.ª persona del singular 'tú', podremos enumerar el alemán *du* (alto alemán antiguo *dū, thū*), el anglosajón *þū* (> inglés *thou,* sólo conservado en fórmulas, p. e. en el *Padrenuestro,* y sustituido corrientemente por *you*), el nórdico antiguo y gótico *þū,* y muchas otras formas semejantes, tanto antiguas como modernas,

concluyendo razonablemente que tales formas deben considerarse originalmente afines y reconstruyendo, a través de la serie de correspondencias fonéticas observables en este ejemplo y otros análogos, un protogermánico **thŭ̄,* directamente conectable, a su vez, con la serie del latín *tū,* griego dórico *tu,* lituano *tù,* paleoeslavo *ty,* armenio *du,* albanés *ti,* irlandés antiguo *tū,* indio antiguo *tv-am,* de donde la posibilidad de restablecer un indoeuropeo «común» **tŭ̄.* Ciertamente se puede observar aquí que los pronombres personales, numerales, etc., constituyen la parte más conservadora de una lengua y que por eso tales ejemplos no constituyen prueba; sin embargo, se puede establecer cuantos se quiera en todo el conjunto de lenguas afines y a todos los niveles: el alemán *Weizen 'triticum,* trigo', neerlandés *-weit,* sajón antiguo *hwēti,* frisón antiguo *hwēte,* anglosajón *hwǣte* (> inglés *wheat*), nórdico antiguo *hveiti,* gótico *hvaiteis,* constituyen una serie de formas reducibles, en efecto, a un protogermánico **hu̯aiti̯a-.*

Entre los ejemplos románicos, el del latín *căsa* (3.0.1) es ya de suyo significativo, pero, evidentemente, no único: el latín *auris* 'oreja' no se refleja en las lenguas neolatinas, que tienen italiano *orecchio, -a,* rumano *ureche,* veglioto *orakla,* logudorés *oriya,* engadino *ural'a,* friulano *orele,* francés *oreille* (> italiano antiguo *oreglia,* cfr. *origliare* 'escuchar'), provenzal *aurelha,* catalán *orella,* español *oreja,* portugués *orelha,* REW, 733. Nos preguntamos entonces si estas formas tienen alguna vinculación con el término latino, y, en efecto, se remontan no directamente a *auris,* sino a su derivado *aurĭcŭla,* conocido desde Plauto en el sentido de 'pabellón de la oreja', luego, de 'oreja', sin más: en particular, las variantes románicas se explican por un latín popular **aurĭcla* (del que está documentada una variante dialectal *oricla*), con el paso antiguo de *ĭ* > *e̯* [e] y con las diversas soluciones del nexo *-cl-*: italiano *-cchi-* [kkj], rumano *-ch-* [k], francés *-ill-* [j], friulano *-l-,* provenzal y portugués *-lh-,* catalán *-ll-* [λ], español *-j-* [x]; así, el italiano *péc-chia* 'abeja', provenzal *abelha* (> francés *abeille*), catalán *abella,* español *abeja,* portugués *abelha* prolongan un latín *apĭcŭla* (Pli-

nio), mientras que *apis* se continúa en el veglioto *yuop,* italiano *ape,* friulano *âf,* ladino central (gardenés) *eva,* francés antiguo *ef,* dialectal *ep,* REW, 525; estas formaciones, como se ve, son todas análogas, y sus resultados, coherentes (cfr. también *sōl* ~ *sōlĭcŭlus, 3.6.5).

3.4.3. Estas comparaciones se pueden, e incluso se deben, establecer obviamente también en la morfología, que en la gramática es el nivel decisivo para demostrar el parentesco real de dos sistemas lingüísticos, ya que el sector léxico se presta de suyo bastante más al desplazamiento y al intercambio (préstamo): el inglés, que precisamente es riquísimo en elementos léxicos románicos, no deja por ello de ser una lengua germánica, ni el rumano, fuertemente impregnado de elementos eslavos (e incluso griegos, turcos, húngaros), deja de ser una lengua románica.

Precisamente el sector morfológico atrajo la atención del primer gran codificador de la gramática indoeuropea, Franz Bopp, que estableció (1816, 1833-52) las comparaciones fundamentales entre lituano *esmi* 'soy', sánscrito *ásmi,* griego *émmi, eimí*; lituano *ėdmi* '(yo) como, devoro', sánscrito *ádmi* '(yo) como'; lituano *gėdmi* '(yo) canto', sánscrito *gádāmi* 'digo', etc., de donde resulta, además de una semejanza general de raíces, la realidad de una clara desinencia **-mi* común a la primera persona en el sistema verbal de estas lenguas; extendiendo y confirmando sucesivamente estos cotejos, Bopp pudo proporcionar un cuadro general de la comparación gramatical de las lenguas llamadas (después de él) indoeuropeas y abrir el camino para la reconstrucción de elementos formales (raíces, sufijos, desinencias) y para la fijación sucesiva de las «leyes fonéticas», o sea, de los modelos de evolución que caracterizan a cada lengua.

3.4.4. El discurso se detiene aquí en un punto sumamente importante de la lingüística histórico-comparativa, es decir, para el método etimológico: ley fonética indica propiamente el principio de la r e g u l a r i d a d de un cambio dado, y es un término in-

troducido en la segunda mitad del siglo XIX por los Neogramáticos, según los cuales las leyes fonéticas actúan ciegamente y no admiten excepciones a no ser de acuerdo con otras leyes, limitadoras de las precedentes, o por efecto de la llamada a n a l o g í a . En suma, el mismo fonema, en un contexto dado, sufre, dentro del mismo sistema y durante cierto período, el m i s m o cambio en t o d a s las formas de la lengua en cuestión, principio sin el cual no sería posible la descripción científica de la evolución lingüística. Un ejemplo: las vocales latinas *ĕ* y *ŏ,* breves en el sistema clásico y abiertas en el «vulgar» (latín hablado de la época imperial), se reflejan en italiano (toscano) en un diptongo ascendente, es decir, *iè* y *uò*; latín *pĕde(m)* > italiano *piède, fĕru(m)* > *fièro, tĕnet* > *tiène, (h)ĕri* > *ièri; bŏnu(m)* > *buòno, fŏcu(m)* > *fuòco, sŏnat* > *suòna, cŏriu(m)* > *cuòio, sc(h)ŏla* > *scuóla,* étc. Sin embargo, esta regla no es absoluta, porque sólo vale si se dan d o s condiciones, a saber, la tonicidad de la vocal en cuestión y su posición de límite silábico (esto es, en sílaba acentuada y abierta); si faltan éstas, la diptongación generalmente no se produce, cfr. *sĕpte(m)* > *sètte, dĕnte(m)* > *dènte, pĕctus* > *pèto, pŏrta* > *pòrta, ŏctō* > *òtto; pĕdōne(m),* derivado de *pes, pĕdis,* > *pedone* (no *piedone,* que sí existe, pero como derivado de *piede*), *tĕnētis* > *tenete, bŏn(i)tāte(m)* > *bontà, *fŏcŏlāre* > *focolare* (y no **fuocolare*).

Las llamadas excepciones a esta norma se pueden explicar ante todo por principios analógicos: las palabras no viven aisladas, sino insertas en modelos de ordenamiento (paradigmas y sintagmas), lo que explica realidades como *suoniamo* (no *soniamo*) por analogía con *suono, suoni,* etc., *mietiamo* y no **metiamo,* sobre todo cuando se trata de salvaguardar la unidad de un mismo paradigma en sentido estricto; de otro modo, la regla puede ser anulada por una derivación sucesiva, como en el caso de *fierezza* y *fieramente,* que están en vinculación directa con *fiero.*

3.4.5. Junto a la analogía, opera en el interior de la lengua el principio de la p e r m e a b i l i d a d (opuesto al de la here-

ditariedad), es decir, del paso de elementos de un sistema a otro, llamado habitualmente, aunque no con total precisión, *préstamo,* que se da cuando una lengua A utiliza y acaba por integrar una unidad o un rasgo propio anteriormente de una lengua B y que A no poseía. Se trata del fenómeno sociolingüístico más importante, estrechamente ligado a factores —objetivos y subjetivos— de supremacía (prestigio) y de subordinación.

Es preciso, naturalmente, distinguir en el plano diacrónico dos variedades de préstamo, que podríamos llamar interno y externo (o vertical y horizontal): se sabe con certeza que el italiano *mangiare* viene del francés antiguo *mangier,* que, a su vez, procede directamente del latín *mandūcāre* 'masticar' (verbo expresivo que sustituyó a *ĕdĕre,* dando también el italiano *manicare, manucare,* sustituido luego por el préstamo francés); la filiación francesa es perceptible por la presencia de la palatal /dʒ/, resultado regular de *-ca-* intervocálico en esta lengua, hoy reducida a /ʒ/, cfr. *charger* < **carrĭcāre, plonger* < **plumbĭcāre,* mientras que todo esto no tiene razón de ser en italiano, como demuestra precisamente la antigua vitalidad del término de evolución local *manicare, manucare.*

Pero si, permaneciendo en el sistema francés, observamos el término *case* [ka:z] 'cabaña' o 'casilla', estamos evidentemente, ante un derivado del latín *căsa,* considerado más arriba (3.0.3) que, sin embargo, no ha seguido la normal evolución fonética de su sistema, en el cual *ca-* > *cha-,* pero con /a/ tónica y en sílaba libre > /ɛ/, evolución perfectamente representada, en cambio, por *chez* [ʃe], antiguo *chiese.* ¿Cómo se puede justificar la resistencia de *case* a la ley fonética? De un modo bastante sencillo, como una integración posterior del latín *căsa,* ya no elemento de una filiación ininterrumpida, sino de un suprasistema docto o culto que, desde la Edad Media, ha venido actuando cada vez más sobre la lengua misma. Este último puede, precisamente, entenderse como préstamo interno o vertical, que, en sustancia, viene a coincidir con la definición de «voz culta» o «cultismo», que suelen usar los diccionarios y

connotada de manera casi infalible por la presencia de algunos modelos de integración; en este caso concreto, *ca-* es posible porque ya existía en el sistema francés como sucedáneo histórico del latín *qua- (casser < quassāre),* pero es absolutamente preponderante como hecho de introducción, es decir, no ajeno a especiales consecuencias de equilibrio (3.5.10). Esto es tan cierto que no pocas veces se pueden encontrar en un sistema dos términos, diferentes en el aspecto fonético y distintos, pero no heterogéneos, en el semántico, que, en definitiva, se remontan al mismo origen, uno por vía directa, el otro, en cambio, por vía indirecta (uno, por tanto, popular, y el otro culto o introducido); para esto es necesaria, obviamente, la presencia de una fuerte tradición histórico-cultural que permita la recuperación de elementos destinados, de otro modo, a desaparecer. El inglés *captain* 'capitán' se remonta al inglés medio *cap(i)tain, capitein,* préstamo del francés antiguo *capitaine* (siglos XIII-XIV), adaptación del latín tardío *capitāneus, capitānus,* derivado de *caput, capĭtis,* es decir, 'el que está a la cabeza'; italiano *capitano, capitanio*; sin embargo, el inglés conoce también *chiëftain* 'jefe, caudillo', inglés medio *chevetein, chiftain,* del francés antiguo *chevetain(e),* también del latín *capitān(e)u(m).* Pero, mientras que *capitaine* es una adaptación culta o semiculta del latín medieval, *chevetain(e),* con sus cambios fonéticos regulares, es de tradición popular; tenemos así en francés un caso de préstamo interno *(capitaine),* mientras que en inglés se hallan dos préstamos externos *(chieftain, captain),* cronológicamente diferenciados; ahora bien, el francés tiene una situación aún más compleja —diacrónicamente—, ya que, además de 1) *chevetaine* y 2) *capitaine,* ha recibido también, más tarde, del italiano, *capitan* 'jefe militar, soldado jactancioso' (siglo XVI) y *(galère) capitane* (1671), italiano *galera capitana,* es decir, mandada por un oficial general, nave capitana: como es sabido, la terminología militar en las lenguas de Europa tiene una fuerte impronta italiana. El francés, en particular, cumple aquí todos los casos teóricos, es decir, el de ley fonética y el de préstamo (interno y externo), mostrando la integración progresiva del elemento

accesorio en cuanto que 1) tiene todos, o casi todos, los cambios fonéticos regulares; 2) tiene sólo la adaptación de *-ān(e)u(m)* > *-ain,* evolución histórica peculiar de *a* + nasal, como *main, pain*; 3) integra, finalmente, de modo superficial el italiano *-ano* en *-an,* eliminando sólo la vocal final de acuerdo con el modelo elementalísimo de su propio sistema.

3.4.6. Se plantea en este punto la cuestión de los «dobletes» etimológicos o alótropos, que las lenguas históricas tienen en buen número (aunque la expresión no debe hacer creer que pueda haber dos distintas filiaciones de una base única dentro del mismo sistema, como señala Saussure, negando la posibilidad de que existan, por el principio de la univocidad del cambio fonético, auténticos dobletes): francés *forge ~ fabrique < fabrĭca; livrer* 'entregar' ~ *libérer* 'liberar' < *libĕrāre; Noël* 'Navidad' ~ *natal* 'natal'; *rançon* 'contribución, rescate' ~ *rédemption* 'redención' < *redemptiōne(m); sevrer* 'destetar, privar' ~ *séparer* 'separar' < *separāre*; y todavía *hôtel ~ hôpital; écouter ~ ausculter; parole ~ parabole; raide* 'rígido, duro' ~ *rigide; frêle ~ fragile; entier ~ intègre,* etc.; pero si en la estructura del francés la regla es la alotropía, cfr. también italiano *angoscia ~ angustia < angŭstia, agosto ~ augusto, giorno ~ diurno, parola ~ parabola, vezzo ~ vizio, cosa ~ causa, plebe ~ pieve, tonaca ~ tunica*; en el léxico de las lenguas modernas, terminologías enteras son de estructuración culta, sobre todo las de tipo científico.

Para volver al punto inicial, es claro, en suma, que cuando en italiano hallamos casos de resultados de *ĕ, ŏ* latinos no diptongados, se manifiesta de inmediato el recurso a una voz culta (aparte la adaptación de un dialecto particular o el desarrollo posterior), cfr. *impèro, tono,* y también *regola, secolo, decimo, opera, cronaca* (si bien en el caso de los proparoxítonos parece tener vigencia una regla limitativa); además, el nexo *-rį-* da en toscano regularmente *-i-*, cfr. *aia < arĕa* (latín vulgar **arįa*), *fornaio < furnāriu(m),* mientras que en las zonas marginales de Toscana y en casi

todo el resto de Italia (tanto septentrional como centro-meridional) el resultado es *-r-*, cfr. *notaro, nodaro* (toscano *notaio*), *fornaro, danaro* < *denāriu(m)* (pero toscano *denaio, da-*, cfr. *salvadanaio*); esto es importante en cuanto atañe a la morfología y a la formación de las palabras, ya que afecta al sufijo latino *-ārius,* que indicaba típicamente una función o un oficio (su protosemantema es, en efecto, 'pertenencia a, relación con'), de donde el italiano (toscano) *-aio: calzolaio* 'zapatero', *beccaio* 'carnicero', *pastaio* 'pastero', *marinaio* 'marinero', etc.; por eso un neologismo como *benzinaro* 'el que despacha la gasolina, empleado en el servicio de carburante', documentado literalmente en Pasolini *(Una vita violenta)* y no recogido en el DEI, aunque sí en el reciente y gran GDLI; se califica desde el primer momento, junto a *benzinaio,* reintroducido normativamente, como dialectal o, mejor, regional, y es, en efecto, voz romanesca; en cambio, *segretario* (antiguo *secretario,* Dante), latín medieval *secretārius* 'el que guarda los asuntos secretos, reservados', es de influjo evidentemente culto, conservando sin ningún cambio *-ario,* como todas las voces semejantes, *abitudinario, abbecedario, ordinario, saltuario*; asimismo, es culto *primario* (siglo XVII), adaptación del latín *primārius,* mientras que en italiano antiguo existía el derivado regular *primaio* (Dante, *Inf.,* V, 1), paralelo al francés *premier,* español *primero,* portugués *primeiro,* provenzal *premier,* catalán *primer* ; rumano *vĕr primar* 'primo (hermano)', REW, 6749; aquí el italiano, como en el ejemplo francés visto arriba a propósito de *capitan,* admite una t r i p l e estructura diacrónica, ya que, junto a *primario* y *primaio,* posee también *primiero,* préstamo medieval del francés *premier* (> también inglés *premier* 'primer ministro'), atestiguado por Pucci (siglo XIV); y cfr. *primiera* 'figura de la baraja' (6.0.6).

3.4.7. Ley fonética, analogía y préstamo constituyen, por tanto, los parámetros esenciales del cambio lingüístico, pero es precisamente el primer punto el que constituye el elemento c e n t r a l : se entiende que el término «ley» no corresponde aquí plenamente a

las características de la ley social, que es i m p e r a t i v a y g e n e r a l , mientras que, en lingüística, se puede hablar de ley general pero no imperativa (en sincronía), imperativa pero no general (en diacronía, según Saussure, en un pasaje por lo demás fuertemente interpolado por sus editores); por eso, no pocas veces, el término «ley» ha sido degradado al menos comprometido de «tendencia». En suma, la definición de «ley fonética», que sin embargo tiene un contenido innegablemente empírico y heurístico, designa el principio de la r e g u l a r i d a d de un cambio dado no admitiendo, por tanto, excepciones, a no ser de acuerdo con o t r a s leyes o tendencias g e n e r a l e s , y su importancia reside en el hecho de que constituye la clave para descubrir y describir de manera exacta y exhaustiva las relaciones etimológicas entre las diversas lenguas que se suponen genéticamente afines. Es un principio epistemológicamente seguro que la validez de un método está en relación directa con su universalidad: se trata, en otras palabras, de no construir un método sólo a posteriori, válido únicamente para comprobar cierto número de hechos dentro de un determinado grupo *x,* sino de definir cierto número de reglas (una *téchnē,* pudiéramos decir) capaces de describir análogamente cualquier otro grupo *y, z,* etc., que tenga las mismas características universales de *x,* como se ha visto en la práctica, dado que el método histórico-comparativo ha sido aplicado con éxito no sólo al grupo indoeuropeo y a sus subgrupos, sino también a todas las familias lingüísticas conocidas, recibiendo de ello notables innovaciones metodológicas.

3.5. Factores cronológicos y espaciales: el préstamo

3.5.1. Hemos observado ya de pasada que la evolución lingüística no se puede concebir sólo como hecho interno, sistemático, sino vinculada de un modo preciso también a la realidad externa, física o conceptual: se trata siempre, en definitiva, de un problema de relación, o sea, de la correspondencia entre signo lingüístico y

referente; por lo demás, la estrecha conexión entre historia de la lengua e historia de la cultura material y moral de un pueblo, postulada explícitamente por Humboldt y por las tendencias postneogramáticas, es esencial para comprender no pocos aspectos de la evolución.

El cambio lingüístico vinculado por excelencia a esta lógica «externa» es precisamente el p r é s t a m o (3.4.5): cfr. alemán *Entlehnung,* nombre del fenómeno, *Lehnwort* 'palabra prestada' (distinta de *Fremdwort* 'palabra extranjera' escasamente integrada en el sistema); inglés *borrowing* y *loan-word*; francés *emprunt,* español *préstamo*: ruso *zaímstvovanie,* rumano *împrumutare*; el préstamo refleja, ciertamente, los contactos entre lenguas y culturas y es, por consiguiente, de máxima importancia también para los historiadores y los antropólogos, pero su mecanismo, según Anttila, es altamente d i a g r a m á t i c o , como en cualquier otro tipo de cambio lingüístico, y está, ante todo, ligado al problema de la difusión de la innovación (3.6). En resumen, es préstamo todo fenómeno de interferencia que tiene su raíz, como ya había entrevisto Paul, en una verdadera creación *ex-novo*; según la fórmula de Haugen, préstamo es *the attempted reproduction in one language of patterns previously found in another.* La referencia a los *patterns* o «modelos» manifiesta explícitamente que el proceso actúa en t o d o s los niveles de la gramática, si bien el nivel léxico resulta ciertamente privilegiado.

3.5.2. El problema teórico de base es, pues, el de la t r a s m i s i ó n y la integración: si la necesidad de denominar y el «prestigio» son los motores principales del proceso, es evidente, sin embargo, que la ocasión para él se da en todas las épocas y en todas las áreas, puesto que reside en los contactos históricos entre pueblos y culturas.

El contacto puede, por lo demás, afectar a todos los niveles (Weinreich): se pueden dar, en efecto, préstamos auténticos, que implican una introducción morfemática y (pero no necesariamente)

una sustitución fonética; mezclas (cruces), que implican también una sustitución morfemática; las ya mencionadas *loan translations* (calcos) y los préstamos semánticos, que afectan esencialmente al «contenido» y admiten con frecuencia cruces formales; hasta el nivel más estrictamente fonológico, donde se producen préstamos de pronunciación y cambios fonéticos.

Así se explican las adaptaciones a las que se ven sometidas las formas que entran en un sistema procedentes de otro: por ej. el japonés (que admite una estructura CV, CV, ...) *basu* < inglés americano *bus* (donde conviene observar también /Λ/ convertido en /a/), *takushii* < *taxi, beisubooru* < *baseball, basuketto* < *basket,* análogamente a lo que sucede en el toscano, que no admite final consonántico y procede, por tanto, a la eliminación de -C o a la adición de una vocal epitética: *abagiù* < francés *abatjour* 'pantalla'; *taié* < francés *tailleur,* pero diminutivo *taierino,* o bien *spòrte* < inglés *sport, rumme* < *rhum, ròsbiffe* < *roast-beef,* etc. El árabe no tolera una secuencia /f/ + consonante continua, y altera, por ello, en *faransī* (con su típico sufijo *-ī-*) el étnico *français* 'francés', cfr. también *falamandī* < francés *flamand* 'flamenco', mientras que *falamankī* es propiamente una adaptación de *vlaming* (> español *flamenco,* italiano *fiammingo*), más estrictamente 'holandés, neerlandés'; también el húngaro rechaza los grupos consonánticos iniciales, de donde, por ejemplo, *Ferenc* 'Francisco', *palacsinta* 'buñuelo, tortilla' (y servo-croata *palačinka*) < rumano *plăcintă* < latín *placĕnta* 'hogaza'. En este campo se hacen con frecuencia distinciones entre «aclimatación» e «integración», de modo análogo a lo que ocurre en alemán con *Fremdwort* ~ *Lehnwort,* y el criterio principal es aquí ciertamente el cronológico: de cualquier modo, la adaptación de un elemento extraño a un sistema nuevo tiende a la integración fonológica; en caso contrario, el término mismo permanece relegado a un s u b s i s t e m a lingüístico, formado por fonemas, morfemas, lexemas y sintagmas marginales: es ejemplar el caso del francés *razzia* (siglo XIX, > italiano *razzìa*), préstamo del árabe argelino *ghāziya* 'asalto' (clásico *ghazāwa*), donde

el *ghain* inicial, frivativa velar sonora, se ha resuelto en francés con /r/, que, como se sabe, en sentido estrictamente fonético es una vibrante uvular [R], bastante próxima articulatoria y acústicamente al fono árabe.

El latín preclásico, en cambio, no poseía sonidos aspirados, fuera de [h], y por eso tenía dificultades al tomar en préstamo términos griegos caracterizados por éstos, como se ve en el caso de *porphúra,* que se resuelve con *pŭrpŭra,* y *Phóinikes* con *Pūnĭci (Poeni),* es decir, con [p], el fono más próximo al griego [ph], que, en aquella época, aún no había pasado a [f], hecho de época posclásica, ya que, en caso contrario, el latín no habría tenido dificultad para resolverlo precisamente con [f]; sólo en la época clásica el influjo culto griego introdujo en latín las grafías y las pronunciaciones *ph, ch,* que, por otra parte, quedaron confinadas justamente en el subsistema culto y n u n c a fueron realmente populares (como lo prueban claramente los sucedáneos románicos). Viceversa, las oclusivas sordas del griego, de algunos dialectos griegos o de hablas griegas coloniales que podían servir de puente entre griego y latín (como probablemente es el caso del griego de Sicilia), debían tener una realización algo relajada, hasta el punto de ser percibidas en el sistema latino como sonoras (cfr. por ejemplo la glosa de Esiquio *batánion: patánion* 'patena, plato'): los lingüistas tradicionales hablan de «menor distancia» entre *p, t, k* y *b, d, g,* y, en efecto, un diccionario etimológico como el Ernout-Meillet propone en estos casos un préstamo i n d i r e c t o a través de otra lengua, cfr. latín *Brŭges* (en Ennio) < griego *Phrúges,* latín clásico *Phrygii* 'Frigios'; en el mismo autor *bŭrrus* < griego *purrhós* 'rojo'; y cfr. también *ballaena, ballēna* < *phál(l)aina, bŭxus, -m* 'boj' < *púxos, gamba* < *kampḗ* 'curvatura, articulación'; esta tendencia se manifiesta aún en los préstamos medievales del griego bizantino, cfr. italiano *bottega,* francés *boutique* < *(a)pothḗkē.*

3.5.3. Análogamente, en los numerosos casos de adaptación de palabras germánicas en las hablas latinas tardías o protorrománicas, se obser-

van muchos hechos de este tipo, como en el caso de *-hh-* fricativa velar del longobardo, sucedánea de un germánico *-k-* por el fenómeno descrito por la ley de Grimm: mientras la espirante laringal simple [h] suele omitirse en las adaptaciones neolatinas, [hh] se reproduce con el fono más próximo, o sea, la oclusiva velar [k], o mejor [kk], cfr. longobardo *rîhhi* 'señor' > italiano *ricco, knohha* 'hueso' (cfr. alemán *Knochen*) > *nòcca.* El árabe, como se sabe, ignora el fonema /p/ y, por tanto, tiene que adaptar de un modo especial los elementos externos con esta característica, generalmente con /b/, cfr. *bīsah,* nombre de Pisa, o el conocido *(al)barqūq (birqūq)* 'albaricoque', que se remonta al griego *praikókion,* adaptación a su vez del latín *persica praecocia* (la base última es, pues, el adjetivo *praecŏquus* 'prematuro, precoz'; de la voz árabe derivan, como «repatriados», el italiano *albicocco, -a* y las voces dialectales *bericuòcolo, biricòccola, baracòccolo,* con el significado oscilante de 'albaricoque' o 'ciruela') [3]. Existe, sin embargo, un estrato griego o, en todo caso, meridional en que /p/ ha sido reproducido por el árabe con /f/: *funduq* 'tienda, albergue' (> italiano *fondaco,* español *alhóndiga*) < griego *pandochêion,* derivado de *pándochos, -dokos* 'hospitalario'; *fustuq, fustaq* 'pistacho' < griego *pistakē, -ion; Fāris* 'Persia', *fiṣḥ, faṣḥ* 'Pascua, *Pesah',* etc.

3.5.4. En otros casos se dan problemas de integración más propiamente morfofonológica: un ejemplo citado en muchos manuales es el del árabe *kitāb* 'libro' (*kataba* 'leer'), que pasó al suahili *kitabu,* donde automáticamente fue clasificado en la clase de los objetos e instrumentos, marcada precisamente por el prefijo *ki,* plural *vi,* de donde, en efecto, el plural *vitabu* (no **kikitabu, *vikitabu*); por otra parte, también los numerosos ejemplos de amalgama y separación del artículo en italiano y en las lenguas románicas que-

[3] Es notablemente interesante el sistema semántico identificado por estos productos de origen oriental, que marcan precisamente en el nombre su procedencia, cfr. italiano *pèsca* 'melocotón' < *persĭca, susina* 'ciruela' del nombre de *Susa, damascèna, damaschina* 'ciruela damascena' del nombre de Damasco; italiano septentrional (sobre todo véneto) *armelin* 'albaricoque' < **armenīnu(m),* emiliano, lombardo *mugnaga* < **armeniāca*; cfr. también *sorgo* < **surĭcu(m), syrĭcu(m), mèlica* < *medĭca* (herba); friulano *cidivòc* 'cólquico, azafrán silvestre' < *cĭlĭcu(m)* + *occu(m).*

dan englobados en esta segmentación: italiano *làstrico* 'empedrado' (siciliano, calabrés *ástracu*) < **astracŭ(m)*, a su vez del griego *óstrakon* 'pedazo de vasija rota', a través del plural *ta (o)straka*, entendido como *t ástraka*; en cambio *ottone* (veneciano *laton*, friulano, provenzal *latun*, español *(a)latón*, etc.) < árabe *laṭūn* 'cobre'. La tendencia a la integración puede considerarse universal: en las inscripciones latinas de la *X regio* augusta *(Venetia et Histria)* se hallan casos interesantes de conmixtión greco-latina, por ejemplo, *bicrota* 'nave con dos hileras de remos' CIL, V, 1956 (Càorle), adaptación del griego *díkrotos (nâus)* al latín *navis*, es decir, con un resultado en *-a* de concordancia adjetival, pero, sobre todo, con la sustitución por el latín *bi(s)-* del griego *di(s)* 'dos veces', ambos por lo demás < **dụis* (raíz de *due*); así *sunbirgin(i)o* (Aquilea, inscripción cristiana tardía) es una forma del latín *convirginius* 'marido, esposo, consorte', donde *con-(cum)* ha sido sustituido por el griego *sun- (syn-)*, de acuerdo con la fuerte influencia de los modelos griegos en el ambiente latino y cristiano de Aquilea y Grado. El mejor ejemplo de estos procedimientos se encuentra en los tipos de integración morfosemántica (calco, etc.), cfr. el caso ya aducido del inglés *grand-father* modelado sobre el francés *grand-père*, y de la sucesiva reorganización con *grand*, índice diferencial semántico de la relación de parentesco abuelo ~ nieto: *grand-son*, frente al francés *petit-fils*.

3.5.5. La organización del préstamo, en su origen factor externo, en el sistema lingüístico se da también según condiciones de mayor o menor e q u i l i b r i o fonológico, que pueden favorecer la adquisición, como ocurre, según Guiraud, en los casos bastante numerosos de palabras francesas que empiezan por *ca-*, que en su mayoría son precisamente préstamos. Puesto que el francés ha transformado siempre *ca-* [ka], en *cha-*, antiguo [tʃa], moderno [ʃa] y, por otra parte, un originario *qua-* [kwa] en *ca-* [ka], cfr. *casser* < latín *quassāre*, *carré* < *quadrātu(m)*, *cahier* < *quaternu(m)* (y el diminutivo *carnet*, igual al italiano *quadernetto*), *cari-*

llon (antiguo *quarregnon, careillon*), del latín hablado **quatriniōne(m),* clásico *quaternio, ōnis* 'grupos de 4 (campanillas)', esta última combinación vino a constituir, para usar un término «funcionalista» de cuño martinetiano, una «casilla (casi) vacía» en el sistema francés, dada la exigüidad en el léxico latino del tipo *qua-,* y, por eso, ha podido rellenarse fácilmente con un número adecuado de elementos extraños, incluso con palabras como *caresse, camarade, carcasse,* para los que la lengua disponía ya de tipos propios y que, de todos modos, parecen connotados, al menos originalmente, en sentido afectivo; cfr. además, entre los numerosos ejemplos, *cabale, cabaret, cabinet, câble, cabriole, cadastre, cadeau, cadet, cadence* (junto a *chance* 'suerte, fortuna'), *cadène, calculer, calendrier, calisson, calquer* (francés antiguo *chauchier* < latín *calcāre*), *camion, campagne* (francés antiguo *champagne,* véase, en efecto, el nombre de la región), *campane* (el francés tiene *cloche* < latín tardío *clŏcca*), *canaille* (francés antiguo *chiennaille*), *canal* (francés antiguo *chenal*), *cancan* ('ruido' < latín *quamquam,* designación de los discursos escolares hechos en latín, donde la partícula se repetía con frecuencia: mientras que *cancan* 'danza' se identifica con *cancan,* nombre infantil del *canard* 'pato', que pasó a significar el baile por la semejanza de sus movimientos con la manera de andar de este animal); *canne, canton, cantate* (término técnico musical < italiano *cantata*), *cap* (< provenzal *cap* 'cabeza, promontorio'); el francés tiene notoriamente *chef* 'jefe', *capable, cape* (< italiano *cappa*; francés antiguo *chape*), el ya conocido *capitaine, capital, caporal, caprice, caprin* (hasta el siglo XV está vivo el popular *chevrin*), *captif* (junto a *chétif*), *capuce, carbone* 'carbono', *carole, carmen, carnaval* (francés *carême-prenant,* literalmente 'Cuaresma entrante'), *carné, carnosité, carrosse, carte* 'carta de jugar' (< italiano *carta*), junto a *charte* 'carta (documento)'; el ya conocido *case, caserne, castel,* junto a *château* < latín *castĕllu(m), cause, cavale, cavalier* (junto a *chevalier*), *cave, caver,* y otros muchos; lo mismo ocurre, naturalmente, con *ga-,* cfr. *gabelle* (< italiano *gabella*), *galère, galerie, ganache, gaz, gazette; gabie* 'cofa,

gavia' (siglo xv) < provenzal moderno *gabio* 'gavia', convertido en término marinero (el latín *cavĕa* > francés *cage*); muchos términos franceses con *ga-* proceden, por lo demás, de un germánico **wa-*. Un fenómeno análogo puede invocarse a propósito de la observación de Malkiel de que cientos de palabras españolas rurales o jergales, que tienen *ch* [tʃ], son etimológicamente oscuras o difíciles, ya que la [tʃ] castellana es, desde un punto de vista histórico, en muchos aspectos una anomalía (< *-ct-, fl-, pl-*, etc.): cfr. *chabacano, chalado* (voz gitana), *chamorro, chapa, chaparro, charco, chifle, chorro, churrete,* etc.

3.5.6. En cuanto al préstamo léxico, es evidente que el acento recae con énfasis especial en las relaciones históricas y culturales habidas entre los pueblos; la historia lingüística italiana en el contexto de la europea ofrece muchísimos ejemplos de ello en un sentido y en otro (Migliorini): el finés está profundamente impregnado de elementos protogermánicos (junto a varios otros eslavos, iranios, bálticos), muy valiosos, entre otras cosas, porque, al haber conservado un aspecto fonético arcaico, sirven muy bien para la reconstrucción de las lenguas germánicas; cfr., entre otros muchos, *lato* 'granero' (sueco *lada* 'id.', alemán *Lade* 'caja'; el término alemán para granero es *Speicher,* alto alemán antiguo *spīhhāri* < latín tardío *spicariu(m),* cfr. también el neerlandés *spijker*); *kulta* 'oro' (< **gulpa-*), *tina* 'estaño' (inglés *tin,* alemán *Zinn*), *leipä* 'pan' (< **hlaiba-,* gótico *hlaifs,* inglés *loaf,* alemán *Laib* 'hogaza, pan redondo': del germánico se deriva también el ruso *chleb* 'pan'); *vata* 'esparavel, red de pesca de arrastre' (alemán *Wate,* longobardo **wada* > italiano *guata, guada*); *lammas* 'oveja' (sueco, alemán *Lamm,* gótico, inglés *lamb* 'cordero'); *kauppa* 'comerciar' (alemán *kaufen,* gótico *kaupon,* que proceden del latín *cauponāri* 'tener casa de huéspedes', de *caupo, ōnis* 'posadero'; la voz pervive en el inglés *(good) cheap* 'a buen precio', y del latín pasó también al eslavo *kupiti* 'comprar'); *kuningas* 'rey', etc. El germánico mismo, a su vez, está bastante impregnado de préstamos célticos, latinos

y griegos: la historia de la lengua inglesa muestra los fortísimos influjos recibidos en época arcaica (anglosajón) del escandinavo, en la Edad Media *(Middle English)* del francés (normando), lengua de superposición político-cultural que introduce centenares de términos referidos, en general, a ámbitos conceptualmente elevados, es decir, gobierno y orden social, esfera eclesiástica, ley y vida social, artes, y técnicas; entre los numerosísimos adjetivos de origen francés, citaremos *able* 'capaz' < francés antiguo *able* (< latín *habĭle(m)*, vinculado a *habeo*); *amiable* 'amable, agradable', *barren* 'estéril, árido', *brief* 'breve, conciso', *certain* 'cierto, seguro' < *certain* (< latín **certānu(m)*, de *certus*); *chaste* 'casto, virtuoso', *covetous* 'ávido' < *coveitus, -os* (< latín **cupiditōsu(m)* de *cupĭdĭtas* 'avaricia, avidez'); *coy* 'tímido, modesto' < *coi* (< latín *quiētu(m)*); *debonair* 'jovial, cortés', *eager* 'ardiente, apasionado', *easy* 'fácil', *faint* 'débil, flaco', *feeble* 'id.', *fierce* 'cruel, salvaje' < *fiers* (anglonormando *fers* < latín *fĕru(m)*), *foreign* 'extranjero' < *forein, forain* (< latín **forānu(m)* 'de fuera'); *frail* 'débil', *gay* 'festivo, vivaz' < *gai,* provenzal *gai* (> italiano *gaio*), de étimo desconocido; *hardy* 'valiente, atrevido', *hasty* 'presuroso', *jolly* 'alegre, vivaz' < *jolif* (moderno *joli*), cfr. también el italiano *giulivo* (el término es probablemente de origen germánico, cfr. nórdico antiguo *jól* 'fiesta de invierno'); *mean* 'intermedio', *moist* 'húmedo', *nice* 'agradable, bonito', *pliant* 'flexible', *poor* 'pobre, desgraciado', *quaint* 'pintoresco, curioso', *safe* 'seguro' < anglonormando *sāf,* francés antiguo *sauf* (pero *save* 'salvar' < *sauver*); *stout* 'fuerte, robusto' < *estout* (de origen germánico occidental, **stult-*, cfr. alemán *stolz* 'orgulloso'); *sturdy* 'vigoroso, fuerte', *sudden* 'repentino' < anglonormando *sodein, su-,* francés antiguo *soudain* (< latín *subitānu(m),* variante del clásico *subitāneus*); *supple* 'blando, flexible', *sure* 'cierto, seguro', *treacherous* 'traidor, pérfido', etc.

En general, a partir de la Edad Media, las lenguas de cultura europea enriquecen de manera impresionante su propio léxico, recurriendo al préstamo culto o a la lengua de prestigio. Esta realidad ofrece, por ejemplo a Vidos, las condiciones para una etimología

«orgánica», ya que, especialmente dentro del vocabulario técnico, sectores léxicos enteros, y no sólo palabras aisladas, pueden tener el mismo origen: la historia de las palabras marineras italianas que en la Edad Media pasaron al francés atestigua ampliamente este hecho, partiendo p. e. de *boussole* (1552), préstamo de *bùssola* (siglo XIV, latín tardío *buxĭda* 'cajita de boj', de origen griego); objeto de invención o, al menos, de difusión italiana; puesto que las brújulas llevaban escritos los nombres de los vientos para indicar los puntos cardinales, también los términos franceses *garbin, grec, lebeche, siloc, tramontane* son evidentemente de origen italiano, y concretamente *garbino* 'viento del sudoeste' (B. Latini, del árabe *gharbī* 'occidental', probablemente a través del catalán y Pisa), *greco* 'viento de levante' (M. Polo), *libeccio* (viento del sudoeste), *scilocco, scirocco* 'viento del sudeste' (probablemente del árabe *šurūq, šulūq* a través del genovés); finalmente *tramontana,* propiamente nombre de la Estrella Polar ('del otro lado de los montes').

3.5.7. El caso más interesante es, en verdad, el de la introducción en un sistema de elementos propios de un sistema afín, por ejemplo en el italiano *primaio ~ primario ~ primiero*. Los préstamos escandinavos en el anglosajón proporcionan un cuadro eficaz de este proceso, creando en el conjunto modificado una serie de dobletes o alótropos, que se distinguen s i e m p r e por una mínima diferencia semántica, además de, por supuesto, de la fonética: la forma primera representa la fase de ininterrumpida tradición anglosajona; la segunda, el elemento integrado posteriormente, cfr. *shirt* 'camiseta' ~ *skirt* 'enaguas, falda'; *yard* 'corral, patio' ~ *garden* 'jardín'; *whole* 'todo, entero, completo' ~ *hale* 'robusto, sano' (regional del norte); criterio diferenciador es, naturalmente, la fonética, que muestra la palatalización anglosajona del nexo germánico **sk-* > *š-* /ʃ/, escrito *sh* (por tanto, *sk-* debe ser de otra tradición, precisamente nórdica, donde no se produce tal fenómeno, teniendo en cuenta el hecho de que aquel influjo sobre el anglosajón está históricamente documentado).

Para la c o m p l e j a estructura del inglés, Anttila proporciona una serie de esquemas significativos, enumerando los tres filones principales, germánico, latino, griego, y añadiendo, a veces, un cuarto estrato de diverso origen, como en el caso de:

1. *tooth* 'diente';
2. *dent-ist* 'dentista';
3. *odont-o-logy* 'odontología'; o bien

1. *five* 'cinco';
2. *quintet* 'quinteto';
3. *penta-gon* 'pentágono';
4. *punch,* voz hindi, del sánscrito *pañca* 'cinco', pues se trata de una bebida compuesta de c i n c o elementos.

Tampoco es raro el caso de que dos filones afines logren penetrar en un mismo sistema o dominio: el nórdico antiguo *skaut* 'ángulo inferior de la vela' (neerlandés *schoote,* alemán *Schot*) pasó al franco-normando *escote, escoute* (siglo XII: francés *écoute*) y de aquí al español *escota,* de donde finalmente el italiano *scòtta* 'cabo principal atado a la vela para tenderla al viento'; en cambio, el longobardo *skauz* 'halda, orla del vestido' está presente en buena parte de los dialectos italianos septentrionales (lombardos, emilianos, ligures orientales) como *scos, scossál* 'mandil', cfr. también el literario *scòsso* 'regazo' (voz regional en el lombardo G. P. Lomazzi, 1538-1600); en alemán, posteriormente, la presencia del correspondiente exacto de la voz lombarda, *Schoss* 'regazo, halda', revela una condición de alotropía precisamente respecto a *Schot,* que con su *t* se califica como préstamo indudable del nórdico, verosímilmente a través del hanseático (o neerlandés). Para concluir, observemos que los multiformes contactos entre mundo germánico y románico dan origen al fenómeno del «repatriado» (alemán *Rückwanderer*), elemento que pasa de *x* a *y,* de donde vuelve a *x* como signo evolucionado: el inglés *hamlet* 'pueblecito' viene del francés *hamelet,* de *hamel* (moderno *hameau*); pero el francés antiguo *ham*

viene a su vez de un fráncico **haim,* análogo al inglés *home* y alemán *Heim* 'hogar'; también el caso de *stout* (3.5.6) es un índice no secundario de tales interrelaciones.

3.5.8. Es indudable que el préstamo puede modificar el sistema lingüístico no sólo a nivel léxico, sino también morfofonológico y sintáctico. El italiano tiene hoy secuencias en algún tiempo no admitidas —al menos no tan abundantemente— *sport, set, gap, film,* todos elementos extranjeros —cruz de las tendencias puristas de siempre— no perfectamente «aclimatados», siendo en el actual clima de relaciones abiertas casi nula la tendencia a la italianización formal; véase, por ejemplo, el fenómeno de la nominación de artículos técnicos, sobre todo los medicinales, donde tendencias semejantes se aceptan regularmente. Entran en juego incluso fonemas ajenos al italiano, aunque sea, obviamente, a nivel sub-sistemático, por ej. /ʒ/ en *abat-jour, page*; en inglés, esta unidad está circunscrita al interior de palabra, y precisamente en los términos tomados del francés a partir de la Edad Media, *measure, occasion, treasure.* El préstamo sintáctico, por su parte, atañe a menudo a las numerosas interferencias dialectales que se observan en ciertos usuarios no perfectamente instruidos en la lengua literaria, en frases como *a me mi piace* o *il suo amico del tranviere,* o en los típicos regionalismos vénetos *il maestro ha detto c o s ì che..., che bello c h e sei! quando c h e siamo arrivati...,* etc.; también la morfología, aunque sea el sector más exclusivo de la gramática, puede ser modificada por hechos de préstamo, según se ve por las adaptaciones verbales inglesas *cogitate* 'meditar' *(-ate* < *-ātu(m),* participio pasado de los verbos latinos en *-āre), verify* 'verificar' *(-fy* < francés *-fier* < latín *-ficāre), standardize* 'standardizar' *(-ize* < francés *-iser* < latín *-izāre)*; también el alemán *-ieren,* cfr. *spazieren* 'pasear', *regieren* 'reinar', *rasieren* 'afeitar', viene del francés antiguo *-ier* (con la adición de *-en,* morfema alemán regular para el infinitivo); en la formación de palabras, véanse p. e. los sufijos italianos *-ésco, -aldo, -ardo,* de probable origen germánico; la productividad gene-

ral del préstamo se justifica, en suma, por el hecho de que no se trata de una transferencia de materia, sino de m o d e l o s (formas) (Gusmani).

3.5.9. La c r o n o l o g í a del préstamo es, en fin, un criterio básico para la identificación exacta del fenómeno, ya que está unida a la mayor o menor aclimatación del modelo externo: los préstamos de fecha antigua sufren, en efecto, las sucesivas transformaciones del sistema como t o d a s las demás partes que lo integran, mientras que los de fecha más reciente se sustraen a estos condicionamientos. Por volver al ejemplo de más arriba (3.5.7.), el inglés *skirt,* préstamo escandinavo (cfr. nórdico antiguo *skyrta*), se opone a *shirt,* autóctono; ambos se remontan a una raíz germánica e indoeuropea bastante productiva, **(s)ker-* 'cortar', alemán *scheren* 'esquilar', inglés *shear* y sueco *skära* 'id.', y griego *kéirō* '(yo) corto', latín *cŏrium* 'cuero, trozo de piel'; y, sin embargo, la familia de palabras germánicas es decididamente interesante, al incluir, entre otros muchos, ejemplos como el alemán *Schurz, Schürze* 'delantal', paralelo exacto del inglés *short* 'corto, breve', de donde *shorts* 'calzoncillos'; *Schirm* 'escudo, defensa', propiamente 'piel', *Schorf* 'costra', *Scherbe* 'tiesto', y otros.

En el caso de nuestros alótropos, interesa sobre todo el hecho de que la palatalización de /sk/ originario, fenómeno típico del anglosajón (y más tarde del alemán y, parcialmente, del neerlandés), tuvo lugar a n t e s de la introducción en aquél de *skirt;* es decir, antes del influjo escandinavo, que se produjo a partir de los siglos VII-VIII d. C.

Otro ejemplo notable lo constituye el latín *tabŭla* 'mesa', que se hizo *taƀola* en el latín hablado de la época imperial y pasó así a las tribus germánicas del otro lado del Rhin, de donde el alemán *Zabel* < alto alemán antiguo *Zabal,* por ejemplo en *Schachzabel* 'tablero de ajedrez' (la palabra significa 'juego de dados'), con *t-* > *z-* /ts/ por la ley de Grimm y *-ƀ-* > *-b-* por cambios análogos, cfr. alemán *leben* 'vivir' ~ inglés *life* 'vida', *live* 'vivir'; alemán

Weib 'mujer' ~ inglés *wife* 'esposa'. Posteriormente, sin embargo, el alemán volvió a tomar la palabra de una base ahora románica del tipo italiano *tavola,* cfr. alto alemán antiguo *taval,* alto alemán medio *tavel(e),* moderno *Tafel*: aquí la *-t-* ha permanecido intacta, por ser este préstamo *posterior* a la segunda rotación consonántica, es decir, al siglo VIII. En algunas glosas virgilianas en alto alemán antiguo de tinte dialectal alemánico (de un códice de Trento) de los siglos IX-X d. C., se halla el nombre de *Padova,* latín *Pătăvium,* glosado como *Bazzoua* (es decir, *Bazzova*), forma bastante significativa, que nos permite algunas conclusiones importantes: en efecto, siempre por la segunda rotación consonántica, sabemos que un grupo *-zz-* es sustituto de una *-t-* anterior (cfr. alto alemán antiguo *ezzan,* moderno *essen* ~ inglés *eat* 'comer'), mientras que la *b-* inicial se justifica por un cambio general con *p-*; es también típica de las áreas marginales meridionales la frustrada rotación de *p-*, que suele reflejarse en alto alemán antiguo con *pf-* (*pfeffar,* moderno *Pfeffer* ~ inglés *pepper* ~ latín *pĭper* 'pimienta'); ahora bien, estos dos criterios fonéticos permiten basar la glosa alemana en una forma latina **Patăva,* que es exactamente la supuesta para justificar el moderno *Pàdova,* que no puede ser continuación del clásico *Patăvium* (que habría dado un **Padèbbo, Padàbio*), y esto a pesar de la presencia de un *Padua,* documentado en fuentes antiguas como nombre de un brazo en el delta del Po (Primaro), que no puede servir de base a la forma alemana por su *-d-*. La cuestión es también importante por la presencia de *Pàdova* < *Patăva* (o *Patua*), que muestra la sonorización intervocálica típica del italiano septentrional, y también del galorrománico y del iberorrománico (cfr. 3.1.3), fenómeno más bien antiguo y ciertamente no posterior a la segunda rotación consonántica, por lo que el préstamo germánico de *Patăva (Patua)* debe ser, a su vez, más bien precoz, sensiblemente anterior al siglo VI d. C., porque, si la forma sonorizada *Pàdava, Pàdova,* fuese relativamente tardía, no habría podido existir en alto alemán antiguo un resultado *Bazzoua.*

3.6. Factores cronológicos y espaciales: la geografía lingüística

3.6.1. El desarrollo, en los últimos decenios del siglo XIX, de la d i a l e c t o l o g í a , con sus notables fermentos innovadores, junto con los progresos de la fonética descriptiva y experimental, abre paso a la g e o g r a f í a l i n g ü í s t i c a (o mejor l i n g ü í s t i c a (dialectología) a r e a l) , que se define, en general, como el estudio c a r t o g r á f i c o de los lenguajes hablados. Se trata de una teoría que, sobre todo en la síntesis de Gilliéron, pese a sus numerosas y profundas implicaciones antineogramáticas, no puede desligarse demasiado de aquel clima cultural; en efecto, incluso en la tentativa de explicar los hechos lingüísticos singulares dentro de su conjunto y de aclarar las fuerzas y las directrices de la evolución se queda con frecuencia en un nivel de observaciones empíricas y está lejos aún de elaborar un concepto riguroso de s i s t e m a , como el descrito por primera vez en aquellos años por Saussure. No se puede separar de ella, por lo demás, la elaboración ulterior de M. Bartoli, conocida con el nombre de l i n g ü í s t i c a e s p a c i a l o n e o l i n g ü í s t i c a , que profundiza sus premisas individuales e idealistas. La fe de la postura gillieroniana en el principio de que cada palabra tiene su propia historia y, en último término, en la capacidad creativa del individuo como hablante, si bien está en franco contraste con las premisas filosóficas e ideológicas saussurianas, saca su alimento, por otra parte, de la extrema variedad de hechos, señalados y recogidos por el método de la encuesta dialectal *in loco,* proporcionados directamente por el hablante nativo, y del cuadro enormemente complejo de su composición geográfica (y estratigráfica); y es indiscutible mérito teórico y metodológico de la geografía lingüística haber elaborado algunos principios que resultan, entre otras cosas, de fundamental importancia para el método etimológico.

3.6.2. La representación sincrónica y espacial de los materiales lingüísticos, en efecto, permitiendo establecer de un modo satisfactorio, aunque no mecánico, las isoglosas (líneas de la definición de un hecho), contribuye a aislar correctamente el área de difusión de estos fenómenos y la estratificación resultante de la evolución cronológica, proporcionando los criterios esenciales para establecer las fases de conservación (mantenimiento de condiciones antiguas) y de innovación (entrada de nuevas formas lingüísticas, que sustituyen a las anteriores o se añaden a ellas). Un dato elementalmente empírico y heurístico es, en efecto, considerar, con Bartoli, una fase atestiguada en un área restringida o aislada (escasamente expuesta a las comunicaciones con las otras zonas) o periférica, como arcaica, es decir, anterior a otra fase típica, en cambio, de áreas amplias, centrales y abiertas a las comunicaciones. El dominio románico muestra ejemplos numerosos y convincentes de ello; véanse sobre todo las tipificaciones del mismo Bartoli y de Rohlfs. Es sabido que el latín expresaba, p. e., la noción de 'hombro' con *ŭmĕrus* 'parte superior del brazo con el hombro', conservado efectivamente con este sentido en el ibérico (español *hombro,* portugués *ombro*) y en una pequeña zona de Gascuña (Béarn, *ume, umí*) por una parte, y en Rumanía (dacorrumano), por otra, *umăr,* además de, esporádicamente, en alguna otra área, REW, 4232; el área central de la Romania ha utilizado, en cambio, el tipo *spatŭla* 'espátula, paletilla': francés *épaule,* provenzal *espatla,* catalán *espatlla,* italiano *spalla,* REW, 8130, 2 (tipo, por lo demás, ya conocido en latín tardío en el sentido de 'paletilla de animal' (Apicio); el sardo, área aisladísima y arcaica, conserva el latín *pāla* 'paletilla', REW, 6154 (nótese la analogía semántica con *spatŭla*), conocido también por los tratados médicos en latín tardío (*Mulomedicina Chironis,* Celio Aureliano), mientras que, por su parte, los dialectos dolomíticos conservan *scapŭla,* REW, 7652, cfr. gardenés *šabla,* junto con otras áreas en zona francoprovenzal, cfr. Hérémence (Vallese) *eš̆yebla* (ya en las Glosas de Reichenau, de fines del siglo VIII y procedentes

de aquella abadía benedictina a orillas del lago de Constanza, pero redactadas en la Francia septentrional, aparece en efecto *humerus* glosado con *scapula*).

Ésta es, a grandes rasgos, la situación sincrónica que, por otra parte, es más compleja de lo que parece a primera vista: también el friulano tiene p. e. *sk'able, sciabla, sciala,* sobre todo en las zonas montañosas más conservadoras, para 'paletilla, hombro', aunque predomine el tipo *spádule, spale* < *spatŭla*; los derivados de *pāla* en nuestro sentido no son propios sólo del sardo, como muestra el español *paletilla* y el popular toscano *paletta* 'id.', que, sin embargo, dado su carácter de evidentes metáforas, pueden también haber surgido independientemente en cualquier momento: por otra parte, el español y el portugués tienen respectivamente *espalda* y *espádoa*; finalmente, si nos preguntásemos si *ŭmĕrus* y sus derivados han desaparecido realmente en tan gran medida en las hablas románicas, no se podría silenciar el testimonio del arrumano *umărar* 'percha, perchero / bordado en los hombros' y del valtelino *ombrai* (plural) 'correas del cuévano, hombreras', *lombral* 'atadura de mimbre' que postulan todos verosímilmente una derivación de *ŭmĕrāle,* neutro sustantivado, 'relativo al hombro', REW, 4231. Todo esto no impide, sin embargo, que el criterio de las oposiciones areales ilustrado por nuestro ejemplo sea válido como demuestran muchísimos otros casos, cfr. latín *formōsus* (> español *hermoso,* portugués *formoso*: rumano *frumos*) frente a *bellus* (> francés *beau,* italiano *bello*; también el catalán tiene *formos,* y en parte *hermos,* préstamo castellano); *mēnsa* (español, portugués *mesa*: rumano *masă*) frente a *tabŭla* (francés *table,* italiano *tavola*); pero véase, por ejemplo, el véneto *mesa* 'mesa sobre la que se despieza el cerdo', gradés *mesa* 'compra, provisión de víveres para una travesía'; *fervĕre* (español *hervir,* portugués *ferver*: rumano *fierbe*) frente a *bullīre* (francés *bouillir,* italiano *bollire*); *magis* (español, portugués *más*: rumano *mai*) y *plus* (francés *plus,* italiano *più*); *afflare* (español *hallar,* portugués *achar*: rumano *afla,* con bastantes resultados parecidos también en los dialectos meridionales)

frente al tipo *trovare* (francés *trouver,* italiano *trovare*), de étimo incierto; etc.

3.6.3. Otro ejemplo de conservación lo proporciona el latín *haedus* 'cabrito', que se mantiene en el rumano *ied,* logudorés *edu,* corso *egyu* (< **haediu(m)*): por su parte, el francés tiene *chevreau* < **caprĕllu(m),* y el italiano, *capretto* < *caprĭttu(m),* mientras que el provenzal y catalán *cabrit,* el español y portugués *cabrito* presuponen un **caprĭttu(m)*; toda la franja románica alpina, en cambio, se caracteriza por continuadores de *haediolus, -a,* diminutivo del tipo arcaico, REW, 3937: tesinés *jöu,* trentino *giöl,* dolomítico *azol,* grisón *usöl*; véneto septentrional *zola,* comelicano *dola.* Con frecuencia, las áreas románicas se subdividen en una serie de derivados de un tipo latino fundamental, como se ve en el caso de *glŏmus, ĕris* 'ovillo', REW, 3801, que sobrevive como *glomus* en el italiano antiguo *ghiòmo* y en áreas marginales de la Italia nordoriental (trentino *ğom, glom*; istriano *ğomo*) y de la zona marquesano-picena *(g'omu, yomu, yometta)*: también el área provenzal, con *gloms* y derivados, entra en esta partición. Si examinamos, en cambio, la situación del dominio italiano, vemos que la tipología de la Italia centro-meridional está caracterizada compactamente por el tipo **glomĕre* (*gnommeru, gyombaru, gliuommeru, lummaru, luommere,* etc.), al que se unen, aunque con evoluciones particulares, el toscano *gomìtolo* y el abrucés *gammattë*: las pocas excepciones se dan en el umbro, toscano meridional y lacial septentrional *gavòcciolo,* propiamente 'chancro, bubón', y por el romañol, marquesano septentrional y umbro septentrional *ghifle, ghiffala; grifarello,* lejanamente relacionados con el longobardo **wiffa* 'manojo de paja'. En conclusión, *glŏmus, ĕris,* que cubre la Francia meridional, gran parte de la Italia centro-meridional y áreas aisladas de la septentrional, demuestra ser con sus variantes el tipo arcaico, ya que gran parte del conjunto galorrománico (Italia septentrional no véneta) remite, por su parte, a un derivado **glomiscĕllu(m),* REW, 3799: genovés *ğümesélu,* piamontés *grümisel,* lombardo *grümisel, remisel,* emiliano *gmisel,* llegando a tocar al veronés por el Este, al provenzal por el Oeste, al toscano por el Sur y a la franja alpina (excluidos los Grisones) por el Norte; se trata de una innovación que surge en medio del tipo más antiguo, junto a otra, aún más interesante, que caracteriza de modo inequívoco el área véneta de Norte a Sur: *ğémo,* que llega hasta el mantuano *ğemb*

(hoy arrollado por *gumisiél*) y el ferrarés *ğemp, ğämp,* concordando además perfectamente con el rumano *ghem* (también el friulano se incluye compactamente en este ámbito con su diminutivo *glemúz*), lo cual nos autoriza a postular con el REW, 3801, 2, una base diversificada **glĕmus,* tomando nota de un vocalismo diferente, confirmado, por lo demás, por el préstamo en albanés *ljëms*: también el meglenorrumano y el istrorrumano tienen *gl'em,* así como el arrumano (o macedorrumano), que, sin embargo, en posición marginal conserva *gl'om.*

3.6.4. Como se sabe, sin embargo, es principio fundamental de la doctrina gillieroniana que la explicación etimológica basada casi únicamente en la fonética (y posteriormente en el factor semántico) no es justificable: el d e s g a s t e fonético que afecta a las expresiones lingüísticas (patología verbal), provocando colisiones y conflictos homonímicos, y la c o n t a m i n a c i ó n de forma y de sentido de palabras afines exigen una labor de restauración (terapéutica) para restablecer las diferencias que se habían atenuado (y en esto se puede decir que Gilliéron es estructuralista *ante litteram*), terapéutica en la que tienen importancia sustancial las tendencias analógicas configuradas por la etimología p o p u l a r (cfr. 4).

En el territorio francés, por ejemplo, la evolución fonética produce el resultado idéntico del latín *mŏlĕre* 'moler' y *mulgēre (*mulgĕre)* 'ordeñar' en *moudre,* a través de una fase intermedia *moldre.* Esta homofonía, que afecta a dos significados de coexistencia próxima (se trata, en efecto de dos de las ocupaciones principales de la vida rústica), provoca la pérdida de *moudre* 'ordeñar', sustituido por *traire* < *trahĕre* y, más recientemente, por *tirer* < **tirāre* 'tirar de los pezones de la vaca para sacar la leche': se entiende que la sustitución no es automática, pero la consolidación de este verbo de carácter más técnico y evidente va unida a un proceso de expansión semántica desde un ámbito particular a otro general, puesto que *traire* debía vivir ya en el sistema conceptual y terminológico del ordeño como signo de una operación preliminar, consistente en estirar y apretar los pezones para prepararlos

a tal fin (Wartburg). Así, Rohlfs ha observado que, en la parte meridional de Italia, el verbo *vivere* < latín *vivĕre* ha desaparecido a nivel popular, siendo generalmente sustituido por *campare*; la causa de esto se podría atribuir al hecho de que sólo allí la evolución fonética de *vivĕre* 'vivir' ha sido análoga a la de *bĭbĕre* 'beber': siciliano *víviri* 'beber', calabrés, napolitano *vivə, vive* 'bebes, bebe', etc.; por el contrario, en Cerdeña, donde la evolución ha llevado a *bíere,* ha sido 'beber' el suprimido casi en todas partes, dejando el puesto a *buffai* 'bufar', de origen elemental (en algunas zonas, por lo demás, coinciden ya *bĭbĕre* y *vidēre* > *birí*). A estas observaciones podríamos añadir el caso de la Península Ibérica, donde la evolución llevaba, en efecto, a resultados análogos (habiéndose unificado /b/ y /β/ en el siglo XVI), pero donde la diferenciación es morfofonológica (ya no la léxica), oponiéndose *beber* a *vivir.*

3.6.5. Cualesquiera que sean las críticas que se puedan oponer a estas ideas, es indudable que la etimología entendida así no sigue siendo un vínculo más bien mecánico entre una base *x* y una o más formas descendientes de ella *y, z,* sino que asume un carácter plenamente sistemático, ofreciendo una visión más motivada y convincente de muchos cambios: en este aspecto, por ejemplo, se comprende mejor la diferencia entre el francés antiguo *pis* < *pĕctus* 'pecho' y el moderno *poitrine* < **pĕctŏrīna,* que ha ocupado el puesto del significante precedente: es difícil prescindir aquí de la observación de que *pis* 'pecho' choca con *pis* < *pĕĭus* 'peor', pero esta observación no estaría completa sin añadir que *pis,* REW, 6335, ha permanecido íntegro en el sistema francés en el sentido de 'pecho, ubre de animal', análogamente a lo que ocurre en bastantes dialectos italianos septentrionales, donde *pieto, peit, peč* significan precisamente 'ubre (de cabra, vaca)', tratándose además, con frecuencia, de formas marginales, formalmente irregulares, verdaderos restos conservados. En efecto, el área galorrománica (Francia, Provenza, Italia septentrional y zona románica alpina), mostrando tendencias de evolución análogas, muestra soluciones semejantes —lo

que remite a condiciones latinas análogas— como se puede ver en el conocido ejemplo de 'sol', donde el engadino *sulal'*; gardenés *suradl,* comelicano *soroiu,* friulano *soreli,* francés *soleil,* provenzal *solelh,* catalán *solell,* presuponen un **sōlĭcŭlu(m),* a diferencia del italiano *sole,* rumano *soare,* dálmata *saul,* logudorés *sole,* provenzal antiguo *sol,* catalán, español, portugués *sol* < *sōle(m)*; no es inoportuno confrontar estos resultados con los de *sōlus,* REW, 8080, que oponen, en efecto, engadino *sul,* friulano *sol,* francés *seul,* provenzal y catalán *sol* (sin vocal final) al italiano *solo,* logudorés *solu,* español *solo,* portugués *só,* donde la *o* larga presupone una *-l-* > *ø,* lo que habla en favor de una coincidencia sustancial de resultados en el área galorrománica y de la consiguiente diferenciación (no general, sin embargo, como muestran los dobles resultados del provenzal y del catalán y el hecho de que la Italia del Valle del Po tenga únicamente *sol.* Pero, a veces, la diferenciación alcanza al nivel fonológico, como en el caso del milanés *sôl* [so:l] o mejor aún *sô* [so:] 'sol' y *sol, soll* [sol] 'solo').

3.6.6. Por eso, no sólo a nivel léxico, sino también morfofonológico y sintáctico, la difusión en el espacio de los hechos lingüísticos permite una serie de deducciones fundamentales para comprender el funcionamiento de un sistema: las palabras y las formas ya no se construyen de un modo atomísticamente lineal, sino dentro de una red de relaciones cronológicas y espaciales en las que realmente están insertas y por las que están determinadas. Como afirma Guiraud, al presentar el FEW, campeón de estos modelos (7.0.3), se trata de la reconstrucción de un conjunto de relaciones morfológicas y semánticas, a partir de un *corpus* de formas rigurosamente identificadas, fechadas, localizadas y ordenadas, por tanto, según criterios de reagrupación morfológica, semántica y cronológico-espacial, que tratan de superar la dicotomía siempre viva entre las dos grandes técnicas de inventario, el vocabulario y el atlas lingüístico, en la síntesis típica de pensamiento de Wartburg, que intenta conciliar el principio de la variación espacial con

la multiplicidad expresiva de la *langue,* es decir, con el otro gran principio de la variación en el tiempo y en el sistema.

3.6.7. Además del de cronología, el concepto fundamental que se desprende de la geografía lingüística (y de los hechos de préstamo) es el de área (extensión de un tipo), que supone por una parte el de variante, y, por otra, el de estratificación. Para volver a un ejemplo ya conocido, la identificación de un diasistema léxico friulano *lŭpus ~ *lŭpŭlus,* identificado sincrónicamente por las formas *lova ~ vôl,* se ve facilitada por las variantes marginales de este último tipo, que superficialmente es, sin duda, opaco, y precisamente por *vóvel, u̯óvul, ló(v)al, vógu(l),* más evidentemente próximos a **lŭpŭlus.* Igualmente notables son las interrelaciones entre el concepto de préstamo y el de área: en una inscripción aquileense del siglo III d. C. se lee *bruti* (dativo) 'nuera', que se repite en las glosas del latín tardío y en otros ejemplos epigráficos de área oriental, uno de Nórico y dos de Mesia. Se trata de un claro germanismo introducido en zonas sometidas desde tiempo atrás a una fuerte penetración barbárica, **brupiz,* cfr. gótico *brups* 'nuera', alemán *Braut* 'novia', inglés *bride,* sueco *brud,* que en efecto sigue teniendo vigencia en esta área, cfr. REW, 1345, friulano *brût* (propio del territorio montañoso y submontano, mientras que la llanura tiene ya *nióre*) y dálmata veglioto *bertàin,* de una declinación característica del latín tardío **brūta, ānis (*brūtāne(m)).* Además de éstos, el REW da también el ejemplo del engadino *brüt,* pero sobre todo del francés *bru* 'nuera', predominantemente septentrional y suplantado ya por *belle-fille*; pero, a pesar de la difusión del préstamo en todo el territorio románico alpino, es difícil pensar que su fuente sea única, dada su amplia irradiación en áreas difícilmente relacionadas entre sí, y convendrá pensar o en distintas filiaciones de diversas estirpes germánicas o en filiaciones sucesivas de cepas análogas; si para la zona oriental se puede invocar, en efecto, un influjo gótico u otros similares, para la occidental vendría mejor uno fráncico o bien, pero bastante dudoso,

burgundio (afín al gótico); en cuanto a las razones externas del préstamo, es fácil concordar con Gamillscheg, que ve en él el apelativo de la novia romana del soldado germánico.

3.7. Conclusiones

3.7.1. Al concluir esta larga exposición, la etimología se nos presenta como una labor compleja y múltiple, sobre todo por la naturaleza sumamente varia de los parámetros que entran en juego: fonología y semántica, gramática histórica y lingüística general, son sus sólidos goznes técnicos, que, sin embargo, deben apoyarse en un conocimiento preciso de las cosas, o mejor de los r e f e r e n t e s (concretos y abstractos), lo que exige nociones históricas en sentido amplio (políticas, económicas, geográficas, religiosas, etc.). Es probable que ninguna otra ciencia esté ligada de un modo tan constrictivo a limitaciones de orden contingente, y esto es lo que en gran parte constituye el carácter tan individual y azaroso —a pesar de todo— de la investigación etimológica. Sin embargo, es necesario insistir en lo dicho sobre la necesidad interna de la etimología, o sea sobre su caracterización —aun en su anomalía— predominantemente lingüística, para evitar que se transforme en una especie de historia de la cultura a través de las palabras, es decir, en una disciplina subordinada a la historia y exclusivamente tributaria de ésta, lo cual iría en detrimento de su autonomía y, añadamos, también de la lingüística en cuanto tal (Malkiel). El puesto de la etimología está ciertamente en la historia, pero en la historia lingüística, y su misión es reconstruir estadios evolutivos de estructuras lingüísticas obliteradas. Por eso, los afinamientos modernos del método consolidan de un modo evidente sus bases científicas, contribuyendo a limitar el dominio de lo vago y de lo subjetivo, en el que, a decir verdad, han naufragado y siguen naufragando no pocas, incluso apreciables, especulaciones.

4. LA ETIMOLOGÍA POPULAR

4.0. Crítica de los conceptos tradicionales

4.0.1. Se suele entender por etimología p o p u l a r o etimología c r u z a d a (o bien paretimología: alemán *Volksetymologie,* francés *étymologie populaire* o *étymologie croisée*) el fenómeno que induce al sujeto hablante, basándose en algunas semejanzas formales, a enlazar consciente o inconscientemente una forma determinada con otra, sin que entre las dos se justifique una relación etimológica, de modo que los términos sometidos a esta abstracción acaban por aproximarse en el plano semántico, y no sólo en el estrictamente formal. Se trata de un hecho de extrema importancia en la constitución y en el desarrollo del lenguaje, reconocido desde hace mucho tiempo y puesto incluso por algunos en el c e n t r o del conjunto de causas que promueven su evolución. Tiene, evidentemente, fundamentos de naturaleza objetiva, p s i c o l i n g ü í s t i c a , identificables en la general tendencia a s o c i a t i v a (o p a r a d i g m á t i c a , para usar un término saussuriano) que preside al lenguaje y lo regula (analogía) y, en definitiva, obliga a basar estas manifestaciones en un plano de naturaleza s e m á n t i c a .

4.0.2. Además de tener en cuenta las distinciones hechas por los Neogramáticos y por Gilliéron, no es inoportuno referirse, a

este propósito, a las definiciones teóricas de Saussure, que establece una separación neta entre «analogía» y «etimología popular», viendo en la primera *un hecho absolutamente general, que pertenece al funcionamiento normal de la lengua* y relegando la segunda al rango de condiciones particulares, que no le permiten afectar *más que a las palabras raras, técnicas o extranjeras, que los sujetos asimilan imperfectamente.* En la primera redacción del *Cours,* además, figuraba una referencia explícita al carácter «patológico» de este fenómeno, luego suprimida. Con esto y con el reconocimiento esporádico de que hay en él algo que se aproxima a la analogía, Saussure se enfrenta con muchos de sus antecesores y contemporáneos, sobre todo con Gilliéron, atrayéndose numerosas críticas posteriores; éste resulta, en efecto, uno de los puntos de más vaguedad en el maestro ginebrino, que incurre aquí en varias incongruencias, al afirmar que también la analogía tiene sus caprichos, en cuanto fenómenos de orden psicológico, pero que, mientras la idea es nula en el hecho fonético, su intervención es incluso necesaria en materia de analogía; el efecto más visible y más importante de esta última sería, además, sustituir antiguas formaciones irregulares y caducas por otras más normales, compuestas de elementos vivos, lo cual es, por otra parte, claramente peculiar también de la etimología popular.

En sustancia, pues, las diferencias entre los dos fenómenos residirían en el hecho de que *una forma analógica es una forma hecha a imagen de otra u otras, según una regla determinada* y que *la analogía, en sí misma, no es más que un aspecto del fenómeno de interpretación, una manifestación de la actividad general que distingue las unidades para utilizarlas a continuación...; ésta es enteramente gramatical y sincrónica;* pero todo esto se debe al hecho de que ésta actúa a nivel morfo-semántico, en presencia de altos grados de formalización, mientras que la otra, que sin embargo no es más que una extensión de ésta, opera por cruces léxicos, morfológicamente más anómalos y por ello más difíciles de abstraer; de manera que, en conclusión, no parece errado concluir con Gus-

mani que la etimología popular no es más que un caso supremo de integración lexemática (la referencia a la problemática del préstamo no excluye, evidentemente, la referencia al sistema primario).

4.0.3. Es difícil, en realidad, negar que la raíz psicológica de los dos fenómenos sea análoga, ya que ambos se encuadran, para retomar, ampliándolas, las palabras de Saussure, en la esfera de la *parole* como desenlace creativo, pero teniendo en la *langue* su fundamento. Se trata de características naturales de individuos hablantes y de las comunidades formadas por ellos, observación que nos permite, entre otras cosas, encarar y precisar mejor la definición, en algunos aspectos desafortunada, de «etimología popular» [1], en la que este adjetivo no puede implicar programáticamente nada peyorativo o suponer, sin más, una realidad subcultural; por tanto, partiendo de una revisión crítica del concepto, no entenderemos ya por «pueblo» el conjunto de las clases inferiores, dotadas de un nivel cultural escaso, y que, por ello, usan impropiamente ciertos registros lingüísticos, en oposición a las clases dominantes y más cultivadas —lo cual es un modelo insuficiente—, sino que entenderemos más bien la comunidad de los hablantes, que habitualmente reflexionan sobre la lengua en términos analógicos, asociativos (estáticos) y no en términos lógicos (o a menudo, más trivialmente, normativos). El hecho de que las manifestaciones más frecuentes y regulares de etimología popular se produzcan generalmente en los niveles culturalmente menos preparados, no justi-

[1] Introducida, según parece, por Förstemann en 1852, y criticada, por ejemplo, por Wartburg y Baldinger (1973), que recoge las propuestas alternativas: analogía fonético-semántica (Wundt, 1911), etimología segunda (Gilliéron, 1919, y Gougenheim, 1947-48), atracción homonímica (Dauzat, 1922), atracción paronímica (Dauzat, 1927), analogía verbal, etimología estática (Vendryès, 1953), formaciones paretimológicas, etimología asociativa (Orr, 1963), etimología evolutiva o sincrónica; además, se habla también de etimología espiritual o metafísica (Gamillscheg y Spitzer, 1915), de interferencia asociativa (Malkiel, 1970), de paretimología o falsa etimología.

fica generalizaciones arbitrarias, incluso teniendo en cuenta que la educación lingüística predominantemente normativa de la cultura tradicional introduce en estas relaciones un elemento de rigidez. Sin embargo, puesto que la analogía constituye uno de los principales medios de la recreación lingüística, no se ve por qué no se ha de poder incluir en ella la etimología popular, que no es sólo el intento de remotivar palabras técnicas o abstrusas, sino que a menudo se convierte incluso en un medio para recalificar semánticamente una palabra, p. e. refiriéndola a nuevos contenidos y a nuevos matices conceptuales. Y con esto estamos ya en el punto intermedio entre un estadio semiconsciente (por no decir mecánico) y otro de plena consciencia, es decir, de v o l u n t a d ; las deformaciones intencionadas y maliciosas, los juegos de palabras, los *bons mots,* las asociaciones y las interferencias creativas que cotidianamente nos propone el lenguaje publicitario reclaman inevitablemente análogos mecanismos y características análogas, a pesar de la opinión en contra de Baldinger, que tiende a excluir estos hechos, precisamente por intencionados y conscientes, a diferencia del mecanismo intuitivo que preside los auténticos fenómenos de etimología popular, capaces por sí mismos de modificar las ideas y el mundo espiritual del hombre [2].

[2] Un ejemplo afortunado de estos procedimientos se halla en el soneto 1235 de G. G. Belli, donde el gran poeta romanesco pone conscientemente en boca de los pueblerinos algunas «etimologías populares», que adquieren en el contexto un valor alusivo y estilístico particularmente eficaz (para la plena comprensión del texto, que reproduzco más abajo, es oportuno recordar que el soneto en cuestión titulado *La compagnia de Santi-Petti* y fechado el 23 de abril de 1834, se inserta entre los *molti sali* (agudezas) *antiarcadici* que a Belli le gustaba esparcir y está especialmente dirigido a satirizar un banquete de *Arcadi* y *Archeologi* con ocasión del 21 de abril, aniversario de Roma: cito por la edición de los *Sonetti* de Feltrinelli, U. E., 1965, cuidada por C. Muscetta y M. T. Lanza, III, pp. 1304-5): — *Mattia! chi bestie ciai nell'osteria / che se senteno urlà come li cani? / — Ciò l'Arcàdichi e Argòlighi romani, / che un po' piagneno, e un po' fanno alegria / — E che vò dì Arzigòghili, Mattia? / — Vò dì: gente che sa; boni cristiani, / che sull'arco dell'Arco-de-Pantani / te ce ponno stampà*

4.1. La etimología popular como principio asociativo

4.1.1. La etimología popular surge en definitiva, según Baldinger, de la antinomia entre la arbitrariedad del signo y la necesidad latente en el individuo de atribuirle una m o t i v a c i ó n (necesidad que, repetimos, puede hacerse explícita por el estímulo de circunstancias particulares y, en consecuencia, realizarse como proceso consciente). Esto es muy importante en relación con la lingüística general, incluso porque nos remite precisamente a los criterios que dominaban la etimología «precientífica» (2.) y, con ellos, trae de nuevo a primer plano el factor s e m á n t i c o como decisivo, factor que el siglo XIX había subordinado, más o menos claramente, a la forma fonética; y con esto recordamos de una vez por todas que, mientras que la etimología es una i n t e r p r e t a c i ó n de hechos lingüísticos, la etimología popular es un hecho lingüístico en sí misma. En este sentido, las paretimologías de los antiguos no difieren gran cosa de las de los modernos, porque, si es cierto que los griegos veían en el nombre de *Afrodita,* griego *Aphrodítē,* un derivado de *aphrós* 'espuma del mar', induciendo de aquí el

una libbraria. / — Ma qui che ce sta a fà tutta sta soma de C a c à r d i c h i o d'antro che je dichi? / — Fa una magnata perch'ě nata Roma. / — Ahà, ho capito: sò li Santi-Petti, / che tra loro se gratteno, e l'antichi, / li suffragheno a furia de fiaschetti —. El juego de la asociación lingüística se da aquí en dos niveles, puesto que a la reproducción casi literal y, por tanto, poco expresiva *(Arcàdichi, Argòlighi)* del hostelero corresponde, en cambio, la deformación más evidente de su interlocutor, que introduce un determinado elemento satírico: *Cacàrdichi,* por un proceso de metátesis y de iteración aliterante, se carga abiertamente de dos asociaciones alusivas, más o menos groseras *(cardi, cacare),* mientras que exactamente el mismo proceso transforma los *archeologhi — argòlighi* en *arzigóghili*; es interesante observar que *arzigògolo, arzigogolare* (y *ghirigoro, girigògolo*), atestiguados desde el siglo XVI, son referidos por algunos precisamente a un latín **archaeologāre,* del griego *archaiologéō* (DEI, Devoto): si así fuese, tendríamos aquí el caso esclarecedor de la repetición inconsciente, por parte de Belli, de un proceso histórico-lingüístico, a través de los normales mecanismos psicológico-asociativos que sin interrupción reobran sobre el sistema.

mítico nacimiento a partir de tal elemento (en realidad se trata de la adaptación de un nombre oriental, siendo precisamente la divinidad originaria de Oriente Medio, fenicio *Aštoreθ, Aphroteθ*); y si los romanos cambiaron, después de la victoria contra Pirro (275 a. C.), el nombre de la ciudad hirpinia de *Maleventum* (griego *Maló(w)eis, -(w)entos*) en *Beneventum,* con evidente significado augural, tampoco faltan los ejemplos en época más reciente: el centro de *Malborghetto,* en el Canal del Ferro (cerca de Tarvisio, en el límite nordoriental de Italia), está documentado en las fuentes medievales como *Bamborget, Bonborghetto,* siendo históricamente un feudo del obispado de Bamberg; la etimología popular que transformó su nombre en *Buonborghetto* provocó también la remotivación en *Malborghetto,* probablemente después de su destrucción en 1368 por los venecianos; remotivaciones de este tipo, que obedecen a evidentes motivos eufemísticos, explican el italiano *bonaccia* (> francés *bonasse*), reinterpretación del latín *malacĭa,* que se sintió como relacionado con *male,* pero en realidad se deriva del griego *malakía* 'languidez, flojedad', cfr. también el ejemplo del *Mar Negro* (4.1.5). Mucho se podría escribir sobre las motivaciones de este tipo, entre las que resultan interesantes sobre todo las vinculadas a un motivo preciso, como el francés *peuplier* 'chopo', adaptación, según el modelo de los nombres franceses de árboles en *-ier,* de un derivado del francés antiguo *peuple* < latín *pōpŭlu(m),* que, relacionado con *peuple* 'pueblo', llegó a ser durante la Revolución el símbolo de la libertad; o, mejor todavía, las motivaciones populares que ven en el nombre de los santos alusiones precisas a facultades curativas (concepto que remite al antiguo sentimiento de la *signatura rerum,* 4.3.1), según las cuales *Saint Clair* cura los males de la vista en Francia, mientras que en Alemania esta función es propia de *Sankt Augustin* (*Auge* 'ojo'), y en Italia y en España, de *Santa Lucía* (*luce* 'luz'); *Saint René* cura los riñones (cfr. *reins*) y *San Bastone* es el divertido inspirador de los que tienen la mano larga, etc.

4.1.2. Los ejemplos posibles son bastante numerosos: el latín tardío *vagabundus,* derivado de *vagāre* 'vagar', pasó a las lenguas románicas, cfr. italiano *vagabondo* [español *vagabundo*], pero en algunos lugares ha sufrido el cruce con *mundo,* en lugar de *-bundo,* semánticamente opaco, adquiriendo así una nueva motivación que da al término el *status* de palabra compuesta y, por ello, transparente: español (vulgar) *vagamundo,* italiano dialectal (por ejemplo en Piacenza) *vagamondo.* El francés *hamac,* préstamo del español *hamaca* (término caribeño del taíno de Santo Domingo, *hammaka* 'cama colgante'), pasó a su vez al neerlandés, donde se alteró por influjo del verbo *hangen* 'colgar', de donde formas posteriores como *(h)amakke, hangmakke, hangmatte* y, finalmente, el alemán *Hängematte,* donde el hablante «siente» no sólo la presencia de *hängen* 'colgar', sino también la de *Matte* 'estera', estableciendo así un nexo perfecto entre la «palabra» y la «cosa». Análogamente, el francés antiguo *arbaleste* < latín *arcuballĭsta,* literalmente 'honda provista de arco, ballesta', pasó al alemán medio experimentando una remotivación que también aquí ha llevado a d o s presencias motivadoras: *Armbrust,* donde aparecen juntos *Arm* 'brazo' y *Brust* 'pecho', que aluden a la especial embrazadura del arma. Tampoco las expresiones idiomáticas o usuales se sustraen a estas reinterpretaciones, que con frecuencia tienen incluso un origen intencionadamente festivo: el francés *parler français comme une vache espagnole,* documentado desde el siglo XVII (Oudin), es un caso evidente, pues surgió en un período en que está comprobada una fuerte presencia de servidores vascos en París, y tenía indudablemente un *basque, vasque,* transformado luego por befa en *vache*: 'hablar francés como un vasco español'; ésta es, en último término, la raíz lingüística de juegos de palabras como el español sudamericano *salir de Guatemala y caer en Guatepeor* (correspondiente al italiano *cadere dalla padella nella brace* 'caer de la sartén a la brasa') donde el *-mala* de *Guatemala* se interpreta como el femenino de *malo* y hace juego con el comparativo *peor* en el compuesto fantástico *Guatepeor*; del mismo modo, el español *vamos a la comedia* reinterpre-

ta la expresión trivial *vamos a comer,* y el inglés *to go to Bedfordshire* no significa ir a aquel condado, sino 'irse a la cama' (*bed* 'cama'); igualmente jocoso es el *deputanaeion* que se oye en un dialecto friulano marginal en lugar de *deputaeion* 'diputación'.

4.1.3. Bertolotti proporciona una larga lista de ejemplos, tanto de ámbito clásico como románico y germánico: el latín *natrix* 'serpiente de agua' (cfr. galés *neidr,* irlandés *nathir* 'serpiente'; islandés antiguo *naðr,* gótico *nadre,* alemán *Natter* 'id.') adquirió la especialización de sentido («acuático») por una probable relación con *natāre* 'nadar'; y *līgŭla* 'cucharilla' se convirtió en *lingŭla* por influjo de *lingua* o de *lingĕre* 'lamer', y, en tal forma se ha conservado esporádicamente en romance, cfr. rumano *lîngură*; *altāria* (neutro plural) 'altar' se interpreta indudablemente de acuerdo con *altus* 'alto' por su posición elevada, mientras que su étimo real parece ser **adult-āli-,* de *adolĕo* 'quemar las víctimas, lo sacrificado; hacer humear el altar' (la conexión, por otra parte, está presente en Lucrecio); *strangŭlāre,* préstamo del griego *strangaláō* 'ahogar, estrangular' (cfr. *strangálē* 'cuerda, lazo, nudo corredizo', conectado con el latín *stringĕre*), se puede explicar simplemente por las reglas de integración fonológica, griego /a/ > latín /u/ ante /l/ velar, pero difícilmente se sustrae al influjo semántico de *gŭla* 'garganta'; *būcīna (< *bovĭcăna)* 'cuerno (de buey), trompa' se convierte en *buccĭna* por cruce con *bŭcca* 'mejilla', etc. En cuanto a los ejemplos románicos, podemos, ante todo, acudir a un caso de la terminología botánica: el griego-latín *chelidonium* 'celidonia' (del griego *chelidón* 'golondrina') fue remotivado por los monjes medievales como *coeli donum* 'don del cielo' por sus reconocidas virtudes medicinales (cfr. también *lupus repticius,* 5.2.9); más popularmente, el latín *liquiritia,* adaptación del griego *glykýrrhiza* 'raíz dulce', se hizo en los dialectos vénetos *(sugo(lo) de) Gorizia,* en los emilianos *sug ed Lucrezia,* y el nombre del cólquico en los dialectos alemanes del altiplano de Lavarone (Trento), *Herbstrose* 'rosa de otoño', se refleja en los dialectos trentinos de sustitución por *erbe estrose,* 'yerbas caprichosas', por tener el cólquico la extraña prerrogativa de florecer en otoño, cuando las plantas mueren. *Lazzaretto* 'lazareto' parece deber su nombre a la iglesia veneciana de *Santa Maria di Nazareth,* que se alzaba en un islote de la laguna y acogió a los apestados en el siglo XVI: el nombre se reinterpretó probablemente de acuerdo con

el de *Lazzaro,* español *Lázaro,* el mendigo llagado de la parábola evangélica; un hecho del mismo género hay que presuponer también para el inglés *bedlam* 'manicomio', que parece, en efecto, debido a un originario *Hospital of St. Mary of Bethlehem,* y no podría excluirse del todo un cruce con *bed* 'cama'. Por su parte, el italiano *(cavaliere) errante* no tiene nada que ver con *errare,* sino que es un préstamo del francés antiguo *errant,* participio de *errer* < latín *iterāre,* de *itĕrum,* 'repetir', pero reinterpretado en época tardía (Venancio Fortunato) de acuerdo con *iter* 'camino, viaje' y que pasó al francés precisamente con el sentido de 'viajar'; *ciarlatano* es un antiguo *cerretano* 'habitante de Cerreto' visto a través de *ciarlare* 'charlar'; del mismo modo, el francés *toutefois* 'sin embargo' muestra la aproximación a *fois* 'vez' (< latín *vĭces*), aunque su segundo elemento es realmente el latín *via,* cfr. el italiano *tutta-via.*

Pero uno de los casos más típicos lo representa el italiano *vedetta,* que se remonta en largo recorrido al español *vela* 'vigilancia' (deverbal de *velar* < *vĭgĭlāre*), de donde, a través del portugués *veleta* (diminutivo), el italiano antiguo *veletta* (siglo XV), en el que, hasta cierto punto, prevalece la idea de *vedére* 'observar, ver', de donde *vedetta* (siglo XVI, Guicciardini, Davanzati), que pasó sucesivamente al francés *vedette* (siglo XVI) y al inglés *vedette* (1690). Obsérvese también la expresión *stare alla veletta* (siglo XV, Pulci), *alla vedetta* (siglo XVI, Berni), que usa todavía Manzoni en la forma arcaica *(alla velette)* en el coloquio entre el cardenal Federigo y don Abbondio (*Promessi Sposi,* cap. XXVI); en cambio, *vedetta (vedette),* en el sentido de 'artista bastante conocido, muy de moda' es un galicismo de nuestro siglo.

4.1.4. Los hechos lingüísticos que podemos llamar «patológicos», como la polisemia, la homofonía y otros semejantes, son evidentemente una de las causas fundamentales de las falsas interpretaciones: un caso de falsa metáfora debida a una polisemia es la de la *Osa Mayor* (constelación conocida más propiamente como *El Carro Mayor*); la base está precisamente en la metáfora presente en el asirio *ereq(q)u, eriq(q)u* 'carro', donde la raíz *r-q-q,* filtrándo-

se en griego a través de una lengua semítica del litoral mediterráneo, fue entendida, además de en su sentido propio, también como *árk(t)os* 'oso', de donde la doble tradición; otro caso de metáfora sideral errada se da en el nombre latino de la constelación, *septentriōnes,* interpretado como los 'siete *(septem)* bueyes de labor *(triōnes)',* donde, en realidad, hay que remontarse a un **septem(a)sterion* 'siete estrellas'. La homofonía puede, en cambio, invocarse útilmente para explicar el origen del ideal estético de los 'ojos verdes', físicamente inexistentes, según parece, y que se remontan propiamente a la imagen medieval del francés antiguo *ieus vairs,* donde *vairs* es un plural procedente del latín *variu(m)* 'gris verdoso, jaspeado', que se hizo homófono de *ieus vers,* con *vers* plural de *vĭrĭdis* 'verde' e interpretado como éste, habiendo, además, *vair* < *variu(m)* desaparecido en francés. Podemos, en sustancia, suscribir la afirmación de Baldinger de que la etimología popular es el resultado de una c o l i s i ó n de dos familias de palabras en el plano de la forma de la expresión, lo que, en general, produce un inevitable reflejo de naturaleza semántica, o, según Wartburg, el reagrupamiento de palabras en familias según el sentimiento lingüístico *(Sprachgefühl)* del pueblo en un momento dado. La etimología popular es, en fin, según las definiciones spitzerianas, un hecho interno o m e t a f í s i c o , mientras que la etimología «científica», en cuanto explicación de determinadas evoluciones, es un hecho externo, m a t e r i a l . Todo esto sucede porque es una necesidad fundamental del hablante m o t i v a r las expresiones propias, con mayor razón, naturalmente, cuando quiere reproducir algo que ha percibido como extraño y difícilmente comprensible. Por eso, el hecho de que en la etimología popular estén presentes procesos semánticos bastante diversos y complejos, que van desde la acentuación de núcleos sémicos ya contenidos hasta la verdadera creación de metáforas e ideas nuevas, privilegiará quizá la lengua respecto al pensamiento, reforzando lo que hoy sostienen muchos: que la lengua es precisamente la esencial ordenación interpretativa de la realidad que el hombre posee, pero no convierte al hombre, necesa-

riamente, en «víctima» de la lengua, tratándose para él de un principio a c t i v o , no de recepción pasiva de modelos y estando él incluso capacitado para establecer un orden ante una motivación escasa o totalmente vacía (a parte de que, a menudo y fácilmente, esta última es objetiva, es decir, parte de un aspecto preeminente de las «cosas»): éste es en definitiva, el sentido de los «errores productivos» y de los «malentendidos productivos» recordados por Baldinger.

4.1.5. Es un hecho innegable, para concluir esta parte de la exposición, que la motivación es el problema fundamental de estos procesos y que su necesidad es tanto más sensible cuanto más oscuro e incierto es el término con el que se entra en contacto: esto está muy presente en los préstamos, donde no pocas veces la pérdida de motivación es la regla, cfr. el rumano *buzunar* 'bolsillo, bolsa' < griego *buzunára (mpouzounára),* clásico **(hypo)zōnárion,* de *zṓnē* 'cinturón', donde, por otra parte, la motivación debía haberse perdido ya en el griego bizantino; en cambio, el francés *girouette* 'veleta' se remonta al normando *wirewite* < nórdico antiguo *veðrviti* 'id.' (compuesto de *veðr* 'tiempo', cfr. alemán *Wetter,* inglés *weather,* y *viti* 'señal'), por influjo de 'girar': aunque, de hecho, el verbo francés canónico sea *tourner,* encontramos también derivados de *gyrāre,* REW, 3937, cfr. francés antiguo y medio *girer* (Cotgrave, 1611) 'volverse, girar al viento'. Este fenómeno se da también en la transición de un sistema histórico a otro posterior y derivado, condiciones que, como se ha visto, son equiparables a las del préstamo, como se ve en el caso del inglés *lord, lady,* hoy perfectamente opacos frente a las formas anglosajonas *hlāford* y *hlāfdige,* cfr. 3.2.8.

La toponimia, sobre todo en los territorios de variada estratificación lingüística, ofrece un número bastante elevado de estos casos. Si, en efecto, se puede decir que, en general, se da pérdida t o t a l de motivación, cfr. el nombre del río español *Guadalquivir,* derivado de un transparente árabe *wadi al kabīr* 'el río grande',

no son pocos los hechos de recreación: quizá el caso más conocido (además del ya citado de *Benevento*) atañe al griego *Póntos Éuxeinos,* literalmente 'mar hospitalario, acogedor', nombre antiguo del Mar Negro, que representa en realidad la adaptación de una denominación dacia o irania, cfr. avéstico *axšaenā* 'de color negro, oscuro' (¡base de la tradición reflejada por el moderno *Mar Negro*!) de donde precisamente *(Póntos) Áxeinos,* que, entendido como 'inhóspito', fue auguralmente renovado como *Éuxeinos.* El topónimo *Tannenfreud* en la región suiza de Sargans (Alto Rin), antiguamente de habla grisona y hoy alemano-alemánica, no tiene nada que ver ni con *Tanne* 'abeto' ni con *Freude* 'alegría', sino que es el disfrazamiento de un topónimo local procedente de un latín *fontāna frīgĭda,* por otra parte bastante difundido en aquella y en otras áreas, cfr. *Funtana freida, Fanteuna frestga, Tannafreida,* forma ésta con apócope que sirvió de base a la alemanizada. También es conocida, por lo demás, la evidencia dada por Migliorini a la continuación popular del latín *theatrum* en la toponimia urbana de muchas ciudades italianas, por ejemplo en Brescia, Padua, Pola, donde tenemos una *via Zaro* y un *Monte Zaro* (*teatro* como apelativo es voz claramente culta): en Padua está documentado como *Zairo,* mientras que en la Roma medieval lo encontramos en la forma *Satro, Zatro,* paretimológicamente conservado hasta hoy en la *Piazza dei Satiri.*

4.2. Tipos de etimología popular

4.2.1. Corresponde a Hristeă el intento de una descripción sistemática de nuestro fenómeno según t r e s directrices fundamentales: 1) la determinación de su aspecto, 2) la fijación de sus límites, 3) la clarificación de su ser e s p e c í f i c o en relación con los fenómenos lingüísticos afines. Es esencial a este fin la distinción entre el elemento i n d u c i d o (modificado) y el i n d u c t o r (modificante): el rumano *primar* 'alcalde' (<*primāriu(m)* 'primer

(ciudadano)', cfr. el francés *maire* < *maior,* modelo semántico de aquél) se hace en boca de algunos incultos *primare,* entrando así en relación con el adjetivo *mare* 'grande', o con referencia a su cargo o porque gobierna el ayuntamiento, que es más grande que la aldea (la voz parece, en efecto, surgir en ambiente rústico); estamos aquí en presencia de un auténtico c r u c e (o contaminación), hecho que a veces se produce también por pura asociación formal sin ninguna relación semántica explícita, bastando para constituir esta última la simple relación de formas. En cualquier caso, contaminación y analogía léxica constituyen el vehículo principal de la etimología popular.

4.2.2. Respecto a la naturaleza de los elementos inducido e inductor podemos atenernos a la siguiente distinción: 1) los elementos en cuestión son de étimo d i v e r s o , cfr. el francés *hebdromadaire,* deformación de *hebdomadaire,* cultismo procedente del latín (griego) *hebdomadārius* 'semanal', según *dromedaire* 'dromedario'; 2) o bien son de étimo a f í n, como muestra el rumano *încuibaţie* 'anidamiento' donde el neologismo *incubaţie* 'incubación' (< latín *incubātiō,* de *in* y *cŭbāre* 'incubar, empollar'), se cruza con *cuib* 'nido, cueva', resultado regular de un latín **cŭbiu(m)*: también la forma *clavātra,* que figura en una inscripción latina de Aquilea, CIL, V, 8252, es una nueva formación basada en *clavis, clavāre* de *clātra* 'cierres, contraventanas' < griego **klâwithra,* ático *klêthra,* corradical de las voces latinas (en este caso el término propio sería de todas formas *claustra*). Que luego cruces paretimológicos de este tipo florezcan particularmente en boca o en la pluma de personas iletradas o poco instruidas, y que, además, se ambienten con miras a una caracterización cómico-satírica es un hecho reconocido desde hace tiempo: desde el personaje de De Amicis que solía decir voz *stentorea* 'estentórea' por *stentata* 'forzada', *aurèola* 'aureola' por *arietta* 'brisecilla', *paese infestato* 'pueblo infestado' por *paese in festa* 'pueblo en fiestas', *raffineria* 'refinería' en vez de *ruffianeria* 'rufianería', hasta la reciente *Fiera delle castronerie,* la literatura es rica en ilustraciones de este género. En otro aspecto, las relaciones formales entre inducido e inductor se pueden distinguir en: 1) dos términos s e m e j a n t e s por su forma y por su significado, como en el caso de *nervoză* en vez de *nevroză* (< francés *nevrose*), donde *nerv* 'nervio', más

normal, sustituye al clásico *nêuron*; el inglés *bridegroom* 'novio' viene del anglosajón *brȳdguma,* compuesto de *brȳd* 'novia' (¡francés *bru*!) y *guma* 'hombre': desaparecido este segundo término y oscurecido el compuesto, éste fue remotivado con *groom* 'muchacho', de étimo incierto; 2) o bien se trata de dos términos sólo f o r m a l m e n t e afines, vaga o incluso idénticamente homónimos, con intervención de la p a r o n i m i a o casi identidad fonética: recordemos de una vez por todas que para la etimología popular es necesaria y suficiente la asociación formal, 4.2.1.

El cultismo rumano *policlinică,* por ej., se convierte a menudo en *boliclinică* por el influjo de *boli(le),* plural de *boală* 'enfermedad' (< eslavo *bolĭ*): por otra parte, una prueba evidente de la preponderancia de las asociaciones formales la tenemos en la transformación, también en rumano, de *gaz metan* en *gaz metal* y en la adaptación del alemán *Packwagen* 'furgón de equipaje' en *patvagon,* donde *Pack* 'paquete, equipaje' ha sido suplantado por *pat* 'cama', semánticamente contradictorio.

4.2.3. En cuanto a los efectos de la etimología popular sobre las palabras afectadas, se distinguen cuatro casos fundamentales:

1) Resulta afectada la f o r m a de la palabra a través de a) la modificación de la estructura fonética del elemento inducido (se trata de etimologías populares *restées à moitié chemin,* según la expresión de Saussure), o bien b) la total identificación formal con el elemento inductor: de este modo, una *cooperativa* se convierte fácilmente en una *comprativa* por influencia de *comp(e)rare* 'comprar'; el rumano *tramear* (< inglés *tram(way)-car*) > *tramcal,* de acuerdo con *cal* 'caballo', porque los primeros coches eran tirados por caballos; también es interesante el caso del friulano *florghìs* 'nomeolvides', adaptación evidente del alemán *Vergiss(meinnicht),* pero remotivado de acuerdo con *flôr* 'flor'.

2) Resulta afectado el s i g n i f i c a d o de la palabra, a través de a) la creación de un sentido nuevo: así el inglés *ear* 'oreja' es homófono de *ear* 'espiga', sin que haya ninguna relación entre ellos, ya que el primero pertenece a la familia del alemán *Ohr* y del latín *auris* (3.4.2), mientras que el segundo está en conexión con el alemán *Ähre* 'espiga' y con el latín *acus, aceris* 'tamo, cascabillo', de la familia de *acus, acer, acūtus, acĭdus,* etc. (< indoeuropeo **ak'*-), en el sentido general de 'agudo, punzante': la homonimia ha llevado a la creación de una relación semántica históricamente injustificada, es decir, a lo que Vendryès llama la etimología «estáti-

ca» —generalización, como hemos visto, del concepto de etimología popular— por la cual se considera *ear of corn* 'espiga de grano' una expresión basada en la metáfora entre ésta y la oreja; en un plano más festivo, podemos incluir aquí el *solidale* con que el maestro Fucini gratificaba a sus escolares duros de mollera y que le venía, evidentemente, de una arbitraria extensión de *solido* 'sólido', por metáfora 'duro, poco receptivo'; o de b) la r e s t r i c c i ó n del sentido de la palabra: es clásico el ejemplo de Gilliéron relativo al latín *cŭbāre* > **covare* en el latín popular y en el neolatín (con *-b-* > *-v-*) y por eso aproximado a *ŏvu(m)* 'huevo' y **ŏvāre* 'empollar', restringiendo su sentido propio de 'yacer' al de 'estar acurrucado sobre el huevo': cfr. italiano *covare,* engadino *kover,* friulano *kovâ,* francés *couver,* provenzal *coar,* catalán *covar,* REW, 2351, por más que el cambio fuese muy posible incluso sin el influjo citado.

3) La etimología popular afecta tanto a la f o r m a como al c o n t e n i d o semántico de la palabra: el cultismo rumano *stomatologie* pasa fácilmente a *stomacalogie,* por influencia de *stomac.*

4) La etimología popular, en fin, n o cambia (sustancialmente) ni la forma ni el sentido: nos hallamos aquí en un estadio de etimología popular l a t e n t e o de asociación virtual, con el establecimiento de falsos vínculos entre palabras, como en rumano la identificación de *mare* adjetivo 'grande' y *mare* sustantivo 'mar', de *dar* 'pero' (< eslavo) y *(a) da* 'dar'; en otro sector, un ej. interesante es el del comelicano *kuđéi* 'colodra, gachapo' < latín *cotāriu(m),* de *cos, cōtis* 'piedra para afilar la guadaña', citado por Tagliavini, entendido así por los del lugar porque está sobre el *ku*: se trata, en efecto, de una vasija de madera que pende del cinto del segador. Análogamente, el italiano *àlbaro,* septentrional *àlbera, àlbara* y variantes 'álamo blanco', se identifica comúnmente con *àlbero* 'árbol', apelativo genérico < *arbŏre(m)* con metaplasmo y disimilación, cuando, en realidad, se trata precisamente del derivado de un latín (¿céltico?) *albăru(m)* conocido por las Glosas y fácilmente conectado con *albus* 'blanco'.

4.3. Conclusiones

4.3.1. Visto así, el problema de la etimología popular pierde sus connotaciones de simple curiosidad lingüística y erudita, apta como mucho para entretener agradablemente a un auditorio, y vuelve

a su verdadero y profundo ámbito, que es el del planteamiento s e - m á n t i c o c l a s i f i c a d o r que se da en todo sujeto hablante y pensante: ninguna manifestación humana que tenga un fin latamente expresivo puede prescindir de esta premisa analógica, pues el hombre concibe el mundo como un universo de signos, y toda realidad o experiencia descrita o representada es, por consiguiente, una interpretación sémica, es decir, lingüística. Surge espontánea aquí la referencia a algunas manifestaciones del pasado como la *signatura rerum,* la creencia difundida por Paracelso de que las cosas llevan impresa en sí la horma tangible de su ser intrínseco y de su potencialidad (creencia que tanto pesa en la teoría botánica precientífica), o bien el pensamiento elemental de los pueblos «primitivos», en el cual es característica, según Lévi-Strauss, una teoría de las causas *(witchcraft).*

En este sentido, es exagerado adherirse totalmente a la postura de Baldinger, o sea, al concepto de hombre víctima de su lengua y de su sistema de interrelaciones, llevando al extremo ciertas hipótesis antropológicas, ya que el proceso histórico parece aludir, más bien, al hecho de una i n t e r p r e t a c i ó n continuamente renovada de lo real por medio de la lengua.

5. CORRIENTES Y PROBLEMAS DE MÉTODO EN LA ETIMOLOGÍA MODERNA

5.0. Tendencias idealistas: H. Schuchardt y L. Spitzer

5.0.1. La etimología histórica moderna asienta sus bases en un método g r a d u a l m e n t e definido por los primeros comparatistas desde el siglo XIX hasta la elaboración neogramática: un método, es bueno repetirlo, que en un primer momento es predominantemente comparativo para hacerse luego cada vez más técnicamente diacrónico y reconstructivo. No hay duda de que, por muchas objeciones teóricas y metodológicas que se hayan presentado a este propósito, la etimología clásica, que en sustancia coincide con la indoeuropea, trabaja a saltos y con simplificaciones, que a veces pueden parecer incluso bastas y arbitrarias, pero que están fatalmente implicadas en la naturaleza de los materiales de que dispone el investigador, bastante escasos y esparcidos en un ámbito amplísimo, tanto espacial como temporal; por otra parte, es precisamente esta generalización extrema la que permite formular, esquematizar un método, aunque sea imperfecto, método que bastante más difícilmente, en todo caso, habría podido resultar de un cúmulo de hechos demasiado complejo y mal reducible. La oposición a las teorizaciones de los neogramáticos que se forma con la geolingüística y abre camino a las profundizaciones contemporáneas, antes que teórica, es de naturaleza práctica, surgiendo, en

efecto, sobre un terreno diverso del precedente y hallando su propia palestra sobre todo en el campo de la lingüística y de la dialectología románica, donde la amplitud y la extensión de las documentaciones, su concreta viveza frente a la naturaleza «muerta» del objeto de la lingüística indoeuropea, la relativa reducción del espacio cronológico y, por último, el notable —aunque de ningún modo exhaustivo— conocimiento de la fuente (justamente el latín), exigían criterios mucho más precisos y refinados en el establecimiento de relaciones y convergencias.

5.0.2. No es casualidad que el verdadero precursor de los nuevos enfoques lingüísticos y etimológicos sea Hugo Schuchardt (1842-1927), gran conocedor de lenguas especiales como las criollas y, en general, de los problemas de las zonas mixtilingües, primer enunciador de la «teoría de las ondas», que subvertía la rígida ramificación genealógica de tipo schleicheriano, y fino observador de las lenguas «populares» (había comenzado, en efecto, con un importantísimo trabajo sobre el latín «vulgar») y de los constituyentes elementales universales del lenguaje, del origen de éste y de sus relaciones con la antropología, la etnografía, la historia de la cultura; tendencias e impulsos todos que lo inducían a criticar algunos postulados fundamentales de la escuela neogramática, como el concepto de la ley fonética sin excepciones y la consiguiente definición de dialecto rigurosamente delimitado. Sin negar sustancialmente el método, Schuchardt fue, sin embargo, por excelencia, un minucioso investigador de una serie innumerable de hechos y de palabras (concebidas como individuos y, por tanto, cada uno con su propio acontecer histórico), hincadas en la realidad evolutiva y dinámica del mundo y del uso, en una visión acentuadamente individualista y creativa del lenguaje, como lo atestiguan sus múltiples intereses; de aquí la convicción de que etimologizar es una de las ocupaciones primitivas del hombre, tanto en sentido ontogenético como filogenético, como se comprueba también por el hecho de que todo niño practica la etimología, naturalmente «inter-

na» o «estática», organizando su propia gramática sobre modelos analógicos, y como demuestra, por otra parte, la popularidad del sentimiento etimológico, bien conocida por los investigadores hastiados de la e t i m o l o g o m a n í a de muchas personas cultas pero no preparadas técnicamente y, por eso, predispuestas a las comparaciones más disparatadas e improbables: ningún campo de investigación, en suma, es más rico de contenido individual y de individualidad. Este programa fue desarrollado por Schuchardt en una abundantísima serie de contribuciones particulares, que, con frecuencia, quedaron como clásicas, aunque no pocas veces hayan sido superadas por investigaciones posteriores, p. e. la reiterada discusión sobre la relación entre el francés *mauvais* 'malo', provenzal *malvatz* (>italiano *malvagio*) y el latín *malifatius,* documentada precozmente una sola vez en una inscripción y calco evidente de *bonifatius,* en el sentido de 'sometido a un destino adverso'; el tratamiento de algunos problemas espinosos como el italiano *andare, trovare*; español *tomar, dejar*; clarificaciones de contactos lingüísticos, como a propósito del neerlandés *bakkeljauw,* metátesis flamenca de *kabeljauw* 'bacalao' (de origen desconocido), filtrado en Europa a través del español *bacalao* (siglo XVI >italiano *baccalà, -ao*), o a propósito del latín occidental *tschadun,* grisón *ciadon, sdun*; gardenés *sciadon,* friulano *sedon, sidon* 'cuchara' —única voz exclusivamente propia, según parece, de los dialectos «ladinos»—, que desciende de un germánico **skaipō(n)* 'cazo', conservado en área nórdica, cfr. *skeid* 'cuchara', noruego *skje,* etc., derivación fijada en una seca nota de c u a t r o líneas aparecida en *Romania,* 1875. En suma, a caballo entre los siglos XIX y XX, muchos lingüistas son casi exclusivamente etimologistas, sobre todo en el campo de la romanística. Figuras típicas, entre las muchas que deberíamos citar, son la del francés A. Thomas (1851-1935), especialmente en el campo del francés antiguo y de la lengua literaria, y la del tesinés Carlo Salvioni (1858-1920), sobre todo a propósito de los dialectos lombardo-alpinos; junto a éstos, que en la escuela y en el método revelan una notable fidelidad neogramática, se puede señalar al ru-

mano, luego naturalizado francés, L. Sainéan (1859-1934), bastante más próximo a un Schuchardt en la inspiración y en los intereses, habiéndose ocupado especialmente del lenguaje en el aspecto de la variabilidad s o c i a l (*argot,* estilística, creaciones metafóricas), cuyo trabajo fundamental, *Les sources indigènes de l'étymologie française,* define un principio metodológico original y bastante importante, según el cual, a falta de una etimología positivamente confirmada (o sea, de una base documentada o documentable), hay que recurrir a los elementos o r i g i n a l e s de las lenguas y a su actividad creadora para encontrar la solución de los problemas aún no resueltos.

5.0.3. La oposición a los neogramáticos está representada también por el florecer de las tendencias i d e a l i s t a s entre el comienzo del siglo y la segunda guerra mundial: la materia filosófica la proporciona sobre todo el pensamiento de B. Croce, que concibe la lengua como expresión y creación individual, mientras que la elaboración técnica más completa se debe a Vossler y otros (vislumbres y preanuncios de estas posiciones se encuentran ya en Humboldt y Schuchardt, naturalmente).

La lengua es, en suma, representación e intuición (de donde lingüística → estilística) y sus cambios tienen origen individual: no son causados por razones externas al hombre, sino por razones internas, pues tienen su verdadero motivo en el «espíritu» de la lengua, que la lingüística tiene el deber primordial de desvelar y de describir; por consiguiente, una lengua es la expresión completa de la cultura de un pueblo, y hacer la historia de la lengua es hacer la historia de la civilización. La lengua en sí es, además, a l ó g i c a , puesto que las palabras no son más que símbolos y metáforas: estas últimas, en particular, son la esencia de la semántica, que está, por tanto, exquisitamente ligada al factor psíquico. Muchas ideas de este tipo se hallan efectivamente, en uno de los más grandes romanistas de todos los tiempos, Leo Spitzer (1887-1960), espíritu ecléctico, estudioso de la e s t i l í s t i c a , punto de vis-

ta introducido por él en sus amplísimas investigaciones en todo el dominio románico. También él, adhiriéndose en esto a Schuchardt, dirige su atención, sobre todo y gustosamente, a los sectores elementales del léxico (creaciones espontáneas, onomatopeyas y fonosimbolismos), en suma, a todo lo que un idioma produce por sí mismo, utilizando medios propios (cfr. Sainéan); esta especie de metodología i n t e r n a se convierte, para Spitzer, en un auténtico principio etimológico.

5.0.4. Uno de los ejemplos más conocidos del proceder spitzeriano es la propuesta de explicar el italiano *razza* como derivado del latín *ratio, -ōnis.* En efecto, *razza* 'estirpe, linaje, pueblo' está documentado desde Dante y desde el siglo XVI en la acepción de 'variedad de animales o de plantas': se admite que pasó al francés *race* alrededor de 1500, al inglés *race* (1500), al alemán *Rasse* (siglo XVII); en español, *raza* se conoce desde 1438, pero es r a r o hasta el siglo XVI y parece, de todos modos, préstamo de otras lenguas románicas (catalán, 1400, y sobre todo occitano, 1200, donde el *rassa* documentado en Bertran de Born resulta el testimonio más antiguo).

Algunos se inclinan a ver su origen en el árabe *rā's* 'cabeza, origen' (étimo que se encuentra aún p. e. en el DEI), pero éste debe descartarse por varios motivos, sobre todo porque en el dominio ibérico, muy influido por el árabe, *raza* es más bien tardío y no local, y en todo caso un derivado del término árabe ya está presente en el español *res,* portugués *rez* 'cabeza de ganado' (pero Corominas refuta esta relación), voces evolucionadas según una filiación fonética más bien regular, con el característico fenómeno árabe vulgar de la *imāla, a > e,* que, en cambio, no se da en *raza.* Otros, en cambio (Salvioni, REW, 3732) se inclinan por un derivado de *generātio* 'procreación, estirpe', a través de un proceso de reducción atestiguado por algunos eslabones como el trevisano antiguo *narassia,* belunés *naraccia,* paduano *(g)naration* (Ruzante) 'estirpe, linaje', mientras que Spitzer, retomando una vieja propuesta de Ca-

nello (1872) opta por *ratio* 'clase, especie', tomando como punto de partida el pasaje de Cicerón (*Repúbl.*, II, 22) *disseruerunt de generibus et rationibus civitatum,* donde *ratio* significa 'relación, propiedad, naturaleza, modo y manera, disposición'; este étimo, acogido hoy por los repertorios más acreditados, ha sido reforzado por Prati (1938) con argumentos históricos, como el hecho de que, desde el siglo XIII, los escritores italianos usen *ragione* (derivado de *ratione(m)*) en el sentido de 'clase, especie' (sobre todo de animales y de yerbas), y que el primer testimonio de *razza* sea un masculino *razzo* (dicho de un caballo) en *Intelligenza,* poemita alegórico-didáctico anónimo de comienzos del siglo XIV, cfr. todavía hoy el marquesano *razzo,* vivo en el proverbio *La spusa de bon razzo, prima la femmena dopu lu maschiu.* Pero el estilo inconfundible del método spitzeriano se ve en la exposición de carácter histórico-cultural con que trata de justificar el desarrollo semántico de esta voz, que él encuadra en el ámbito de la cultura medieval, observando el uso tomista de *rationes* 'tipos' (aspectos de las cosas que preexisten en Dios), uso frecuente y que parece representar la cristalización cristiana de la tendencia monoteísta ínsita en el platonismo, hasta el punto de traducir el concepto de *idéai,* de acuerdo también con una cit. de S. Agustín en Santo Tomás, *Summa,* I, 15, art. II: *(ideae sunt) principales quaedam formae, vel rationes eorum stabiles atque incommutabiles...,* y en el art. III, repite Tomás: *ideae sunt rationes in mente divina existentes, ut per Augustinum patet.* Así las *rationes rerum,* término en que convergen varios tecnicismos filosóficos griegos, se identifican gradualmente con las *propriae species* de las cosas y, por tanto, con sus *proprietates, dignitates, virtutes* y, como afirma textualmente Spitzer

> para el hombre medieval ha sido fecundo el amplio alcance de esta palabra r a t i o : el intelecto podía pasar de la naturaleza de las cosas a la idea de las mismas en cuanto preexistente en la mente de Dios, del contenido al continente del pensamiento: ésta era la verdad que para el creyente estaba encerrada en la ralabra ratio, la cual parecía contener un «étimo», una «verdad»,

ya en época más bien antigua el término se trivializó, como demuestran los ejemplos de Prati y como observa Spitzer mismo, citando *ratio = species* en la traducción francesa de Oresme (siglo XIV) de la *Ética* de Aristóteles (VIII, 12); aún más particularmente, el francés *espèce* se conecta con *race* en Olivier de Serres (siglo XVI), limitándose al principio al reino animal y tomando una acepción negativa cuando se refiere al hombre; el uso podría seguir un modelo bíblico, ya que S. Juan Bautista en *Mat.*, XXIII, 33, llama a los fariseos *serpentes genimina viperarum* 'raza de víboras'.

5.0.5. El panorama spitzeriano de la evolución y del s i g n i f i c a d o de la palabra en cuestión en la cultura y en la civilización europea es, por otra parte, bastante amplio, y no podemos seguirlo aquí por separado: es un hecho, en conclusión, que en este trabajo de s e m á n t i c a h i s t ó r i c a (es decir, de historia del léxico intelectual) reside el mayor mérito y la originalidad más viva de este método, aun teniendo en cuenta el hecho, objetivamente irrefutable, de que *razza* sigue siendo de étimo discutido y el supuesto *ratio* no se ajusta de modo totalmente satisfactorio. La solución más sencilla, más apropiada y auténtica (en una palabra, más e c o n ó m i c a) parece la que Contini halló hace pocos años, por uno de esos golpes de genio y de suerte que son siempre connaturales a la investigación etimológica: francés antiguo *haraz* (de origen desconocido) 'cría de caballos', justificado por la presencia de un antiguo masculino *razzo,* ya cit., y por estar la voz, al principio, referida sobre todo precisamente a especies a n i m a l e s (el *razzo* de Prati está referido a un caballo); el mismo Spitzer, por otra parte, había rozado sin darse cuenta la solución cuando, al tratar del p r e s u n t o paso de *razza* italiano al francés *race,* cita la nota del *Tesoro* de Oudin (1675) a propósito del español *raça: race ou* h a r a s *de chevaux excellents, que l'on marque pour estre reconnus.* Por eso la espléndida divagación filosófico-cultural es suplantada por una relación sumamente trivial en que el romanista vienés había (¿inconscientemente?) malconocido, pero que, no por

eso, carece de títulos para representar la verdad histórica, que no es ciertamente «racista» y no discrimina entre palabras «naturalmente» nobles y palabras «naturalmente» viles: precisamente como enseñan, con gran riqueza de ejemplos, la etimología y la *Wortgeschichte* o historia de las palabras.

5.0.6. Análogas consideraciones se pueden hacer a propósito de otro término neolatino bastante discutido: italiano *trovare,* francés *trouver,* provenzal *trobar, trovar,* que fue ya objeto de viva polémica entre Thomas y Schuchardt. El primero, en efecto, basándose en la realidad provenzal *trobar* 'encontrar' y 'componer tropos poéticos', verbo técnico de los poetas (trovadores) provenzales, supuso un **trŏpāre,* del griego-latín *tropus* 'tropo, modo, canto, melodía' (término retórico documentado ya en Quintiliano), corroborado por el compuesto *contropāre* 'figurar' (Casiodoro, *Lex Visigothorum*), mientras que el otro, queriendo inclinarse a razones más «populares», entrevió el origen de la palabra en el mundo de los pescadores y de sus técnicas: *tŭrbāre (aquam),* mostrando con esto una «embriaguez contagiosa» (Spitzer) por el criterio de las *Wörter und Sachen,* pero aportando una aplastante masa de documentación de formas dialectales, por ejemplo, emiliano *trufar* 'levantar la cabeza', sardo logudorés *truvare* 'arrear el ganado', mallorquín *trovar* 'molestar', catalán *torb* 'torbellino', véneto antiguo *turgar* 'enturbiarse (el tiempo)', etc. Spitzer no vacila en oponerse a *la napoleónica Massenstrategie del maestro de Graz,* trayendo a colación el caústico juicio de Gaston Paris: *La sauce vaut mieux que le poisson* y admitiendo que el error fundamental de Schuchardt estaba *en su persuasión de que un neologismo románico para un concepto intelectual como 'trovare' se pudiera explicar a través de los utilitarios modos de hablar de pescadores, y de que en un estudio de este género hubiera lugar para el material dialectal,* ya que el origen del léxico culto debe ser culto. De aquí las críticas a la geografía lingüística, al espíritu naturalista (es decir, positivista) predominante en los trabajos de Wartburg y de Meyer-Lübke, princi-

pales autores de diccionarios etimológicos, y el repudio de la *lingua del pane* 'lengua del pan' en favor de la *lingua del cuore* 'lengua del corazón', constituida por esa masa de palabras cultas que son el contenido semántico de nuestra civilización cristiana medieval. Aun cuando, en este caso específico, Spitzer quizá pueda tener razón, su generalización etimológica de tipo cultural-semántico no parece justificada por los hechos (a los que con frecuencia nuestro autor se atiene p o c o), como demuestra bastante claramente el ej. de *razza*: pero en esto consiste precisamente la originalidad de este estudioso, cuyo método idealista-semántico es, por consiguiente, distinto del neogramático y del histórico-areal, bastante impregnado de positivismo. Aunque diste mucho de ser ajeno a Spitzer el espíritu empírico del caso por caso, que debe estar siempre presente en toda especulación etimológica prudente, sus premisas lo llevan fatalmente a tejer tramas altamente ideales y a resolver todos los problemas de una manera fuertemente individualista, con una especie de etimología «subjetiva», que concuerda más con la intuición y con el sentimiento estilístico personal que con el juicio objetivo sobre los hechos disponibles. Por otra parte, el dicho paradójico que se le atribuye *Suche keine Etymologien: finde Sie* (es decir: *no busques etimologías: ¡encuéntralas!*), da por sí mismo la medida de su argumentación.

5.1. W. von Wartburg

5.1.1. El florecimiento de la geografía lingüística, del método *Wörter und Sachen* ('Palabras y cosas') y los estudios impulsados por estos enfoques (sobre todo de onomasiología y semasiología) constituyen uno de los rasgos distintivos de la lingüística en los primeros decenios de nuestro siglo y llevan a gran perfección el método etimológico, proporcionando a la estructura normativa propuesta por la lingüística decimonónica un importante aparato de

documentaciones, obtenidas de las numerosísimas indagaciones dialectales, y de nuevas orientaciones metodológicas, perfeccionando además, aunque casi sólo sobre base empírica, el conocimiento de los factores semánticos. Todo esto abre el camino a las concepciones que van fermentando gradualmente en los años de entre las dos guerras y que, no insensibles a los nuevos horizontes del estructuralismo, desarrollan la etimología tradicional, por una parte, hasta el rango ya pleno de historia de palabras, y por otra, hasta el de disciplina atenta a describir verdaderas e s t r u c t u r a s léxicas, tanto en sincronía como en diacronía.

5.1.2. El más perfecto representante de esta tendencia es el suizo Walther von Wartburg (1888-1971), autor del monumental *Französisches etymologisches Wörterbuch* (FEW), máximo repertorio histórico-etimológico del dominio galorrománico: como alumno de Gilliéron y de Meyer-Lübke entre otros, su pensamiento tiende a constituir una típica síntesis entre las dos grandes tendencias dominantes en la romanística y, digamos también, en la lingüística general. También Wartburg parte de la crítica del concepto de etimología como origen de la palabra, es decir, como puro y simple restablecimiento de una base o de una raíz: el hecho de que el francés *jour,* provenzal, catalán *jorn,* italiano *giorno,* etc. se remonten a un latín *diŭrnu(m),* adjetivo derivado de *dies, REW,* 2700, constituye una constatación demasiado limitada, poniendo de relieve, en primer lugar, el problema de la caída de *dies,* al menos en ciertas zonas, habiéndose conservado en otras, cfr. español *día,* rumano *zi,* dálmata veglioto *dai,* italiano *dí,* francés antiguo, provenzal *di,* engadino, friulano *dí,* REW, 2623. Es la estratificación histórica y el cumplimiento del proceso de sustitución, lo que interesa principalmente a la etimología románica y, en todo caso, a la investigación etimológica en todos los territorios en que la documentación sea relativamente amplia.

Todo esto hace que los hechos ya no se consideren en sí mismos, sino dentro de un sistema general de interrelaciones tanto formales, por los cambios debidos a encuentros (o choques) homoní-

micos, como semánticas, por las numerosas transferencias de significado, que a veces son realmente transferencias en c a d e n a ; baste recordar el esquema *anca ~ coscia (gamba)* expuesto en 3.0.8: otro esquema fundamental es el propuesto por el sistema neolatino de los apelativos femeninos, que, en efecto, va mucho más allá de las simples relaciones francés *femme* ~ latín *fēmĭna,* italiano *donna* ~ latín *dŏmina.*

Del mismo modo, no basta decir que el español, portugués *mirar* es prolongación del verbo latino *mirāri, mirāre* 'admirar, mirar con estupor': la diversidad de los significados nos obliga a perfeccionar el razonamiento, partiendo del sistema latino *spectāre* 'mirar' (propiamente 'poner la vista en algo con insistencia y atención', como intensivo de *specio* 'ver, divisar') ~ *exspectāre (adspectāre)* 'mirar algo', 'esperar, aguardar'; este sistema, bastante nivelado homonímicamente por la evolución fonética, sufrió varias reorganizaciones, por ej., en Francia *regarder* (*garder,* de origen germánico) ~ *attendre (* ~ attendĕre), en Italia *guardare* (como *garder*: antiguamente también *mirare,* hoy claramente rebuscado) ~ *aspettare,* en Rumanía *privi* (< eslavo *priviti* 'volver (la vista)', o bien *uita* 'olvidar, fijarse, mirar' (< latín *oblītāre*) ~ *aștepta,* en Iberia con una doble sustitución, cfr. *mirar ~ esperar (< sperāre)* o *aguardar* (italiano *guardare*), mientras que *exspectare* se conserva en el portugués *espeitar* 'divisar'. Se trata, pues, de un conjunto de significantes y de significados que se desplaza en bloque, siendo más que evidente en esta consideración el influjo de Gilliéron y de la técnica por él inaugurada de estudiar los cambios y las estratificaciones lingüísticas en una área determinada, así como también el peso concedido a los hechos de asociación y de paretimología. Considerada como un hecho general la i n e s t a b i l i d a d del léxico, debida a causas tanto internas como externas, la investigación no debe detenerse antes de haber determinado las razones o, al menos, el marco en el que un vocablo asume una colocación determinada; según palabras del propio autor,

> la indagación de la raíz de un vocablo o de un grupo de vocablos ya no es hoy el único fin de la etimología. La etimología debe seguir el grupo de palabras considerado, durante todo el tiempo en que éste forma parte de una lengua, en todas sus ramificaciones y en todas sus relaciones con otros grupos, sin dejar, por otra parte, de hacerse las preguntas que interesan a la verdadera y auténtica etimología.

5.1.3. La dialéctica entre ser y devenir en la lengua es, por consiguiente, el fundamento de la práctica etimológica, pero esa dialéctica debe evitar cualquier mecanismo exagerado: éste es el sentido de la crítica a algunas posiciones teóricas de Gilliéron y a su célebre esquema de la sustitución en el área gascona de los derivados del latín *gallus* por *hazan* 'faisán' o *bigey* (< latín *vĭcārĭu(m)*), 'juez del pueblo', debida al hecho de que, por razones fonéticas, *gallus* > *gat,* homófono por tanto de *cattus* 'gato' > *gat,* y por eso sustituido. El acto que lleva a la sustitución es un típico producto del *libre juego de la imaginación creativa* y está inserto en un c a m p o de términos, trivial y usual (una especie de lexema *standard,* carente de toda connotación afectiva o técnica), seguido de una serie de términos metafóricos (vocablos «satélite», no sinónimos perfectos, ya que su uso está concretamente limitado a algunos contextos); si el lexema *standard* cae por cualquier motivo, no es difícil encontrar su sustituto generalizando uno de los del subsistema, y éste es precisamente el sentido de la metáfora posterior como fenómeno semántico fundamental, según la vieja afirmación, retomada por Pott y por Pisani, de que toda lengua es sólo *un diccionario de metáforas desteñidas*: si *jambe* 'pierna' desapareciera, el francés podría hallar fácilmente su sustituto en la amplia sinonimia coloquial, que cuenta entre otros con *guigue* 'pernil', *guibole, flûte* 'flauta', *patte* 'pata', *flubard, fuseau* 'husillo', *gambille,* todos ellos términos metafóricos para 'pierna', del mismo modo que el italiano *testa* se podría sustituir por *cranio* 'cráneo', *boccia* 'garrafa', *coccia* 'concha', *capocchia* 'cabeza de clavo', *cocuzza* 'ca-

labaza', *cesta* 'cesta', *gnucca* 'nuca', *zucca* 'calabaza', etc. El mismo razonamiento se puede invocar para el esquema *traire ~ moudre*. Ya se trate de una sustitución afectiva, como en el caso de *gallus,* o técnica, como en el de *moudre* > traire, Gilliéron no tuvo una conciencia sistemática suficiente, puesto que las sustituciones se producen por proximidad y complementariedad semántica y factual: así como *hazan* y *bigey* debían existir como componentes del subsistema metafórico de *gat* < *gallu(m),* así también *traire* < *trahĕre* no se inventó *ad hoc* para sustituir a *moudre* < *mulgĕre,* sino que debía existir en esta esfera conceptual para indicar una parte de la operación general del ordeño, y precisamente la preparación de los pezones. Sólo el conocimiento de estos hechos concretos explica la facilidad y la inmediatez con que se produce una generalización del término. El principio de la «esfera conceptual» es verdaderamente importante para comprender cómo está estructurado el léxico, que es sobre todo, como se diría hoy, una jerarquía de semas e hiposemas: éste es el sentido de la crítica que Wartburg (y, en Italia, Prati) hace al atlas lingüístico, que registra en general una sola respuesta (sólo excepcionalmente más de una) para cada concepto o noción, de uno o de pocos informantes en un punto dado (con una red general de puntos investigados, en todo el territorio, más bien rala). Si esto puede ser admisible para nociones técnicas, en que hay correspondencia casi unívoca entre signo y referente (y a condición, naturalmente, de que el cuestionario sea minucioso y completo), no se adapta bien a las nociones afectivas, provistas de gran variedad léxica: para el concepto de 'avaro' (mapa 79 ALF) tenemos 30 tipos, frente a los cerca de 200 obtenibles de los diccionarios y de los repertorios dialectales (que son mucho más ricos, aunque menos precisos desde un punto de vista cronológico y espacial); para 'rico', un solo tipo frente a más de 80; para 'caballo', tres frente a unos setenta, etc.: métodos basados en datos demasiado esqueléticos pueden inducir fácilmente a conclusiones inexactas.

5.1.4. Vuelven con Wartburg todos los temas gratos al renovado pensamiento lingüístico de la primera mitad del siglo XX, desde el de «redes de asociaciones» (Saussure) al de «campo asociativo» (Bally), y al de «campo semántico» (Trier), todos ellos vinculados al principio de que las asociaciones formales y semánticas que gravitan en torno al vocablo y lo determinan son particularmente eficaces, sobre todo en el ámbito de una misma esfera conceptual, que permite más fácilmente la formación de conjuntos estructurados. Los cambios que se producen dentro de estos conjuntos pueden tener causas externas (cambios de instituciones, técnicas, objetos), o bien internas, más específicamente lingüísticas: lo que interesa es que lo que tiene importancia para la historia del léxico, no es el referente en sí, sino el puesto que éste ocupa en el sentimiento del hablante, siendo precisamente la lengua un «juicio» o un «metro» con relación a la experiencia. Refiriéndose a estos autores y a estas teorías, Wartburg invoca también al iniciador de la idea, Humboldt, que establece un preciso vínculo inderogable entre el contenido y la forma lingüística de la vida espiritual del hombre, para quien las palabras forman un mundo intermedio entre la mente y los objetos; véanse los sucesivos desarrollos consagrados en la hipótesis llamada de Sapir-Whorf. En este ámbito, los cambios no pueden, por consiguiente, concebirse como transformaciones caóticas, sino que deben significar necesariamente una continua adecuación a la realidad, es decir, una verdadera lucha por el orden (Trier). Todo esto explica cómo a la universalidad de ciertos procesos lingüísticos (por ej. el *tabú*) corresponde la práctica diversificación de los sistemas aislados, cada uno de los cuales segmenta a su modo la experiencia, según muestran los ejemplos bien conocidos de los nombres de los colores o de las relaciones de parentesco. El francés *bois* significa 'bosque', 'madera' en general, 'maderamen' (material para carpintería o construcción), 'leña' (de quemar), mientras que las demás lenguas tienen diversas segmentaciones, cfr. danés *træ* 'árbol', 'madera', y, junto a *tömmer* (cfr. inglés *timber*) 'maderamen', *skov* 'bosque' y *brænde*

'leña'; el español distingue *bosque, madera* y *leña*; el ruso tiene *les* 'bosque' y 'maderamen', *dérevo* 'árbol' y 'madera', *drová* 'leña'. El francés, el único entre las lenguas románicas, ha diversificado los conceptos de 'escalera de mano' y 'escalinata, escalera': de hecho, el latín *scāla* (< **scand-s-lā,* relacionado con *scandĕre,* es decir, 'aparato para subir') designaba al principio una simple escala de mano y en tal sentido pasó al francés *échelle* (francés antiguo *eschiele*), pero, generalizándose en el significado, también al rumano *scară,* italiano *scala,* sardo logudorés *iskala,* engadino *sk'ela,* friulano *sk'ale,* provenzal, catalán, español *escala,* REW, 7637: para 'escalinata, escalera' el francés ha introducido, en cambio, *escalier* (siglo XVI), inspirado en el latín *scalaria* (término técnico de Vitrubio) de acuerdo con el provenzal *escalier*: he aquí un nuevo caso en que la introducción de un alótropo externo sirve para establecer una nueva oposición semántica en el sistema (cfr. 3.2.12 y también 3.5.5), sin perder el contacto con la idea del mundo de conceptos como conjunto jerárquicamente organizado.

5.1.5. En este punto, la etimología desemboca en la lingüística histórica en el sentido más amplio, para r e c o n s t r u i r y c o n f r o n t a r las diversas «etapas» de una lengua y los cambios intrínsecos que las caracterizan: la evolución del francés ofrece un caso bastante demostrativo de las fuerzas que contribuyen a desarrollar, gradual pero radicalmente, todo un sistema lingüístico en sus características. Desde este último punto de vista, la atención recae nuevamente sobre la escasa motivación del léxico francés, donde las relaciones formales, a diferencia de lo que sucede en alemán, en italiano o en español, están fuertemente oscurecidas, cfr. 3.4.6: a los casos allí expuestos, añádanse *foie* 'hígado' ~ *hépatique* 'hepático', o los alótropos más auténticos *père* 'padre' ~ *paternel* 'paterno'; *évêque* ~ *épiscopal, mûr* 'maduro' ~ *maturité,* etc. Este estado de cosas n o es análogo al del francés antiguo, donde la motivación era mayor y la lengua se caracterizaba por una pintoresca y múltiple exuberancia: al adjetivo *mûr (< meür)* corresponden

los sustantivos *mûrison* y *mûreté,* a *eve* 'agua' corresponde *eveux* 'acuoso'. La riqueza léxica está confirmada por los numerosos vocablos existentes para un mismo concepto, cfr. para 'pena' *dolor, duel, martire, peis, marriment, deshait, deshaitement, desconfort, mortel, glaive,* o para 'recordar' *sovenir, resovenir, membrer, sei amembrer, recorder, retenir, amenteivre* 'rememorar', etc. así como por la polivalencia de la derivación, cfr. de *fin* 'fin' y *finir* 'acabar', *finage, finail, finaille, fine, finee, finement, finie, finiment, finison, finissement, finité, finitive.* De todo esto, nada o casi nada queda en el francés actual, y el momento crucial de esta transformación es la época intermedia (alrededor de 1250-1450), que introdujo en la lengua gran número de cultismos latinos, que han acompañado y, bastante a menudo, suplantado a las voces de evolución histórica regular, ya demasiado distintas por su aspecto, a diferencia de lo que ha sucedido por ej. en italiano y español: con el siglo XVII, lo más tarde, el francés se proporciona la organización clara y precisa que lo caracteriza, incluso en el campo de la delimitación semántica de los conceptos y de su consiguiente designación (Wartburg-Ullmann).

5.2. La afirmación de los métodos estructuralistas: Guiraud

5.2.1. En las concepciones lingüísticas y etimológicas de Wartburg, que reducen esta ciencia predominantemente al estudio histórico y sistemático (o sea, d i n á m i c o) del léxico, influyen sin duda alguna las instancias de las teorías estructuralistas postsaussurianas. La lección «preestructuralista» de Gilliéron, en efecto, aunque suavizada por notables exigencias de carácter individual e historicista, concuerda con los principios funcionalistas propugnados, entre otros, por Martinet y con la tendencia a nuevas concepciones semánticas, que desembocan en la actual semántica diacrónica estructural y en las estructuras lexemáticas de Coseriu (3.2.12).

5.2.2. El intento más completo de introducir la noción de estructura en la doctrina etimológica se debe a Pierre Guiraud, que establece en su exacto valor la distinción, no siempre mantenida coherentemente, entre un análisis de tipo analítico, diacrónico, e x t e r n o , y otro de tipo sistemático, sincrónico, i n t e r n o , siendo la etimología tributaria de ambos. Aquí tampoco se trata ya sólo de considerar la palabra en sí y por sí en su evolución, sino de verla en su ser, estructurada en un campo de relaciones (*réseau associatif* de Saussure) con una serie de vocablos que presentan los mismos caracteres sémicos o morfológicos (3.0.5), lo que exige la individuación de modelos, matrices, paradigmas, estructuras elementales en general, todo ello para establecer una t i p o l o g í a . Ahora bien, la palabra es el resultado de una presión de la historia sobre el sistema, es decir, un accidente de la historia que actualiza un semantismo latente en el modelo; el proceso está siempre basado en la arbitrariedad de la relación significante a nivel de étimo i n d i v i d u a l , pero está necesariamente motivado (es funcional) a nivel de c a t e g o r í a s léxicas, en un contexto de e c o n o m í a y de e q u i l i b r i o i n t e r n o y una concepción menos rígida de la arbitrariedad del signo (según la convicción de que no existen significados, sino sólo u s o s , o, mejor, existen usos en el discurso y significados en el sistema).

Se trata entonces de definir qué es una categoría etimológica o léxica, que Guiraud concibe, en realidad, como el conjunto de las palabras que presentan caracteres s é m i c o s (significados) o m o r f o l ó g i c o s (significantes) comunes: desde la individuación de las estructuras correspondientes (morfológicas, semánticas, paronímicas, onomatopéyicas) se llega a los conceptos, más originales, de campo morfosemántico y de estructura sémica, es decir, disposición sistemática de significantes basada en un pequeño número de unidades elementales de significado.

5.2.3. La noción de estructura etimológica es de origen empírico, y se basa en la observación de que el conjunto de las pala-

bras que tienen algún carácter formal común tiene también en común algún carácter sémico correspondiente, y viceversa. La estructura etimológica postula precisamente la existencia de categorías léxicas, definidas por una relación entre significante y significado; si, por ej., tomamos la serie de los verbos italianos *canticchiare* 'canturrear', *ridacchiare* 'reírse burlonamente', *sonnecchiare* 'dormitar', *sbaciucchiare* 'besuquear', *punzecchiare* 'pinchar reiteradamente', *leggi(u)cchiare* 'leer con desgana', *stiracchiare* 'estirar repetidamente', *scribacchiare* 'escribir cosas sin valor', *studi(a)cchiare* 'estudiar poco y mal', *rubacchiare* 'cometer pequeños robos', etc., deducimos que estas palabras, aun teniendo cada una un núcleo semántico totalmente autónomo y singular, están emparentadas en el plano sémico (es decir, en el de los significados elementales) por la sufijación particular *-(V)cchi-(are),* que indica un modo particular (aquí poco pronunciado, no especialmente comprometido o repetida y flojamente realizado) de ejecutar la acción indicada por la raíz verbal, es decir, por el tipo normal *studiare, cantare, ridere*: y continuando en el plano de la estructura, observaremos de pasada que, desde un punto de vista morfológico, estas formaciones se caracterizan exclusivamente con la desinencia de la 1.ª conjugación *(-are)* (los ejemplos de *-(V)cchi-(re)* son raros y sólo en apariencia similares); históricamente, se trata de sufijos de tipo muy popular y expresivo, dada su extrema rareza en el latín escrito, cfr. *bataclāre (Glosas)* 'bostezar' y *missĭcŭlāre* (Plauto) 'enviar reiteradamente' (préstese especial atención a estas atestaciones en las *Glosas* y en Plauto, reflejos ambas de lengua popularizante). De todos modos, estos y otros paradigmas lingüísticos, al constituir conjuntos de relaciones y, por consiguiente, estructuras, representan «macro-signos» o signos colectivos, en oposición a las palabras y formas singulares, o «micro-signos»; y mientras estos últimos están, saussurianamente, aislados, son arbitrarios, contingentes, sincrónicos, los primeros están estructurados, son m o t i v a d o s , necesarios, acrónicos (o, mejor dicho, macro-crónicos), pues la noción de sincronía es y comprende todo el tiempo o el espacio en que una misma estruc-

tura (y no sólo un signo individual) es estable; lo que significa que esta visión macrocrónica permite concebir la sincronía de un sistema como supraordenada a las sincronías propias de los diversos estadios lingüísticos (cronológicos o espaciales) y capaz de reunirlas precisamente en cuanto éstas constituyen un sistema c o m ú n (en el campo francés, por ej., la lengua literaria, el francés antiguo, el *argot*, los dialectos); lo que es opaco en sincronía es motivado y transparente en diacronía, cfr. 3.0.6.

La crítica guiraudiana a la etimología histórica se basa en el hecho de que ésta es e x t e r n a , porque imagina la relación léxica partiendo de una evidencia totalmente intuitiva, vinculada a la superficie de los signos y al nivel del uso; de hecho, la evidencia externa constituye sólo una parte de la etimología, la que por ej. relaciona el italiano *beccaccia* 'chocha' con *becco* 'pico' como elemento motivador y núcleo denominador de esta ave, pero que también abre las puertas a las etimologías anecdóticas y absolutamente superficiales; quedando establecido que ésta no debe perder nunca su valor particular de prueba.

Y, sin embargo, junto al elemento externo desempeña un papel fundamental también el interno, que organiza los materiales históricos (accidentales) dentro de un sistema de relaciones estructurado según cierto número de matrices y signos potenciales. El conjunto viene a constituir como una d o b l e etimología, que contrasta aparentemente con el principio de la unicidad de las soluciones, como se ve en el ej. del francés *grive* 'tordo', tradicionalmente explicado a partir de *graecus,* REW, 3832, o sea 'pájaro venido de Grecia', pero que Guiraud piensa que debe interpretarse más bien como 'pájaro punteado como una criba'. Esta última observación, externa como la primera, está corroborada sin embargo por el hecho de que en el sistema francés los pájaros moteados reciben a menudo el nombre por esta característica (una dominante l e x i c o g é n i c a) : se abre aquí la posibilidad de un cruce (colisión) de motivaciones, ya que, si es ciertamente posible, incluso muy probable, que en el sistema se haya producido un acercamiento (en sus-

tuncia, una paretimología) entre la serie de los derivados de *graecus* y la de los derivados de *crībum, crībĕlum,* REW, 2324, 2321, la primera tiene muchas probabilidades de constituir el arquetipo y está, además, reforzada por motivaciones internas; en efecto, muchos pájaros, como muchas plantas, se denominan según su origen, cfr. veronés *zipriòto* 'golondrina' ('de Chipre'), *dàrdaro* 'vencejo' ('de Dardania'), lombardo *dàrdan, dardanel* ('de los Dardanelos') vizardo *barbairou* ('berberisco'), napolitano *romaniello* ('de Romania', es decir de Grecia), y sobre todo veneciano *sé(l)ega, se(l)eghéta,* véneto *zelegato* y variantes, romañol *zelga,* que hay que relacionar con un *(avis) Cilĭca* 'ave de Cilicia'.

La vaguedad y el empirismo de las nociones y de las relaciones semánticas es un obstáculo para la búsqueda de un denominador común (punto de partida para el descubrimiento del macrosigno y de las estructuras sémicas), más que para la de las traslaciones aisladas, y, por tanto, la posibilidad de un análisis interno (que tiende a sustituir por criterios estrictamente lingüísticos las pruebas históricas y psicológicas) se ve obstaculizada por la inexistencia de un inventario exhaustivo de las categorías, sobre todo de las lexicológicas. Por lo demás, las «leyes» de la creación léxica son tendencias estadísticas, sin embargo reducibles, aunque sea con dificultad, y sistemas de relación. En este sentido, también la etimología es, más que nunca, una ciencia de las probabilidades.

5.2.4. La ambición de Guiraud es la de crear una tipología léxica que pondría de manifiesto relaciones más refinadas a propósito de los cuatro grandes modos de creación verbal:

1) Derivación: existen en la lengua paradigmas morfológicos de los que es ejemplo característico la derivación pseudosufijal. El francés forma palabras por sufijación, de donde la posibilidad de obtener verbos a partir de sustantivos, cfr. *limer* de *lime,* como el italiano *limare* de *lima* (naturalmente razonando en el plano sincrónico, pues esta estructura está propiamente basada en el latín); así, se admite generalmente que *plafonner* deriva

de *plafond.* Sin embargo, el inventario de los verbos denominales franceses (alrededor de un millar) muestra que tres cuartas partes de estas formaciones (del tipo *moutonner, voisiner,* etc) tienen en la raíz un elemento fonético que, desde un punto de vista morfológico, es asimilable a un sufijo, por lo que estos verbos se llaman p s e u d o s u f i j a l e s . Todo esto resulta clarísimo en lo que respecta a los verbos sacados de nombres de animales, que casi nunca lo son de nombres simples (como *cabrer, chienner*) sino que, en su inmensa mayoría, se forman a partir de derivados, diminutivos, etc.: *ânonner* 'repetir como un papagayo' ('como un borrico') < *ân-onn-er* (pseudo sufijo *-onner*), *lézarder* 'holgazanear' (*lézard* 'lagarto') < *léz-ard-er (-arder), marauder* 'depredar' (*maraud* 'bribón') < *mar-aud-er (-auder), fourmiller* 'hormiguear' < *fourm-ill-er (-iller)* (aquí históricamente < latín **formĭcŭlāre,* pero ésta es la historia, aquél el sistema en que, de todos modos, la palabra está incluida y catalogada). Ahora bien, entre los verbos denominales «puros» y los pseudosufijales existe una diferencia funcional y, por tanto, semántica: los primeros, en efecto, designan el objeto, o como producto *(saigner, écumer, filer, draper),* o como instrumento *(limer, ferrer, saler),* mientras que los segundos designan más bien las actividades s u b j e t i v a s ; veánse, además de los casos de derivados animales, los verbos sacados de nombres de persona *(adoniser, turlupiner, putipharder),* de oficio o estado *(brigauder, espionner, larronner, maçonner)*: de aquí, en definitiva, un gran número de sufijos p r o d u c t i v o s (es decir, capaces de producir neoformaciones) *-onner, -ogner, -oter, -oler, -iller, -ouiller, -ailler, -arder, -auder, -ayer, -iquer,* etc. Casos análogos se presentan en cuanto a los p r e f i j o s , cfr.

francés *écumer* {
- 'hacer espuma', denominal regular de *écume* < fráncico **skūm-*, cfr. alemán *Schaum*;
- 'quitar la espuma', con un pseudoprefijo, estando el fonema inicial modelado sobre el prefijo privativo *es-, é-*.
}

Con esto queda claro que todas las palabras están integradas en un paradigma del que extraen su definitivo valor funcional (no obstante la presencia accidental de una etimología diacrónica, como en el caso de **formĭcŭlare*).

5.2.5. 2) Cambio de sentido: junto a los paradigmas morfológicos existen también los semánticos, gracias a los cuales muchas metáforas no resultan aisladas, sino que se reencuentran a través de los sinónimos: *déménager* 'mudarse de casa, desalojar', y *déloger, décamper,* además de las formas argóticas *décarrer* (*carre* 'habitación'), *décaniller* (*canille* 'perrera'); sobre esta base, Guiraud critica el étimo tradicional de *détaler* 'escaparse, salir sin despedirse' de *étal* 'puesto callejero' (en la que es esencial la imagen del comerciante que retira la mercancía expuesta), ya que la serie sinonímica sugiere que aquí *étal* representa la continuación del antiguo *estal* 'posición, lugar de parada' < francico **stall,* cfr. alemán *stall* 'cuadra' (e italiano *stallo, stalla,* quizá del gótico), siendo precisamente *estal* sinónimo de *logis, camp, ménage* (antiguo 'alojamiento'). Cuando un buen número de sinónimos se basa en una imagen arcaica común, se puede hablar de un protosemantismo: así Wartburg, en el FEW, incluye bajo *coupe* 'copa, vaso' toda una serie de tipos, *coup(e), coupot, coupon, coupel,* que indican una medida (de vino, de grano, etc.), pero la existencia de un protosemantismo que asimila la medida a un *coup* (probable deverbal de *couper* 'cortar de un solo golpe') parece contradecir a tal étimo; cfr. francés *un coup de vin,* inglés *a shot* 'golpe, dosis' *of whisky* (es decir, 'carga, medida'), a los que podemos añadir el friulano *tai, taiùt,* 'medida de vino'; cfr. además *coupon* 'porción' y los dialectales *trique, chique, pochon* 'pedazo, medida'.

3) - 4) Onomatopeya y préstamo interno: el préstamo, factor externo por excelencia, se organiza también en el interior de la lengua, como hemos visto a propósito de los numerosos términos franceses que empiezan por [ka] o [ga], los cuales llenan «casillas vacías» acatando un principio de equilibrio

fonológico, cfr. 3.5.5; análogamente, en las palabras de carácter onomatopéyico, el vocabulario francés permite poner de manifiesto toda una serie de raíces del tipo *chik ~ chok, tik ~ tok,* marcadas por el significado elemental de 'golpe, choque' y caracterizadas por un elemento consonántico labial o dental opuesto a otro velar y por una alternancia vocálica *i ~ o* con valor diversificador (agudo ~ grave = punta ~ golpe): *chiquer ~ choquer, piquer ~ poquer, tiquer ~ toquer,* cfr. 6.2.

5.2.6. Para Guiraud, por consiguiente, hay correspondencia entre categorías de forma y categorías de sentido: las palabras que pertenecen a ambas constituyen una estructura elemental del léxico, matrices o paradigmas productivos capaces de generar o de atraer nuevas formas (dinamismo léxico); con esto, la tipología de los paradigmas léxicos se convierte en el objetivo principal de la etimología estructural. A través de las estructuras morfológicas, semánticas, onomatopéyicas, paronímicas, se llega así, por último, al nivel de la convergencia morfosemántica y de las estructuras sémicas: *baliverner* 'ondear' es lo que en la etimología tradicional se definiría como una yuxtaposición (si no exactamente un cruce) de *baller* y *verner,* donde el paradigma formal (composición tautológica) converge con el semántico (serie sinonímica): *balevolter, brimballer, billebauder, bilboter, bouleverser,* etc. Son, en cambio, estructuras sémicas las construidas sobre un pequeño número de unidades elementales de significado (semas), cuyas combinaciones permiten reconstruir los significantes: las taxonomías botánicas populares son un ejemplo convincente de estas realidades.

5.2.7. Así, pues, los métodos guiraudianos, ciertamente refinados, constituyen el intento de construir un modelo formalizado de la investigación etimológica que supere las estrecheces y las carencias del histórico-comparativo-geográfico.

Toda esta construcción se orienta, por otra parte, hacia aquel sector, un poco marginal, del léxico que, por su naturaleza (tratán-

dose de voces expresivas, dialectales, jergales), es difícilmente abordable con los criterios usuales, habiendo experimentado una insólita serie de transformaciones, tanto en el plano de la forma como en el del significado. No es, pues, causal que este tipo de modelos se adapte especialmente al francés, cuyo desarrollo histórico ha permitido el afianzamiento de semejantes estructuras (cfr. 3.4.6 y 5.1.5): gran estratificación léxica, escasez de transparencia en las familias etimológicas, riqueza de derivaciones y de formaciones argóticas. Subsiste la duda, considerando la validez sobre todo «estática» de ciertos argumentos guiraudianos, de si el método interno es realmente superior al histórico para resolver los problemas y las aporías que presenta la disciplina.

5.2.8. Posiciones en parte semejantes a las de Guiraud y generadas por exigencias afines, se encuentran, aunque bastante menos sistemáticamente, en Vendryès, inspirado evidentemente en la escuela sociológica francesa y patrocinador de una etimología «estática».

Hemos observado ya que Vendryès halla la fuente de su propia teoría en la especulación antigua, sobre todo india y griega, y en el restablecimiento del factor semántico como criterio fundamental de juicio. Establecer el lugar exacto de cada término en el vocabulario no es sencillo, pues implica una especie de i n v e n t a r i o del mundo i n t e r i o r que cada uno lleva en sí y que puede ser considerado globalmente en la *langue,* producto colectivo del grupo social. Esencialmente, pues, el valor lingüístico se debe por completo a la idea que de él tienen los que hablan (aquí es significativa la referencia a Voltaire, quien afirma que es más importante conocer el significado de las palabras que su origen, aunque no se observe que al pensador iluminista se le escapaba el hecho histórico de la frecuente c o l i s i ó n de los dos factores) y que, por tanto, la etimología estática tiene necesariamente una base social, reduciéndose, en definitiva, a la l i m i t a c i ó n exacta de los términos, que son relativos, incluso de los referidos a nociones abstrac-

tas, que extraen su valor de una clasificación de los contextos y de las asociaciones. Los parámetros de este proceder serán, por tanto, la frecuencia de uso (de aquí la necesidad de métodos estadísticos), el valor social, la trivialización y la expresividad, la existencia real (o, mejor, la persistencia) de la palabra, las relaciones con otros términos y familias; pero de todo esto queda excluido lo que no es estrictamente sincronía, es decir, las palabras que ya no se usan, lo que sitúa la teoría de Vendryés en un nivel demasiado abstractamente saussuriano y la expone a una crítica de «sistema de sistemas» y de «sincronía» como la expuesta más arriba por Guiraud, 5.2.3. Queda sólo lo que tiene sentido en el espíritu de los hablantes, de donde la gran atención a la etimología popular, al valor simbólico de las palabras y de los sonidos, a la mística del lenguaje y a su fuerza poética: el objeto de la etimología es, entonces, definir el verdadero sentido de cada palabra dentro de aquel espíritu, en una visión filosófico-evocativa, pero no maduramente semántica y etimológica.

5.3. La etimología culta

5.3.1. Por otra parte, la etimología popular, o la asociación etimológica en general (una especie de etimología segunda), es un fenómeno culto, de ayer y de hoy, bastante más amplio de lo que suele creerse, signo de que la facultad asociativa, no sostenida por técnicas oportunas, es una tendencia extendida a todos los niveles y no sólo en los estratos menos desarrollados, 4.0.3. Gougenheim ha dado un inventario significativo de estos hechos en francés, a partir de la relación establecida en el pasado y también en el presente por la inmensa mayoría de las personas cultas, en el sentido de que *flot* 'ola' derive del latín *flŭctus,* abstracto de *fluĕre* 'correr', sin saber que la evolución exactamente conforme con las «leyes» fonéticas habría dado **floit*: en realidad, *flot* se remonta a un fráncico **flōd,* cfr. alemán *Flut,* inglés *flood,* gótico

flōdus, sueco *flod,* conectados con una raíz indoeuropea *plē̆(u̯)-* 'fluir', cfr. latín *pluĕre* 'llover', griego *plóo* 'nadar, flotar', indio antiguo *plávatē* 'fluir', distinto por tanto del latín *flŭctus, flŭere,* que presuponen un indoeuropeo **bhleu̯-, bhel-* 'brotar, rociar', cfr. alemán *Blut,* inglés *blood* 'sangre'. La semejanza externa no hace fe de por sí, pero es el impulso para establecer correlaciones a veces verdaderas y a veces injustificadas: esto explica la fortísima tendencia, viva desde el Renacimiento en los gramáticos, a restablecer la grafía de las palabras según criterios etimológicos, de donde las formas francesas *doit* 'dedo', *vint* 'veinte' cambiadas en *doigt, vingt* (con el grafema *g,* que no aparece en la realidad fonética) por influjo de las bases latinas *dĭgĭtus* y *vīginti*; aún más, el inglés *corpse* 'cadáver' se remonta a un inglés medio *corse,* tomado del francés antiguo *corse* (regularmente < latín *cŏrpus*), pero el influjo culto ha repuesto la *p,* que incluso ha tomado cuerpo fonético.

La pseudoetimología tiene, pues, una importancia igual a la auténtica en el desarrollo de la lengua y es deducible ante todo por criterios externos, o sea por los testimonios de numerosos repertorios etimológicos y lexicográficos, entre ellos el Nicot (1606), el ya citado Ménage (1650), el Furetière (1690), la edición de 1750 de Ménage, hasta el mismo Littré: así se ve *écurie* (francés antiguo *escurie*) 'cuadra' referido a un latín *equāria,* aunque se trata, evidentemente, de un derivado de *écu* (antiguo *escut*) 'escudo' < latín *scūtu(m),* a través de *écuyer* (antiguo *escurier*) 'escudero': aquí la paretimología se ha visto favorecida por la caída de *s* ante consonante, fenómeno típico del francés medio, ya que las formas antiguas *escurie, escuier* difícilmente la habrían facilitado. Otros casos interesantes son los de *gêne* 'fastidio, disgusto' (de origen germánico) relacionado con *Gehenna,* y *poids* (antiguo *peis, pois*) 'peso' < latín *pēnsu(m),* que recibe su *d* de la inadecuada conexión con *pondus; faîte* 'cumbre del tejado' (antiguo *fest(e)* es relacionado con *fastīgium,* aunque en realidad se trata de un derivado del fráncico **first* (cfr. alemán *First* 'cima, cumbre', de la misma raíz que el latín *postis* 'poste', que pasa a su vez al alemán *Pfosten,* inglés *post* 'palo, puntal'); *feu* 'difunto', usado en expresiones idiomáticas equivalentes a *'il povero Giuseppe'* ('el pobre —es decir, difunto— José'), se relaciona con *fuit* (incluso por influjo del uso notarial y burocrático

il fu), pero su antecedente real es *feü, faü,* y el más antiguo *fatude* (siglo XI) latín popular **fatūtu(m)* 'que ha cumplido su destino'.

Los criterios internos para descubrir las interferencias cultas son bastante diversos, y se manifiestan en primer lugar en los hechos gráficos, cuyas modificaciones traicionan las nuevas conexiones postuladas: por ej. *feste,* que se convierte en *faiste* por la creencia de que procede de *fastīgium,* y *savoir* > *sçavoir* por influjo de *scīre*; también *lairme* > *larme* para reproducir más exactamente la *a* del latín *lacrima* testimonia, en la exactitud del nexo, esta tendencia. Se recurre a criterios fonéticos, por ej., en el caso de *bésicles* (antiguo) 'anteojos', que representa el único caso en el que una /r/ intervocálica originaria que pasa a /z/ no ha sido restablecida (el fenómeno se da en el s. XVI, cfr. Wartburg-Ullmann, que cita algunos ejemplos de superadecuación o hipercorrección con fines satíricos): el término, que es un derivado del latín *bērȳllu(m)* (voz de origen griego que indicaba el 'berilo' con que se fabricaban las lentes), por cruce con *escarboucle* 'carbunclo', debe haber mantenido su realidad gráfica y fonética por aproximación a *bicyclus* (Sylvius) o a *bis ocŭli, bis circŭli.*

Otras adaptaciones se refieren a la semántica, como el ya cit. *flot* 'ola', que corresponde por su significado precisamente a *flŭctus* y no al fráncico **flōd,* alemán *Flut* 'flujo, inundación'; *glaive* 'espada' < latín *gladiu(m),* se había hecho en francés antiguo sinónimo de *lance* y de *épieu,* por tanto una especie de 'lanza, dardo', y sólo la identificación etimológica posterior (y esta vez exacta) devolvió la palabra a su sentido original (siglo XIV): el mismo Voltaire, cuyo recelo frente a la etimología es bien conocido, escribe en el *Candide,* cap. 21, *folliculaire,* 'que hace folios', convencido de que *follĭcŭlus* derivaba de *fŏlium* y significaba 'pequeño folio', cuando, en realidad, se trata de un derivado de *fŏllis* 'bolsa', por tanto 'bolsita'.

5.3.2. La hipoteca culta sobre la lengua es, naturalmente, un fenómeno que trasciende no sólo el tiempo, sino también el espacio: los botánicos de la Edad Media y de la época siguiente solían reinterpretar con mucha frecuencia las nomenclaturas que se topaban, a menudo difíciles de comprender, dado su marcado carácter popular y la intrínseca complejidad de su evolución; esto explica que Brunfels (1534) transforme el nombre italiano septentrional (ga-

loitálico) del lúpulo (*Humulus lupulus L.*, la conocida trepadora que interviene en la aromatización de la cerveza), cfr. las formas antiguas *livirtigi, livertizio,* lombardo *lo(v)ertis, ro(v)ertis,* piamontés *luvertin, vertis,* emiliano *avertis, (l)uartis,* en *lupus repticius,* es decir, 'lobo (con referencia correcta a la base **lŭpŭlus*) que se arrastra, que trepa', tratándose en realidad de una planta con tal característica. Esta idea está, casi con seguridad, en la base de la motivación del nombre vulgar, en el que, sin embargo, no debe entrar el verbo *reptāre* con sus derivados, sino *revŏlvĕre* 'enredarse'; se tratará, pues, de una base *revŏlūtīcĕu(m)* o algo semejante, que parece más apropiada, tanto formal como semánticamente, que el **lupurtīca, lupurtīceu(m)* propuesto en su tiempo por Salvioni y aceptado por varios repertorios. Los motivos de estas reetimologizaciones se pueden identificar a menudo con una voluntad exagerada de ennoblecer algunos orígenes, siguiendo un criterio interpretativo de cuño exquisitamente humanístico y retórico: la Valsugana, valle entre la llanura veneciana y Trento, se convierte así en *Vallis Euganea,* en conexión con el nombre de los antiguos habitantes del Véneto, aunque hoy se sepa que toma su nombre del centro principal, en la antigüedad y en época moderna, que es *Ausūgum,* hoy *Borgo di Valsugana,* de donde precisamente un *vallis *Ausugāna.*

5.4. La madurez del historicismo: Malkiel

5.4.1. Siguiendo siempre la tradición, adquieren especial relieve la reflexión teórica y la metodología de Yakov Malkiel (ucraniano nacionalizado en los Estados Unidos, nacido en 1914), cuyas investigaciones, realizadas sobre todo en el dominio iberorrománico, examinan familias léxicas enteras, que son reconstruidas en su unidad a través de un método ampliamente abierto al dato empírico, sobre todo al aprovechamiento sistemático de los documentos antiguos y a los datos dialectales, pero, al mismo tiempo a la consideración de los problemas generales, a partir de la clasifi-

cación tipológica del material según sus características formales. La etimología no constituye aquí un interés aislado, sino que aparece como momento conclusivo de la clásica tríada lingüística general (o sea, fundamentación teórica que garantiza el carácter científico de la investigación), filología (contacto con los textos, los documentos escritos y la tradición literaria) y, finalmente, etimología, que vincula la lingüística a la historia más que ninguna otra disciplina y se basa principalmente en la conjetura, es decir, en la hipótesis y en la actitud individual del investigador. Los puntos focales del pensamiento malkieliano se refieren, de todos modos, además de a la tipología de la investigación etimológica, a las relaciones entre etimología y lingüística general, a las que se dan entre etimología y gramática histórica, al problema de la unicidad y complejidad de las soluciones etimológicas y, por último, a la estructura de las familias léxicas, que constituye el fin más alto de la reconstrucción. Cuestión preliminarmente fundamental es la de la conexión entre etimología y lingüística general, pues se comprende fácilmente que un divorcio epistemológicamente sancionado entre las dos reduciría fatalmente la investigación etimológica a poco más que un pasatiempo erudito: ya a la etimología, que es un poco el reino de lo individual, le corresponde, en el conjunto de las disciplinas lingüísticas, un puesto irregular, como pone de relieve un hecho ya observado anteriormente, que los manuales más acreditados sólo la mencionan de pasada o no la nombran en absoluto, y que, para Saussure, no es una disciplina autónoma e integrable, sino tan sólo una aplicación especial de principios generales de la lingüística evolutiva vagamente vinculada a las distintas disciplinas glotológicas. Una interpretación tan reductiva no carece de consecuencias para el desarrollo y para la suerte de estos estudios; más marcado aún es este estado de cosas en la tradición norteamericana, y no sólo en la más reciente, iniciada por Chomsky, sino ya desde la tendencia taxonómico-descriptiva canonizada por Bloomfield y como consecuencia del influjo ejercido por su manual, que está lleno de obser-

vaciones y de datos etimológicos, pero no habla nunca (o casi nunca) expresamente del problema; por otra parte, la etimología como aspecto particular de la fonética histórica (o identificada según Vendryès con la lexicología diacrónica) es todavía un concepto insuficiente, si no del todo erróneo, no debiéndose olvidar que se trata, en el fondo, de una actitud general que no está en la parte baja, sino en la más alta de las mencionadas disciplinas, ni olvidar la validez de las conocidas reivindicaciones de autonomía (3.0.7), es decir, la historia considerable de la disciplina incluso antes de la época moderna, historia desarrollada en estrecha relación con la especulación filosófica, las características intuitivo-conjeturales en las que se basa, sus vínculos probados con todos los aspectos de la lingüística histórica, su insustituibilidad para trazar una continuidad en presencia de datos históricos fragmentarios y parciales.

5.4.2. En este sentido, la tendencia cada vez más explícita de la lingüística hacia las ciencias exactas no debe chocar con algunas características intrínsecas de la investigación etimológica, o sea, la casualidad del descubrimiento y la técnica general más «artística» que «científica». La misma casualidad es evidentemente relativa y no tiene ningún valor si no es controlada racionalmente mediante la comprobación de la congruencia de los datos empíricos, lo cual reduce a sus justos límites también el concepto de «artesanalidad». Se plantea, pues, la cuestión de cuál es la exacta y correcta realidad de la oposición, o de la división, entre lingüística general y etimología, si se piensa en los problemas estrictamente lingüísticos que ésta plantea y que no han sido investigados a fondo: uno de ellos podría ser la existencia de u n i v e r s a l e s etimológicos, como el grado de «predecibilidad» (o sea, el coeficiente de ocurrencia) de la contaminación (cruce) o de la desviación del desarrollo unilineal (factores de máxima importancia para la comprensión de la etimología popular), o bien la presencia de estructuras diversamente transparentes; un ejemplo bastante significativo propuesto por Malkiel es el de los nombres para 'muchacho', 'muchacha', que por su na-

turaleza a f e c t i v a , resultan en varias lenguas bastante poco perspicuas, cfr. inglés *boy, groom, girl,* español *muchacho, niño,* portugués *moço, menino, rapaz,* a los cuales pueden añadirse, por ejemplo, el latín *cĭcăro,* el italiano *monello* (estudiado por Folena), etc.: la misma palabra italiana, frecuentísima, *ragazzo* ha sido explicada no hace muchos años como un arabismo, *raggās* 'correo', luego 'mozo de cuadra', 'siervo', 'aprendiz' (Pellegrini).

Observa también Malkiel que, en el dominio románico, se han producido siempre complicaciones etimológicas en los nombres de los animales machos domésticos y en los de las crías, mientras que, por el contrario, los tipos léxicos para las hembras son, en general, transparentes: aquí debe de tener gran importancia el ambiente sociocultural, como ya se ha visto, por otra parte, en las interdicciones vigentes en el ámbito indoeuropeo; y, en este campo, hay que tener presente la observación de Meillet sobre la notable complejidad de los tipos adjetivales respecto, por ej., a la de los verbos abstractos, oposición que parece repetirse también en otras lenguas. En suma, la escisión moderna entre etimología y gramática no parece teóricamente justificable, ya que los dos sectores se superponen de modo innegable, comenzando por el nivel fonológico, puntal tradicional de la etimología «científica» desde el principio. Con frecuencia, el grado de opacidad de un étimo depende estrictamente de condiciones fonéticas internas, como se ve en el área ibérica (exceptuada Cataluña), donde la *-d-* primaria latina tiende a desaparecer en el oeste, a mantenerse en el este, a oscilar en el centro, hasta el punto de instaurar una ley fonética «débil» que sirve de base a toda una serie de variaciones formales *(crúo ~ crudo, nío ~ nido)* y provoca gran número de cruces léxicos (e interferencias asociativas), además de estimular los típicos cambios que se incluyen bajo el nombre de haplología, metátesis, disimilación a distancia; así se explican quizá formas como el español *peldaño* < latín *pedāneu(m)* 'relativo al pie', con insólita epéntesis de *l,* mientras que *dulce* < latín *dŭlce(m)* muestra una evolución evidentemente culta respecto al portugués *doce,* italiano *dolce,* friulano antiguo *doç,*

italiano meridional *doce,* francés *doux,* serie evolutiva que se puede explicar teniendo en cuenta la variedad de las formas existentes en español antiguo *doz, duz, dulz* y la posibilidad, por tanto, de que la lengua supla «terapéuticamente» estas vacilaciones adoptando una forma fija y de prestigio.

5.4.3. Desde un punto de vista formal, la f o r m a c i ó n de las palabras está intrínsecamente ligada al juicio etimológico: por ej. *-a,* en español, es un sufijo común para formar sustantivos femeninos, cfr. *burr-a, perr-a,* frente a *burro, perro,* pero muestra su potencialidad original en la excepcional formación *mentira,* donde encontramos el inusitado esquema morfológico: infinitivo *(mentir)* + *a.* Finalmente, apenas es necesario recordar el peso que las llamadas «formaciones elementales», el simbolismo fonético, la onomatopeya y la expresividad (6.2) tienen en la etimología.—recuérdese la preferencia otorgada a estas claves por Schuchardt— y su naturaleza de típicos problemas de lingüística general.

5.4.4. En cuanto a las relaciones entre etimología y gramática histórica, está claro que sigue siendo fundamento de la investigación el método formal de las correspondencias y el tratamiento de las interferencias asociativas y de las oscilaciones semánticas, siempre en relación con la naturaleza particularmente compleja e insustituible del material histórico; en todo caso, existe la posibilidad de un desarrollo p l u r i l i n e a l , no riguroso (por otra parte, la fonética histórica tiende a organizar coherentemente una serie de datos puramente lingüísticos, previo, sin embargo, un filtro de análisis tanto lingüísticos como extralingüísticos): el latín popular **venīre aio (< habeo),* forma protorrománica de futuro, se convirtió en España alrededor del año 1000 en *venré(y)* pero, dada la dificultad del nexo *-nr-,* fue sustituido por algunas variantes, *verné* (metátesis), *verré* (asimilación), *vendré* (epéntesis), de cuya distribución socio-espacio-temporal bien poco se sabe, a parte de que *vendré* terminó por prevalecer sobre las otras formas; en realidad, un re-

sultado unilineal es, con bastante frecuencia, un producto de s e l e c c i ó n sucesiva y, por otra parte, la complejidad geográfica y social de las sociedades antiguas se refleja en una complejidad lingüística cuyos términos se nos escapan en buena parte. Conviene siempre aclarar preliminarmente las f u e n t e s de información (es decir, si se trata de una forma originaria o de un préstamo), los eventuales hechos de etimología popular y de contaminación, los de difusión y analogía, los procesos evolutivos histórico-culturales, etc. Las conjeturas fonéticas no pueden, pues, hacer frente a la necesidad de una documentación rigurosa y completa (forma, significado, lugar, fecha), a costa de hacer cada vez del etimologista (y del lingüista histórico en general) un lingüista, un semasiólogo, un geógrafo, un historiador. La superposición de préstamos y de fusiones, la difusión areal, la estructura de las familias léxicas, los hechos de *tabú* y de expresividad constituyen otros tantos factores de «desviación», que deben, en buena ley, entrar en la lingüística histórica, junto a la fonética evolutiva.

5.4.5. Sigue siendo indiscutible que la investigación debe tener un fin prioritariamente lingüístico y, sólo en segundo lugar, auxiliar de otras ciencias, como la historia de la cultura: el hecho de que la historia y la fenomenología constituyan un aspecto suyo ineludible no puede implicar, de hecho, la vuelta a fines meramente históricos. En otras palabras, la ayuda de datos léxicos filtrados por la gramática debe llevar a un mayor relieve de hechos intrínsecamente lingüísticos:

> delimitación de las categorías de las palabras en cualquier lengua y su posición relativa dentro de familias léxicas representativas, anatomía de las palabras (alternancias radicales, derivaciones complejas), relación entre género y dimensión como entre número y cantidad, vías de evasión de la homonimia, polarización léxica, alineaciones en serie y formas conexas de analogía, irradiación sinonímica, hipercaracterización de los géneros, desarrollos retardados (Malkiel).

5.4.6. La historia de las palabras no es, pues, unilineal y las soluciones etimológicas, aunque sean ú n i c a s , no son siempre sencillas, sino que resultan de un complejo juego de influjos y de reacciones. No pocas veces, la solución etimológica restablece una certeza filológica o de algún modo documental, como se ve por el caso del véneto septentrional *smodegar* 'quebrar, romper', ladino dolomítico *smudié,* friulano *smodeâ,* arumano *zmuticare* 'romper, despedazar', todos los cuales presuponen un **exmuticāre,* del adjetivo *mŭtĭcus* 'truncado', conocido por Varrón (cfr. *spīca mŭtĭca*) y considerado variante de *mŭtĭlus* 'desmochado, mutilado', hasta el punto de inducir a algunos filólogos a corregir indebidamente el pasaje varroniano escribiendo precisamente *spīca mŭtĭla* (Pellegrini). Un caso clásico de complejidad se da en el español *lindo,* originariamente 'auténtico, legítimo, de buena raza' (1240), luego 'puro' (1330), 'bueno' (fines del XIV), y finalmente 'bello, exquisito, perfecto' (*bonito,* a partir de 1400); sin embargo, en América, donde el castellano tiene rasgos bastante conservadores, se mantiene viva la acepción de 'bueno'. Las propuestas etimológicas son, en efecto, bastante variadas: entre otras muchas, cfr. la de Covarrubias, que pensó en un derivado de *linea* y en un vocablo nacido en el ambiente de los pintores; el *Diccionario de la Academia* (1884) sugiere *linctus* 'lamido', mientras que Meyer-Lübke propuso en un primer momento el alto alemán antiguo *lindi* 'delicado, gracioso', y luego otros, considerando con razón que una base germánica en español n o podía ser alemana, por evidente falta de contactos, propusieron un gótico **linþs* 'flexible, ágil' (refiriéndolo evidentemente al fuerte adstrato visigótico de la Península Ibérica). En la historia de esta investigación, la conjetura mejor es la de Diez, que reunió el español y el italiano *lindo* junto con el portugués *limpio* 'limpio' < *limpĭdu(m),* basándose en paralelos formales del tipo italiano *torbido ~ torbo, nitido ~ netto*: este étimo fue aprobado por muchos y, sobre todo, por el maestro de los estudios hispánicos, R. Menéndez Pidal (1950), que cita la pareja *limpio ~ lindo* como ejemplo paradigmático de bifurcación léxica y de

desarrollo fonético p l u r i l i n e a l, como por ej. el español antiguo *rabdo ~ rabio < rapĭdu(m).* Aunque esta posición no se haya abandonado totalmente, hoy prevalece, sin embargo, la hipótesis avanzada por Cuervo (1902), basada ante todo en una precisa clasificación cronológica de los significados, de una derivación de *lēgĭtĭmu(m)* 'propio, legítimo', ya que, objetivamente, *lindo* representa una particular evolución semiculta del adjetivo, probablemente a través de una fase **lidmo,* luego evolucionada por metátesis hasta su forma actual: por lo demás, el portugués antiguo tiene formas propias como *leídimo, liídimo, lídimo, leídemo* (1278), pero también *liimdo* (siglo xv), como advierte Corominas, que representan convincentemente los eslabones que faltan; cfr. también el lombardo antiguo *leemo,* REW, 4971. De todos modos, está claro que, mientras la etimología antigua puede presentar soluciones múltiples, la histórica debe presentar soluciones *unívocas* (y esto no quiere decir sencillas), incluso procediendo gradualmente o modificando soluciones anteriores. Por lo demás, siguen aún sin solución algunos dilemas, como el francés *aveugle* 'ciego' (< *ab ocŭlis,* calcado sobre el griego *ap'ommátom* 'sin ojos', o bien < **albŏcŭlu(m)*?), y lo mismo *rêver* 'soñar', para el que hay decenas de propuestas, todas provisionales; son muchas las palabras italianas, incluso entre las más comunes, que carecen de un étimo satisfactorio, como *stanco* 'cansado', *andare* 'ir', etc.

5.5. Hacia una formalización acentuada

5.5.1. Todavía en el ámbito del método histórico-comparativo no han faltado los intentos de formalizar más rigurosamente el proceso etimológico: expone bien el estado actual de la cuestión Kiparsky, quien, después de considerar los sucesivos estadios de avance (desde la geografía lingüística a los campos semánticos, al método «palabras y cosas», a la búsqueda de una semántica general comparada), examina el renovado interés por los fundamentos epis-

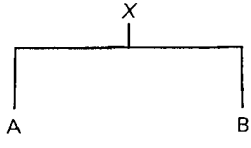
temológicos del etimologizar y por la búsqueda de réglas generales, tema dominante en la lingüística de los años sesenta, atribuyendo, sin embargo, esta tendencia formulista a una sobrevaloración del saber técnico-matemático.

5.5.2. Destaca entre estas tentativas la modelística de Ross, que parte de d o s axiomas:

1) dos lenguas están emparentadas o son afines *(related)* si y sólo si anteriormente formaron una sola lengua (por ej., el francés y el español, que en el pasado se identifican en el latín);

2) el término c o n g r u e n c i a *(congruence)* referido a partes singulares de dos lenguas afines debe entenderse en el sentido exacto con que el término r e l a c i ó n *(relationship)* se aplica como consecuencia del axioma 1) a las dos mismas lenguas (por ej. el inglés *stone* y el alemán *Stein* 'piedra' son congruentes porque ambas se remontan a u n a palabra en la lengua que inglés y alemán constituían en otro tiempo, esto es, a un protogermánico **staina*).

Se entiende que expresiones como «el francés y el español eran latín» o «en España, lo que era latín se convirtió en español» o bien «el español desciende del latín» son, en conjunto, genéricas: el medio más sencillo para expresar relaciones lingüísticas es, en realidad, el gráfico, que permite trazar *patterns of descent* 'modelos de transmisión':



o sea, *X* es precursor de A y B; todo lo que pertenece a un mismo árbol forma parte de una m i s m a familia lingüística.

Ross no se aparta, naturalmente, de los parámetros clásicos para explicar la evolución lingüística, recurriendo sucesivamente al cam-

bio fonético, al semántico, a la analogía, al préstamo; sobre esta base se distingue entre conexiones de r e l a c i ó n d i r e c t a *(related)* y de c o g n a c i ó n *(cognate)*, además de la conexión de c o n g r u e n c i a *(congruence)*, marcando las primeras con el símbolo >, <; las segundas, con :, y las terceras, con =, cfr.:

1. latín *amare* > español *amar*;
2. latín *amare* > italiano *amare*;
3. español *amar* = italiano *amare*;
4. español *amor* : italiano *amore* (< latín *amor*), etc.

5.5.3. Todo esto nos permite definir la etimología en términos algebraicos: tenemos una lengua A_o, y nos ocupamos del étimo de una de sus palabras x_o; A_o tiene lenguas afines A_1, A_2, ... A_n, ascendiente *(parent)* *A*:-, distinguiéndose entonces d o s casos:

1) se trata de un p r é s t a m o, es decir, del paso de una palabra *y* de una lengua B_1 a $A_o x_o$; por eso, el étimo necesario y suficiente para x_o es la fórmula $A_o x_o$ 'Z_o', préstamo de *By* '3', donde z_o y 3 indican los significados. Ej. el inglés *coach* 'coche' es un préstamo del húngaro *kocsi* 'id.': añadamos para completar la documentación que *kocsi*, propiamente *kocsi szekér* 'carro de Kocs', que indicaba una carreta típica de aquella región, está documentado desde el siglo xv en la Italia septentrional (Véneto y Emilia) como *còcio* 'carreta húngara', acreditado como medio de transporte bastante ligero y veloz, y fue adaptado después en Florencia con una falsa analogía con el modelo italiano *occhio* ~ septentrional (véneto) *òcio, vecchio* ~ *vécio*, de donde precisamente *cocchio* (Fogarasi).

2) No se trata de un préstamo, por lo que es necesaria una serie de fórmulas, por ej. $A_o x_o$ 'z_o' < Ax (> A_{i1} x_{i1} 'z_{i1}' A_{i2} x_{i2} 'z_{i2}' ..., A_{im} x_{im} 'z_{im}' donde *x* es la palabra de la lengua m a d r e *A*, de la que procede X_o de A_o : A_{il}, A_{i2} ... A_{in} son una selección de lenguas *m* de los $n + 1$ miembros de la familia de *A*; x_{i1}, x_{i2}, ... x_{im} los derivados de *x* de *A* en estas lenguas; z_{i1}, z_{i2}, ... z_{im} los significados de estas palabras *m*; esta fórmula se emplea, por tanto, en caso de que se conozca la lengua originaria o se pueda reconstruir la forma originaria.

Adaptaciones y variantes de esta fórmula sirven para establecer congruencias y para etimologizar términos raros y similares. Sin embargo, el mismo Ross reconoce que no toda palabra tiene un étimo (y, por tanto,

que no es suficiente una fórmula para establecerlo donde no existe, cfr. por ej. el inglés *girl*) y que los problemas semánticos se simplifican así demasiado radicalmente, atribuyéndose a cada palabra un solo significado, lo cual a menudo no corresponde a la realidad.

5.5.4. La crítica corriente insiste, sin embargo, en que la fórmula no es de suyo c a p a z de etimologizar, limitándose, en realidad, a formalizar a posteriori una serie de relaciones y a establecidas. Otras críticas se refieren, en cambio, a la excesiva insistencia sobre la filiación directa (es decir, al sustancial y angosto neogramatismo del intento) y a la escasa atención prestada a la i n d i r e c t a , o sea, a la contaminación, al cruce, a la homonimia, factores que tienen un peso decisivo en la evolución, pero que son bastante difícilmente formalizables; sólo el préstamo recibe de Ross una atención adecuada, incluso como tratamiento gráfico, cfr. el amplio esquema histórico-cultural de la difusión de *zènzero* 'jengibre'.

5.5.5. Otra propuesta formalizadora es la de Rudnyc'kyj (1961), que propone una «fórmula universal», construida, sin embargo, únicamente sobre los sistemas eslavo, inglés, sánscrito y esquimal y tendente a proporcionar al etimólogo no un *pensamiento axiomático* sino *un instrumento para su trabajo intelectual:*

$$A = \frac{CH\ [a + o + (a + o)\ d + s]}{A_1x_1\ A_2x_2\ A_3x_3\ \ldots\ A_nx_n} < S,$$

es decir, el étimo de la palabra *x* (con su contenido semántico) en el sistema de la lengua *A* es el resultado del parentesco genético (<) del material actual *(C)* e histórico *(H),* que consta de apelativos completos *(a)* y formaciones nominales *(o)* junto con sus derivaciones *(d)* y con su esfera semántica (sinónimos y equivalentes, *s*), y que es comparado con correspondencias de otras lenguas afines (A_1x_1, A_2x_2, A_3x_3, ... A_nx_n), con la fuente *(S).*

5.5.6. Kiparsky observa, en definitiva, que ésta no es más que una fórmula apta para controlar si se ha tenido en cuenta t o d o el material importante y significativo, o sea, una especie de *checklist* o lista de control: en este sentido, tal fórmula es algo que los

buenos etimólogos usan desde siempre instintivamente (realizando una revisión crítica del material y distinguiendo entre lo importante y lo superfluo); por otra parte, una fórmula de ese tipo tampoco puede proteger de los errores (¡a menudo inherentes a los datos y a las informaciones!), como se ve en el caso del ruso *vokzál* 'estación', que los diccionarios etimológicos refieren en general al inglés *Vauxhall,* parque (de atracciones), luego jardín público y lugar de esparcimiento, de una dama, Jane Vaux (1615), que se puso rápidamente de moda en Europa, mientras que, en realidad, parece tratarse del nombre de un edificio de la orilla derecha del Támesis, *Faukeshall,* construido en 1220 por un tal Falkes, *rowdy* (aventurero) huido de Normandía a Inglaterra; el nombre ruso, inspirado por los modelos europeos en las variantes *Foxhall, Vauxhall,* se debe al famoso *vokzál* de Pavlovsk, que se alzaba junto a la estación. Nada puede sustituir, por un lado, la ingeniosidad del investigador, y, por tanto, el influjo de la casualidad, que a veces permite resolver con un golpe de suerte problemas bastante oscuros: el ruso *bušlát* 'blusón de marinero', documentado anteriormente como *brušlát,* se puede referir a través de este último justamente al alemán dialectal *brušlat(s) 'Brustlatz',* compuesto de *Brust* 'pecho' y *Latz* 'pechera, babero'; es también interesante la anécdota narrada por Wagner a propósito del étimo del siciliano *cufuruna, fucuruna* 'tortuga', para el que no había propuestas de solución satisfactorias y que le resultó claro de inmediato el día que, visitando el oasis de Gabès en Túnez, oyó a un niño señalar las numerosas tortugas que vivían en los charcos del oasis con la expresión *šuf-el-fakrūna* 'mira la tortuga'; en efecto, *fucuruna* es un préstamo árabe mogrebí (de origen bereber) *fakrūna.* En resumen, estas formalizaciones nos dejan un tanto perplejos, ya que no se trata de principios inductivamente fecundos, carecen de una auténtica metodología interna, como, por ej., la patrocinada por Guiraud, lo que equivale a decir que, en el plano epistemológico, no renuevan nada, o casi nada, los principios de la etimología basada en el método histórico-comparativo.

5.6. La etimología y los métodos generativo-transformacionales

5.6.1. Parece cualitativamente diverso, aunque esté en sus primeras tentativas, el criterio formalista introducido en la etimología por la gramática generativo-transformacional: Van Bakel afronta explícitamente el problema de una etimología transformacional, partiendo del concepto de etimología como uno de los más importantes métodos comparatistas y sometiendo a crítica el principio de la comparación «histórica», según la hipótesis genética formulada por W. Jones ya en 1786. Más que una serie de fragmentos *(splits)* de la lengua, la historia lingüística se considera, en realidad, como un continuo contacto de lenguas, lo que induce a un planteamiento poligenético más que monogenético. La hipótesis de una p r o t o - l e n g u a no es estrictamente necesaria para poder describir los hechos, dada también la admisión de «no-realidad» de las reconstrucciones (que es una verdadera contradicción en los términos), por las cuales se trata, a lo sumo, de establecer i n t e r f ó r m u - l a s de relación. Es decir que, si la idea de una protolengua es irrelevante, en cuanto sustancialmente inalcanzable por la ciencia, las relaciones entre lenguas pueden, sin embargo, expresarse en fórmulas, aunque sea sobre la base de una elección a r b i t r a r i a de lenguas: el enfoque es aquí de tipo más boppiano, prestando más atención al hecho comparativo que al reconstructivo. Además, una lengua es comunidad y tradición y, por tanto, no se puede concebir discontinuidad. Si, por consiguiente, asignamos a la etimología la tarea de formular las relaciones entre los fonemas de las palabras y de los morfemas de varias lenguas, damos por válida una descripción sincrónica de aquéllas y una estrecha relación entre etimología y gramática (cfr. también 5.3.3 y 4). Un planteamiento de este tipo vale, bien entendido, también para los hechos de diferenciación geográfica, que muestran analogías sorprendentes con los hechos históricos; por tanto, la etimología debe encargarse de

formular la relación entre fonemas de palabras (o morfemas) de diversas lenguas, tanto si tienen relación temporal, como si la tienen geográfica. La tentativa parece enfocada, en este caso, a la consecución de un comparatismo metacrónico en que *el tiempo no tiene dirección y no hay porvenir.*

5.6.2. La etimología transformacional se propone, por otra parte, formular las relaciones entre fonemas de morfemas de diversas lenguas c o r r e l a t i v o s en el significado: mediante la aplicación de fórmulas, transforma una forma de una lengua en la de otra; relación entre lenguas significa, en suma, aplicabilidad de fórmulas. Por eso vuelve al primer plano la semántica, que, por lo demás, desde hace mucho tiempo es fundamental en el etimologizar, a pesar del carácter empírico de su tratamiento. En efecto, una etimología formalmente correcta tiene que ser semánticamente plausible, para lo cual el problema teórico es el de exigir una fórmula general, no sólo a nivel formal, sino también semántico. Se establece entonces la diferencia entre r e l a c i ó n (que es semántica) y c o r r e s p o n d e n c i a (que es fonética), basada esta última en un número arbitrario de cotejos (con tal que sean más de uno):

neerlandés medio	*houden*	'tener'	*goud*	'oro'	*ou*	*d*
neerlandés	*houden*		*goud*		*ou*	*d*
alemán	*halten*	*al t*	*Gold*		*ol*	*d*
inglés	*hold*		*gold*		*ol*	*d*
gótico	*haldan*	*al d*	*gulþ*		*ul*	*þ*

Una regla de transcripción hace posible, por ej., transformar un término gótico en otro neerlandés: si esto es posible, y si la semántica es plausible, las palabras son etimológicamente idénticas, cfr.

neerlandés	*ou* ⇒ gótico	*al*	*(houden ~ haldan)*
	ou ⇒	*ul*	*(goud ~ gulþ)*
gótico	*ul* ⇒ neerlandés	*ou*	*(gulþ ~ goud)*
	ul ⇒	*ol*	*(fulls ~ vol)*
	ul ⇒	*ul*	*(fulljan ~ vullen)*

Estos cotejos pueden llevar a una verdadera i n t e r f ó r m u l a (i), de la que damos aquí algunos elementos:

h		ou		d		d	
h		ou		d		d	
h	i : H	al	i : AL	t	i : D_1	d	i : D_2
h		al		d		d	
h		al		d		þ	

que puede dar la fórmula neerlandesa *ou* ⇒ i : AL; la base de comparación de 5 lenguas da un máximo de 52 modelos *(patterns)* con varios niveles de correspondencia. Una vez formuladas las correspondencias, se puede establecer una clasificación de todas las relaciones de significado:

1) para las palabras de una relación las correspondencias son aplicables (+) o no (—);

2) las correspondencias son reales para todos los fonemas, o no;

3) las palabras se asemejan fonéticamente, o no;

4) la correspondencia fonética es mayor de lo que permite la correspondencia, o no; de donde el esquema ejemplificador;

1	2	3	4	neerlandés	alemán	inglés
+	+			*tuin*	*Zaun*	*town*
+	+			*buur*	*Bauer*	*bower*
+	+			*pijp*	*Pfeife*	*pipe*
+	+			*dichten*	*dichten*	*dight* (arc.) 'adornado'
+	+			*schuur*	*Scheuer*	
					Schauer	
+	—	+	+	*tentakel*	*Tantakel*	*tentacle*
+	—	+	+	*tennis*	*Tennis*	*tennis*
+	—	+	—	*uur*	*Uhr*	*hour*
+	—	+	—	*dans*	*Tanz*	*dance*
+	—	+	—	*schoer*	*Schauer*	*shower*
—	—	+	+	*papa*	*Papa*	*papa*
—	—	+	+	*jazz*	*Jazz*	*jazz*

(de Van Bakel, *Transformational Etymology,* 1968, p. 454)

5.6.3. Sobre todo con 1 y 2, se intenta una distinción entre término hereditario y préstamo, este último, sin embargo, concepto relativo, como ya se ha dicho, por lo demás, y diversamente integrado en el sistema según la época en que se haya producido: *tennis* está construido regularmente de acuerdo con las reglas de distribución fonológica de las lenguas aducidas, pero no de acuerdo con las etimológicas, dada la imposibilidad de una correspondencia inglés *t*, neerlandés *t*, alemán *t* (la verdadera es $t \sim t \sim z$, cfr. inglés *town*, neerlandés *tuin*, alemán *Zaun*, puesto que el alemán desarrolló el consonantismo germánico en época todavía preliteraria, transformando en africadas las oclusivas originales, de donde precisamente $t- > z$ /ts/: en efecto, *tennis* es un préstamo inglés en neerlandés y en alemán); es diverso, cualitativamente, el caso de *jazz*, cuya estructura fonológica se refiere evidentemente al inglés, mientras que *papa*, uno de los llamados universales lingüísticos, parece escapar a los métodos de la etimología histórica, que, en efecto, se aplican mal a estas categorías, por lo demás no bien definibles (creaciones elementales, onomatopeyas, cfr. 6.2).

5.6.4. El mismo Van Bakel se muestra, por otra parte, escéptico respecto a la etimología transformacional, que es incapaz de establecer en cualquier caso correspondencias formales exactas, lo que no significa, naturalmente, que una palabra pueda carecer en absoluto de un étimo. Se debe repetir aquí que algunos estratos del léxico han sufrido tales y tantas evoluciones históricas por cruces y por derivaciones formales y semánticas, que resultan casi imposibles enganches y confrontaciones formalizados. Esto ocurre generalmente en lenguas caracterizadas por largas e importantes vicisitudes históricas, mientras que, probablemente, los métodos transformacionales podrán aplicarse mejor al análisis y a la comparación de grupos diversos de los considerados tradicionalmente, donde las palabras, más que modelos fonológicos, son mundos cerrados, quedando en pie la importancia que los métodos más recientes, como la fonología generativa, puedan tener para la gramática histórica y, por consiguiente, para la etimología.

5.6.5. No faltan intentos de profundizar en los problemas etimológicos recurriendo a los r a s g o s distintivos, es decir, a clasificaciones más profundas que las habituales morfofonológica y semántica: Maher vuelve a enfrentarse con el problema del griego *pétros* 'piedra' y *pétra* 'roca', considerados oscuros por los repertorios actuales, recuperando la vieja proposición de J. Schmidt (1865) de que son derivados de la raíz indoeuropea **pet-* 'volar', de la cual proceden, entre otros, el griego *pétomai* 'volar', *pterón* 'ala'; sánscrito *pátati* 'volar', 'ser lanzado, golpear'; latín *petĕre* 'buscar', mientras que en el grupo germánico tenemos el tipo anglosajón *feðer* 'ala, pluma' > inglés *feather,* alemán *Feder.* Pese a la compatibilidad formal, el étimo en cuestión había caído en el olvido por una aparente aporía semántica: ¿cómo conciliar, en efecto, el concepto de 'volar' y de 'ala' con el de 'duro, pesado' propio de la piedra? Aparte de que, en semántica, no es raro el caso de desarrollos contradictorios (*abductive change* en Antilla), hay que tener presente que están decisivamente vinculados al contexto específico *(collocation),* que determina sus «restricciones selecciones». Si, además, se entiende por *collocation,* más precisamente, la co-ocurrencia predecible de palabras con otras palabras, es claro que uno de los más seguros co-ocurrentes de piedra es el verbo 'tirar' (*pétros* [+ / — 'tirar']), lo cual puede concordar coherentemente con un significado original de *pétros* como algo 'lanzado' o 'volante'. Los cotejos textuales confirman esta posibilidad: *pétros* se repite en la literatura épica en episodios b é l i c o s , es decir, está connotado como [+ épico, ≠ prosaico] y [+ bélico]: Homero, en suma, lo refiere a sus guerreros en lugar del prosaico *líthos,* palabra corriente para 'piedra', como arma, aunque sea ocasional, arrojadiza; estos contextos lo muestran, en efecto, incluido en una clase de palabras que comprende *dóry* 'venablo', *énchos* 'lanza', *keraunós* 'rayo', *chermás* 'piedra (de honda)', *lâas* 'piedra (de guerrero)', hipónimos de un hiperónimo *bélos* 'dardo, misil'.

Por otra parte, en el vocabulario indoeuropeo, 'piedra' está a menudo motivado como algo 'duro, redondo, puntiagudo, asible' y, en los contextos griegos, los términos asociados son los verbos *bállō* 'lanzar', *hiēmi* y *díkō* 'id.', *pétomai* 'volar', *píptō* 'caer', y los adjetivos *pteróeis* 'alado', *ptēnós* 'id.', etc. Desde un punto de vista morfológico, *pétros* es un derivado adjetival de **pet-* con el sufijo *-ro-,* comparable al sánscrito *patará-* 'volante', *patarú-* 'veloz, que pasa ligero': como indican estos ejemplos, la formación en *-ro-* debería estar caracterizada por la o x i t o n í a , por

lo cual la forma con acento retraído *pétros* puede explicarse como sustantivación de un **petrós,* resultante de la condensación por elipsis de un sintagma en el que connotaba a un sustantivo, verosímilmente a 'piedra' y, predeciblemente, dado el estilo poético, *lâas,* que es la voz griega para 'piedra' más precisamente especificada: *lâas* **petrós* 'piedra arrojadiza' > *pétros.*

** # lâas*	**petrós #* ⟶	*pétros*
nivel lingüístico: poético		poético
género: bélico		bélico
referencia: piedra arrojadiza, de guerrero		piedra misil de guerrero
occurrencia sintagmática con:		
α 'lanzar, volar'	α *lâas*	'lanzar, volar'
ocurrencia paradigmática con: ∅	*pt-* 'volar'	*pt-* 'volar'
categoría gramatical: sustantivo	adjetivo (normalmente oxítono)	sustantivo (normalmente paroxítono)
género: β masculino	β masculino (normalmente)	masculino

Pétros, por tanto, consuma elípticamente los rasgos comunes de *lâas* **petrós.*

La lección que se puede sacar de este ejemplo para la fonología generativa consiste en que la presencia de formas oscuras en el léxico de una lengua significa que el aspecto superficial puede permanecer intacto incluso durante mucho tiempo, cuando, por el contrario, se da una verdadera revolución en la representación subyacente: si distinguimos, en efecto, un «cambio superficial» (CS) y un «cambio profundo» (CP), podremos establecer c u a t r o potencialidades:

	1	2	3	4
CS	—	+	+	—
CP	+	—	+	—

Aparte de 4), que denota estabilidad, los generativistas han considerado en general 2, 3), dejando a un lado 1), que tiene, en cambio, características especiales y necesita una taxonomía fonológica (los demás son de carácter más morfofonológico): es igualmente notable la lección para el semantista, que queda advertido contra una semántica «fuera de contexto» *(context-free),* ya que la facultad del lenguaje, aunque innata, no está contenida en sí misma, ni es independiente de otras facultades humanas. Queda la duda del auténtico incremento cognoscitivo que semejantes procedimientos pueden dar realmente. El mismo Maher, criticando la identificación chomskyana entre hablante nativo y perfección de dominio de la lengua, vuelve a proponer en sustancia la etimología como medio para tener en cuenta t o d a s las realidades históricas, psicológicas, sociales, de las que, en cambio, prescinde cierto tipo de formalización; además, la necesidad de practicar la etimología reside también en el hecho de que los procesos generativos no pueden postularse sin precisar la «no-generatividad» de componentes tradicionales de la lengua. El caso de las voces latinas *aquĭla* 'águila', *aquĭlus* 'oscuro', *Aquĭlo* 'viento del norte', que forman, ya por consenso de los gramáticos antiguos, una familia etimológica, es convincente en este sentido: el paradigma formal es ciertamente claro, pero no hay unidad semántica, es decir, faltan las trayectorias singulares que han llevado a constituir los signos históricamente conocidos; así, el alemán *gehören* 'pertenecer' está vinculado a *hören* 'oír', pero el hablante nativo se queda ciertamente perplejo frente a esta conexión, precisamente porque no está informado del hecho diacrónico que explica el desplazamiento de significado, o sea, de la restricción seleccional por la que el animal 'oye, escucha' a su amo (reconociendo su voz) y, por tanto, le 'pertenece'. El alemán *trächtig* significa 'preñada' (de vaca) y, para el hablante nativo, entra en la esfera semántica de *schwanger* 'embarazada' (de mujer); sin embargo, la reflexión formal sobre la lengua lleva a observar que *trächtig* está en relación con *Tracht,* como *mächtig* 'potente' lo está con *Macht* 'potencia'; ahora bien, *Tracht* significa 'traje popular', y el agrupamiento de los dos términos parece insensato. También aquí, sin embargo, el reciclaje semántico nos lleva a la vinculación histórica con el verbo *tragen* 'llevar', del que *Tracht* es el abstracto 'cosa que se lleva, hábito', y *trächtig,* el adjetivo productivamente derivado, 'que lleva (en el seno)' cfr., también en alemán, *gebären* 'parir', donde *-bären* es precisamente el verbo indoeuropeo y germánico para 'llevar', inglés *bear,* italiano *portare, portato* 'producto, par-

to' (desde Dante): en cuanto a *Tracht,* véase el rumano *port* 'hábito, vestido, traje'. Así, pues, sólo a través de la etimología se pueden asegurar ilaciones exactas sobre la reagrupación de los términos, ya que la teoría generativa incorpora los datos etimológicos al propio sistema, es decir, se basa en alternancias de relaciones establecidas. La etimología, por consiguiente, debe reconstruir una serie de *états de langue* para explicar ciertas anomalías sincrónicas; en otras palabras, explicar el sistema a través de su formación.

6. OTRAS PERSPECTIVAS TEÓRICAS

6.0. Sociolingüística y etnolingüística

6.0.1. A pesar de la dificultad de establecer relaciones precisas y correctas, el método etimológico, y más en general histórico, no puede apartarse de la dimensión sociológica de los hechos lingüísticos. Si bien es cierto que las tendencias historicistas son inherentes a estos métodos, están, sin embargo, limitadas en general a la reconstrucción de fases históricas por medio de fases lingüísticas, sin abordar desde más cerca postulados específicamente sociolingüísticos, es decir, relativos a la variación simultánea de las correspondencias lingüísticas y sociales, y a sus relaciones intrínsecas. Son modelos del método historicista precisamente los codificados por la lingüística indoeuropea (0.2) y por el intento de reconstruir una «realidad» indoeuropea, a través del examen de las comparaciones, no sólo externa (es decir relativa a la localización, al ambiente natural, a las migraciones, a las actividades económicas, a las instituciones político-sociales), sino también interna (relativa al «espíritu» de aquel mundo y de aquella lengua), como se desprende de ciertas intuiciones de Devoto, que se refieren precisamente a la evolución de aquella sociedad y a su reflejo a través de los datos lingüísticos que conocemos: el concepto de lengua como «institución» que anima el pensamiento devotiano enlaza perfectamente con la estrecha conexión entre etimología e historia de la cultura (1931) e historia o reconstrucción histórica en sentido lato (1937); en efecto, las nor-

mas devotianas afirman, por una parte, la necesidad de atenerse a las leyes fonéticas en conexión con los desarrollos históricos y, sobre todo, prehistóricos, y, por otra, la de aprovechar críticamente la disposición areal, el reconocimiento de la existencia, desde los tiempos antiguos, de dos estratos léxicos, socialmente diversos, los restos léxicos alusivos a la dispersión de los indoeuropeos, las correspondencias materiales (es decir, arqueológicas) con la diáspora étnica y la revolución lingüística, la estratificación cronológica de los datos.

Otro modelo de este tipo es el más estrictamente idealista de Vossler y de su escuela, es decir, la identificación de lengua y cultura (= civilización), y la voluntad de reconstruir y delinear un proceso histórico-cultural (el francés, en este caso) y de identificar un *Volksgeist* «espíritu popular» en una realidad lingüística; por otra parte, también la metodología *Wörter und Sachen,* junto con la geografía lingüística de Gilliéron, es inseparable de premisas de tipo lingüístico, así como la etimología, junto con las ciencias que se derivan de ella (onomasiología, semasiología, onomástica), está estrechamente vinculada al aspecto cultural y ergológico de una sociedad.

6.0.2. No se puede negar la parte que la escuela francesa, llamada precisamente sociológica, tiene en esta visión de las cosas: en efecto, desde las premisas filosóficas de Durkheim, Saussure y Meillet (con su idea de la importancia de la estratificación social para el cambio semántico), luego Bally, Vendryès y otros, han profundizado notablemente esta dirección y estos intereses. El núcleo de la cuestión sigue siendo la correspondencia —nunca negada, si bien relegada por algunas corrientes de la lingüística moderna— entre lenguaje y cultura, lenguaje y sociedad: resulta particularmente interesante, a este propósito, la obra de Matoré (1953), que, identificando las características de la lexicología como ciencia autónoma (distinta de la semántica), fija también su dimensión sociológica, ya que la palabra *racionaliza, clasifica, distingue, generaliza, abs-*

tractiza el pensamiento y, en cuanto tal, representa una parcela de historia humana y de sociedad. Sobre todo el vocabulario, elemento móvil y sometido a las mínimas variaciones del *milieu* social, se presta a una consideración sociológica, por lo que el lexicólogo (que no puede dejar de ser también etimólogo, según la identificación hecha por algunos de etimología y lexicología histórica) tiene entre sus objetivos de estudio los hechos sociales, y, partiendo del estudio del vocabulario, tratará de explicar una sociedad entera, considerando, por tanto, las palabras no sólo en su sistema lingüístico, sino también en el social. Los conceptos fundamentales de Matoré son los de «campo nocional» (relaciones de estructura), *mot témoin* (noción de valor y peso en el vocabulario, símbolo material de un hecho espiritual importante, de un cambio, de su progreso, como por ejemplo *coke,* introducido en Francia hacia 1770, que señala el nacimiento del capitalismo industrial, porque la gran industria se dispone a nacer el día en que el *coke* sustituye a la leña en la metalurgia; así, el nacimiento y la difusión de *magasin,* que hacia 1800 sustituye a *boutique,* denota una concepción nueva del comercio); finalmente el *mot clé* (unidad lexicológica que e x p r e s a una sociedad, es decir, una forma de ser, un sentimiento, una idea en que la sociedad misma reconoce su propio ideal: en el período que sigue a la Restauración (1827 y ss.), el *mot clé* fundamental es *bourgeois*; los secundarios, *prolétaire* y *artiste,* que forman una verdadera estructura lexicológica, correspondiente a otra social, en la que a una clase dirigente industrial y financiera se oponen, por un lado, las grandes masas obreras y, por otro, la élite individualista de los intelectuales y de los artistas con su prestigio consagrado).

6.0.3. Las palabras deben, pues, tener un sentido y una luz en la historia del mundo que expresan: este es el origen de las diversas investigaciones sobre los vocabularios típicos de ciertas sociedades o períodos (moda), o bien de ciertas etnias (cfr., sobre todo, las investigaciones de tipo etnolingüístico y las difundidas clasificacio-

nes taxonómicas de los nombres de colores, de plantas), donde la etimología tiene ciertamente un peso relevante. En relación directa con la complejidad histórica de estas sociedades se plantea, entre otras cosas, el problema de la innovación, que puede surgir de fuentes internas (e implica, en todo caso, un problema estrictamente lingüístico, el de la formación de las palabras) o bien externas (es decir, el préstamo, máxima realidad sociolingüística): la historia lingüística de Europa es el signo vivo de todo esto y los resultados son elocuentes; entre los muchísimos ejemplos citables, recordaremos el influjo francés en la lengua italiana de la Edad Media, espléndido espejo de la civilización feudal, estudiado por Bèzzola; las palabras marineras transmigradas del italiano al francés constituyen la obra de Vidos; el múltiple influjo árabe en el italiano lo estudia ampliamente Pellegrini; el del griego en el veneciano, Cortelazzo; la compleja estratificación germánica en el mundo románico, Gamillscheg, y, en el italiano en particular, Bonfante.

Con las consideraciones expuestas arriba no nos alejamos sustancialmente, sin embargo, de una forma de sociología del lenguaje, que no llega a ser una verdadera sociolingüística. Por otra parte, recordemos los métodos que se apoyan en las concepciones humboldtianas del lenguaje no tanto como espejo, sino más bien como causa de determinadas estructuras sociales, culturales o psíquicas (si no directamente en una *Weltanschauung* global); la hipótesis de Sapir-Whorf, los trabajos de Trier sobre «campos semánticos» y «conceptuales» *(Bedeutungs-* y *Begriffsfelder),* etc.; un defensor singular, original y aislado de puntos de vista semejantes fue, en Italia, V. Bertoldi (1888-1953), profundo investigador del léxico botánico antiguo y moderno y de la *Kulturgeschichte* europea vinculada al mundo de las plantas, así como de la historia lingüística y cultural del Mediterráneo antiguo. El mismo Wartburg-Ullmann se mueve ampliamente en estas perspectivas, y, a consideraciones sociológicas recurre, por lo demás, Malkiel para explicar el desarrollo plurilineal de ciertos hechos antiguos (cfr. *verné, verré, vendré,* 5.4.4) y asegurar su compatibilidad con el principio del cambio fonético

r e g u l a r , que sigue siendo fundamental en la investigación etimológica (cfr. consideraciones análogas deducidas de los datos de la toponimia para la antigua situación lingüística en el área galorrománica, en 7.3.3); sociedades complejas, formadas por grupos sociales netamente diferenciados o por filones étnicos diversos y no fundidos, toleran normalmente fenómenos de este género, que a menudo se manifiestan en varios grados de bi- o plurilingüismo; pero lo que en la práctica hace difícil la aplicación a la etimología del criterio de la univocidad de las leyes fonéticas es el número impresionante y la vastedad de las lagunas que hallamos en nuestras informaciones demográficas y sociolingüísticas, lagunas que sólo lentamente pueden ser colmadas por otras fuentes de conocimiento no lingüísticas. Cualquier estudioso moderno que trabaje *in loco* e *in vivo,* tiene a su disposición t o d o s los datos internos y externos inherentes a su investigación, cosa que los testimonios del pasado, fragmentarios no sólo en el plano lingüístico, sino también en el colateral de la documentación histórica, no pueden proporcionar.

6.0.4. La posición más lúcida a este propósito parece la de Baldinger quien, después de haber descrito las tendencias estructuralistas de la etimología actual, desvía la exposición hacia las relaciones entre historia de las palabras e historia del hombre, sometiendo a una crítica estricta el etimologizar rigurosamente neogramático de Meyer-Lübke y el carácter consiguiente de su obra, que, sin embargo, sigue siendo un instrumento de trabajo insustituible para el romanista y el etimólogo.

Bajo el lema *planta* 'id.', REW, 6575, Meyer-Lübke enumera, en efecto, los diversos derivados romances: italiano *pianta,* sardo logudorés *pranta,* engadino *planta,* sobreselvano *plontë* 'árbol', friulano, francés *plante,* provenzal, catalán *planta,* español *llanta* 'esqueje', portugués *chanta* 'plantón' (el español, portugués *planta* es voz culta, como muestra la fonética histórica, pues el resultado regular de *pl-* latino es en español *ll-* y en portugués *ch-*); la voz latina también ha sido tomada en préstamo por el alemán *Pflanze,* alto

alemán antiguo *pflanza,* en época más bien antigua, a juzgar por la fonética, *p-* > *pf-* y *t* > *z,* es decir, antes de la segunda rotación consonántica, o sea en la primerísima Edad Media. Con esto concluye el artículo: aparte de la concisión propia de un lema como los del REW, para Meyer-Lübke parece no haber otro problema, dada la congruencia fonética de los ejemplos y la coherente filiación de las diferenciaciones semánticas, que se esplicitan en cuanto tales. Sin embargo, Baldinger puede objetar fácilmente contra los argumentos de Wartburg, arguyendo que, en realidad, *planta* 'id.' no existe en latín: en efecto, *planta* en aquella lengua quería decir 'esqueje', mientras que el francés antiguo *plante* significa 'plantación de árboles' o 'viña recién plantada' (también en friulano *planta* significa 'hilera de cepas, moreras, chopos'), y, en este sentido, parece más bien un deverbal de *planter* 'plantar'. En suma, no parece que el latín haya tenido la noción lingüística de 'planta', teniendo como unidades ideológicas abstractas *arbor* 'árbol, arbusto' y *hĕrba* 'planta de tallo herbáceo, no leñoso' (esta última exactamente reflejada en la terminología botánica popular) y careciendo, por tanto, de una unidad para el reino vegetal, a diferencia del animal (señalamos, pues, con Coseriu una estructura semántica diferente en latín respecto a las lenguas modernas): en efecto, *planta* 'id.' no parece anterior a Alberto Magno, es decir, al siglo XIII, (la alta Edad Media conoce los bestiarios, pero todavía no los herbarios), y penetró en las masas más tarde; el francés *plante* 'planta' data del siglo XVI (pero en italiano, del XIII) y, por lo tanto, propiamente, no se relaciona de modo directo con el latín *planta,* sino que se toma del latín medieval *planta,* éste sí del latín clásico, pero con un cambio semántico operado por la cultura técnica medieval; aunque, debemos añadir, ni Wartburg ni Baldinger parecen tener debidamente en cuenta el préstamo tomado por el alemán, antiguo como se ha visto, que tiene precisamente el significado de 'planta', lo que querrá decir que la generalización de sentido es bastante más antigua de lo que pueda parecer por los ejemplos románicos, sin duda ya del latín tardío.

Baldinger saca c u a t r o conclusiones de lo dicho: 1) a pesar de la impecable deducción fonética, el étimo de Meyer-Lübke es sustancialmente falso; 2) el francés *plante* no tiene relación directa con el latín clásico *planta.* Ni 1) ni 2) habían sido entrevistos por el razonamiento rígidamente histórico-comparativo, aunque Baldinger exagere al atribuir a este razonamiento lo que es, en sustancia (y quizá ni siquiera eso), un error de supersimplificación cometido por Meyer-Lübke y debido en parte al contexto, ya que un lingüista experimentado nunca debería generalizar de esta forma, a pesar del uso de una sucinta notita etimológica, adulterando un signo real *planta* 'esqueje' (¡conservado en el área ibérica!) con una *planta* 'id.' 3) De cualquier modo, el nuevo método etimológico, que considera la h i s t o r i a de la palabra, revela este eslabón significativo de la historia de las concepciones científicas humanas; 4) el proceso de generalización, del siglo XIII al XVI, parte del ambiente de los doctos (botánicos), y este *milieu créateur* es el que la etimología moderna debe determinar exactamente.

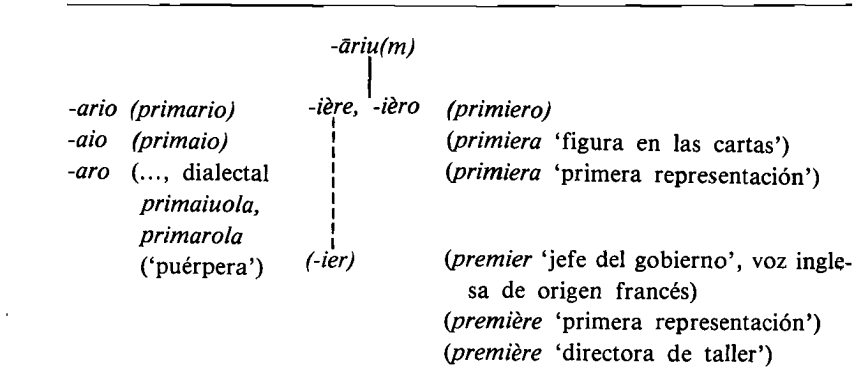
Muchísimos términos y expresiones trivializadas tienen su origen en las realidades históricas (religiosas, jurídicas) de la Edad Media, cfr. it. *pagare il fio* 'sufrir la pena' < 'pagar el tributo', donde el término técnico feudal está ya completamente olvidado en su autonomía, y en la explicación de aquéllos la historia externa se mezcla con la interna. Otros ejemplos convincentes son los que remiten al vocabulario latino como revelador de una sociedad de pastores y de agricultores (3.2.4) y que, en todo caso, nos ponen de nuevo ante el problema de la influencia del a m b i e n t e sobre el léxico, es decir, de la r e l a t i v i d a d lingüística.

6.0.5. Tampoco en los testimonios antiguos son escasas las indicaciones de este género: Pisani ha vuelto a examinar desde este ángulo los testimonios de los historiadores romanos sobre Augusto como escritor y cultivador de la lengua, que nos muestran claramente a un hombre culturalmente refinado, pero propenso a un sentido práctico en materia lingüística y opuesto a las sutilezas de los réto-

res y de los arcaizantes. En otras palabras, el cuidado del emperador por la expresión correcta, sencilla y ajustada al objeto no es ajeno a la aversión frente a las pedanterías obsoletas, de modo que no pocas veces su *stilus* recurre a expresiones y variantes que se atienen a una tradición, si no propiamente «vulgar», al menos c o l o q u i a l : es significativo el reproche a su hijo adoptivo C. César porque decía *calidum* en vez de *caldum,* usando una forma pedante; en efecto, el latín clásico y literario nos transmite regularmente *calĭdus* 'caliente', pero la variante sincopada *caldus* debió de imponerse muy pronto en el uso popular y a ella se remontan t o d o s los derivados románicos, REW, 1506: rumano *cald,* italiano *caldo,* sardo logudorés *kaldu,* engadino *k'aud,* friulano *k'ald* (propiamente *k'alt* o *cjalt*), francés *chaud,* provenzal *caut,* catalán *cald*; en español y portugués *caldo* es sólo sustantivo, mientras que el adjetivo es *caliente* < *calĕnte(m),* de *calēre* 'estar caliente'. Otro vulgarismo augústeo es *simus,* que el emperador usaba —según Suetonio— en lugar de *sumus* 'somos', y que podría ser el origen del actual it. dialectal central *sémo* (Pisani, Rohlfs): *simus* está documentado también en una inscripción del Abruzzo (CIL, IX, 3473); Augusto, en suma, se inserta en un filón literario especialmente abierto a formas vulgares, algunas de las cuales, como *lōdīces* 'colchas' (paño tosco de producción veronesa, término quizá de origen celta, y conservado, al parecer, en sardo), se encuentran en él por vez primera y son censurados públicamente (por ej., por Quintiliano), u otras raras, como el adjetivo *colōriae* 'coloreadas', conocidas, fuera del uso imperial, sólo en época bastante tardía. Lingüísticamente, pues, cercano al pueblo o, mejor dicho, a las clases medias, partidario de una claridad y pureza exenta de rigorismos y opuesto a las corrientes puristas y arcaizantes, Augusto se nos muestra aquí del todo coherente con su credo y su programa político pacificador y mediador, orientado a integrar a las clases medias en el Estado dentro de una política de reformismo moderado.

6.0.6. El ambiente en que se origina la innovación lingüística es una componente esencial de la etimología: además del desarrollo de la lingüística indoeuropea y del principio de la historia reconstruida a través de los hechos lingüísticos, podemos recordar a este propósito las consideraciones expuestas en torno al latín *casa* (3.0.2) y al cambio semántico consiguiente, desde 'cabaña' a 'casa', cuyas motivaciones e x t e r n a s pueden hallarse, por una parte, en el empobrecimiento cultural del Bajo Imperio, y por otra, en el influjo del cristianismo y en las renovaciones tanto conceptuales como lingüísticas provocadas por este pensamiento. La compleja evolución de un término como *facchino* 'mozo de cuerda' y su paso gradual desde una esfera elevada a otra decididamente plebeya se explica sin salir del ámbito de las relaciones sociales y de la trivialización progresiva de un título (Pellegrini); también la terminología botánica, tanto culta como popular, refleja de un modo bastante claro el ambiente en que se formó, el ambiente medieval de los monjes y de los herboristas.

Del mismo modo, detalles fonéticos o morfológicos están estrechamente vinculados a aspectos sociológicos: hemos visto ya (3.4.6) la evolución histórica del sufijo común latino *-āriu(m)* y la variación cultural de sus resultados en it., es decir, *-ario* (culto), *-aio* (toscano y de lengua «pura»), *-aro* (dialectal y popular), *-ière, -ièro* (transmitido ciertamente a través del francés antiguo *-ier* y por eso propio en general de artes u oficios típicos de la sociedad caballeresca); este último está, en efecto, o al menos estaba, marcado sociológicamente, como indica el término *cavaliere* (antiguo también *cavaliere*) frente a *cavallaio, cavallaro,* 'tratante en caballos', 'guía montado a caballo'. En el nivel docto, sin embargo, se lleva la palma *-ario,* que reproduce tal cual el morfo latino (cfr. el ej. aducido de *primario,* frente al cual no existe en el sistema italiano el *primaio* de evolución popular usado por Dante). En nuestro sistema deberemos, por consiguiente, admitir una estructura histórica como la siguiente:



-aio está en posición superior respecto a *-aro,* a pesar de las numerosas oscilaciones *(notaro, carbonaro, macellaro, marinaro, danaro),* que expresa precisamente un ambiente dialectal (con frecuencia romanesco en la literatura italiana actual), cfr. *benzinaro,* o *zampognaro* 'tocador de zampoña, procedente en general de los Abruzzos', *pifferaro,* vinculado en suma a realidades sociológicamente deprimidas y no pocas veces generalizado en sentido un tanto despectivo: el *gruppettaro* 'perteneciente a los grupúsculos de la extrema (generalmente izquierda) extraparlamentaria', que aparece ahora con frecuencia en los periódicos, difundido por los del Centro, se inserta evidentemente en este filón, de modo análogo a los menos recientes *borsaro nero* 'que trafica en la bolsa negra', nacido en tiempo de guerra (cfr. Bacchelli, 1954), y *magliaro* 'vendedor ambulante de tejidos'.

No faltan los ejemplos de dislocación, cfr. *campanario (torre campanaria)* frente a *campanaio* o *campanaro; pastario (industriale pastario* 'que fabrica pastas') frente a *pastaio; cartario (industria cartaria)* y *cartiera* 'fábrica de papel' frente a *cartaio* 'fabricante o vendedor de papel', 'operario en una industria papelera'; *lattiero (mercato lattiero)* frente a *lattaio* 'lechero' (*lattario* existe, en cambio, como nombre de los hongos comúnmente llamados *lattaioli*); *vetrario* 'relativo al vidrio', *vetraia* 'vidriera, vitrina', *vetraio* 'vidriero', *banchiere* y *bancario.*

6.1. Filosofía

6.1.1. La vuelta del pensamiento a la lengua es un dato importante en la actual especulación lingüística: como señala Wandruszka, la lingüística misma tiende a reemplazar a la lógica como ciencia central de la filosofía. Las corrientes existenciales, por ej., confieren a la palabra la sacralidad de un oráculo, pero, aparte de las concepciones mágico-filosóficas de ciertas culturas antiguas, ya desde la época de los místicos se han buscado insistentemente las huellas del ser en la profundidad de la lengua. Éste es el sentido de la interpretación heideggeriana del griego *adikía,* es decir, 'ausencia de *díkē',* voz que se suele traducir por 'derecho, justicia' (alemán *Recht*) y también 'pena, castigo': ateniéndome estrictamente a la lengua, *adikía* quiere decir 'que no concuerda con lo justo', o sea 'fuera de la concordancia, disarmónico', de donde la figura etimológica que Heidegger utiliza ampliamente; *díkē* es *fugend-fügende Fug* 'derecho (armonía) que está de acuerdo y pone de acuerdo', mientras que *adikía* 'no concordancia' *(Unfuge)* es 'no derecho' *(Un-fug).* Para la inteligibilidad de los términos será oportuno precisar que *Fug* está en conexión con *fügen* 'adaptar, juntar', de una raíz indoeuropea **pāk'-* 'fijar', cfr. griego *pḗssō*; latín *pax, pactum, pango,* 'fijo, planto'; *Fuge* es forma corradical, mientras que *díkē,* originalmente 'regla, uso', *díkaios* 'justo', están vinculados a *déiknymi* 'mostrar, señalar', en un sentido fundamental, por tanto, de 'dirección, línea trazada'; cfr. el sánscrito *diśā-* 'dirección astronómica'. Hallamos aquí un verdadero principio heurístico, que invoca de nuevo precisamente las etimologías antiguas *(étyma),* con las que Heidegger quiere devolver transparencia a nuestras lenguas opacas y empalidecidas, trivializadas por siglos de historia y de cambios: la búsqueda de la motivación es un problema exquisitamente semántico y, en último término, filosófico, por lo cual, si traducimos el griego *alḗtheia* (2.3.3) no simplemente por 'verdad' sino por 'no ocultación', la

traducción no sólo es literal, sino que expresa también la «verdad» de la palabra, conduciendo a la *Entborgenheit und Entbergung des Seienden* 'revelación (evidencia) y descubrimiento de lo existente', y a la comprensión del *fatum,* la palabra pronunciada por el Ser que sintetiza el destino del hombre.

6.1.2. Pero este «volver a las raíces» es algo más que lo que hace la etimología científica y lleva, precisamente, a las figuras etimológicas semánticamente reveladoras. A pesar de algunas exhibiciones rayanas en el *calembour,* la tendencia heideggeriana sigue siendo realmente atractiva, pues se vincula al «espíritu» de la lengua (el alemán en este caso) y a la extendida aspiración a una lengua m o t i v a d a hasta en sus más sutiles ramificaciones. La «forma interna» de un complejo lingüístico sólo vale, sin embargo, en el tiempo de su acuñación, no en épocas posteriores, que ven el cambio y la readaptación (*Buchstabe* 'letra' ya no indica una tablilla de haya, *Marschall* 'mariscal' ya no es 'herrador', *Boulevard* 'paseo' ya no es un *Bollwerk* 'baluarte'): por eso el recurso a la etimología tiene interés histórico y, en el plano concreto, puede incluso complicar la recta comprensión de un vocablo en su sistema en una época determinada.

La distinción saussuriana entre arbitrario y motivado (que muchos atribuyen a la naturaleza del francés, donde las palabras están, en general, bastante menos motivadas que en alemán) sería más precisa si hablara de «palabras transparentes y opacas en su formación»: el francés establece un corte claro entre formas populares y cultas, que el italiano no tiene, o tiene en mucha menor medida, y los sistemas o constelaciones formales del alemán o del latín son algo absolutamente extraño al francés, que, a diferencia precisamente del alemán, donde el paralelismo de las formas y de los significados es bastante más constante, pone de manifiesto un gran a i s l a m i e n t o de la palabra: el efecto de *tomber* 'caer' es *chute* 'caída', el de *se taire* 'callarse', *silence* 'silencio'; la *charrue* 'arado' sirve para *labourer* 'arar', el acto de *tuer* 'matar' se llama

meurtre 'homicidio' (*tuerie* es propiamente 'matanza'), del mismo modo que la *hache* 'hacha' no sirve para *hacher* 'cortar' sino para *fendre* 'hendir' (Bally). De todos modos, lo que en lengua de Heidegger parece a primera vista una hipermotivación patológica se muestra como una consecuencia radical del espíritu motivador ínsito en el alemán [1] y, en todo caso, el proceder heideggeriano está ligado a la figura etimológica (o pseudoetimológica) y a la magia verbal que emana de ella (hecho vinculado, en último término, al folclore verbal como dato esencial del lenguaje. Aquí se apela a la especulación de los antiguos, que es precisamente exigencia de motivación, como muestran bien los ejemplos isidorianos aducidos por Wandruszka, del tipo *mulier vero a mollitie, tamquam mollier de tracta littera vel mutata, appellata est mulier* ... (incidentalmente, la conexión entre *mulier* y *mollis* está, para algunos, justificada históricamente), ejemplos que apelan al conocido principio *dum videris unde ortum sit nomen, citius vim eius intellegis.*

6.1.3. No son pocos los escritores y los poetas modernos que han retomado esta tendencia, hasta convertirla a veces en una moda: el ej. más conocido es el de Paul Valéry, que trabajaba teniendo a mano un diccionario etimológico mediocre, acuñando expresiones como *promeut ses bras* (interpretando *promouvoir* < latín *promovēre* 'mover hacia adelante, extender'), *innocent* 'inocuo' (latín *in-nŏcens*), en lugar del común 'no culpable', *le ruisseau scrupuleux* 'lleno de guijarros', según el sentido propio del latín *scrūpŭlus* 'guijarro, piedrecita'); ya Dante, por lo demás, se muestra antecesor ilustre de este sentimiento etimológico latente, cuando interpreta *infamia* como *in-famia* 'no fama', o habla del círculo que *'s'intende' (in-tende)* es decir, 'se desarrolla, se curva' (Terracini). Ade-

[1] La transparencia es un punto cardinal de la conciencia lingüística nacional de los alemanes (Fichte): los alemanes hablan una lengua «viva»; los demás, una que lo es superficialmente, pero que, en el fondo, en las raíces, está muerta.

más de Wandruszka, hace observaciones semejantes Malkiel, a nivel más técnico y por eso más pesimista, mientras que Vendryès recuerda, a su vez, que la idea de un sentido «oculto», sólo accesible a los iniciados y superordinado al uso común de las palabras ha permanecido viva hasta hoy, citando a Nodier (1834) y a Proust, que considera a la etimología capaz de tocar el f o n d o de las cosas, desvelando el sentido fundamental de las palabras; temas análogos en Camus, Gide y en la «etimologitis» de Claudel (Ullmann). La cuestión que justamente plantea Wandruszka es la que, en definitiva, atañe a la sustancia de la etimología, es decir, para qué s i r v e hacer transparente una palabra: si para el lingüista la pregunta es ociosa, para el filósofo no lo es en absoluto, y las respuestas posibles son d o s :

1) La etimología sirve para pensar más e x a c t a m e n t e : tómese el ej. del alemán *Vernunft* 'razón' vinculado a *vernehmen* 'comprender', traslación de lo concreto a lo abstracto (igual que *Verstand* 'juicio, entendimiento' es abstracto de *verstehen* 'comprender'); esta observación no puede eliminar la realidad de que el término es asumido en su sistema con ciertos v a l o r e s bien determinados, como en el caso de Kant, para quien *Vernunft* es una potencia subordinada a *Verstand,* prescindiendo del peligro de que el pensamiento mismo sea guiado y determinado por la motivación; 2) La etimología sirve para pensar más p r o f u n d a m e n t e : si así fuese, la lingüística asumiría una importancia fisiológica insospechada, pero no son pocos los escépticos frente a esta identificación. En realidad, como una palabra nunca vive sola, sino que siempre está referida a un campo semántico por una parte, y formal por otra, su consideración aislada ofrece resultados insuficientes: uno de los servicios más útiles que la etimología y la lingüística pueden prestar a la filosofía es aclarar la historia y la formación, además de la estructura inmanente, de las lenguas, abriéndose, entre otras cosas, al discurso de la r e l a t i v i d a d lingüística y afrontando el problema de la t r a d u c c i ó n , o sea de la relación y la confrontación entre diversos modelos.

6.1.4. Aparte de las consideraciones sobre la etimología filosófica y sobre las teorías lingüísticas de la antigüedad (cap. 2), las relaciones entre etimología y filosofía no pueden, evidentemente, considerarse al margen de las existentes entre lingüística y filosofía, resultando así subordinadas a una concepción especial de filosofía del lenguaje. El enfoque tradicional es el del estudio «interno» de la lengua, que realiza un análisis del sentido de las palabras con que se expresan las nociones relativas a un problema determinado, con lo cual volvemos a la cuestión s e m á n t i c a . Otros enfoques, en cambio, que no afrontan el problema del lenguaje en sí, sino principalmente el de su uso —admitiendo que sea posible semejante distinción— implican la noción de «uso propio» de los hechos lingüísticos, atribuyendo así a la lengua una lógica de tipo c r e a t i v o y volitivo, más que abstracto, logicidad que puede aclararse y describirse mejor a través de los progresos de la lingüística. La inadecuación de las palabras para expresar los conceptos y el problema de las relaciones entre pensamiento y lenguaje lo afronta Ullmann, en relación, sobre todo, con la hipótesis central de la antropología moderna de que las estructuras lingüísticas tienen un peso decisivo en la formación de las estructuras mentales y, por tanto, de los modelos culturales (cfr. Baldinger); los resultados de los estudios sobre los fenómenos de a f a s i a , bastante avanzados en los últimos decenios, tenderían, en efecto, a demostrar un debilitamiento del pensamiento paralelo al debilitamiento de la facultad lingüística, sobre todo en lo que concierne al nivel creativo, o sea, a la adquisición de ideas abstractas. A Sapir y Whorf se debe la ya célebre teoría de que la lengua no sólo r e f l e j a sino que también p l a s m a y d e t e r m i n a la visión del mundo de aquellos que son educados en ella: ejemplificando en pocas palabras, el pensamiento occidental refleja en gran medida las estructuras de la lengua griega y no podría ser concebible dentro de otras estructuras, donde hasta las nociones más generales, como las de tiempo, espacio o lugar, son del todo diferentes. Whorf se refiere sobre todo a las estructuras gramaticales, más que al vocabulario,

al que se dirige, en cambio, la atención de la escuela europea; aludimos con esto al desarrollo de la teoría de los «campos léxicos» y «conceptuales», dentro de los cuales se organiza nuestra jerarquía de conceptos y, por tanto, de términos para designarlos. Es bastante conocido el ejemplo tomado de Trier sobre el concepto de «inteligencia» en la lengua alemana del siglo XIII: por un conjunto de motivos históricos, no existen en la cultura de aquel tiempo un concepto y una terminología unitarios e independientes, sino una serie de nociones semánticamente definidas por d o s parámetros (o rasgos), «cortés» y «no cortés», con todos los juicios de v a l o r que esto implica. Los dos polos de esta estructura están representados por *Kunst* (hoy 'arte', entonces 'cultura y educación superior') y por *List* (hoy 'astucia', pero entonces 'capacidad de dominar las formas inferiores de actividad, como los oficios y el comercio'): en el vértice, la forma suprema de saber, que coincide con la sabiduría o cordura, y que se encuentra en todos los niveles, cortesanos o no, o sea la *wîsheit* (hoy *Weisheit* 'sabiduría'). Se comprende que algunos siglos más tarde las cosas ya no son así, pero de esto debemos poner por testigos a los hechos históricos, o sea el declive de la civilización cortés y el triunfo de la nacional-burguesa, que tiene, lógicamente, un sistema d i v e r s o de valores, es decir, de conceptos, de palabras. Consideraciones de este tipo son esenciales cuando se hace la historia de las lenguas y cuando se comparan diversos sistemas lingüísticos: tanto más necesaria es, por consiguiente, su noción para la etimología, y ésta, a su vez, aquí en estrecha simbiosis con la lexicología histórica, puede tener un puesto no despreciable en la definición de ciertas etapas de evolución; los casos más evidentes se encuentran en la individuación de conceptos particulares, como los designados por el italiano *cortegiano*, por el francés *galant* y *honnête homme*, por el inglés *gentleman*, todos los cuales, más que palabras, son verdaderos cosmos de relaciones conceptuales, y en la pretendida intraducibilidad de conceptos particulares, como el del francés *esprit*, a cuyas distintas acepciones corresponden d o s términos alemanes, *Witz* y *Geist*, mien-

tras que este último tiene, a su vez, tres equivalentes franceses: además de *esprit, âme* y *génie.*

Las especulaciones sobre las relaciones entre lengua y pensamiento parecen, sin embargo, viciadas por un mal conocimiento profundo, es decir, por la confusión entre lengua como sistema de signos apto para la comunicación (que, evidentemente, resulta de procesos históricos) y lengua como proceso de a c u l t u r a c i ó n , es decir, como civilización de palabras y de valores subyacentes, en la que han crecido los individuos de una sociedad determinada. Si, en cuanto al primer punto, el problema es lingüístico y consiste en la existencia de una serie bastante variada de estructuras y de representaciones (sin que esto autorice a concluir que la ausencia de categorías lingüísticas corresponda a la ausencia de categorías conceptuales, cfr. el ej. de *planta* en 6.0.4), para el segundo punto la cuestión ya no es estrictamente la misma, por lo cual la afirmación de Baldinger sobre la lengua como creadora de nuevas realidades psíquicas y sobre el hombre como v í c t i m a suya se ve precisamente modificada y comprendida en este segundo sentido (lengua como modelo cultural); así pues, el hecho de que el sentir popular conciba a *Sta. Lucía* como protectora de la vista por relacionarla con *luz* y que lo mismo ocurra en Alemania con *San Agustín* (4.1.1) no puede asombrarnos tanto, si tenemos en cuenta que la lengua es un conjunto de signos, es decir, un hecho significante en definitiva, y que las relaciones c r e a t i v a s entre estos signos están regidas por el principio psíquico de la asociación. Las nociones adquiridas a propósito de la etimología popular, de la *signatura rerum,* del pensamiento «mágico», confirmarían las recientes intuiciones filosóficas sobre la naturaleza lógico-activa, más que abstracta, del lenguaje.

6.1.5. Del mismo modo, parece mal planteada la cuestión de la prioridad de lengua o pensamiento: entendiéndose, en efecto, este último de d o s maneras, como modelo de interpretación y facultad intelectiva, por un lado, y como pensamiento «pleno» (ac-

to), o sea, concepto, noción, por otro, el primero podrá concebirse como preexistente, y el segundo, como paralelo a la lengua. Es un hecho que la historia de la lengua y la de los conceptos y su formación avanzan indisolublemente emparejadas: un ejemplo de constitución de campo léxico (abstracto) donde el recurso etimológico es constante lo proporciona Ullmann a propósito de los conceptos de 'persona' e 'individuo' en francés, representados por los términos clave *personne, individu* y *caractère*:

1) *personne* es el resultado regular del latín *persōna* (que, a su vez, parece de origen etrusco), 'máscara teatral', acepción que se perpetúa en el moderno *personnage* 'personaje' (siglo XV); en su origen, término técnico del teatro romano, sufrió evoluciones notables en la Edad Media, significando por ej. 'rector de una parroquia' (> inglés *parson*), cfr. *personnage* siglo XII (> inglés *parsonage*) 'parroquia'; pero la evolución principal es la que lleva al nombre a significar 'nadie', uso canónico en el francés actual; además de *personnage* en los dos sentidos citados, los derivados conocidos son *personnel* e *impersonnel* (siglo XII, en su origen términos gramaticales), *personalité* (siglo XV, calcado sobre el latín *personalitas* de Paulino de Nola), *personifier* 'personificar' (siglo XVII), *personnification* (siglo XVIII);

2) *individu* es un producto culto de la filosofía medieval, procedente del latín *individuus,* propiamente 'indivisible' (cfr. *indīvĭdŭum,* neutro sustantivado usado por Cicerón como traducción del griego *átomos* de Demócrito): *individu* data del siglo XIII, seguido a distancia por *individuel* (siglo XVI) e *individualité* (siglo XVIII); *individualisme, -iste, -iser,* son ya decimonónicos y productos de la peculiar cultura filosófico-política de la época;

3) *caractère* (siglo XIII) se remonta, a través del latín, al griego *charactér* 'marca impresa', y en el latín cristiano tenía notoriamente el sentido de 'carácter dado por el Sacramento como signo eficaz de la gracia'; el significado de 'rasgo distintivo' no es anterior al siglo XVI, y a esta época se remontan, en efecto, *caractériser* y *caractéristique*; advirtiéndose que, por diversos influjos recíprocos o

cultos, se dan intersecciones como francés *personnage* = inglés *character* (cfr. el italiano *caratterista* 'actor que representa un papel típico', siglo XIX).

Las conclusiones que se sacan del examen de este material muestran, ante todo, el decisivo influjo del clasicismo (tanto más fuerte, repetimos, cuanto más culto y abstracto es el ámbito en cuestión), la lentitud y la gradualidad del proceso formativo junto con la evolución del pensamiento y de la cultura, y, en fin, la variedad estrictamente lingüística de la formación de las palabras (préstamo, calco, composición, sufijación); en definitiva, la complejidad de las motivaciones que participan en la formación de un conjunto léxico, donde incluso las deficiencias del vocabulario y del sistema tienen su peso y su significado.

6.1.6. En cualquier caso, es típica del filósofo la acentuación del problema semántico y la consiguiente subordinación a él de la lingüística; en este ámbito, las técnicas y los resultados etimológicos pueden, a lo sumo, funcionar como medios y no como metas intrínsecas de la investigación.

Estas posiciones se encuentran acentuadamente en la tradición de tipo histórico-idealista que va desde Vico hasta Croce y sus epígonos: en la prodigiosa actividad de este último, como se sabe, no son raros los trabajos dedicados *ex professo* a cuestiones lingüísticas, incluso t é c n i c a s ; por ej. una crítica al concepto de ley fonética (el pasaje es de 1903), considerada como instrumento útil para la gramática, pero de ningún modo ley real del habla, ya que el hombre en estas actividades no obedece a un criterio mecánico, sino a la ley libre y creativa del espíritu estético. La ley fonética no es, pues, más que una ficción conceptual carente de valor filosófico, o sea, un concepto e m p í r i c o , ya que para Croce el lenguaje no es convención y asociación, sino intuición y fantasía, estando la palabra en relación estrechísima con la idea en cuanto representación, no en cuanto concepto, es decir, en relación con las impresiones del hombre respecto al concepto. En otro lugar (en

un pasaje de 1922), Croce señala, apoyándose en Gilliéron, que la «crisis» de la lingüística nace no tanto en el campo de la gramática, sino más bien en el de la etimología, porque la ley fonética descubre sus límites ante el etimologizar concreto, es decir, ante el problema histórico efectivo, que siempre está individuado: de aquí la referencia al concepto de etimología popular y la confirmación del carácter empírico de las leyes fonéticas, que no son rechazadas en cuanto instrumentos de investigación, sino como criterios exclusivos, exentos de todo control de los hechos históricos. El filósofo cita expresamente el étimo propuesto por el REW, 1721, a propósito de *carosello* (> francés *carrousel*), que Meyer-Lübke deriva de *carru(m),* no de *currus* exactamente, como ha pasado inadvertido al autor, basándose en una elemental relación fonética y en una extensión semántica, y sin estudiar la historia y la difusión de la palabra, mientras que el origen del término es muy diverso, según mostró el mismo Croce. *Carosello,* en efecto, es una voz de origen napolitano, propiamente un 'espectáculo de jinetes que componen varias figuras', una especie de justa; en los siglos XVI-XVII estaba en uso el juego de las cañas o de los caballos, en el cual los jinetes lanzaban cañas o bolas de arcilla, llamadas en napolitano *caruselli,* según un juego de origen moro introducido en Italia por los españoles. Los testimonios en este sentido son indiscutibles; cfr. Surgente (2.ª mitad del siglo XVI): *in carusellorum vero (scil. ludo), testaceis vasculis, quos carusellos appellari diximus*; la voz napolitana *carusiellë* significa, por tanto, 'vaso de barro en forma de garrafa', hoy 'hucha de arcilla en forma de cabeza', 'cabeza rapada' de *carosare, carusare* 'cortar el pelo', del latín *cariōsu(m)* 'corroído' (cfr. napolitano y siciliano *caruso* 'muchacho', verosímilmente en el sentido de 'rapado').

6.1.7. Las ideas de Croce en lo que aquí nos interesa se resumen en la total identificación de lingüística general y estética. La crítica de las teorías asociacionistas y naturalistas (por ej., de la naturaleza-origen del lenguaje a partir de la onomatopeya) propone

y confirma la individualidad irreductible del hecho estético y lingüístico, de donde procede la imposibilidad filosófica de cualquier descripción analítica: la investigación de los hechos elementales (fonemas, raíces) es una ciencia que más bien tiene el carácter de las naturales, y la riqueza y la multiformidad de la lengua no puede identificarse con el vocabulario, que es un simple arsenal; estos hechos empíricos se aproximan a la gramática, que puede ser sólo normativa y, por tanto, servir para fines meramente prácticos, y a la clasificación de las lenguas, que es filosóficamente imposible. Aquí es, no obstante, significativa la venia que concede Croce a la clasificación histórica-genealógica (es decir, a la lingüística comparativa), que no debe considerarse como una mera clasificación, sino como la descripción histórica de un ú n i c o conjunto de hechos en las varias fases de su desarrollo.

Por otra parte, Croce había tocado ya los problemas de las leyes en materia de lingüística y de etimología en sus *Primi saggi* (1919), con un lúcido pasaje donde, junto al lado objetivo, lingüístico, se evoca la presencia de otras relaciones complejas: «(De algunas leyes de la historia de la ciencia). Cuando se habla de principios científicos o de verdades aisladas, se entiende siempre que son principios y verdades reflejas y c o n s c i e n t e s . Algunos investigan los orígenes de la ciencia en las intuiciones primitivas depositadas inconscientemente en los vocablos, de los cuales buscan las etimologías: y algún otro ha pretendido incluir en la historia de la ciencia la de los hechos concretos, ¡en los cuales serían 'inmanentes' las verdades científicas! Es preciso considerar casi un bonito juego de palabras el sustituir el objeto que hay que explicar por las teorías de la explicación: como si en la historia de la geometría se quisiera describir los cuerpos, en los cuales son 'inmanentes' los teoremas de la geometría. En cuanto a las e t i m o l o g í a s , dígase, si se quiere, que en la formación de las palabras actúan las relaciones objetivas de las cosas; pero recuérdese, en todo caso, que no actúan sólo las relaciones lógicas, sino también las fortuitas, de sucesión y coexistencia; y de las relaciones lógicas, no sólo las de identidad, sino las específicas, las genéricas, las analógicas. Para estar en condiciones de determinar cuál de las relaciones posibles oculta la semejanza del sonido (la mismidad de raíz) es necesario haber forjado los con-

ceptos científicos, instrumentos del análisis: y sólo por una ilusión psicológica puede parecer que la palabra, sometida por nosotros al análisis lógico, contiene ya en sí el análisis. Incluso las dispersas proposiciones reflejas se sistematizan con frecuencia, deduciéndolas de un principio que es inconsciente, y que, artificiosamente expuesto, se ha tornado consciente».

6.1.8. Para volver a un plano más estrictamente epistemológico, debemos preguntarnos aún para qué sirve, como conocimiento, indagar y descubrir el origen de una palabra o de una forma, es decir, hacer etimología, lingüística histórica, gramática. Atribuir todo esto a un aumento de cultura y de conocimiento (o erudición) histórico corre el riesgo, en efecto, de quedar limitado a una noción práctica. Quizá proporcione un rayo de luz el concepto de etimología como búsqueda de m o t i v a c i ó n , o sea, como criterio pancrónico resolutivo en la dialéctica entre opaco y transparente respecto a la naturaleza del signo lingüístico. Si, en efecto, en las relaciones que intervienen entre significante y significado, debemos distinguir con Peirce (6.2.4) la jerarquía de *i c o n o* (semejanza de hecho), *í n d i c e* (contigüidad de hecho), y *s í m b o l o* (contigüidad establecida), el nivel simbólico propio de todas las lenguas, y sobre todo el nivel simbólico elevado típico de lenguas históricas, pero especialmente la acumulación de las tres funciones dentro del signo, que determina su aparente y sistemática u n i d a d , sólo puede distinguirse y aclararse por medio del análisis etimológico e histórico-gramatical. Las páginas dedicadas por Jakobson a estos problemas son ejemplares, sobre todo por la aplicación a la gramática de estos conceptos, ya que no sólo en el léxico, sino también en el sistema, están muy presentes valores icónicos, de tipo generalmente d i a g r a m á t i c o [2] : mientras que en la imagen el sig-

[2] Cassirer recuerda, a propósito de la correspondencia entre forma fónica y significado, el intento de distinguir s e i s grupos conceptuales principales: alimento líquido, alimento sólido, precipitaciones atmosféricas, leña, madera y bosque, lugar de pasto y abrevadero, mundo animal, con lo que se ha querido demostrar que en las lenguas más diferentes (por ej. en sánscrito y en hebreo) tales grupos concep-

nificante representa las «simples cualidades» del significado (por ej. en el fonosimbolismo), en el diagrama la semejanza entre los dos polos afecta a las r e l a c i o n e s entre sus partes. No sólo obedece a estos principios icónicos la combinación de palabras en grupos sintácticos (como la predominante anticipación del sujeto respecto al objeto en la frase enunciativa), sino que también la combinación de los morfemas en las palabras obedece a este imperativo: la oposición semántica entre raíces y afijos se revela, en efecto, en la diversidad de su posición en la palabra y en las distintas posibilidades de utilizar los fonemas; las series comparativas adjetivales (al menos en las lenguas indoeuropeas) presentan un gradual incremento fonológico (cfr. latín *altus ~ altior ~ altissimus*), los plurales se forman no pocas veces con un morfema adicional respecto al singular (en húngaro por ejemplo /k/: en suma, la palabra que indica 'varios' es más larga, o por lo menos no es más corta, que la que indica 'uno', con la única excepción posible de variantes morfofonológicas, como en el caso del emiliano *la dona ~ il don,*

---

tuales se indican originariamente con sonidos afines (*m* + vocal, labial + vocal, *n* + vocal, dental + vocal, *l/r,* velar + vocal, respectivamente). También Humboldt, después de Leibniz y de los estoicos, sigue este camino, identificando /at/ con 'estable, permanente', /l/ con 'escurridizo' o 'que se derrite', /v/ con 'movimiento inseguro y discontinuo'; para Grimm, el indoeuropeo /k/ designa un elemento de 'apóstrofe, interrogación', /t/ de 'réplica, respuesta': otros asocian /a, o, u/ al concepto de 'distancia', /i/ al de 'menor lejanía'. Con frecuencia, los sonidos labiales de resonancia indican al hablante, y los linguales explosivos, al interlocutor: el indoeuropeo y el uraloaltaico coinciden aquí sorprendentemente en los pronombres personales, *mi, mo, ma* para la primera persona, *ta, to, ti* para la segunda. Otras coincidencias evidentes están representadas por el principio de la a r m o n í a vocálica, por la reduplicación de vocales y formas, por los t o n o s , que, en ciertas lenguas (por ej. en las sudanesas), se asocian a conceptos opuestos, tono alto = rapidez (grandes distancias), tono bajo = lentitud (pequeñas distancias); en algunas lenguas amerindias la reduplicación fonética sirve formalmente para distinguir una acción ejecutada por el mismo sujeto en diversos momentos, en fases aisladas. Esta fenomenología de las formas simbólicas del lenguaje coincide, en suma, con los principios de «diagramaticidad», es decir, con la búsqueda del carácter primordialmente simbólico del lenguaje realizada por Jakobson, cfr. 6.2.

donde /n/ final muestra una estructura subyacente /n + i/, marca de plural femenino que se da también en otros dialectos emilianos y lombardos, cfr. *li doni, li scarpi*). En cuanto al léxico en particular, la estructura t o t a l , y no sólo sincrónica, de los diversos sistemas es decisiva para la motivación y puede dar un cuadro exhaustivo de las correspondencias de las denominaciones a los conceptos, de donde la importancia insustituible de la etimología; tampoco olvidamos, por otra parte, que, dada la presencia de factores extralingüísticos en la lengua y en la actividad lingüística, la etimología constituye precisamente uno de los medios capaces de descubrir la esencia y clasificar, por tanto, el alcance de tales factores (cfr. también Maher y su teoría de los contextos, 5.6.5).

6.2. Fonosimbolismo, onomatopeya, etimología elemental

6.2.1. Otro problema de suma importancia que toca de cerca a nuestro tema es el de las relaciones entre sonido y significado.

Ya desde las primeras páginas hemos recordado la antigüedad de la intuición que atribuye a los sonidos del lenguaje articulado la capacidad de evocar, esto es, de «expresar» por sí solos conceptos y nociones: la *communis opinio* identifica precisamente en el Crátilo de Platón la primera afirmación consciente de la función imitativa de los *stoichêia* y la primera forma de investigación concretamente p s i c o l ó g i c a sobre tales relaciones, basándose en el conocido pasaje en que se habla de la *rhô* como sonido apto para expresar el movimiento, de la *lambda* evocadora de lo que es 'líquido y resbaladizo', de la *iôta* representativa de todo lo que es pequeño y delgado, etc. Como ya se ha observado, Belardi (2.3.5) se opone resueltamente a este principio, refiriéndose incluso a las recientes afirmaciones de Leroy: si por onomatopeya entendemos con Quintiliano (VIII, 6, 31) «*aptare adfectibus vocem*», ésta parece ausente en el pasaje platónico, ya que Sócrates excluye explícitamente el sonido de la fonación de los fenómenos que interesan a

la actividad del nomoteta o «legislador lingüístico», es decir, excluye la posibilidad de crear palabras y significados sobre la base de valores fónicos, así, el hecho de que la *rhô* evoque un movimiento y un correr agitado y ruidoso, que la *lambda* represente una realidad resbaladiza y blanda (*lêios, liparós* 'untuoso, grasiento', más que 'líquido' —que sería *hygrós*— como suelen afirmar los intérpretes), que la *iôta* evoque lo estrecho y lo delgado, la *nŷ* lo interior y lo oculto, la *sigma* lo agitado, significa que muy probablemente Platón no atiende al aspecto acústico-auditivo, sino que *se refiere problemáticamente a un paralelismo mimético entre la realidad y el aspecto motor o plástico del aparato de la fonación,* realizando, en otras palabras, un tipo de análisis articulatorio que generalmente se le niega a la especulación lingüística griega. También la presencia de cinestesias articulatorias en Platón es problemática: hoy se consideran seguras conexiones psicológicas (universales) entre ciertas articulaciones fónicas y ciertas nociones generales de la forma, por las cuales /o/ (vocal posterior redondeada u «oscura»), /p/ (oclusiva bilabial sorda), /m/ (nasal bilabial) expresarían especialmente la idea de lo redondo, mientras que /i/ (vocal anterior aproquila), /ķ/ (*stop* palatalizado), es decir, realizaciones avanzadas, son representaciones de lo *agudo* y lo *delgado* (la realidad acústica de estos hechos se transfiere coherentemente a la clasificación jakobsoniana de los rasgos, cfr. grave ~ agudo); pero, en todo caso, las correlaciones establecidas por Platón parecen de tipo racional y descriptivo, no psicológico. En realidad, sólo en el caso de Dionisio de Alicarnaso y de los estoicos se puede verdaderamente hablar de una auténtica individualización de valores «impresivos», más aún, se pone generalmente de relieve que Dionisio, hablando del valor evocativo de «letras» aisladas, se adelanta a ciertas sensibilidades modernas de tipo audiocinestético (los sonidos pueden ser «suaves», «ásperos», «blandos», «claros», «oscuros»; a las vocales anteriores /e, i/ se las llama precisamente «claras», a las posteriores /o, u/, «oscuras»), mientras que los estoicos construyen una verdadera teoría de las palabras «ex-

presivas», que son aquellas a las que se debe la motivación natural de los nombres y constituyen, por tanto, el léxico etimológico elemental (la raíz filosófica de esta onomatopeya absoluta y general está unida a la importancia de las sensaciones como fuente primaria del conocer); según la afirmación de Orígenes, primero, y de San Agustín, después, el hecho de que no exista un nombre que, convenientemente tratado, no pueda remontarse a una base onomatopéyica, vincula directamente la etimología al problema de los orígenes del lenguaje, que lentamente va ganando altura en la especulación actual.

6.2.2. En el tratamiento de estos problemas es necesario, sin embargo, prestar atención a algunos distingos elementales: si Leroy atribuye a la exegesis platónica la referencia a una fonética «impresiva», el fundamental tratado de Grammont distingue entre fonética «impresiva» (imágenes acústicas imitadoras de aspectos de lo real, como las onomatopeyas) y fonética «expresiva» (traducción fonética de aspectos de lo real), considerando coherentemente el pasaje del Crátilo bajo esta última etiqueta *(mots expressifs)* e insistiendo

> en subrayar cómo, con ciertos sonidos del lenguaje, el hablante puede evocar por mimesis sonidos de la naturaleza (raíz de la onomatopeya) o bien traducir en la forma acústica de la expresión ideas de colores, de olores, de dureza, de blandura, de pesadez, de ligereza, de movimiento, de quietud (Belardi).

La onomatopeya es una unidad léxica creada por imitación de un sonido natural, cfr. *tic-tac, quiquiriquí*; se distingue entre imitación no lingüística (reproducción, por ej. del canto del gallo) y onomatopeya, que es un signo lingüístico a todos los efectos, es decir, provisto de un significante integrado en el sistema fonológico de la lengua considerada y morfológicamente productivo; otros hablan de «reproducción por eco» (Jerpersen) o de «función fonestética». Es también necesario recordar que la onomatopeya, en cuanto signo, está sometida al cambio lingüístico y

que, por eso, muchos términos asumen con el tiempo valor onomatopéyico, así como muchos lo pierden: el francés *fouet* 'látigo, fusta' tiene un aspecto expresivo extraño a su lejano origen (se trata, en efecto, de un derivado del francés antiguo *fou* 'haya' < lat. *fagu(m)*); inversamente, el latín *vagīre* [wa'gi:re] 'dar vagidos' es una onomatopeya morfologizada, 'hacer uá', parcialmente perdida en el derivado italiano *vagire,* donde [w] > [v]; y lo mismo el latín *crocitāre* > it. *gracidare,* hasta la desaparición completa de esta motivación, como en el caso de *querquēdŭla* 'ánade querquédula, cerceta' > francés *sarcelle,* ya no evidentemente onomatopéyico, o bien, en el ámbito germánico, el verbo para 'reír', alemán *lachen* (< alto alemán antiguo *(h)lahhan*), inglés *laugh* (< anglosajón *hleahhan, hliehhan*), gótico *hlahjan,* nórdico antiguo *hlakka, hlāēja* (cfr. sueco, danés *le*), formas que resultan totalmente opacas respecto a la raíz indoeuropea **klēg-,* de la que proceden, cfr. el griego *klōssō (< klōk-iō)* 'cloquear'. Desde tiempos antiguos (desde los estoicos) se ha afirmado la importancia de la onomatopeya en el origen del lenguaje humano, hipótesis rechazada más bien a los márgenes de la especulación lingüística en la época contemporánea por el principio saussuriano, anticipada ya por Turgot, de la arbitrariedad del signo, o sea, de la ausencia de una relación de necesidad entre significante y significado; pero, aparte de las críticas hechas a este principio o, al menos, a su rigidez (Bally; cfr. Jakobson en 6.2.4), no parece negable a priori una relación semejante en la época de la fundación del lenguaje, admitiendo un «salto cualitativo» posterior en la invención de los signos no motivados inmediatamente. Grammont afirma, en efecto, que si bien todas las lenguas están esencialmente compuestas de elementos fónicos semánticamente inertes, en cada una hay cierto número de unidades onomatopéyicas: vocales y consonantes pueden tener valores impresivos o expresivos, y pueden combinarse de modo morfológicamente p r o d u c t i v o , de donde, por ej., las r e d u p l i c a c i o n e s llamadas expresivas, cfr. latín *murmŭr(āre)* 'murmullo, murmurar', sánscrito *ghárgharaḥ* 'ruido'; o la a n t i f o n í a vocálica del tipo inglés

wishy-washy 'ligero' (de bebida), francés *clopin-clopant* 'renqueando', toscano *così o cosà,* verdadera apofonía frecuentísima en la reproducción de los sonidos, *tic-toc (tac), din-don* (Ullmann). Por otra parte, están difundidas verdaderas palabras de formación elemental, *tata, atta, papa, pappa, mamma* (6.2.5), además de los morfemas expresivos, como el francés *-asse,* que caracteriza a los sustantivos *vinasse, mélasse, tignasse, paperasse, bêtasse* y a los adjetivos *mollasse, fadasse, blondasse, bonasse, hommasse, savantasse*; o bien *-aille,* siempre con valor despectivo *broussailles, ferraille, tripaille, canaille, marmaille.* No es infrecuente que los elementos ajenos (préstamo) se inserten en la estructura léxica de una lengua con un valor bien determinado: ciertos sufijos italianos, de origen germánico, conservan a menudo un matiz despectivo, por ej. *-aldo,* en *briffalda* 'mujer airada', *magalda* 'id.', *ribaldo* 'granuja', *spavaldo* 'sinvergüenza'; *-ardo,* en *bastardo, beffardo* 'burlón', *begolardo* 'charlatán', *bugiardo* 'mentiroso', *codardo* 'cobarde', *infingardo* 'perezoso', *leccardo* 'glotón', *testardo* 'tartamudo'; *-esco,* en *animalesco, brigantesco* 'propio de bandidos', *boccaccesco* 'típico de Boccaccio', *buffonesco* 'bufonesco', *contadinesco* 'propio de labriegos', *farsesco* 'de farsa', *furbesco* 'de hombre astuto', *grottesco, ladresco* 'propio de ladrones', *libresco, manesco* 'amigo de pegar', *pedantesco, poliziesco* 'policíaco', *pretesco* 'de cura', *scimmiesco* 'de mono', *turchesco* 'de turco'. La unión de velares *(k, g),* labiales *(p, b),* y dentales *(d, t)* con líquidas *(l, r),* a menudo pone de relieve efectos especiales: la oclusiva /k/ subraya la impresión de una brusca rotura, cfr. francés *craquer, croquer, crever,* italiano *crepare, scricchiolare*; /p/ representa una explosión, francés *péter (< *pedĭtăre), pétiller* 'crepitar, chisporrotear', y las labiales dan siempre idea de hinchazón, francés *bourrer, boursoufler, gonfler,* italiano *sbuffare* (Bally; cfr. 6.2.5).

6.2.3. Es bastante conocido en la literatura técnica el trabajo de Jespersen sobre el valor simbólico de la /i/, vocal anterior que, según una intuición ya antigua, sirve con bastante frecuencia para indicar lo que es

pequeño, delgado, débil, mientras que las posteriores /o/, /u/ se asocian más bien al concepto opuesto. Es particularmente meritorio en Jespersen el vasto trabajo de despojo y clasificación de los ejemplos:

1) p e q u e ñ o , cfr. inglés *little* (pero también *small*), *tiny, weeny, slim, pink* (pero también *big* 'grande'); danés *bitte*; latín *minor, minimus, micĭdus* 'delgado, débil'; italiano *piccino, piccolo*; francés *petit*; español *chico*; rumano *mic*; griego *(s)mikrós* (frente a *makrós* 'largo, grande'); finés *pikku*; japonés *tiisai*;

2) términos para n i ñ o o a n i m a l j o v e n : inglés *child, imp, chit, titter, slip, nipper, kid, kitten, pig, grig, tick, nit, bird,* hoy [bə:d], *nix*; noruego *kind*; danés *kid, pilt* 'muchachuelo'; noruego *pis(e)* 'criatura grácil, débil'; latín *filius*; español *niño, chico*; italiano *bimbo*; húngaro *fi*;

3) términos para c o s a s p e q u e ñ a s : inglés *bit, tip, whit, tittle, slip, twing, pip*; latín *mīca*; francés *mie*; rumano *mică*; portugués *pico* 'un poco'; español *triza*; latín *filum*; francés antiguo *brique* 'fragmento'; alemán *Spitze*; italiano *picco*;

4) sufijos d i m i n u t i v o s : inglés *-y, -ie*; húngaro *-i* (*Páli* < *Pál* 'Pablo'); italiano *-ino* < latín *-īnu(m)*; alto alemán antiguo *-līn*; inglés *-kin (lambkin)*; español [*-ito*], *-ico, -illo*; rumano *-ită*; *-ī* indica en sánscrito el femenino, cfr. *vṛkī* 'loba', *rājñī* 'reina'; latín *-ittus* y panrománico *-itta, -issa, -ina (Paulina, Carolina, Josefina)*;

5) /i/ indica, finalmente, varias nociones como el m o v i m i e n t o rápido y otras semejantes.

6.2.4. El núcleo teórico de las consideraciones que vamos desarrollando sigue siendo el de las relaciones entre sonidos y significados, es decir, lo que puede definirse como la e s e n c i a del lenguaje, según el título de la importante contribución de Jakobson; además de las conocidas distinciones saussurianas sobre el signo como unidad de significante y significado (ya en la terminología estoica *sēmeĭon* = *sēmaĭnon* perceptible + *sēmainómenon* inteligible), cobra gran importancia en la especulación semiológica moderna la tripartición de Peirce en:

1) i c o n o s o semejanzas de hecho entre significante y significado (por ej. la representación de un animal y el animal representado);

2) i n d i c i o s o contigüidades de hecho entre los dos elementos (por ej., el humo indicio de fuego);

3) s í m b o l o s o contigüidades históricamente establecidas entre los elementos mismos y, en cuanto tales, formadoras de una regla convencional.

Esta distinción sin embargo, más que una clara división de caracteres, responde a una clasificación jerárquica de características intrínsecas: en otras palabras, un signo, y particularmente un signo verbal, resulta de un conjunto de estos factores, diversamente combinados, de modo que existen iconos cuyo diseño está determinado por reglas convencionales, los indicios no son nunca «puros» y, por tanto, en todo signo hay cierta calidad indicativa y los mismos símbolos están siempre construidos según una especie de indicio. Así pues, aunque Saussure y los muchos que lo siguen consideran que la forma y el contenido están unidos por una relación convencional y no natural, las perspectivas abiertas más arriba y las reservas de la crítica postsaussuriana en cuanto a la absoluta arbitrariedad del signo parecen replantear el problema de los criterios de imitación según los cuales se unen el significante y el significado, es decir, el aspecto icónico del lenguaje, que aquí nos interesa no tanto respecto a la estructura gramatical, también ampliamente examinada por Jakobson, sino más bien en cuanto al léxico y a sus posibles componentes «elementales», que rebatirían la afirmación de Saussure según la cual el significante no presenta en su propia estructura fónica nada que recuerde el valor o la significación del signo: el escepticismo frente a la onomatopeya, considerada elemento marginal en un sistema lingüístico, es indicativo a este respecto. Nos hemos referido ya, a propósito del problema de la motivación, a algunas relaciones entre forma y significado, como el francés *ami et ennemi,* ruso *sem'~vosem', devjat'~desjat'*: en la serie inglesa *father* 'padre', *mother* 'madre', *brother* 'hermano', la analogía fonética de la segunda sílaba constituye una especie de subrayado alusivo de la proximidad semántica de los componentes; Bolinger ilustra con muchos ejemplos *la inmensa importancia de*

las influencias cruzadas entre sonido y sentido, hablando de *constelaciones de palabras que presentan significados semejantes vinculados a sonidos semejantes,* sin atender a su origen (por otra parte, el inglés es conocido como el máximo creador de onomatopeyas, fenómeno, en cambio, bastante raro en francés, lo cual ayuda a comprender la convicción de Saussure respecto a la arbitrariedad absoluta que él percibía en su lengua y que consideraba —probablemente con generalización inconsciente— condición esencial del signo lingüístico): cfr. *bash* 'golpe', *mash* 'fárrago', *smash* 'golpe fuerte, choque', *crash* 'sacudida', *dash* 'golpe violento, embate, acometida, rasgo', *lash* 'latigazo', *hash* 'picadillo, picadura, mixtura', *rash* 'erupción', *brash* 'fragmentos, ruinas', *clash* 'choque, estrépito', *trash* 'trastos, desperdicios', *plash* 'chapoteo, zambullida', *splash* 'salpicadura, rociada', *flash* 'relámpago'.

Repitamos que aquí no cuenta tanto el origen histórico de estas formas como su organización sistemática en un modelo bien definido, o sea, un monosílabo de t r e s elementos /χæʃ/, el primero de los cuales es variable y puede estar representado por una estructura más compleja (pero siempre coherente): consonante + líquida, cfr. *crash* con /kr/ → 'ruido seco, crujido', (o bien /br/ en *brash* y /tr/ en *trash*), /pl/ → 'zambullida, golpe en el agua' en *(s)plash*; consonante + nasal, cfr. *smash* donde /sm/ → 'choque, golpe', etc. Todo esto se relaciona con la posibilidad representativa de los sonidos, es decir, con el *valor sinestético latente de algunas oposiciones fonológicas,* verificable mediante *tests* y experimentos sobre la percepción, que asocia, en efecto, un sonido a cierta idea abstracta: en el caso de /i/ ~ /o/, la contraposición de agudo y grave identifica a menudo el contraste entre 'pequeño, delgado, insignificante' y 'grande, ancho, considerable', cfr. 6.2.3, valor icónico que se manifiesta bastante ocasionalmente en el lenguaje común, pero se convierte en medio explícitamente buscado en el lenguaje imaginativo y poético, que se sirve precisamente de una particular elección de los fonemas y de sus componentes; el conocido título de Jules Romains *Rumeur de la rue Réaumur,* que según el propio

autor *ressemble à un chant de roues et de murailles,* se basa en una estructura especular de cuatro sonantes (dos vibrantes y dos nasales) y de cuatro vocales (/œ, y, e, o/), alternadas y opuestas según los rasgos de agudo /y, œ/ y grave /o/, redondeado ~ no redondeado, cerrado ~ abierto (Jakobson).

6.2.5. Aun prescindiendo de la onomatopeya, una parte considerable del léxico consiste en formaciones llamadas elementales, que no conciernen sólo a la reproducción con medios fónicos de aspectos de lo real, sino también a conceptos y objetos fuertemente connotados en sentido afectivo, entre los que destacan, sin ser empero exclusivos, los términos infantiles *(Lallwörter, nursery forms* o *baby talk).* Característica de estas formaciones elementales es la de mostrar modelos bastante precisos, que individúan elementos en general bisilábicos con reduplicación (del tipo de *pa-pa, ma-ma*) o con duplicación consonántica interna *(at-ta)* con una precisa jerarquía de entradas consonánticas (labiales, dentales, velares). Jakobson, de nuevo, examinó ampliamente el fenómeno del surgimiento del lenguaje en el niño, observando precisamente que la primera vocal es /a/ y la primera consonante una *labial:* la primera oposición consonántica es entre oral y nasal *(papa ~ mama),* seguida de otra entre labial y dental *(papa ~ tata, mama ~ nana)* y, sucesivamente, por el desarrollo de /i/ y /u/ que forman la mínima estructura vocálica. Estas formaciones no son sólo elementales, sino también universales, ya que no pueden faltar en ninguna lengua de cualquier parte del mundo. La hipótesis de que la aparición precoz de consonantes anteriores, sobre todo labiales, se deba a los habituales movimientos de succión de los niños (o, según otros, al mayor relieve óptico de las articulaciones anteriores) no resiste a los datos de la investigación, que individúa la causa de esto en el principio del máximo contraste en la sucesiva estructuración del sistema: si el primer estudio del lenguaje infantil realiza una clara distinción entre consonante y vocal, es inevitable que estas dos clases se opongan

en sus movimientos como cierre y abertura, por lo cual a la abertura máxima representada por /a/, que se realiza con la cavidad oral abierta y la lengua en posición plana (es la vocal más «natural» en la emisión), se opone una consonante oclusiva (que implica el cierre total del conducto oral), en particular una oclusiva bilabial /p/, ya que sólo las labiales obstruyen por completo la cavidad bucal; esta combinación de sonidos crea el modelo básico del lenguaje, la sílaba, y abre el camino al contenido, es decir, al significado, que, sin embargo, sólo puede desarrollarse a través de la ampliación paradigmática del modelo, es decir, de la formación de series sustitutivas *(ba, ta, da, ka, ga).* Estas observaciones configuran, en suma, una verdadera etimología elemental: las onomatopeyas que en distintas lenguas indican 'agarrar' o 'comer', es decir, la abertura y cierre bruscos del puño o de la boca, son en este sentido reveladoras; cfr. en italiano y en ruso /am/ (*a* + labial); todo está subordinado a la distinción fundamental entre consonantes labiales y dentales y a la distinción accesoria que diferencia las vocales en abiertas y cerradas (o anchas y estrechas, /a/ ~ /i, u/), que permiten las primeras individuaciones de palabras: *papa ~ pipi,* o bien, partiendo de parejas fundamentales como *papa ~ mama,* o ruso *t'at'a (papa) ~ mama,* a las que se añaden, con la introducción del rasgo posterior de sonoridad, *baba* 'abuela, vieja', *d'ad'a* 'tío', *n'an'a* 'nodriza, niñera' (cfr. véneto *deda* 'tía', *gnagna* 'tía, nodriza') y, con diferenciación vocálica, *d'ed* 'abuela' y *t'ot'a* 'tía' (no puede excluirse que el francés *tante* < francés antiguo *ante* < latín *amĭta* 'tía paterna', aunque también formado elementalmente, deba su forma actual, no a una simple asimilación, sino a una estructura repetitiva típica de esta clase de términos infantiles).

La universalidad del tipo *papa, tata, atta* para 'padre' y *mam(m)a* para 'madre' es, por otra parte, indiscutida dentro de un mismo sistema, cfr. inglés *mama, mammy, mommy; pappy, pap, pop* o *dad, daddy*; gótico *atta* (*Att-ila* 'padrecito'), turco *ata (Ata-türk)*; alemán *Amme* 'nodriza'; al argumento espacial se puede añadir el

cronológico, que señala la presencia de estas estructuras también en las palabras indoeuropeas correspondientes, tal como son reconstruidas, cfr. **pə-tḗr* y **mḗ-tēr,* donde **-tēr* es un sufijo apofónico especial, unido aquí a una determinada noción de consanguinidad (cfr. griego *thygatḗr,* inglés *daughter* 'hija', latín *janitrīces* 'concuñadas', *frater* 'hermano'); el mismo eslavo *otʲ(ĭcĭ),* ruso *otéc,* servocroata *otac* 'padre', asociado normalmente a **atta,* debería unirse, sin embargo (junto con *matĭ,* ruso *matʲ* 'madre') a la raíz primaria, esto es, a **pa-, *pə-tḗr,* donde la caída de /p/ inicial podría deberse a una eliminación infantil de la diversidad consonántica en **pətḗr.* Prati ha insistido de modo especial sobre el componente elemental en el vocabulario italiano, atribuyendo este origen también a términos a los que, generalmente, no se les atribuye: así *taffiare* 'comer ávidamente y en abundancia', considerado por algunos derivado de un **taflāre,* de **tafŭla,* variante osco-umbra del latín *tabŭla* 'mesa', pero que Prati relaciona con un **taff-* que imitaría el abrirse de los labios, semejante a **baf(f)-,* cfr. *sbafare* 'comer con avidez', y también *pacchiare* 'comer ruidosamente', *pacchia* 'comilona' y *scaracchiare* 'esputar', *russare* 'roncar', *(t)ronfiare* 'id.', *tartagliare* 'tartamudear'; otra familia de palabras notable, la proporciona **be(r)g-/berc-,* que significa 'gritar', 'berrear' y cosas semejantes, cfr. toscano *berciare,* antiguo *bergolare* 'charlar', véneto *sberegare* 'chillar', *blišbris-* indica el resbalar, etc. En cuanto a las voces más propiamente infantiles, cfr. además de *mamma* y *papà,* el italiano meridional *tata* 'padre', septentrional *tato,-a* 'niño,-a', toscano *babbo* 'padre', *bambino* 'niño', *bimbo* 'id.', *bàmbola* 'muñeca', *màmmolo,-a* 'niño,-a', toscano *nini,* apelativo afectuoso; romanesco *cocca* 'gallina', *mommo* 'bebida', *bombo* 'id.', hasta el *pappo* 'comida' y el *dindi* 'dinero' recordados por Dante (*Purg.,* XI, 104-105).

6.2.6. Ullmann afronta el problema de los esquemas de simbolismo fonético, partiendo del concepto schuchardtiano de «afinidad elemental» (el verbo que indica 'roncar' contiene en muchas lenguas una /r/, cfr. inglés *snore,* alemán *schnarchen,* neerlandés

snorken, latín *stertĕre,* francés *ronfler,* español *roncar,* italiano *russare, ronfare,* it. septentrional *ronchisar,* ruso *chrapet',* húngaro *horkolni*; el que indica 'susurrar' suele utilizar /s/, /ʃ/, cfr. inglés *whisper,* alemán *wispern, flüstern,* latín *susurrāre,* ruso *šeptat',* francés *chuchoter,* español *cuchichear,* húngaro *súgni, susogni*), pero concediendo atención especial a la onomatopeya «secundaria», es decir, a las cuestiones de fonosimbolismo; pero ya Bloomfield enumera, para el inglés, un verdadero sistema (nada menos que 17 tipos a los que todavía podríamos añadir otros por ej. *spl-*) de morfemas productores de raíz, iniciales y finales, de significado *vago* pero *asociado a una intensa connotación simbólica,* que puede considerarse un primer esbozo de *patterns of sound-symbolism* 'modelos de fonosimbolismo': por ej. *fl-* 'movimiento en el aire', *fly, flap, flit; sl-* 'mojado, resbaladizo', *slime, slush, slop, slobber, slip, slide; scr-* 'choque o sonido estridente', *scratch, scrape, scream; sn-* 'resoplido', *sniff (snuff), snore, snort, snot;* o bien 'deslizamiento', *snake, snail, sneak, snoop* (o también, t e r c e r significado expresado por un *pattern* análogo, 'separación o movimiento rápido'); *ash* 'movimiento violento', cfr. 6.2.4; *b-* 'choque sordo', *bang, bash, bounce, biff, bump, bat; -ump* 'torpe', *bump, clump, chum, dump, frump, hump, lump, rump, stump, slump, thump:* la combinabilidad fonológica está sometida a algunas restricciones precisas.

Sin embargo, el intento más completo de integrar estos principios en la investigación etimológica sigue debiéndose a Guiraud: las raíces onomatopéyicas y fonosimbólicas en general se estructuran en paradigmas dotados de fuerte capacidad a t r a c t i v a, es decir, capaces de atraer e integrar nuevas palabras según modelos bien determinados, afectando por ello a vastos sectores del vocabulario. La onomatopeya articulatoria, como oportunamente precisa Guiraud —análogamente a las precisiones de Belardi, 6.2.1— es la imagen de un movimiento, y se presenta bajo la forma de una raíz de dos letras con elemento vocálico variable (o sea, una raíz a p o f ó n i c a) : la vocal alternante es *i/a/o,* es decir «aguda/ancha (plana)/redondeada (velar)», (y las consonantes, labiales

o linguales (dentales/palatales/velares)). El tipo *tik/ tak/ tok,* expresa un «golpe» que, según la vocal apofónica, será agudo, plano, contundente; se trata de un auténtico «campo de relaciones» estructurado morfosemánticamente, puesto que *t.k* y sus variantes *tr.k* y *t.ch* individúan cierto número de rasgos elementales, tanto morfológicos como semánticos, constitutivos de un sistema. El inventario de esta base es verdaderamente amplio: alrededor de 400 lexemas divididos en 150 formas, tanto literarias como regionales y dialectales; cfr. entre los muchos ejemplos con /i/, *tic* 'movimiento convulso, costumbre', *tico* (provenzal) 'canica', *tique* 'insecto', 'pestillo', *ticot* 'hipo, golpe', *etiquette, esticot* 'larva de mosca', *tiquer* 'pinchar', sinónimo de *piquer, tickser* 'tocar la pelota del adversario', *entichier* 'irritar'; con /a/ *tac* 'sarna, roña de animal', 'golpe', 'enfermedad que se manifiesta con manchas rojas', *taquer* 'topar, tocar', 'golpear', 'dar diente con diente', 'clavar', 'hacer tic-tac', *attaque, taquet* 'pestillo, gancho', *tacot, taquelon, tacon* 'trozo, remiendo' (veneciano *tacon*), 'sarna, costra', *taconner, taquin* 'molesto', 'avaro'; *tache, estache, attacher;* con /o/, *toc* 'ruido', 'timbre para despertar', *toco* 'golpe', 'pedazo grande' (veneciano *tòco*), 'tronco', *toque, toquer* 'topar, golpear' (italiano *toccare*), 'golpear'; *estoc* 'tocón, tronco', *touche, toucher; trac, traque, tracasser, tracas* 'movimiento inseguro', *truc* 'golpe, billar', etc. El conjunto de los resultados permite trazar un cuadro que rezuma los protosemantismos en juego:

t.k 'golpe'

acción	*tiquer*	*toquer (toucher)*	*taquer (tacher)*
movimiento	*tic*	*toqué*	*tac*
instrumento	*tiquet*	*toque*	*taquet*
acción	*triquet*	*truquer, tro-*	*traquer*
movimiento	*tric*	*truc, troc*	*trac*
instrumento	*trique*	*truc*	*traquet*

Además de la alternancia vocálica *i/a/o/,* que produce la oposición «pequeño/plano/grueso», es notable la de *k ~ ch,* que opone la idea de golpe seco a la de golpe atenuado, además de *r ~ ∅,* donde el infijo *-r-* tiene valor frecuentativo; finalmente, hay otras alternancias entre tipo simple y tipo sufijado *(-etter, -otter, -asser)* y entre tipo simple y compuesto t a u t o l ó g i c o : *triqueniquer, triqueballer.* Análogas consideraciones se pueden hacer sobre las raíces labializadas *bif/baf/bouf, pip/pap/pop,* y sobre los tipos *chic/choc* y variantes; de todos modos, el material «precipitado» en estas estructuras puede ser de origen variadísimo (préstamo, metáfora, onomatopeya, filiación directa), pero lo que en definitiva lo caracteriza es su estructuración en esquemas formales que responden a esquemas conceptuales; si hasta cierto punto existen en la lengua las series:

piquer 'golpear ligeramente' (< latín popular **piccāre,* onomatopéyico, desde 1130)	*poquer* 'golpear fuerte' (mitad del siglo XVI < flamenco *pokken*)
tiquer 'id.' (1664, de *tic*)	*toquer* 'id.' (siglo XV, de *toc*)
X	*choquer* 'id.' (1230, < neerlandés medio *schocken,* o inglés -- *shock; choz* postverbal desde 1523)

la «casilla vacía» del sistema la llena fácilmente *chiquer* 'tocar, topar ligeramente', cuyo origen concreto (de *chic* (1803) < alemán *Schick,* abreviación de *Geschick* 'garbo, gracia, porte', cfr. también *chique* (1573) 'bola' < alemán *schicken* 'enviar, lanzar') tiene menos importancia que la estructuración particular, es decir el puesto expresamente ocupado.

6.3. Retórica y estilística

6.3.1. Es sabido que el lenguaje funciona siempre de d o s maneras simultáneas: como sistema abstracto de símbolos y como

actividad que se produce en un contexto particular. En tal contexto, las modalidades de la enunciación, es decir, la actitud del hablante frente al argumento o al interlocutor y la manera en que habla, producen a su vez un significado especial, que se añade y se superpone a la simple información cognoscitiva transmitida por el mensaje verbal: esta «supersignificación» se llama valor expresivo (Bally) o función emotiva o conativa (Jakobson). De otro modo, como se ha visto, se ha tratado de descubrir en las palabras una significación relacionada con el sentido intrínseco de los sonidos que las componen, refiriéndose tanto a las condiciones de la articulación como a las de la percepción. A pesar de no haberse definido bien hasta ahora el *status* de estos principios, es indudable que, dentro de una comunidad lingüística, se buscan asociaciones estables entre sonido y sentido. Junto a este principio, hay que observar también, sin embargo, que en el significado de una palabra prevalece un sentido principal y otro (o más) secundario, que se inserta en el sentido principal en el momento en que la palabra comparece realmente en la frase: las convenciones culturales o el contexto inmediato pueden ser los generadores de tales sentidos especiales, que muchas veces no figuran en los diccionarios, siendo, en sustancia, percepciones de los hablantes. Todo esto responde a la afirmación saussuriana de que una palabra evoca todo aquello que es susceptible de serle asociado de un modo o de otro: la clasificación de estas asociaciones es de indudable importancia para la comprensión de los mecanismos semánticos, especialmente tratándose de relaciones formales entre significante y significado —niveles diferentes en la estructura de la palabra— y entre sentido primario y sentido secundario (similitud, contigüidad, etc.).

Nos referimos, en definitiva, a algunas distinciones generales (Ullmann), como: 1) semejanza de significados (sinónimos, irradiación sinonímica); 2) semejanza de significantes (homonimia, paronimia, aliteración, consonancia): esta relación es utilizada bastante a menudo en los textos poéticos, lo que ha llevado

a Jakobson a introducir la noción de etimología «poética», mediante la cual un texto sugiere un parentesco entre dos palabras basado en la semejanza de los significantes; una de las estructuras fundamentales de esto está representada por la rima, verdadero icono verbal, relación semántica entre dos unidades estíquicas. En lo que atañe a los efectos de estos principios en el lenguaje corriente, basta remitir a las consideraciones desarrolladas en 4 y a los numerosos casos de homonimia en francés, cfr. /o/ que es *au* 'al', *aux* 'a los', *eau* 'agua', *haut* 'alto', *oh* (interjección), *os* 'hueso'; /sɛ̃/ vale *ceint* '(él) ciñe', *cinq* 'cinco', *sain* 'sano', *saint* 'santo', *sein* 'seno', *(blanc)-seign* 'firma (en blanco)', lo cual hace particularmente fáciles los juegos de palabras y los *qui pro quo*; para no hablar del influjo, también notable, de un verdadero universal como la polisemia; por último, 3) contigüidad de significados, ligada de modo particular al aspecto evocativo del ambiente y a la distinción estilística de los significados mismos.

6.3.2. Jakobson afronta explícitamente el problema de las relaciones entre lingüística y poética, admitiendo que la equivalencia del sentido implica la equivalencia semántica, sobre todo en el ámbito poético donde se produce, según la imagen de Valéry, una *hésitation prolongée entre le son et le sens* (con Pope, el sonido como eco del sentido), representada, por ej., por la rima, que es un icono verbal en cuanto implica una relación semántica entre las unidades enlazadas, y, más en general, por el principio del paralelismo rítmico-estructural (y por tanto métrico-semántico). Todo esto configura, como hemos dicho, una especie de etimología poética, o sea, una búsqueda de expresividad mediante el juego verbal del paralelismo fónico-semántico, como se observa por el análisis de la estrofa final de *The Raven* «El cuervo») de E. A. Poe [3], donde el juego de las aliteraciones *flitting ~ sit*

[3] And the Raven, never flitting, still is sitting, still is sitting
On the pallid bust of Pallas just above my chamber door;

ting, seeming ~ dreaming), de las *paronomasias* (*The pallid bust of Pallas, raven, never, just, above* y *bust,* connotados todos por /ʌ/), de la disposición de los grupos, crea una *corriente semántica subterránea.* La relevancia del nexo sonido ~ significado (destacable exactamente por el análisis no sólo de unidades fonológicas complejas, sino ante todo por el de sus rasgos intrínsecos, agudeza, gravedad, tensión, relajación) es, pues, en términos técnicos, *un simple corolario de la superposición de la similaridad a la contigüidad,* y el simbolismo fónico representa una relación objetivamente válida entre diferentes modos sensoriales: el simbolismo fónico se manifiesta en todos los niveles lingüísticos, pero sólo en poesía el vínculo interno entre sonido y significado pasa de latente a patente y se manifiesta del modo más intenso. Que se trata de problemas vivos también en el lenguaje ordinario e intrínsecamente ligados al principio de la etimología popular está, por lo demás, bien documentado por la amplia temática de folklore verbal evocada por Valesio y por sus ejemplos de etimología «personal» o «folclórica».

6.4. Universales etimológicos

6.4.1. En las líneas precedentes, la exposición se ha demorado con frecuencia sobre características o tendencias comunes y generales a varias lenguas, rozando el problema de los llamados «uni-

---

And his eyes have all the seeming of a daemon's that is dreaming,
And the lamp-light o'er him streaming throws his shadow on the floor;
And my soul from out that shadow that lies floating on the floor
Shall be lifted... nevermore.

(«Y el Cuervo, sin revolotear, sigue posado, sigue posado sobre el pálido busto de Palas, justo sobre la puerta de mi habitación; y sus ojos tienen todo el aspecto de los de un demonio que está soñando, y la luz de la lámpara, derramándose sobre él, proyecta su sombra sobre el suelo; y mi alma de esa sombra que fluctúa sobre el suelo no se alzará ya nunca»).

versales» lingüísticos. ¿Es lícito, en este punto, hablar de universales etimológicos? La cuestión no es sencilla, y convendrá afrontarla con acercamientos graduales y progresivos, aclarando en qué sentido se puede hablar de constantes universales en la etimología. En primer lugar, es preciso no confundir con constantes de carácter próximo pero distinto, antes que cualquier otro el problema de los universales semánticos (principalmente la metáfora), que tienen su fisonomía propia. Ni siquiera las constantes en la estructura del vocabulario, aunque estrictamente inherentes a la etimología, pueden identificarse con ella, siempre en atención a la conocida reivindicación de autonomía que les impide fundirse y anularse, respectivamente, en la semántica o en la lexicología histórica. En este punto, el universal etimológico sólo puede entenderse, por tanto, como tendencia universal y común a ciertos esquemas de estructura y de evolución formal y semántica al mismo tiempo, es decir, según las definiciones inicialmente propuestas (3.0), modelos diacrónicos del signo. La segunda objeción, en cambio, es más apremiante, pues no atañe al lado «etimológico», sino al «universal»: en otras palabras, nuestra experiencia se articula, tanto a nivel teórico como aplicado, sobre un número restringido de lenguas y sobre campos limitados en general, mientras que la definición «universal» requeriría precisamente el soporte coherente de toda la experiencia lingüística de la humanidad, condición bastante difícil para el nivel específicamente etimológico, a no ser que nos reduzcamos, como oportunamente señala Malkiel, a un nivel más general de universal lingüístico. Puesto que la etimología presupone la historia, el primer universal que podemos establecer parece de carácter n e g a t i v o : siendo bastante diversa la evolución en los distintos grupos y diversas las condiciones externas (documentación, desarrollos culturales, etc.), es muy difícil postular una comparabilidad de los distintos campos a nivel etimológico y resulta, en cambio, más productiva la búsqueda de constantes dentro de campos afines y explícitamente comparables; lo que significa repetir que la etimología depende también, a veces de modo decisivo, de condiciones externas, que pro-

ducen diversos grados de transparencia: la etimología no es lo mismo en los distintos dominios. La dificultad de trazar límites no anula, de todos modos, la existencia de tales rasgos, en la misma medida de la supervivencia de la etimología como disciplina científica incluso en un contexto mal definible. El mismo Malkiel, que se plantea con su habitual lucidez estos problemas, no renuncia por ello a proponer algunas constantes observadas en su experiencia, y reclamadas en parte por nosotros: en muchas lenguas, por ej., los vocablos que indican 'muchacho' y 'muchacha' —por paralelos o diversos que sean— ofrecen una resistencia sorprendente al análisis etimológico, del mismo modo que, en el dominio románico, los nombres de los animales domésticos hembras resultan claros, a diferencia de los que designan a los machos (tanto castrados como reproductores) y a las crías, que son bastante oscuros.

6.4.2. El punto de partida se refiere siempre, de todos modos, a la naturaleza del signo, por lo cual, una vez reconocida en su formación la importancia del componente icónico (onomatopeya, fonosimbolismo, composición, derivación), reconocemos también en la realidad del cambio fonético la manifestación de una tendencia a la estructura simbólica (no motivada): universal etimológico y universal semántico constituirían aquí, entonces, los dos polos de la dialéctica inmanente en la lengua, es decir, del conflicto entre motivación ~ no motivación que, como se ha visto, desempeña un papel tan importante en su historia. En segunda instancia, debemos recurrir luego nuevamente al concepto de etimología elemental: además de las formas *papa, tata, atta,* realmente vivas en muchas lenguas de muchos grupos, recordemos la notable difusión de la nasal bilabial /m/ (de acuerdo con los criterios de jerarquía propuestos por Jakobson) en el nombre para 'madre, mamá', igualmente en muchas lenguas del mundo. Un tercer punto, también importante, es de carácter más marcadamente sociolingüístico y concierne a la integración de los elementos ajenos: los préstamos constituyen a veces un subsistema marginal

de aquel en el que se insertan, y su integración es proporcional a la dificultad de las relaciones; el finlandés *rohvessori* representa la primera adaptación completa del término cultural europeo *profesor* (alemán *Professor,* inglés *professor,* ruso *profésspr,* etc.), de acuerdo con la estructura de aquella lengua, que no admite grupos consonánticos en posición inicial (y, por tanto, /pr/ > /r/) e ignora /f/ (que junto con /b/ sólo se encuentra, en efecto, en los préstamos recientes), que por tal motivo se resuelve con la combinación fonológica más próxima a su propia realidad fonética, o sea /h/ fricativa sorda laríngea y /v/ fricativa sonora labiodental, que reproduce de modo redundante los rasgos de /f/, fricativa labiodental sorda (lo mismo sucede en ucraniano, que, no poseyendo /f/, la suple a su vez con /xv/). Fenómeno análogo —¡e independiente!— ocurrió en el latín preclásico, cuando se adaptó a la lengua el alfabeto griego de tipo dórico (a través del etrusco): como en aquel alfabeto no existía el signo para /f/, unidad desconocida por el griego antiguo (donde φ representa /ph/, o sea, una oclusiva aspirada, que sólo más tarde, en época postclásica, pasó a /f/, el latín, que poseía tal fonema, evolución de indoeuropeo */bh/, /dh/, tuvo que suplir la carencia del modelo gráfico y la sustituyó, en efecto, exactamente con F 𐌇 (o 𐌇 F) —inspirándose, a la verdad, en un modelo griego recibido a través del etrusco— o sea, por medio de un digrama formado por F (digamma o *wau* /w/ y 𐌇 (/h/); posteriormente, dado que la F originaria /w/ no tenía correspondencia gráfica precisa en latín, donde [w, u] = V, el digrama F 𐌇 pudo ser simplificado sin temor a confusiones, de donde precisamente F = /f/. Este ejemplo se concluye volviendo al finlandés y observando cómo éste, en época más reciente, ha aceptado una segunda importación del término, más cercana a la fuente, y esta internacionalización léxica tiene efectos sistemáticos, introduciendo modelos extraños: *professori*; añádanse a estas consideraciones las relativas al equilibrio fonológico, cfr. 3.5.5.

El c u a r t o punto, todavía más ligado a premisas culturales y sociales, es el del tabú o eufemismo, que hemos mencionado rápi-

damente y que tiene amplias aplicaciones en ámbitos lingüísticos variadísimos. En nuestras culturas, por ej., el concepto de 'siniestro' es etimológicamente caracterizante precisamente como semánticamente tabuizado y, por ello, lingüísticamente prohibido: el español *izquierdo,* portugués *esquerdo,* catalán *esquerre,* gascón *(es)querr* y languedociano *esquer* representan, casi con seguridad, un resto del sustrato (cfr. vasco *ezquer*), mientras que el francés *gauche,* originariamente 'torcido' (1471, eliminando el antiguo francés *senestre*), es un adjetivo verbal de *gauchir* (antiguo *gauchir, guenchir*) 'desviar, deformarse', de probable origen germánico (fráncico **wankjan,* cfr. alemán *wanken* 'oscilar', con cruce de *gauchier* 'golpear, hollar' < **walkan*); a estos dos términos de origen foráneo responde el rumano *stîng,* idéntico al italiano *stanco* (cfr. it. antiguo *a mano stanca* 'a la izquierda', Dante, *Inf.* XIX, 41), de étimo incierto; el véneto tiene *zanco,* de étimo desconocido, como el engadino *tschanc,* el friulano *zamp,* y cfr. la serie de términos de cruce, *manco, cianco, zoncare, ciompo.*

6.4.3. Los modelos de evolución (quinto punto) ofrecen, por lo demás, toda una gama de tendencias y de cambios obligados capaces de orientar de modo preciso la investigación etimológica:

a) La derivación es un medio estructuralmente idóneo para establecer sistemas formales y semánticos, diferenciando referentes próximos por semejanza o contigüidad. En la denominación de los árboles, sobre todo de los frutales, muchas áreas de la Romania se distinguen por el sufijo *-ārius(m),* que designa al árbol respecto al producto, cfr. **nucārius(m),-a,* REW, 5978: dálmata veglioto *nokyera,* véneto central *nogara,* veneciano *noghèra,* comasco *noghera,* mantuano *nogar,* friulano *nuiâr,* francés *noyer,* provenzal *noguier,* catalán *noguer,* portugués *nogueira* (el portugués tiene también *nogal,* como el español y el provenzal *nogal, nogalh* < **nucāle(m)*; el español tiene, en efecto, *-al,* cfr. *peral*); y cfr. francés *pommier, poirier* (donde el modelo se aplica directamente a *poire* < *pĭru(m),* desde el siglo XVI, suplantando la forma antigua y

regular *perier* < **pirāriu(m), cérisier,* y véneto central *peraro, persegaro, castagnaro, onaro* 'aliso' < **alnāriu(m),* derivado de *alnus.* Entre los modelos de diferenciación, destacamos *secale* ~ **secalīneu(m)* y *zafferano* 'azafrán' ~ *zafferanone* 'alazor', *zafferanastro* (o *zafferano bastardo, di monte, selvatico*) (3.1.6);

b) La p é r d i d a y la sustitución de los términos «patológicos», fenómeno destacado en su plenitud por Gilliéron y retomado luego por Wartburg, es también una tendencia innegable en la evolución lingüística: cfr. el ej. canónico de *gallus* ~ *gattus* en Gascuña y el de *mulgēre (molĕre)* ~ *trahĕre* (3.6.4);

c) El proceso de derivación puede tener origen también en la acentuada reducción fonética del término primario, fuente de homofonías y de otras incertidumbres y desintegraciones. El latín *apis* se hace, en territorio francés, *ef, ep, es, e,* conservado como tal sólo en cuanto residuo en áreas marginales y sustituido de varios modos: o con acrecentamientos léxicos que funcionan como determinativos, cfr. *mouche-ep,* o con sustituciones; el término literario es *abeille* (recibido del provenzal) < *apĭcŭla(m),* cfr. italiano *pécchia*; cfr. los casos análogos para *sol* ~ **solĭcŭlus, auris* ~ *aurĭcŭla*;

d) La denominación según el o r i g e n es un rasgo recurrente para referentes exóticos (junto a la adaptación de nombres indígenas, cfr. *patata, tabaco, cacao,* inglés *tomato*), cfr. los tipos italiano *portogallo,* rumano *portocal* 'naranja', it. *damascena* 'ciruela', *susina,* italiano septentrional *armelin* 'albaricoque' < **armenīnu(m), mugnaga* < **armeniāca(m)*; cfr. *cidivoc* (nota 3.5.3), y los determinantes del tipo 'd'India', que quieren decir precisamente 'exótico';

e) La irradiación s i n o n í m i c a , en sentido genérico y en sentido propio, es una constante no despreciable en la formación del vocabulario de las lenguas, sobre todo de las lenguas «cultas», y con una historia larga y compleja; Ullmann recuerda cómo, en francés antiguo, del verbo *livrer* < *liberāre,* 'entregar', se originó una verdadera serie de derivados sinonímicos, *livrage, livraison, livrance, livrée, livrement, livreüre,* abundancia que fue después radi-

calmente reducida, en el período de fijación del francés moderno, resumiendo la serie en un solo término, *livraison*. Estas características son particularmente visibles en el lenguaje expresivo o en el jergal, en correspondencia con referentes o conceptos fuertemente caracterizados por este lado: 'astuto', 'miedo', 'rico', 'pobre', mientras que la irradiación sinonímica en sentido propio implica la extensión a toda la serie de un desplazamiento semántico ocurrido en uno de sus elementos. Cuando el verbo *chiquer* 'golpear' asumió también el sentido de 'engañar', hicieron lo mismo otros verbos, que también significaban 'golpear', *torcher, taper, estamper, toquer*; otro ejemplo todavía más interesante, lo da Guiraud, que recuerda la presencia en el *argot* de una serie de denominaciones del polizonte: *bourrique, roussin, cogne, cagne, vache, poulet,* cada una de las cuales ha sido objeto de conjeturas autónomas, sin considerar que t o d a s designan o han designado también al caballo: existe, por tanto, un protosemantismo 'polizonte' = 'caballo', no aclarado aún etimológicamente, cuya estructuración no debe ser extraña a hechos de irradiación;

f) La evolución s i s t e m á t i c a y no atomista de los hechos lingüísticos constituye, en fin, la certeza definitiva del análisis etimológico; cfr. los casos de *cŏxa* y *fēmur, mulier* (3.0.8). En su interior se pueden observar modelos de evolución paradigmática constante, es decir, p a r a l e l i s m o s en el desarrollo formal y semántico: el latín *bŏnus* 'bueno' es forma clásica de un antiguo *duenos, duonus* (documentado), cfr. el adverbio *bĕne,* con gradación apofónica; la raíz es, por tanto, un **dṵen-/dṵon-* que, a través de una formación diminutiva y síncopa posterior, produjo también un término bastante vivo en el lenguaje familiar, **dṵeno-los* > *bĕllus* 'gracioso, bonito, garboso', cuya conexión con *bŏnus* era percibida aún por Prisciano (siglo v d. C.), para no hablar del *bellio-res* varroniano glosado como *meliores* por Nonio (siglo iv d. C.). Por su carácter afectivo y popular, *bellus* (junto con *formōsus*) acabó, como es sabido, suplantando al adjetivo propio para 'bello', es decir *pulcher,* de donde el sistema italiano *buono ~ bello,* fran-

cés *bon ~ beau,* pero en las áreas periféricas español *bueno ~ hermoso,* rumano *bun ~ frumos.* Lo notable es que el español presenta un proceso morfosemántico del todo semejante al latino, puesto que, junto a *bueno,* tiene *bonito* (1517), derivado de *bŏnu(m)* con el sufijo diminutivo *-ītu(m) > -ito,* precisamente en el sentido de 'gracioso' (Corominas); tanto en el plano de las relaciones históricas como en el de las relaciones sincrónicas, *bonus ~ bellus* y *bueno ~ bonito* (formación remitida por su aspecto morfofonológico a una época perteneciente aún al latín tardío) son, por tanto, perfectamente análogos.

6.4.4. No existe en definitiva —s e x t a y máxima conclusión— la generalidad teórica de una etimología «pura», lo que equivale a decir, de otro modo, que no todas las palabras pueden tener una etimología reconocible: *sed hoc non semper utique possumus* podríamos decir, recordando a San Agustín, pero sin compartir, naturalmente, su pesimismo teórico; a pesar de la existencia de gran número de filiaciones l i n e a l e s , neogramáticamente observables a través de ecuaciones fonológicas simples y directas, la realidad principal es la del acercamiento y la del c r u c e paradigmático, diversamente representado en la etimología «asociativa», o «popular», o «estática»; en términos malkielianos, la solución etimológica es única, pero muchas veces c o m p l e j a , es decir, conseguida apelando a toda una serie de c o n v e r g e n c i a s , realidad en la que sustancialmente se inspiran las otras varias denominaciones, como etimología «doble» (Pisani), «múltiple» e «indirecta» (Graur), «orgánica» (Vidos); o la cumplidamente histórica (Devoto, Baldinger).

7. APLICACIONES: LOS DICCIONARIOS ETIMOLÓGICOS

7.0. Tipos de diccionarios etimológicos

7.0.1. El diccionario etimológico es la meta última y, en muchos aspectos, la más difícil y compleja de la etimología: en efecto, aparte las investigaciones aisladas, que pueden abarcar desde puntos particulares hasta campos enteros y que contribuyen en gran medida a dar cuerpo a las disciplinas afines a la etimología, o sea, la onomasiología, por una parte (estudio de los significantes con especial referencia a una noción o a un grupo de nociones homogéneas), y, por otra, la onomástica (estudio de los nombres propios, de persona y de lugar), la ambición suprema de los etimólogos y de los lexicólogos históricos es proporcionar una ilustración completa y exhaustiva, hasta donde sea posible, de todo el léxico de una lengua o de un grupo de lenguas afines, que, más allá del resultado científico en sí, constituye una especie de puntualización sobre el estado de la investigación en este sector particular y la premisa indispensable para posteriores valoraciones de carácter sistemático.

7.0.2. Los diccionarios etimológicos, hoy, son sumamente numerosos y abarcan los dominios más variados: para no hablar de los intentos «precientíficos», pero también meritorios, como los de G. Ménage (2.6.2), podemos afirmar que, desde Pott (1833-36),

fundador de la etimología en sentido específico, y Diez (1853), autor del primer diccionario etimológico románico, hasta hoy, el florecimiento de empresas semejantes ha sido ininterrumpido; para no salir del ámbito románico, el diccionario de Diez, que tuvo sus c i n c o ediciones hasta 1887 y una traducción inglesa en 1864, fue más tarde continuado y mejorado, tanto en el método como en los resultados, por Körting (1890-91, 3.ª ed., 1907) y por el célebre y todavía hoy no superado *Romanisches Etymologisches Wörterbuch* (REW) de W. Meyer-Lübke (1911-20, 3.ª ed., en realidad 2.ª, 1930-35), obra que ha tenido toda una serie de apostillas y adiciones para cada dominio románico; así, el francés tiene cinco diccionarios etimológicos generales (más otro en elaboración para el sector antiguo); el italiano, nada menos que ocho (y dos en proyecto); el griego, siete u ocho, cinco el latín, seis el inglés, cuatro el alemán, tres el neerlandés, cinco el portugués, todo esto sin contar los repertorios más propiamente históricos, provistos de notas etimológicas, y las ediciones reducidas o divulgadoras que hoy se van difundiendo. El primer motivo en que se piensa, para justificar tal abundancia de empresas, considera el número de diccionarios etimológicos estrechamente vinculado al progreso de los resultados, es decir, al continuo descubrimiento de n u e v a s etimologías, que requeriría una frecuente actualización de tales obras; pero este motivo ya no parece plausible para los trabajos que se proyectan actualmente, pues en muchos sectores la indagación ha alcanzado un estadio tan completo, que reduce a un pequeño grupo las voces cuyo origen permanece obstinadamente oscuro y cuya solución, en todo caso, no justificaría un nuevo trabajo concebido *ex professo* para todo el vocabulario en cuestión. El perfeccionamiento de un diccionario etimológico, además de la aportación cuantitativa que de hecho existe todavía, no consiste, por tanto, en la simple adición al *corpus* ya conocido de alguna propuesta nueva, sino en la estrecha conexión entre los resultados que se quieren conseguir y las técnicas que se utilizan para ello: en otras palabras, se trata de un problema de m é t o d o , y la diferencia entre los viejos

diccionarios y los recientes (y más aún entre estos últimos y algunos que están en proyecto) es m e t o d o l ó g i c a .

7.0.3. Diez, que por lo demás tenía una mentalidad sobre todo f i l o l ó g i c a , presenta una selección, aunque numerosa, del léxico románico conocido, basada casi exclusivamente en las lenguas literarias y poco en los dialectos (que, sin embargo, son verdaderos filones etimológicos). La obra está dividida en dos partes: la primera, dedicada a las voces p a n r o m á n i c a s (italiano, galorrománico e iberorrománico: el «valaco» o rumano queda aislado, en armonía con su aislamiento geográfico e histórico, y es introducido intermitentemente); la segunda, ulteriormente dividida en tres sectores, recoge los términos propios de cada una de las tres áreas consideradas; el orden alfabético prevé para la primera parte el exponente italiano; para la segunda, el relativo al área específica, es decir, respectivamente italiano, español, francés. A pesar de sus grandes méritos, el principal haber presentado un primer esbozo de lexicología románica c o m p a r a d a , la obra está claramente subordinada a la gramática y a la filología neolatina, concebida a la sombra de éstas y desprovista aún de autonomía; este resultado, en cambio, lo busca y lo consigue por vez primera Körting, hoy oscurecido por Meyer-Lübke y demasiado injustamente abandonado, y finalmente el mismo REW: en la última edición, esta obra consta de más de 1230 páginas (con más de 9700 lemas), de las cuales sólo 8 dedicadas a la introducción, lo que implica una falta casi absoluta de teorización —dada por otra parte, la total adhesión de Meyer-Lübke a los principios de la neogramática— y una grandísima exposición de material ordenado, como ya en Körting, por l e m a s según la base latina (o aloglota), documentada o reconstruida; la búsqueda de las palabras está facilitada por un índice completo. A pesar de sus defectos metodológicos y materiales, el REW sigue siendo un instrumento fundamental para la romanística y ha sido un modelo incluso para sectores diversos. Naturalmente, se está trabajando para actualizarlo —pues no bastan

para ello los suplementos mencionados más arriba— sobre lo cual advierte Piel: la necesidad de revisar numerosos étimos, de incluir elementos que faltan, entre ellos numerosos prototipos no latinos, o prelatinos, de suprimir el material envejecido y de añadir una cantidad notable de nuevos hallazgos, se suma a la exigencia de una revisión crítico-metodológica que va desde la puntualización de la semántica hasta la distinción de los estratos (griego, germánico, etc.), desde una clasificación más rigurosa de los lemas y de las formas derivadas hasta una mayor apertura a los datos de la onomástica y un índice onomasiológico y conceptual más detallado, que permita la reunión de todos los significantes bajo la noción correspondiente, además de un índice perfeccionado de las formas de acuerdo con la fonética, la morfología (sufijos y prefijos), la onomástica, la semántica, la etimología.

En verdad, los principios y las técnicas inspiradoras del nuevo REW han sido ya copiosamente aplicados en el que con todo derecho puede considerarse el m á x i m o diccionario etimológico existente, es decir, el FEW de Wartburg, obra tanto más colosal si se piensa que, en gran parte, se debe al esfuerzo de un solo hombre, comenzada a publicar en 1928 (después de más de 15 años de preparación) y sustancialmente concluida en 1969 con un conjunto de 21 volúmenes: después de esta fecha han salido partes de materiales no clasificables y de una reedición del volumen I, que deberían completar definitivamente la obra con 25 volúmenes. Guiraud señala cómo en este monumental repertorio se ha transfundido ampliamente la doctrina lingüística y etimológica del autor: la desmesurada cantidad de material, literario y dialectal, de t o d a el área galorrománica está clasificada en lemas que reproducen la base, según las derivaciones sucesivas y distinguiendo entre elemento popular y elemento culto. Verdaderas *summulae* histórico-etimológico-areales están constituidas por el comentario que cierra cada artículo, rigurosamente dividido en material, discusión, notas, donde se encuentra, entre otras cosas, una amplia confrontación del tesoro románico, que convierte al FEW en una obra muy valiosa también para los sectores no estrictamente galorrománicos; de cualquier modo, el mismo Wartburg se refiere a los criterios y objetivos seguidos por él como fusión del método lübkiano con la doctrina presaussuriana, areal

y estratigráfica, propuesta por Gilliéron, concediendo también amplio espacio al principio de la libertad creativa y tratando de recoger todo el material útil de las documentaciones históricas: etimología quiere decir en Wartburg (3.7.1 y 5.1) «historia de las palabras», principio que informa ampliamente la obra, la cual, en efecto, debía estar acompañada, según la intención primitiva, por cierto número de volúmenes de resumen y al mismo tiempo, de comentario, verdadera historia del vocabulario galorrománico desde la latinidad tardía hasta nuestros días. En efecto, la base del FEW está constituida por el largo trabajo de compilación de datos que ocupó al autor durante más de 8 años, trabajo que le permitió establecer una lista de 2500 conceptos (el conocido *Begriffsystem*) a los que referir y en los que clasificar, tanto semántica como etimológicamente, el material. La larga historia de la indagación muestra luego, en el curso de la publicación de los fascículos, el perfeccionamiento de la actitud histórico-lexicográfica, sobre todo el progresivo reconocimiento de la importancia de las documentaciones modernas, en principio infravaloradas para atender casi exclusivamente a las fases antiguas: así, el despojo total de la lexicografía francesa, histórica y dialectal, se une a los datos de los atlas lingüísticos para componer el cuadro más amplio posible, tanto en dirección diacrónica como espacial. Cada artículo del FEW representa, en suma, una gran c l a s i f i c a c i ó n , no sólo cronológico-areal, sino sobre todo por conceptos y por familias formales (esbozos morfosemánticos), tratándose no pocas veces de clasificaciones c o m p r o m i s o r i a s bastante semejantes a las listas de los diccionarios usuales. Su complicada y espinosa historia, pero también los preciosos descubrimientos y los resultados significativos que producen, son ilustrados eficazmente, no sólo por Wartburg, sino también por Baldinger con una serie de ejemplos sacados del trabajo y de la experiencia cotidiana: en la redacción del artículo *malignus*, el material fichado presentaba, entre otras cosas, dos ejemplos franco-provenzales, Hérémence *maleino* 'difícil' y aostano *mâlen, -eina* 'largo de hacer (de cosa)', 'vagabundo, perezoso', 'trabajo incómodo y difícil', que parecían unirse sin más a la expresión popular francesa *c'est bien malin* 'es bastante difícil', de donde, *malin* 'difícil, penoso', vivo en las hablas regionales; en el momento de imprimir, una revisión casual del artículo *latinus* condujo al descubrimiento de formas dialectales del tipo Liddes *mâléno* 'difícil', Evolène *malaingno*, Rhêmes *moleang*, aostano *mâlen, -eina*, dentro de un *corpus* que daba el tipo *leyno* y variantes en el sentido

de 'fácil, cómodo, suave'; es sabido, en efecto, que en la Italia septentrional y en el área francoprovenzal están vivos los continuadores de *latīnus* en este sentido ('fácil de comprender, como lengua propia'), cfr. por lo demás, también en el italiano literario *latino* 'cómodo, fácil' en Dante, *Par.*, III, 63; en conclusión, todos los ejemplos aducidos deben proceder de un **male latīniu(m)* 'incomprensible, dificultoso', resultando la conexión con *malignus* puramente ilusoria. La enorme cantidad de material estudiado en el FEW parecería poner una losa definitiva sobre el estudio histórico-etimológico-lexicográfico del francés, si no fuera que este dominio es sumamente rico en documentos, y también bastante amplio cronológicamente, abarcando ya un milenio de historia; las continuas publicaciones de textos y repertorios de todo género imponen, por ello, no sólo una actualización y una revisión —destino fatal de toda obra— sino, más bien, la división en ámbitos más reducidos y homogéneos, más dominables para especialistas: a esta exigencia responde, en efecto, el proyecto, ya en marcha desde hace poco, de Baldinger, que se propone ilustrar el léxico francés desde los *Juramentos de Estrasburgo* hasta mediados del siglo XIV. Entre las demás excelentes ilustraciones de dominios románicos particulares, podemos citar, en fin, la castellana de Corominas [posteriormente ampliada a todo el mundo hispánico por Corominas-Pascual], y la sarda de Wagner (7.1.3).

7.1. Innovaciones metodológicas y técnicas

7.1.1. En sustancia, la metodología del diccionario etimológico es aún terreno cultivable y capaz de producir bastantes novedades: en el fondo de esta convicción está, ciertamente, la aceptación del principio de la etimología como historia de las palabras, por un lado, y, por tanto, la c o n v e r g e n c i a de los criterios histórico y etimológico en la redacción del diccionario; por otro, la noción de sistema y familia léxica, por la cual la evolución de un término en el seno de su propia familia está determinada en gran medida, más regular que excepcionalmente, por la colisión con otras familias similares por el sonido o por el sentido.

La exigencia de una etimología históricamente proyectada hasta el límite extremo del conocimiento se advierte sobre todo en Devoto, que critica la tradicional actitud de los romanistas (y de los compiladores de diccionarios etimológicos de lenguas modernas) de hacer remontar el punto de partida a la base latina sin preocuparse de lo que hay detrás, es decir, de la larga y compleja interacción de corrientes lingüísticas e históricas que han acabado por configurar la unidad que conocemos precisamente con el nombre de latín: si para un término onomatopéyico o elemental, un préstamo o una palabra culta podemos contentarnos con la base, convenientemente ilustrada, para las palabras que tienen una tradición ininterrumpida *la salida de la cárcel románica es indispensable,* pues no se puede concebir la interrupción arbitraria de un proceso histórico continuo del que, si la palabra moderna es el indiscutible punto de llegada, el de partida puede muy bien buscarse en la raíz indoeuropea y en su compleja evolución o bien en el crisol «mediterráneo» (bastante mal conocido, por otra parte) con que se etiqueta preferentemente el filón no indoeuropeo en el latín. La *imagen plástica de esta nebulosa primitiva,* por seguir usando palabras de Devoto, se actualiza y toma forma en el *estrechamiento* del latín como lengua de Roma, para dispersarse luego nuevamente en la difusión de éste en el mundo occidental. Un nuevo estrechamiento, el florentino-toscano (fundamento histórico de lo que entendemos por «italiano») o en todo caso a nivel de dialecto neolatino, y la sucesiva normalización italiana completan la historia de la palabra hasta nosotros: así, italiano *palese* se define no sólo como derivado del latín *palam* 'a la vista de todos, abiertamente', con el sufijo *-ese,* sino precisamente a través de *palam* proyectado a un estadio anterior, donde se encuadra esta forma petrificada (del mismo modo que *clam* 'a escondidas', raíz de *celāre*), de un tema de la raíz indoeuropea **pelā-* que reaparece en el latín *planus* (de donde la remisión a *piano*) con una correspondencia evidente en el área eslava; y se remite finalmente a los corradicales *palma* y *plaga*; italiano *mare* es evolución del latín *mare,* palabra indoeuropea que significaba

'laguna', propia de áreas centro-occidentales, mientras que en el sudeste prevalece el tipo **selos* 'pantano' (vid. el griego *hélos,* indio antiguo *sáras-* 'espejo de agua'); *grano* es el latín *granu(m),* palabra bastante antigua *(*gerē-),* que en las áreas noroccidentales significa precisamente 'grano' (cfr. alemán *Korn*) y en las sudorientales 'seco, viejo' (griego *gérōn* 'viejo'), por un contraste ambiental que en las zonas húmedas asocia la noción de 'secar' a la de 'madurar', y en las áridas a 'envejecer, ajarse', it. *piovere* 'llover' es el latín vulgar **plovĕre,* evolución del clásico *pluĕre,* de **pleu̯-* 'batir el agua (con el remo)', cfr. en griego 'navegar' *(pléō),* en sánscrito 'desbordar', todavía en griego 'lavar' *(plýnō)* y en germánico, con ulterior ampliación morfológica, 'correr, fluir' (alemán *fliessen*): está claro, por tanto, que la fijación del valor latino gira en torno a la percepción del 'chaparrear', sugerida indudablemente por el carácter violento de las lluvias mediterráneas; finalmente, italiano *prèsule* es voz culta, del latín *praesul, ŭlis,* compuesto de *prae* 'delante' y un derivado de *salio* 'levantarse, saltar encima, bailar' < **sel-: praesul* era en su origen el primero de los sacerdotes, el que iniciaba la danza sagrada, cfr. *saliare (carmen)* 'danza sagrada' y, para la formación, italiano *console,* latín *consul, ŭlis,* y *èsule* 'exiliado', latín *exsul, -ŭlis* 'el que se levanta para irse *(ex)*'. La idea de Devoto, por otra parte, opera ya plenamente, aunque con criterios técnicamente invertidos (partir de la raíz indoeuropea, o de la base más antigua posible para llegar a las lenguas europeas modernas), en Grandsaignes d'Hauterive.

7.1.2. Picoche afronta orgánicamente el problema, enumerando una por una las cuestiones, tanto técnicas como metodológicas, las cuales, por otra parte, ejercen un influjo recíproco mucho mayor de lo que se podría creer a primera vista; se trata, en efecto, de:

1) establecer el número y el tipo de las palabras que deben estudiarse, es decir, hasta qué punto ampliar los términos técnicos, arcaicos, jergales, dialectales, regionales, los neologismos, lo cual

implica el problema de definir concretamente la propia elección de la «lengua» o del sistema;

2) establecer el modo de presentar los resultados dando preferencia al material documental o a una reseña crítica de las soluciones propuestas;

3) superar el criterio exageradamente lineal de la relación entre una palabra y *un* étimo, como requiere la concepción del diccionario dedicado a una lengua: el ejemplo devotiano, por un lado (con la prehistoria del vocablo), y, por otro, el del FEW (diccionario no sólo del francés, sino de todas las hablas galorrománicas) constituyen una prueba eficaz de esta exigencia;

4) la clasificación del material en un orden que no sea únicamente el alfabético, cómodo pero arbitrario, sino que constituya un principio de agrupamiento morfosemántico: el sistema usado hasta ahora es sobre todo el de las remisiones, que, técnicamente, es más bien primitivo, mientras que últimamente la misma Picoche ha intentado su perfeccionamiento, ordenando los materiales bajo las bases más posiblemente generales (una especie de «macrosignos») y distinguiendo gráficamente, en primer lugar, el sistema de todas las demás bases relacionadas y, luego, el de los derivados vulgares (separando el filón popular del culto): si, por ej., se busca el origen de *gigantomachie,* habrá que consultar el artículo *géant* 'gigante', al que se llegará a través del índice de las palabras, éste sí, naturalmente, redactado en orden alfabético. El lema *main,* después del étimo del latín *manus* y otras observaciones, enumera las bases relacionadas 1) *manĭca,* 2) *mandāre* < *manum darē* 'confiar, fiar', 3) *manceps,* 4) *mansuētus,* 5) *mancus,* 6) *manipŭlus,* enumerando, por tanto, 28 tipos de derivados, desde *main* (*mainmorte, mainmise,* etc.) a *manette, manade, manigance* (dialectal), *manche, manière, biman, quadruman, demander, commandite,* hasta *commando*; *mais* 'pero, más' (< latín *magis,* de una raíz indoeuropea **meg-/mag-* 'grande', cfr. *magnus, maximus, magister*) está dividido en tres series de derivados, la popular (cfr. *(ja)mais, maire, maître, mistral, miss,* término inglés abreviación de *mistress*

'señora' < francés antiguo *maistresse*), la l a t i n a , con *magne-, magnifique, magnot, magistral, maxime, majeur, majesté, majuscule,* y, finalmente, la g r i e g a , cfr. *még(a)-, mégalo-, mégalithe, mégalomanie,* etc.; cada artículo parece realizar, de este modo, un auténtico sistema p a n c r ó n i c o , que reúne el estado actual con el conjunto innumerable de las distintas evoluciones históricas;

5) la conexión de la documentación (sobre todo cronólogica) con los factores sistemáticos (integración del término en el propio sistema contemporáneo) de modo que se justifique la continuidad y la evolución; los factores que determinan esta última, según Wartburg, son, en efecto, parte integrante de la etimología;

6) por último, aclarar la n o c i ó n misma del diccionario (vid. 4), aceptando definitivamente la noción de estructura léxica definitiva a través del tiempo y llevando a cabo su descripción a través de una introducción metodológica (constitución del diccionario en cuestión, lineamientos de gramática histórica de la lengua, formación de la palabra), un inventario del léxico por campos semánticos, un cuadro de las estructuras morfosemánticas.

Un diccionario etimológico verdaderamente completo, naturalmente, debe ser también c r í t i c o en el sentido que Corominas da al título de su obra, es decir, presentar en cada artículo la discusión del étimo propuesto, siguiendo paso a paso la investigación relativa al término en cuestión, a fin de aclarar su *status* real y no producir la errónea opinión de que las propuestas etimológicas son una especie de iluminación carismática que no admite réplica, mostrando, por el contrario, su carácter perfectamente probabilístico (que no quiere decir aleatorio); por lo demás, Corominas mismo ha querido acompañar la obra mayor con una especie de *editio minor* (1961), que aporta la documentación esencial con rapidísimas notas explicativas (pero no sin alguna novedad crítica) y que quiere satisfacer así el deseo de manejabilidad. Por otra parte, un diccionario histórico y etimológico no puede prescindir del criterio a r e a l , especialmente en los dominios que son ricos veneros de materiales dialectales: el FEW es buen intérprete de esta exigencia,

sobreentendiendo un principio que no parece estar muy presente en la lingüística actual, pero que él profundiza en la dirección justa: el de la importancia del léxico para llegar a ver mejor las diferencias y las particiones históricas entre los distintos dialectos, principio que, naturalmente puede, aplicarse (como, en efecto, se ha hecho) también a campos extrarrománicos, a partir del ámbito indoeuropeo, según la intuición explícitamente profesada por Wartburg de que una definitiva clasificación de la Romania no podrá prescindir últimamente de la historia del vocabulario. Lo cierto es, en todo caso, que una obra fiel a todos estos principios (etimología proyectada en el tiempo, clasificación morfosemántica del material, documentación crítica, consideración areal) está aún lejanísima, quedando claro que, dadas las diversas exigencias, teóricas y prácticas, a las que todo diccionario responde en realidad, esta convergencia de criterios resultaría en muchos casos superflua.

7.1.3. También para Kirparsky el diccionario ideal sería una obra al mismo tiempo histórica y etimológica, que contuviera todas las documentaciones, todas las tentativas de explicación y una fraseología abundante, en suma, una colección de monografías sobre todas las palabras de una lengua. Dado que este designio resulta prácticamente irrealizable, es natural que todo trabajo de este tipo se incline a soluciones de compromiso, las cuales, sin embargo, se deben, en realidad, mucho menos a las limitaciones concretas que hemos observado que a los objetivos perseguidos y a los criterios básicos concebidos por cada autor: el *Avviamento* de Devoto, del que hemos hablado más arriba, es, en efecto, el resultado de las convicciones teóricas del autor en esta materia y, consiguientemente, presenta al público de los estudiosos y de las personas cultas un cuadro determinado, que refunde y ordena los resultados de decenios de especulaciones etimológicas en el campo indoeuropeo y en el románico, y también en ámbitos afines; es claro, sin embargo, que en un diccionario que se propusiera la ilustración de todo el material dialectal italorrománico conocido, como el proyectado por Pfister siguiendo el modelo del FEW, o en un repertorio de un dominio dialectal aislado, aquella visión proyectiva resultaría relativamente pertinente para su obje-

to, mientras que serían de la máxima importancia las implicaciones a r e a l e s en las que también Devoto se apoya ampliamente.

Cuando se pasa a la realización práctica, es necesaria, por tanto, una clara limitación de postulados, que, sin embargo, en la selección, en el equilibrio y en la dosificación de los componentes muestra la mano más o menos feliz del redactor y crea de verdad los presupuestos para una obra no abstractamente perfecta.

7.2. El diccionario histórico-etimológico

7.2.1. Se entiende que los criterios más o menos rígidos que hemos enunciado deben someterse a las necesidades y a los objetivos del redactor de diccionarios etimológicos: no existen, en este sentido, obras totalmente comparables, siendo cada una una fusión irrepetible de elementos diferentes, que engloban la cultura, la ductibilidad intelectual, la apertura erudita, el gusto y los objetivos que se propone el estudioso, por un lado, y las necesidades objetivas, como el destino del trabajo o la dificultad intrínseca del campo de estudios, por otro. Muchos problemas se resuelven, por tanto, e m p í r i c a m e n t e , y a muchos se les aplica el principio del caso por caso, como se desprende de la habitual perspicacia y acribia de Migliorini, que, después de un rápido *excursus* sobre las actitudes etimológicas de la tradición lexicográfica italiana desde la Edad Media hasta el siglo XIX e incluso hasta el XX (actitudes verdaderamente escasas, habiendo permanecido la lexicografía, a pesar de sus grandes méritos, más bien sorda a los progresos de la lingüística), considera, también él, la etimología como historia de la palabra y pone su incomparable experiencia de lexicólogo al servicio de una precisa descripción de aquélla. En otras palabras, no es posible hacer la historia exacta del vocablo sin dominar el conocimiento del vocabulario de las distintas épocas y de los instrumentos de trabajo: el sustantivo técnico *binomio* (siglo XII, > francés *binome,* 1554), de la misma serie de *monomio* y *polinomio,* se interpre-

ta como composición de elementos griegos, en particular con la segunda parte *-nomio,* de *nómos* 'parte, porción'. Sin embargo, todo es inexacto, como muestra incluso la formación con *bi-* (el griego presupondría *di-*): *binomio* es propiamente la traducción del euclidiano *ek dýo onomátōn,* 'de dos nombres', mientras que el latín tardío tenía el adjetivo *binomĭnis* 'id.', traducción del griego *diónymos*; una falsa lectura de éste, *binomius,* en un pasaje de Paulo el Diácono, pasó a los glosarios medievales, originando así la expresión técnica, en el período en que se desarrolló con fuerza en Italia la especulación matemática; *monomio* y *polinomio,* éstas sí formaciones helenizantes, son posteriores en varios siglos. Se trata, en sustancia, de seguir la evolución del término examinado en sus etapas esenciales, necesarias para comprender plenamente todos los desplazamientos, tanto formales como semánticos: si una apelación generalizada a la etimología «profunda» o prehistórica puede resultar superflua y técnicamente complicada, a veces serán necesarias aclaraciones en este sentido, con el fin de cotejar exactamente dos sistemas históricos opuestos, el de partida y el de llegada. El italiano *ab(b)ominare* es voz culta, del latín *abomĭnāri,* con lo que se establece una relación indudable entre *x* e *y,* relación que, sin embargo, resulta bastante más clara si se especifica que el término latino significaba 'rechazar con horror como mal presagio', al estar compuesto de *ab* y de un derivado de *ōmen, -ĭnis* 'augurio, presagio'.

7.2.2. El problema técnico-metodológico es, pues, bastante apremiante en lo que atañe a la posición de la etimología en los diccionarios históricos e histórico-etimológicos: las cuestiones propiamente lexicográficas y lexicológicas se entrelazan inextricablemente con las relativas al origen y a la evolución del vocablo o de la familia léxica examinada, teniendo siempre en cuenta que un diccionario es un instrumento de trabajo, es decir, un repertorio de hechos, más o menos eficazmente clasificados y descritos, y no una obra dedicada explícitamente a la teoría lexicológica o etimológica. En este punto, sin embargo, parece claro que un diccionario estricta-

mente etimológico no tiene sentido, ni tiene sentido pleno un diccionario histórico en que la etimología constituya una sección adicional, una rúbrica especial o un elemento particular de cada artículo: el auténtico diccionario es, al mismo tiempo, histórico y etimológico, aunque sea con las diversas formas e intensificaciones a que nos hemos referido, precisamente porque no es posible evitar, a pesar de las aperturas más estrictamente lingüísticas y estructurales, la recurrente sugestión de la historia del término: de Tollenaere ilustra convincentemente esta exigencia, sometiendo a una crítica sutil las distintas realizaciones conocidas, que, en efecto, muestran hasta ahora, incluso las más amplias, como el FEW, cuya clasificación no es propiamente ni estructural ni cronológica, una evidente imperfección de la síntesis entre las dos exigencias. La etimología no está plenamente integrada en los léxicos históricos, ya que los repertorios se conciben, en general, con criterios estrictamente formales y no realizan aún la fusión de todos los factores (tiempo, espacio, *milieu* lingüístico y cultural, semántica) que permiten colocar un vocablo en su sistema a través de una ininterrumpida sucesión histórica de sistemas lingüísticos y, por tanto, también léxicos. De aquí la distinción entre una etimología e x t e r n a (histórico-formal, que vincula, por ej., al italiano con el francés y con las lenguas románicas, luego con el latín y, desde éste, con las lenguas indoeuropeas) y una etimología i n t e r n a , que equivale precisamente a historia de la palabra en el p r o p i o sistema y es la que se une más íntimamente con el concepto de diccionario histórico.

Está claro que la noción de interno es variable en el tiempo, en proporción directa a la amplitud de los documentos conocidos: para las fases antiguas de una lengua, será absolutamente necesario recurrir a la comparación con las lenguas más afines, dada también la relativa diferenciación recíproca en aquel momento y la escasez general de datos; así, un término como el neerlandés *velg,* alemán *Felge,* inglés *felloe, felly* 'aro de la rueda', difícilmente podrá explicarse con los datos de cada lengua sólo, pero se torna más penetrable con la comparación: es decisiva a este propósito la ayuda de

la glosa del alto alemán antiguo *inflexa ungafalgan (< *ungifolgan),* forma de participio pasado que presupone un verbo, por otra parte no documentado **felhan/*felgan* 'plegar', lo que concuerda perfectamente con el sentido de *felloe* 'pieza de madera curvada para hacer el aro de la rueda'; para quien quiera ir más lejos, con una justificación mayor, la relación que se puede establecer entre un **k'(k)* indoeuropeo y un germánico *gh/ch* permite la confrontación con el sánscrito *párśu-* 'costilla, podadera' (donde *ś* representa exactamente la evolución de la *k'* palatal). Avanzando en el tiempo, sin embargo, la masa de los documentos ofrece al lexicógrafo toda una serie de datos, útiles, y a veces necesarios, para la etimología, que el etimólogo en sentido estricto, que no sea, como sería deseable, también filólogo, no tiene a mano. Esto, si hace indiferible la unión de las dos actitudes en el etimólogo no propiamente comparativista (y, en realidad, también en éste), permite comprender cómo no faltan en las obras, tanto lexicográficas como etimológicas, auténticas «perlas», o sea, tratamientos de palabras inexactas o totalmente i n e x i s t e n t e s , debidas precisamente a un escaso filtro filológico: un ejemplo de término fantasma es el neerlandés *vat* 'verraco', que algunos diccionarios incluyen, mientras que el diccionario histórico neerlandés lo elimina; también Spitzer se burla abiertamente de los diccionarios etimológicos que han conseguido explicar términos inexistentes. Prati (1960) y Migliorini (1961) desentierran mucho material de este tipo: los diccionarios, especialmente los anticuados, son filones de formas equivocadas y fantasiosas, que a menudo se imponen en el uso corriente, como *basalto* y *collimare* 'acordar', debidos simplemente a lecturas equivocadas del griego *basanítēs* y de *collineare; canga* (por *cangia,* barca egipcia) es una invención del mismo tipo, recogida por D'Annunzio, gran saqueador de repertorios antiguos, y registrada en el Palazzi; el *navigare alla rangèa,* dado por muchos diccionarios, se ha entendido como 'navegar en fila' (francés *rangée*), cuando en realidad es *navigare alla raugèa* 'al estilo de los Raguseos'; a través de Tagliavini rescatamos, en cambio, el caso de transcripciones equivoca-

das en los mapas —hecho no raro—, como por ej. en el véneto *Colle Sei,* en realidad un *Colesei,* plural de *colesèl* 'cerrito, colinita'. Un hecho insidioso, en sentido contrario, es el que induce a derivar los significados directamente del étimo, verdadero o supuesto: así, la Crusca define impropiamente el *albagio* (siglo XII) 'paño ordinario llamado así por ser blanco', basándose en la conexión con el latín *albus* (étimo mantenido aún en el *Vocabolario* de la Academia (1941)), cuando se sabe que esta voz, cfr. corso *albagiu,* sardo *arbaci, orbaci,* siciliano *abbraciu,* toscano *albacio, albascio,* (italiano *orbace, orbaccio*), designa un paño oscuro o n e g r o , hecho con lana de ovejas negras (o blancas, convenientemente teñida) y viene del árabe *albazz* 'tela fina'; *pilòta,* antiguo *pedoto,-ta* (siglo XIV) tiene el sentido moderno de 'conductor, guía', pero en su origen era 'guía de la nave a la entrada de puertos', y se ha establecido su etimología según el primer sentido sobre un latín **pēdota* < griego bizantino *pēdótēs* < *pēdón* 'timón'.

En definitiva, sin embargo, etimología y clasificación semántico-cronológica de los términos son inseparables en un diccionario, como ya había intuido Grimm al afirmar que la etimología es «la sal y el condimento del diccionario» y, con las debidas precauciones, la multiplicidad de las formas históricas es a menudo decisiva para establecer un étimo correctamente, y a su vez el étimo permite precisar y completar la definición semántica: una etimología que quiera ser una historia o incluso una b i o g r a f í a de la palabra (Baldinger) no puede prescindir del conjunto de las documentaciones, de las dataciones, de los matices semánticos y estilísticos, para configurarse como punto final del análisis lexicológico (Malkiel).

7.2.3. Este concepto ampliamente cultural de la etimología penetra hoy también en la cultura media, con la renovada atención dedicada a la nota etimológica de los diccionarios de amplia consulta: aparte, en efecto, del desenfreno pseudoetimológico de los repertorios decimonónicos, del que ni siquiera está libre una obra como la de Tommaseo, y después de un período de olvido a caballo entre los siglos XIX y XX (en el que la escuela

de Fanfani, contrario a la etimología, marca la escisión entre lexicografía y lingüística), la etimología se introduce de nuevo en la lexicografía italiana a través sobre todo de la obra del primer Zingarelli (1922) (no muy segura, por otra parte, en este sentido, aunque el autor fuese filólogo románico, y no de los menores) y de Migliorini (1945), hasta las refundiciones y las reelaboraciones actuales, que han producido diccionarios dotados de aparato etimológico más o menos notable: Garzanti (1965), Devoto-Oli (1967), Zingarelli (1970, 1983), Battaglia, GDLI (1961 ss.) y otros.

En lo que se refiere a las condiciones de los diccionarios propiamente etimológicos en Italia, debemos recordar también un hecho realmente bastante curioso, y es que, hasta 1950, no había entre nosotros un diccionario científicamente aceptable, siendo del todo insuficientes las obras de Zambaldi (1889), Pianigiani (1907) y Levi (1914): a partir de entonces han aparecido hasta cinco obras, todas dignas de respeto, unas por un motivo otras por otro, y provistas de su propia originalidad: Migliorini-Duro (1950), Prati (1951, VEI), Battisti-Alessio (1950-57, DEI), Olivieri (1953), Devoto (1967); y ahora Cortelazzo-Zolli (DELI, 1979 ss.) y Pfister (LEZ, 1979 ss.). Zolli examina en particular tal estado de cosas, repasando críticamente las características de las obras existentes y explicando los criterios perfeccionadores e innovadores a que debe atenerse un nuevo repertorio. Todos los diccionarios citados son, en efecto, ampliamente perfectibles, incluso el DEI, que por la amplitud de su información y por la seguridad de su método constituye una obra ciertamente insigne: aparte, en efecto, de algunos excesos, como el recurrir demasiado a la noción de s u s t r a t o prelatino y «mediterráneo», que por otra parte es una herencia de la escuela lingüística italiana de la primera mitad de este siglo, el DEI tiene el mérito de haber intentado por primera vez un encuadramiento cronológico (y también areal), sufriendo en cambio una carencia general en cuanto a aparato crítico-bibliográfico, que, por el contrario, constituye un mérito no pequeño del VEI, sobre todo teniendo en cuenta sus reducidas proporciones. Por otra parte, los notables progresos realizados mientras tanto en la lexicología y en la etimología italiana hacen verdaderamente deseable un trabajo puesto al día, tanto en el método como en los datos y en los materiales; en este sentido una profundización de los léxicos técnicos —bastante poco estudiados—, una valoración exacta de los términos dialectales, tanto de los ya establecidos en la lengua como de los que son necesariamente asumibles como origen de los documentados literariamente (muchos

elementos extranjeros pueden por ej. entrar a través de los dialectos, cfr. el conocido caso del veneciano *arzanà* > *arsenale* y del genovés *dàrsana,* ambos < árabe *dār aṣ-ṣinā'a* 'casa del trabajo, fábrica'): los dialectos son bastante valiosos en este sentido porque no pocas veces proporcionan documentaciones anteriores, permitiendo valorar con más exactitud la penetración de ciertos términos regionales o extranjeros; las voces de origen francés *completto, croccante, galoppino* tienen precisamente la primera documentación dialectal bastante anterior a la italiana. La documentación constituye aquí, por tanto, el objetivo fundamental del intento, coincidiendo singularmente con los criterios de etimología «interna» proclamados por de Tollenaere: las variantes formales, su exacta colocación en el tiempo y en los autores (en los usos en general), el razonado aprovechamiento de los textos latinos medievales, la protohistoria del término (por ej. *massacro,* que se difunde en el siglo XVIII, pero tiene una primera documentación, explícitamente señalada como galicismo, en 1572), la fortuna o el declinar de una voz *(spezieria ~ farmacia, dagherrotipo ~ fotografía, maggiorità ~ maggioranza),* mayor espacio a las locuciones y, en fin, el debido aparato crítico-bibliográfico constituyen en este sentido los parámetros esenciales de un *corpus* etimológico moderno y actualizado. Algunos ejemplos, tomados también de Zolli, servirán para ilustrar el sentido de tales modificaciones y concepciones: el adjetivo *cispadano* es remitido por el DEI a un latín *cispadānus,* que de hecho no está atestiguado; correctamente Devoto lo etimologiza como compuesto de *cis-* y *padano,* pero es necesario precisar que siguiendo el modelo de *cisalpino* y *transpadano,* que propiamente tienen un étimo latino; así *spallone* 'portador de mercancías de contrabando', registrado por Panzini (1905) es remitido en general a *spalla,* sin tener en cuenta que se trata de un dialectalismo lombardo, *spallon, -un,* documentado desde 1814; y el típico veneciano (y nororiental) *sèssola* 'pala de madera para achicar el agua de la barca' (conocido desde el siglo XVI) se halla atestiguado en latín en un registro penal de Torcello (Venecia) de 1290.

8. CONCLUSIONES

8.0. El m i t o de la etimología es, pues, una c o n s t a n t e en la historia del entendimiento humano. Como todos los mitos, éste alude a una necesidad de conocer y representa la síntesis de una intuición, pero lleva también consigo la trivialización y el disfrazamiento de su exigencia primaria.

Esto explica por qué la historia de la etimología está indefectiblemente marcada por un escepticismo siempre acre y recurrente, que no sólo se identifica con el rechazo instintivo de quien es y se siente ajeno a esta especulación, sino que encuentra terreno abonado incluso dentro del campo específico de intereses y de estudios, partiendo en general de la crítica a los fundamentos epistemológicos de la disciplina lingüística y generalizando, a veces de un modo demasiado drástico, sus conclusiones. Todo esto determina en algunos casos una situación curiosa, por la que, a la recurrente y nunca apagada sed etimológica del público culto y semiculto se contrapone el escepticismo interno de los técnicos, que acaban por negarse a la confrontación sobre el tema específico, confrontación que exigiría, por el contrario, una participación plena de los que dominan la materia, al menos por un inaplazable objetivo de educación científica y cultural. En efecto, el hábito etimológico, está, como decíamos, bastante extendido, especialmente como complemento y dato

auxiliar en una serie de obras no especializadas y destinadas al público medio y medio-alto; si, en algunos casos, el tratamiento alcanza un nivel bastante digno, en general nos hallamos frente a penosas compilaciones, tanto más graves cuanto más directamente contribuyen a sembrar en la cultura media convicciones absolutamente falsas y engañosas. Si, por consiguiente, el escepticismo «interno» es justificable y en sí mismo precursor de renovación, el «externo» está alimentado precisamente por la exageración diletantista de la práctica etimológica y por el espacio que se le concede en la vida intelectual o paraintelectual de nuestro mundo. Nótese bien, por lo demás, que esto sucede no sólo en la época fabulosa, suscitando la mordaz ironía volteriana o el más calmado, aunque no por ello menos explícito, juicio de Brosses:

> Un étymologiste doit s'attendre sur le seul titre à être peu favorablement jugé de la plupart des gens,

significativamente citado en el encabezamiento del libro de Guiraud; también en la época científica, después del siglo XVIII, la fallida o imperfecta penetración de ciertas novedades en la instrumentación y en la cultura media ha tenido el efecto desastroso de perpetuar, si no de hacer incluso más aguda, la desconfianza de no pocos con relación a varias ciencias en el caso particular de la etimología: la *Ricetta per gli etimologisti* de Belli (1835), modernizada, como observa oportunamente Migliorini-Duro, con las nociones de sánscrito y céltico, representa aún eficazmente una postura determinada.

Así pues, más que nunca es lícito dudar de la muerte de la mitología etimológica: en efecto, como ya señalaba Goethe, todos, por el hecho de hablar, creen poder hablar sobre la lengua (se diría que el lenguaje implica un metalenguaje correspondiente); y las cosas no habían cambiado mucho en pleno siglo XIX, como se deduce del conocido pasaje de Ascoli (procedente de 1867) encaminado, por lo demás, a combatir las exageraciones y las deformaciones de tipo abstractamente neogramático:

> La etimología se convirtió en ciencia. Sigue habiendo quien mueve negativamente la cabeza al oír tales afirmaciones; pero si la pertinaz incredulidad no es, en el fondo, otra cosa en nuestro caso sino una presuntuosa ignorancia, no deja de ser verdad que entre los promotores de nuestra disciplina comparativa hay quien exagera un poco, si no la medida, sí, al menos, el modo de la seguridad que hay en sus procedimientos, y contribuye, quizá, con este celo excesivo, a mantener vivas las seniles desconfianzas. Así, estos incautos encomiadores hablan con frecuencia de normas inexorables, invariables, impreteribles, inscritas en las correspondencias fonéticas entre lengua y lengua, como si se tratase siempre de la única y exclusiva fórmula A = B, y el fácil fruto de la fonología comparada pudiera traducirse por completo en una especie de tabla pitagórica o de brújula de las lenguas. Lo cual es bien diferente de la verdad.

Pero la agudeza de Ascoli, que lo lleva a combatir resueltamente en los dos frentes de la disciplina, comprendiendo las nefastas consecuencias de un método estérilmente inflexible, no basta para convencer a todos de la bondad de los criterios lingüísticos exentos de propensiones subjetivas o de premisas ideológicas y, por ello, unánimemente aceptables *por el gran jurado del sentido común*; entre los que movían negativamente la cabeza estaban Pietro Fanfani y Costantino Arlìa, conocidos lexicógrafos y puristas, que llegaban a afirmar: *Tratándose de etimología, es sabido que cada uno puede exponer su propia opinión, y creerla verdadera* (Fanfani-Arlìa, sub voce *mafia*), haciendo eco de modo más expeditivo al agustiniano *ut somniorum interpretatio, ita verborum origo pro cuiusque ingenio iudicatur*. Podríamos decir, entonces, que, allí donde perdura el mito, es necesaria la ciencia, incluso si queremos restringir nuestra disciplina a un ámbito educativo y normativo: por otra parte, la etimología científica es en sí misma innegablemente un «conocer», técnico e histórico; aunque sea verdad que sus características irrepetibles, las cuales implican simultáneamente al sistema lingüístico en su más variada articulación y a los múltiples aspectos de la historia en sus componentes documentales, filológicos, técnicos,

culturales y sociológicos, hacen de ella una *ars* de complejidad particular, a caballo entre distintas disciplinas: en el centro de ellas, sin embargo, permanece siempre inamovible el hombre, en su doble y convergente actitud de sujeto hablante y de miembro de una sociedad.

9. BIBLIOGRAFÍA

9.0. General

9.0.1. En materia etimológica, la bibliografía es, naturalmente, de amplitud extrema, aunque se resienta de las características atípicas de la disciplina: en efecto, junto a una cantidad imponente de investigaciones monográficas, dedicadas a dominios lingüísticos y campos léxicos enteros o a determinadas familias, cuando no a palabras aisladas, y junto a un número no despreciable de artículos programáticos y metodológicos, salta a la vista la pobreza general de manuales dedicados explícitamente a la etimología.

Ésta, en efecto, como ya hemos podido observar, suele tratarse en los manuales de introducción al estudio de la lingüística, particularmente en los que se ocupan sobre todo de la lingüística histórica y comparativa por ej. R. Anttila, *An Introduction to Historical and Comparative Linguistics,* New York, Mac Millan, 1972, que constituye la síntesis más actualizada y ágil sobre el tema; sigue siendo clásico L. Bloomfield, *Language,* London, Allen & Unwin, 1935, y cfr. también L. H. Gray, *Foundations of Language,* 2.ª ed., New York, Mac Millan, 1950, como también debe considerarse clásico H. Paul, *Prinzipien der Sprachgeschichte,* Halle, 1880 (8.ª ed., Tübingen, Niemeyer, 1968), síntesis insuperada de la neogramática. Todavía conservan su valor los textos de A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale,* Paris, Champion, I, 1921; II, 1936, y *La méthode comparative en linguistique historique,* Oslo, H. As-

chenhoug and Co., 1925, además del denso opúsculo de G. Devoto, *I fondamenti della storia linguistica,* Firenze, Sansoni, 1951; pero en los últimos decenios el progreso ha sido impetuoso también en este campo, prueba de ello son las obras que citamos aquí entre tantas otras, W. P. Lehmann, *Introducción a la lingüística histórica,* Madrid, Gredos, 1969 (trad. esp. del original inglés *Historical Linguistics. An Introduction,* New York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1962); H. Hoenigswald, *Language Change and Linguistic Reconstruction,* Chicago, University of Chicago Press, 1960; A. Martinet, *Economía de los cambios fonéticos,* Madrid, Gredos, 1974 (traducción esp. del original francés, *Économie des changements phonétiques,* Berna, Francke, 1955); W. P. Lehmann and Y. Malkiel (editors), *Directions for Historical Linguistics,* Austin, The University of Texas Press, 1968, hasta la síntesis de los enfoques generativos en R. D. King, *Linguistica storica e grammatica generativa,* intr. de S. Scalise, Bologna, Il Mulino, 1973 (trad. it. del original inglés, *Historical Linguistics and Generative Grammar,* Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall Inc., 1969). En cuanto a los manuales de lingüística general, citaremos sobre todo a F. de Saussure, *Curso de lingüística general,* trad., prólogo y notas de A. Alonso, Buenos Aires, Losada, 1945 (trad. esp. del original francés, *Cours de linguistique générale,* Paris, Payot, 1916); E. Sapir, *El lenguaje. Introducción al estudio del habla,* México, Fondo de Cultura Económica, 1971 (trad. esp. del original inglés, *Language,* New York, Harcourt, Brace & World, 1921); F. P. Dinneen, *An Introduction to General Linguistics,* New York, Holt, Rinehart and Winston, 1967; Bloomfield cit.; J. Lyons, *Introducción en la lingüística teórica,* Barcelona, Teide, 1971 (trad. esp. del original inglés, *Introduction to Theoretical Linguistics,* Cambridge, 1968); A. Martinet, *Elementos de lingüística general,* Madrid, Gredos, 1972 (trad. esp. del original francés, *Éléments de linguistique générale,* Paris, Colin, 1961[2]); dos amplias *summae* del saber lingüístico, distintas en el planteamiento y en el contenido, son *Le langage* (dirigido por A. Martinet), Encyclopédie de La Pléiade, vol. XXV, Paris, Gallimard, 1968 y O.

Ducrot-T. Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1974 (trad. esp. del original fr., *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage,* Paris, Ed. du Seuil, 1972), mientras que, entre los manuales introductorios de carácter predominantemente histórico y de alta divulgación, mencionaremos los de J. Joyaux, *La linguistica,* Firenze, Sansoni, 1973 (trad. it. —no carente de errores— del original fr., *Le langage, cet inconnu,* Paris, SGPP, 1969); G. Mounin, *Historia de la lingüística desde los orígenes al siglo XX,* Madrid, Gredos, 1968 (trad. esp. del original fr., *Histoire de la linguistique des origines au XX*e *siècle,* Paris, PUF, 1967), véase del mismo autor, *Claves para la lingüística,* Barcelona, Anagrama, 1969 (trad. esp. del original fr., *Clefs pour la linguistique,* Paris, Seghers, 1971[2]); y M. Leroy, *Profilo storico della linguistica moderna,* Bari, Laterza, 1965 (en fr., *Les grands courants de la linguistique moderne,* Bruxelles-Paris, 1963); notable siempre, si bien de consulta no ágil por su extraordinaria cantidad de datos, C. Tagliavini, *Introduzione alla glottologia,* vols. I-II, Bologna, Pàtron, 1969[7], mientras que la obra más vasta, de hecho, de historia de la lingüística, aunque más rica en hechos que en crítica, es H. Arens, *Sprachwissenschaft. Der Gang ihrer Entwicklung von der Antike bis zur Gegenwart,* München, Alber, 1969; un *reading* óptimo e informado es T. Bolelli, *Per una storia della ricerca linguistica,* Napoli, Morano, 1965. De todas formas, el manual ejemplar de la cultura historicista moderna sigue siendo el de W. von Wartburg - S. Ullmann, *Problèmes et méthodes de la linguistique,* Paris, PUF, 1969 (hay trad. esp. de la primera redacción de von Wartburg, *Problemas y métodos de la lingüística,* Madrid, CSIC, 1951), junto a la ágil y original síntesis de B. Malmberg, *Los nuevos caminos de la lingüística,* Madrid, Siglo XXI, 1971[4] (trad. esp. del original sueco, *Nya Vägar Inom Språkforskningen,* Stockholm, 1962).

9.0.2. Para lo referente al mundo indoeuropeo, citemos las síntesis fundamentales de E. Benveniste, *Le vocabulaire des institu-*

tions indo-européennes, vols. I-II, Paris, Éd. de Minuit, 1969, y G. Devoto, *Origini indeuropee,* Firenze, Sansoni, 1962; también la gramática indoeuropea ha conocido en los últimos años renovaciones profundas, para las que remitimos a los manuales de lingüística histórica citados. El lector que quiera profundizar en estos problemas podrá acudir a los siempre óptimos, aunque no al día, A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes,* Paris, Hachette, 1934[7] y V. Pisani, *Glottologia indoeuropea,* Torino, Rosemberg e Sellier, 1961[3] (de este último véase también *Linguistica generale e linguistica indoeuropea. Saggi e discorsi,* Milano, Libreria Editrice Scientifica-Universitaria, 1947); también es notable lectura la de A. Pagliaro - W. Belardi, *Linee di storia linguistica dell'Europa,* Roma, Ed. dell'Ateneo, 1963: de cualquier forma, para profundizar en la cuestión etimológica es indispensable la consulta de O. Szemerényi, *Principles of Etymological Research in the Indo-European Languages,* II. Fachtagung für indogermanische und allgemeine Sprachwissenschaft, Innsbruck, 1972, págs. 178 y sigs., además de G. Devoto, *Scritti minori,* I, Firenze, Le Monnier, 1958, *passim.* Es bastante más amplia, por el contrario, la disponibilidad de instrumentos romanísticos: además del clásico C. Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance,* México, Fondo de Cultura Económica, 1973 (trad. esp. del original it. *Le origini delle lingue neolatine. Introduzione alla filologia romanza,* Bologna, Pàtron, 1972), y de I. Iordan, *Lingüística románica. Evolución. Corrientes. Métodos,* reelaboración parcial y notas de M. Alvar, Madrid, Alcalá, 1967, citaremos el óptimo manual de B. E. Vidos, *Manual de lingüística románica,* Madrid, Aguilar, 1963 (trad. esp. del original *Handboek tot de romaanse taalkunde,* 's- Hertogenbosch, 1956) y, sobre todo para la parte crítico-filológica, E. Auerbach, *Introduzione alla filologia romanza,* Torino, Einaudi, PBE, 29, 1963; síntesis más estrictamente lingüísticas son las de H. Lausberg, *Lingüística románica,* Madrid, Gredos, 1965 (trad. esp. del original al. *Romanische Sprachwissenschaft,* Berlín, W. de Gruyter, 1963) y I. Iordan-M. Manoliu, *Ma-*

nual de lingüística románica, revisión, reel. parcial y notas por M. Alvar, Madrid, Gredos, 1972.

9.0.3. También es amplia la bibliografía sobre la historia de la lingüística entre los antiguos: además de Arens y las demás introducciones citadas, existen numerosas obras de grandísimo empeño y sabiduría, típicos productos de la filología decimonónica, que no han sido superadas y merecerían por ello actualizaciones y traducciones: H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechern und Römern, mit besonderer Rücksicht auf die Logik,* I, Berlin, 1890^2; Th. Benfey, *Geschichte der Sprachwissenschaft und orientalischen Philologie in Deutschland seit dem Anfange des 19. Jahrhunderts mit einem Rückblick auf die früheren Zeiten,* München, 1869; E. Windisch, *Geschichte der Sanskrit-Philologie und indischen Altertumskunde,* I, Strasburg, Trübner, 1917. Para la etimología india, en particular, es fundamental H. Sköld, *The Nirukta: its Place in Indian Literature, its Etymologies,* London-Lund, 1926, mientras que, para el pensamiento griego, debe verse el reciente estudio de W. Belardi, *Problemi di cultura linguistica nella Grecia antica,* Roma, Libreria editrice, 1972, que introduce en esta especulación una novedad significativa de principios y de métodos; para la etimología en particular, cfr. R. Reitzenstein, *Etymologika,* Paulys Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft, Stuttgart, VI, 1 (1907), cols. 807-17, y, del mismo, *Geschichte der griechischen Etymologica,* Leipzig, 1897. Sólo *Crátilo* reúne una compleja bibliografía, cfr. en parte Tagliavini, *Introduzione alla glottologia* cit. (9.0.1), I, págs. 25-6 y 373: para lo que concierne a los romanos, es buena la síntesis de Dinneen, *Introduzione* cit. (9.0.1), además del riquísimo catálogo de R. Klinck, *Die lateinische Etymologie des Mittelalters,* München, Fink, 1970, págs. 188-99. Esta bellísima y exhaustiva monografía es precisamente fundamental para la Edad Media, mientras que, para la época que va desde el 400 al 800, es suficiente remitir a la bibliografía citada en el texto: agudas observaciones sobre el nacimiento del método histórico-

comparativo pueden encontrarse en S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann,* Firenze, Le Monnier, 1963, y *Sul materialismo,* Pisa, Nistri-Lischi, 1970; véase también E. Fiesel, *Die Sprachphilosophie der deutschen Romantik,* Tübingen, Möhr, 1927.

9.0.4. Y llegamos a los manuales expresamente consagrados a la etimología: el más conocido en circulación es el de V. Pisani, *L'etimologia. Storia-questioni-metodo,* Brescia, Paideia, 1967[2], preponderantemente centrado en el dato indoeuropeo, de acuerdo con la experiencia personal del autor, no carente, sin embargo, de notables incursiones en la romanística y en otros dominios; como todos los manuales de Pisani, también ésta es una obra densa y no siempre de lectura fácil. Elegante, agudo y personal, el pequeño volumen de P. Guiraud, *L'étymologie,* Paris, PUF, 1967[2], es, sin embargo, demasiado conciso para poder ser considerado una presentación exhaustiva de un problema tan complejo, así como A. S. C. Ross, *Etymology, with Especial Reference to English,* London, Methuen, 1958, es de tono demasiado técnico y limitado a ciertos aspectos; una mezcla de tratamientos singulares y de problemática general es el volumen misceláneo ruso *Etimologija. Issledovanija po russkomu i drugim jazykam,* Mosca, 1963. En italiano tenemos también el amplio trabajo de G. Alessio (uno de los mayores cultivadores de etimología), *L'etimologia. Storia, problemi e metodo dell'indagine etimologica,* Napoli, 1960, y V. Bertoldi, *L'arte dell'etimologia,* Napoli, Liguori, 1952, que, sin embargo, es de tono indudablemente inferior, tratándose más bien de una recopilación de especulaciones ligadas al ámbito mediterráneo, grato al maestro de Trento, del cual recordamos también «Metodi vecchi e nuovi nella ricerca etimologica», *Archivio Glottologico Italiano,* XXXVI (1951), pp. 1-48 y sus numerosísimos y a menudo fascinantes espigueos monográficos (véase su bibliografía, preparada por M. J. Minicucci, *Archivio Glottologico Italiano,* XXXIX (1954), pp. 20-26). Pasemos a los artículos que hemos llamado programáticos y a los per-

files concisos: R. Thurneysen, *Die Etymologie,* Freiburg im B., 1904; B. A. Terracini, *Enciclopedia Italiana,* XIV (1932), pp. 455-459, con bibliografía; L. Spitzer, «Aus der Werkstatt des Etymologen», *Jahrbuch für Philologie,* I (1925), pp. 129-159; M. L. Wagner, «Betrachtungen über die Methodenfrage der Etymologie», *Cultura Neolatina,* III (1943), pp. 5-26; E. Gamillscheg, «Zur Methodik der etymologischen Forschung», *ZFSL,* 50 (1927), pp. 216-96. Los trabajos que puntualizan al nivel actual la cuestión son, sin embargo, los de K. Baldinger, «L'étymologie hier et aujord'hui», *Cahiers de l'Association Internationale des Études Françaises,* XI (1959), pp. 233-264, y «À propos de l'influence de la langue sur la pensée. Étymologie populaire et changement sémantique parallèle», *Revue de Linguistique Romane,* XXXVII, 147-148 (1973), pp. 241-273; muy importantes son después dos volúmenes misceláneos, el primero *Etymologica,* Tübingen, Niemeyer, 1958, ofrecido a W. von Wartburg por su 70 aniversario, el otro, el número XI (1959) de los *Cahiers de l'Association Internationale des Études Françaises,* que también contiene muchas contribuciones, sobre todo metodológicas (entre ellas las de Baldinger); no es posible finalmente ignorar la fundamental investigación de Y. Malkiel, *Linguistica generale, filologia romanza, etimologia,* Firenze, Sansoni, 1970, que tiene además el mérito de actualizar eficazmente la cuestión. El interés más reciente por la etimología y el intento de renovarla técnicamente —que hasta ahora, a nuestro parecer, no ha producido novedades de relieve— lo ejemplifican J. van Bakel, «Transformational Etymology», *Orbis,* XVII (1968), pp. 435-458, y J. P. Maher, «Etymology and Generative Phonology in Traditional Lexicon: a Study of Latin aqua 'water', aquila 'eagle', aquilus 'dark' and aquilo 'northwind'», *General Linguistics,* II, 2 (1971), pp. 71-98, y «Neglected Reflexes of Proto-Indo-European *pet- 'fly': Greek pétros 'stone' / pétra 'cliff', with Notes on the Role of Syntax (IC Structure) in Polysemy and Semantic Change, and the Situational Motivation of Syntax», *Lingua e Stile,* VIII, 3 (1973), pp. 403-417; y ahora L. Michelena, «Etimología y transformación», *Homenaje a Anto-*

nio Tovar, Madrid, Gredos, 1972, pp. 305-318; O. Lurati, «L'etimologia nella prospettiva interdisciplinare», *Parole e metodi,* 4 de octubre de 1972, pp. 222-242; para lo referente a los aspectos particulares de la etimología, sobre todo la etimología «popular», el libro de R. Bertolotti, *L'etimologia popolare in latino e nelle lingue romanze,* Brescia, Paideia, 1958, es una cuidada selección de materiales; a pesar de la importante bibliografía sobre el tema (cfr. Pisani *cit.,* pp. 196-197), faltan trabajos realmente apropiados sobre este punto, aparte del cit. Baldinger (1973), probablemente por limitación de miras lingüísticas; todavía son autoridad las célebres investigaciones de J. Gilliéron, *La faillité de l'étymologie phonétique,* Neuveville, 1919; *Les étymologies des étymologistes et celles du peuple,* Paris, 1923; *Pathologie et thérapeuthique verbales,* Paris, 1921; *Thaumaturgie linguistique,* Paris, 1923. Otros trabajos dignos de reseña son J. Engels, *Niewere inzichten in de etymologie,* Utrecht, 1955, H. Meier, «Etymologie und Wortbildungslehre», *Romanische Forschungen,* 68 (1958), pp. 1-17, y «Zur Geschichte der romanischen Etymologie», *ASSL,* 201 (1964), pp. 81-109; son notables filones de datos los prólogos y las introducciones a los diccionarios etimológicos, cfr., por ejemplo, Ernout-Meillet, Migliorini-Duro, Dauzat, DEI, etc.

9.0.5. Por lo que respecta al desarrollo de la fonología, hay que tener presente ante todo N. S. Troubetzkoy, *Principios de fonología,* Madrid, Cincel, 1973 (el original alemán es *Grundzüge der Phonologie,* Praga, 1939), junto a W. Belardi, *Elementi di fonologia generale ed applicata,* Pisa, Pacini, 1974; más simples son G. Bonfante-M. L. Porzio Gernia, *Cenni di fonètica e fonemàtica, con particolare riguardo all'italiano,* Torino, Giappichelli, 1964, y N. Francovich Onesti, *Fonetica e fonologia,* Firenze, Sansoni, 1974. Para el italiano es fundamental el amplio trabajo de Ž. Muljačić, *Fonologia della lingua italiana,* Bologna, Il Mulino, 1972; en español, *Fonología general. Revisión crítica de las nuevas corrientes fonológicas,* Barcelona, Laia, 1982; es óptima la presentación de las

características de las principales lenguas en A. Mioni, *Fonematica contrastiva,* Bologna, Pàtron, 1973.

Es ya clásica la aplicación de los métodos fonológicos a la lingüística evolutiva llevada a cabo por Martinet, *Economía* cit. (9.0.1), junto al trabajo pionero de R. Jakobson, *Principes de phonologie historique,* ahora en *Selected Writings,* I, 's-Gravenhage, Mouton, 1962, pp. 220 y ss.; como modelos de aplicación, citaremos H. Weinrich, *Phonologie Studien zur romanischen Sprachgeschichte,* Münster, Westfalen, Aschendorffsche Verlagsbuchhanlung, 1969[2]; H. Lüdtke, *Die strukturelle Entwicklung des romanischen Vokalismus,* Bonn, 1956, y H. Haudricourt-A. Juilland, *Essai pour une histoire structurale du phonétisme français,* La Haye-Paris, Mouton, 1949 (reimpresión 1970); finalmente, fundamento de las teorías de fonología generativa es N. Chomsky - M. Halle, *The Sound Pattern of English,* New York, 1968, parcialmente traducido al fr., *Principes de phonologie générative,* Paris, Éd. du Seuil, 1973.

Para la fonética, además del viejo C. Battisti, *Fonetica generale,* Milano, Hoepli, 1938, y de la parte específica de Tagliavini, *Introducción* cit. (9.0.1), véase la ágil *Introduzione alla fonetica pratica* de W. H. Chapman, preparada por G. R. Cardona, Roma, Officina Edizioni, 1972, y B. Malmberg, *Les domaines de la phonétique,* Paris, PUF, 1971. Para la semántica señalemos, además de los ensayos de E. Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general. Cinco estudios,* Madrid, Gredos, 1969[2], los trabajos de T. de Mauro, *Introduzione alla semantica,* Bari, Laterza, 1966 (1973[3]), S. Ullmann, *Semántica. Introducción a la ciencia del significado,* Madrid, Aguilar, 1970 (en ingl., *Semantics. An Introduction to the Science of Meaning,* Oxford, Blackwell & Mott, 1962) —que es el manual más amplio y accesible— y P. Guiraud, *La semántica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (en fr., *La sémantique,* Paris, PUF, 1955). Otras obras notables son las de C. K. Ogden y I. A. Richards, *El significado del significado,* Buenos Aires, Paidós, 1964 (en ingl., *The Meaning of Meaning,* London, Routledge and Kegan, 1923) y, para los desarrollos más recientes, J. Lyons,

Semántica, Barcelona, Teide, 1980 (en ingl., *Structural Semantics,* Oxford, Blackwell, 1973); no siendo éste el lugar para aludir eficazmente a los desarrollos de la semántica postchomskiana, baste con remitir al ágil manualito de H. E. Brekle, *Semantik,* München, Fink, 1972[2], que ahora Il Mulino presenta en ed. it. a cargo de R. Galassi (*La semantica,* Bologna, 1975); aconsejable también K. Baldinger, *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna,* Madrid, Alcalá, 1970.

Es muy amplia también la bibliografía sobre geografía lingüística, para la que bastan aquí pocos ejemplos: además de G. Rohlfs, *Estudios sobre el léxico románico* (reel. parcial y notas de M. Alvar), Madrid, Gredos, 1979, y, del mismo, *Romanische Sprachgeographie,* München, Beck, 1971, citaremos el *Corso di geografia* de C. Grassi, *I. Geografia linguistica,* Torino, Giappichelli, 1966, y las *Atti del Convegno Internazionale sul tema: Gli atlanti linguistici. Problemi e risultati,* Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1969.

Para el desarrollo de la sociolingüística, remitimos sin más al volumen de G. Berruto, *La sociolinguistica,* Bologna, Zanichelli, y a las indicaciones contenidas en él; finalmente, recordemos que para los problemas concernientes a la interferencia lingüística (contacto y préstamo) se puede consultar la conocida obra de U. Weinrich, *Languages in contact. Findings and problems,* The Hague, Mouton, 1963[2].

9.1. Particular

9.1.0. Cap. 0. *Arte* es, de hecho, el título de la obra de Bertoldi cit. (1952). Para los ejemplos indoeuropeos, se recurre a las obras de Benveniste y Devoto citadas en 9.0.2, mientras que los principios de la lingüística espacial se deben a M. Bartoli, *Introduzione alla neolinguistica,* Genève, Olschki, 1925, y *Saggi di linguistica spaziale,* Torino, Bona, 1945; para los desarrollos recientes de la etimología, Guiraud cit.

9.1.1. Cap. 1. Sobre el término *etimología* y sobre su evolución es fundamental el artículo de P. Zumthor, «Fr. étymologie (essai d'histoire sémantique)», en *Etymologica von Wartburg* cit. (9.0.4), pp. 873-893.

9.1.2. Cap. 2. Sobre el interés lingüístico y etimológico de los hebreos, cfr. Mounin cit. (1968) y J. Barr, *Semantica del linguaggio biblico,* Bologna, Il Mulino, 1968 (en ingl., *The Semantic of Biblical Language,* London, Oxford University Press, 1961); para los ejemplos de los nombres, véase C. Tagliavini, *Un nome al giorno,* Torino, ERI, I, 1955; II, 1957. Sobre la lingüística india, cfr. las páginas de Joyaux cit. y la obra también cit. de Windisch; importante también M. Biardeau, *Théorie de la connaissance et philosophie de la parole dans le brahmanisme classique,* Paris, Imprimerie Nationale, 1964, y L. Renou, *Histoire de la langue sanscrite,* Lyon-Paris, IAC, 1956. Sobre la cuestión de la etimología, además del libro de Sköld cit., hay que destacar las notas de Benfey cit. y Pisani cit., p. 13; Gray cit., p. 278, pero sobre todo las consideraciones semantistas de J. Vendryès, «Pour une étymologie statique», *Bulletin de la Societé de Linguistique de Paris,* IL, 1 (1953), pp. 1-19, recogidas por S. Ullmann, «Semantica ed etimologia», en *Stile e linguaggio,* Firenze, Vallecchi, 1968, pp. 55-56 (en ingl., *Language and Style,* Oxford, Blackwell, 1964).

Para la lingüística entre los árabes, cfr. H. Fleisch, *Traité de philologie arabe,* I, Beyrouth, Imprimerie Catholique, 1961; A. G. Chejne, *The Arabic Language. Its Role in History,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1969, y Kh. I. Semaan, *Linguistics in the Middle Ages. Phonetic Studies in Early Islam,* Leiden, E. J. Brill, 1968; el *ištiqāq* tiene una entrada en la *Encyclopédie de l'Islam* redactada por Fleisch, del que también merece destacarse «Le taṣrīf selon les grammariens arabes», *Actes du Premier Congrès International de Linguistique sémitique et chamito-sémitique,* Den Haag-Paris, Mouton, 1974, pp. 292-304.

El pensamiento griego es objeto de una amplia bibliografía: son notables las páginas recapituladoras de Joyaux cit., pp. 101-114, y, para la etimología, la síntesis de Reitzenstein cit.; cfr. también D. Ferrante, «Immagini etimologiche nei poeti greci dell'età ionico attica», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo-Accademia di Scienze e Lettere,* IC, Milano, 1965, pp. 453-489. En cuanto a los problemas planteados por los sofistas, Platón y las escuelas aristotélicas, cfr. además de Steinthal, Belardi y Pisani cit. (9.0.3), M. Leroy, «Étymologie et linguistique chez Platon», *Bull. Class. de Lettr. de L'Académie Royale de Belgique,* serie IV, tomo 54 (1968), pp. 121-152 y Dinneen cit., pp. 154 y ss., además de Zumthor cit. y de L. Ceci, *Le etimologie dei giureconsulti romani,* Roma, L'Erma di Bretschneider, 1966 (1.ª ed., 1892). Para la Edad Media es fundamental la obra de Klinck cit., pero es del máximo interés también la consulta de E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina,* México, Fondo de Cultura Económica, 1976 (el original alemán, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter,* Bern, 1954[2]). El étimo de *pagano* es objeto especial de los estudios de Chr. Mohrmann, *Encore une fois: paganus, Études sur le latin des chrétiens,* III, Roma, 1965, pp. 223-244; C. Tagliavini, *Storia di parole cristiane e pagane attraverso i tempi,* Brescia, Morcelliana, 1963. Para las especulaciones lingüísticas y etimológicas en los siglos modernos, véanse las historias y los repertorios citados; además, E. Coseriu, «Las etimologías de Giambullari», *Homenaje a A. Tovar* cit., pp. 95-103; L. Formigari, *Linguistica ed empirismo nel Seicento inglese,* Bari, Laterza, 1970; *Linguistica ed antropologia nel secondo Settecento,* Messina, La Libra, 1972; E. Coseriu, *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis Leibniz zur Gegenwart. Eine Übersicht, Teil I: von der Antike bis Leibniz,* Tübingen, 1969, y *Teil II: von Leibniz bis Rousseau,* 1972, y ahora K. O. Apel, *L'idea di lingua nella tradizione dell'umanesimo da Dante a Vico,* Bologna, Il Mulino, 1975; L. Rosiello, *Linguistica illuminista,* Bologna, Il Mulino, 1967. Sobre las concepciones de G. B. Vico existen dos artículos específicos, que se completan mutuamente, G.

Aliprandi, «Il Vico e l'etimologia», *AEVUM,* 24, fasc. 5 (1950), pp. 423-433, y A. Battistini, «Vico e l'etimologia mitopoietica», *Lingua e Stile,* IX, 1 (1974), pp. 31-66. Para el desarrollo de las ideas lingüísticas en el siglo XIX, cfr. también L. Heilmann, «Linguistica e umanismo», *Studi italiani di linguistica teorica ed applicata,* Padova, II, 1-2 (1973), pp. 191-229.

9.1.3. Cap. 3. Además de los manuales generales citados, véanse, sobre la cuestión de la naturaleza del signo lingüístico, E. Benveniste, «Nature du signe linguistique», *Acta Linguistica,* Copenhague, I (1939), reed. y trad. en *Problemi di linguistica generale,* Milano, Il Saggiatore, 1971, pp. 61-68; R. Jakobson, *Alla ricerca dell'essenza del linguaggio, I problemi attuali della linguistica,* Milano, Bompiani, pp. 27-45 (en fr., *Problèmes du langage,* Paris, Gallimard, 1965); en cuanto a los problemas más específicos de historia lingüística románica, véanse G. Rohlfs, *Grammatica storica della lingua italiana e dei suoi dialetti,* I, *Fonetica,* Torino, Einaudi, 1966 y P. Tekavčić, *Grammatica storica dell'italiano,* con introducción de L. Heilmann, I, *Fonematica,* Bologna, Il Mulino, 1972; para las especulaciones de dialectología estructural y para el concepto de diasistema, recúrrase al cit. Weinreich (9.0.5). Para la cronología del cambio lingüístico, además de los manuales históricos citados, B. Pottier, «La valeur de la datation des mots dans la recherche étymologique», *Etymologica von Wartburg* cit., pp. 581-586. Semántica (3.2): además de los manuales citados, resultan bastante interesantes algunos tratamientos de problemas específicos de semasiología histórica, por ejemplo para el latín J. Marouzeau, «Le latin langue de paysans», *Mélange J. Vendryès,* Paris, 1925, pp. 251-264. Las concepciones semantistas implícitas en la obra de Saussure están especialmente elaboradas en Ch. Bally, *Linguistique générale et linguistique française,* Bern, Francke, 1950; sobre la oposición entre semántica diacrónica y semántica sincrónica, A. Zamboni, «Categorie semantiche e categorie lessicali nella terminologia botanica», *Atti del X Convegno per gli Studi Dialettali Italiani* (Fi-

renze, 1973), Pisa, Pacini, 1975, y «Aquileja, aquilegia», *Archivio Glottologico Italiano,* LIX, I-II (1974), pp. 103-111; sobre el cambio «profundo», cfr. también las obras citadas de Coseriu (9.0.5), Anttila, pp. 133-153, y Maher (1973).

La clasificación semántica de los fenómenos ligados al principio «palabras y cosas» se debe a G. B. Pellegrini, «Tradizione e innovazione nella terminologia degli strumenti di lavoro», *Settimane di studio del Centro italiano di Studi sull'Alto Medioevo,* XVIII: *Artigianato e tecnica nella società dell'Alto Medioevo occidentale,* Spoleto, 1971, pp. 329-408. Formalización de los cambios semánticos y variación sincrónica: fundamental el artículo de E. Benveniste, «Problèmes sémantiques de la reconstruction», *Word,* X (1954), pp. 251-264, reed. y trad. en *Problemi* cit. Sobre las relaciones entre etimología y semántica, sobre todo para una visión estructuralista, son fundamentales los estudios citados de Coseriu, Vendryès (1953), Ullmann (1968) y, sobre todo, el amplio intento de aislar estructuras etimológicas de P. Guiraud, *Structures étymologiques du lexique français,* Paris, Larousse, 1967. Reconstrucción y etimología: los ejemplos citados en el texto los da G. B. Pellegrini, «Note epigrafico-linguistiche», *Ce fastu?,* Udine, Società Filologica Friulana, XXXXI (1964), pp. 3-12; B. Migliorini, *Saggi linguistici,* Firenze, Le Monnier, 1957; A. Prati, *Storie di parole italiane,* Milano, Feltrinelli, 1960 (reed. 1974). El préstamo: orienta sobre la cuestión R. Gusmani, *Aspetti del prestito linguistico,* Napoli, Libreria Scientifica Editrice, 1938, además de las agudas observaciones de Anttila cit., de quien hemos tomado muchos ejemplos; otros ejemplos de C. Battisti, *Avviamento allo studio del latino volgare,* Bari, Leonardo da Vinci, 1949, B. Hasselrot, «L'abricot. Essai de monographie onomasiologique et sémantique», *Studia Neophilologica. A Journal of Germanic and Romanic Philology,* Uppsala, XIII, 1-2, 3 (1940-42), pp. 45 y ss.; 266 y ss.; E. Gamillscheg, *Romania germanica,* vols. I-III, Berlin-Leipzig, 1934-36 (vol. I, 1970^2); A. Prati, *Etimologie venete,* a cura di G. Folena e G. B. Pellegrini, Venezia-Roma, 1968; G. B. Pellegrini, «Terminologia agraria medievale in

Italia», *Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo,* XIII: *Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'Alto Medioevo,* Spoleto, 1966, pp. 605-661; A. Zamboni, «Contributo allo studio del latino epigrafico della X Regio augustea (Venetia et Histria). Il lessico», *Studi Linguistici Friulani,* Udine, Società Filologica Friulana, I, 1969, pp. 110-182; Guiraud, *Structures* cit.; B. Migliorini, *Storia della lingua italiana,* Firenze, Sansoni, 1966; A. Crépin, *Histoire de la langue anglaise,* Paris, PUF, 1967; V. Pisani, *Lezioni sul lessico inglese,* Brescia, Paideia, 1968; B. E. Vidos, *Storia delle parole marinaresche italiane passate in francese,* Firenze, Olschki, 1939, y *Prestito, espansione e migrazione dei termini tecnici nelle lingue romanze e non romanze. Problemi, metodo e risultati,* Firenze, Olschki, 1965; M. Cortelazzo, *Avviamento critico allo studio della dialettologia italiana.* III. *Lineamenti di italiano popolare,* Pisa, Pacini, 1972. Los ejemplos de geografía lingüística (3.6) están tomados en parte de G. Rohlfs cit. (9.0.5) y de Wartburg-Ullmann, pero en general son de investigación reciente; cfr. también G. B. Pellegrini-A. Zamboni, «Commenti a nomi friulani di pianti raccolti nell'Atlante Storico-Linguistico-Etnografico Friulano», *Studi Linguistici Friulani,* Udine, Scietà Filologica Friulana, IV, 1974, pp. 5-52; A. Zamboni, «Etimologie friulane e venete», *ibid.,* III, 1973, pp. 11-61; *Contributo* cit.; «Sul friulano cidivòc», *Studi mediolatini e volgari,* Pisa, Pacini, XX (1972), pp. 223-239.

9.1.4. Cap. 4. Las referencias esenciales son de Saussure cit. y de Baldinger (1973), junto con Wartburg-Ullmann; para la elaboración de los conceptos, véase Zamboni, *Etimologie* cit., pp. 11-15: un buen número de ejemplos procede también de Bertolotti cit. (9.0.4), de H. Mihăescu, *Înfluența grecească asupra limbii române pînă în secolul al XV-lea,* București, 1966; O. Ducháček, «Les jeux de mots du point de vue linguistique», *Beiträge zur romanischen Philologie,* IX, 1 (1970), pp. 107-117; Pisani, *Etimologia,* passim; Baldinger cit., passim; Migliorini, *Saggi* cit., p. 239; Th. Hristeă, «Tipuri de etimologie populară», *Limba romînă,* XVI, 3 (1967),

pp. 237-251; C. Tagliavini, *Il dialetto del Comèlico,* Ginevra, 1926; Ullmann, *Semántica* cit., passim; para las conclusiones, véanse Zamboni, *Categorie* cit. y C. Lévi-Strauss, *La pensée sauvage,* Paris, Plon, 1962; A. Mioni, *Presenza e attualità di Whorf nella linguistica americana,* Introducción a la ed. it. de B. L. Whorf, *Linguaggio, pensiero e realtá,* Torino, Boringhieri, 1970.

9.1.5. Cap. 5. Los datos sobre Schuchardt están tomados de Iordan-Alvar cit. (9.0.2), pp. 77 y ss.; L. Spitzer, *Hugo Schuchardt Brevier. Ein Vademekum der allgemeinen Sprachwissenschaft,* Halle a. S., 1922; para las corrientes idealistas, cfr. K. Vossler, *Frankreichs Kultur. Geschichte der französischen Schriftsprache von den Anfängen bis zur Gegenwart,* Heidelberg, 1929[2], 1.ª ed., con título diferente, 1913; sobre el étimo de *raza,* además de A. Prati, *Vocabolario etimologico italiano* (VEI), Milano, Garzanti, 1951, la conocida divagación de L. Spitzer, «Storia della parola 'raza'», en *Critica stilistica e semantica storica,* ed. y presentación de A. Schiaffini, Bari, Laterza, 1954, pp. 230-242; la solución etimológica es de G. Contini, «I più antichi esempi di razza», *Studi di Filologia Italiana,* 17 (1959), pp. 319-327.

Para la noción de «campo asociativo», cfr. Bally cit., y para la de «campo semántico», J. Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes,* Heidelberg-Winter, 1931, bien resumidos, por otra parte, en las páginas de Wartburg-Ullmann; sobre la afirmación de los métodos estructuralistas, véanse exhaustivamente las obras citadas de Guiraud; cfr. también Zamboni (1972) cit.; Vendryès (1953) cit. Sobre la etimología culta está el buen artículo de G. Gougenheim, «La fausse étymologie savante», *Romance Philology,* I (1947-48), pp. 277-286, y Wartburg-Ullmann, passim; cfr. para los ejemplos tomados de la tradición botánica medieval A. Zamboni en G. B. Pellegrini - A. Zamboni, *Commenti* cit., y para los topónimos, G. B. Pellegrini, *Atlante toponomástico della Venezia Tridentina. Commento al foglio XIII 'I nomi locali del Trentino orientale',* Firenze, Rinascimento del Libro, 1955, y A. Prati,

«Raccolta di nomi di luoghi della Valsugana e di Tesino», *Italia Dialettale,* XXII (1958), pp. 35-130. Sobre el pensamiento malkieliano la fuente principal es el mismo Malkiel cit. (9.0.4), del que proceden buen número de ejemplos; otros, de G. B. Pellegrini, *Gli arabismi nelle lingue neolatine, con particolare riguardo all'Italia,* vols. I-II, Brescia, Paideia, 1972, pp. 489-502 (para *ragazzo*), y G. Folena, «Semantica e storia di monello», *Lingua Nostra,* XVII (1956), pp. 65-77; de nuevo G. B. Pellegrini, «Arum. zmuticare, lad. dolom. smudié, ven. sett. smodegar», *Omagiu lui Iorgu Iordan,* Bucureşti, 1958, pp. 667-670. Para las tendencias formalizadoras de la etimología actual véase la equilibrada reseña de V. Kiparsky, «Etymologie gestern und heute», *Kratylos,* XI (1966), pp. 68-78, que revisa las posturas de Ross cit. (9.0.4) y de Rudnyc'kyj; para los ejemplos citados, M. Fogarasi, «Cocchio e la sua origine ungherese», *Lingua Nostra,* XXIII, 2 (1962), pp. 33-38; M. L. Wagner, *Betrachtungen* cit.; para la perspectiva generativo-transformacional, Van Bakel, Maher y King cit.

9.1.6. Cap. 6. La perspectiva sociolingüística supone en el ámbito indoeuropeo remitir a G. Devoto, por ejemplo «L'etimologia indeuropea e i suoi problemi», *Scritti in onore di A. Trombetti,* Milano, 1937, pp. 375-383, y *Scritti minori,* I cit.; también Vossler, *Civiltà* cit. Además de las distintas manifestaciones del pensamiento postsaussuriano sobre el tema (Bally, Vendryés, Trier), recordando también las opiniones semejantes de A. Meillet, nos referiremos directamente a la original obra de G. Matoré, *La méthode en lexicologie. Domaine français,* Paris, 1953 y también a T. de Mauro, *Senso e significato. Studi di semantica teorica e storica,* Bari, Adriatica, 1971. Los ejemplos más notables de tales procedimientos pueden seguir considerándose los trabajos dedicados al estudio de las migraciones léxicas como medio para profundizar en los movimientos y en las transformaciones culturales e históricas: R. R. Bèzzola, *Abbozzo di una storia dei gallicismi italiani nei primi secoli (750-1300). Saggio storico linguistico,* Heidelberg, Winter, 1925; B.

E. Vidos, *Storia* cit. (1939); H. y R. Kahane-A. Tietze, *The Lingua Franca in the Levant. Turkish Nautical Terms of Italian and Greek Origin,* Urbana, Ill., 1958; G. B. Pellegrini, *Gli arabismi* cit.; G. Bonfante, *Latini e Germani in Italia,* Brescia, Paideia, 1965[3]; de la obra de B. L. Whorf ya hemos hablado, mientras que de V. Bertoldi citaremos su clásica monografía *Un ribelle nel regno de'fiori. I nomi romanzi del Colchicum autumnale L. attraverso il tempo e lo spazio,* Biblioteca dell'Archivum Romanicum, serie II, vol. 4, Genève, pp. V-224, y, en colaboración con G. Pedrotti, *Nomi dialettali delle piante indigene del Trentino e della Ladinia dolomitica, presi in esame dal punto di vista della botanica, della linguistica e del folclore,* Trento, Monauni, pp. XII-588. Las referencias clásicas están tomadas de V. Pisani, *Augusto e il latino, Linguistica generale e indeuropea. Saggi e discorsi,* I, Torino, Rosemberg & Sellier, 1947, pp. 103-121; sobre *facchino,* cfr. G. B. Pellegrini, *Arabismi* cit., pp. 503-523. *Filosofía*: fundamental el artículo de M. Wandruszka, «Etymologie und Philosophie», *Etymologica von Wartburg* cit., pp. 857-871; otras referencias son de B. A. Terracini, *Lingua libera e libertà linguistica,* Torino, Einaudi, PBE, 147, 1970, Malkiel y Vendryès cit., Ducrot-Todorov cit. (9.0.1), pp. 105-109, Baldinger cit. (1937), pero sobre todo S. Ullmann, *Stile e linguaggio* cit., pp. 265-314. También es importante E. Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen,* vols. I-III, Berlin, 1923 y ss. y la amplia obra de B. Croce, *Primi saggi,* Bari, Laterza, 1919; *Problemi di estetica e contributi alla storia dell'estetica italiana,* ibidem, 1954[5]; sobre consideración de ideas crocianas véase también T. De Mauro, *Introduzione alla semantica* cit., passim.

Fonosimbolismo, etc.: para las teorías antiguas remitimos a las aportaciones citadas de Belardi y Leroy (1968), y para las distinciones técnicas al aún validísimo M. Grammont, *Traité de phonétique,* Paris, Delagrave, 1933, además de al reciente y ágil J. Dubois, *Diccionario de Lingüística* (dir. y adaptación de A. Yllera), Madrid, Alianza, 1979 (trad. esp. del fr. *Dictionnaire de linguistique,* Paris, Larousse, 1973). Sobre el problema de la motivación, véanse los

diversos trabajos de Bally y Ullmann (1966) citados, además del interesante P. Valesio, *Strutture dell'allitterazione. Grammatica, retorica e folclore verbale,* Bologna, Zanichelli, 1967, y, entre la rica bibliografía expresamente referida al fonosimbolismo, O. Jespersen, *Symbolic Value of the Vowel,* I, Linguistica, Selected Papers in English, French and German, Copenhagen, Levin & Munksgaard, 1933; M. Chastaing, «Le symbolisme des voyelles. Signification de I», *Journal de Psychologie,* LV (1958), pp. 403-423; E. Peruzzi, «L'ultimo canto leopardiano», *Lettere italiane,* XVIII (1966), pp. 28-68; cfr. también J. M. Lipsky, «Rimbaud as phonetician. Color choices in 'Voyelles'», *Lingua e Stile,* IX, 2 (1974), pp. 323-339; H. Marchand, «Phonetic Symbolism in English Word-Formation», *Indogermanische Forschungen,* 64 (1959), pp. 146-168; 356-377; Battistini cit., pp. 49, 52, alude a la sensibilidad fonosimbólica y mitológica de Vico, y también Apel cit. señala hechos análogos en Heidegger, Leibniz («fonosimbolismo de las raíces») y Dante, *Par.,* XXVI, 124 ss. (en el juego de I-El, denominación original y elemental de Dios). La contribución fundamental a este respecto sigue siendo la de R. Jakobson, *Alla ricerca* cit., que renueva productivamente las distinciones saussurianas; también sobre las formaciones «elementales» R. Jakobson, *Il farsi e il disfarsi del linguaggio,* Torino, Einaudi, PBE, 164, 1971 (sobre este punto en general, véase ahora G. Francescato, *Il linguaggio infantile. Strutturazione e apprendimento,* Torino, Einaudi, PBE, 131, 1970); también, las notas de A. Prati, *Storie di parole* cit., pp. 55-61 y, sobre los esquemas de simbolismo fonético, Ulmann cit., pp. 98-101 y Bloomfield cit., pp. 283-285, además naturalmente del habitual Guiraud, *Structures* cit., pp. 65-92, 125-141. Sobre las repercusiones del problema en retórica y estilística, cfr. Ullmann, *Stile e linguaggio* cit., pp. 104 y ss.; O. Ducháček cit., y sobre todo R. Jakobson, *Ensayos de lingüística general,* Barcelona, Seix Barral, 1975 (en fr., *Essais de linguistique générale,* Paris, éd. de Minuit, 1963). Finalmente, para la cuestión de los universales semánticos se remite a Ullmann, *Stile e linguaggio* cit., pp. 91-134, y para la de los etimológicos, a los

trabajos de Malkiel citados; falta, sin embargo, una visión de conjunto sobre este punto, que hemos tratado de suplir con nuestra serie de ejemplos particulares; en cuanto a las diversas definiciones de etimologías especiales, cfr. A. Graur, *Studii de lingvistica generală. Varianta nouă,* Bucureşti, 1960, pp. 67-77, y los ejemplos de clasificación léxica argüidos por A. Zamboni, *Etimologie* cit., pp. 50-51.

9.1.7. Cap. 7. Los datos sobre los diccionarios etimológicos proporcionados en el texto parecen suficientes: baste precisar que la sigla Farè-Salvioni alude a P. A. Farè, «Postille italiane al REW di Meyer-Lübke comprendenti le *Postille italiane e ladine* di Carlo Salvioni», *Memorie dell'Istituto Lombardo-Accademia di Scienze e Lettere,* vol. XXXII, Milano, 1973; óptimo por sus datos sobre estas obras es A. Vàrvaro, *Storia, problemi e metodi della linguistica romanza,* Napoli, 1968. Para los problemas relacionados con la renovación de la lexicografía etimológica, cfr. J. M. Piel, «De l'ancien *REW* au nouveau *REW*», *Lexicologie et lexicographie françaises et romanes,* Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, Strasbourg, 1961, pp. 221-239; W. von Wartburg, «L'expérience du *FEW*», *ibid.,* pp. 209-219; G. Devoto, *Avviamento all'etimologia italiana* cit. (7.1.3), *Introduzione*; R. Grand-Saignes D'Hauterive, *Dictionnaire des racines des langues européennes,* Paris, Larousse, 1949; J. Picoche, «Problème des dictionnaires étymologiques», *Cahiers de Lexicologie,* 16, 1 (1970), pp. 53-62, y, de la misma, *Nouveau dictionnaire étymologique du français,* Paris, Hachette-Tchou, 1971; V. Kiparsky, «Über etymologische Wörterbucher», *Neuphilologische Mitteilungen,* Helsinki, LX, 3 (1959), pp. 209-230. Sobre los problemas del diccionario histórico-etimológico, cfr. B. Migliorini, *Che cos'è un vocabolario?,* Firenze, Le Monnier, 1961[3], y sobre todo F. de Tollenaere, «L'étymologie dans le dictionnaire historique», *Tavola rotonda sui grandi lessici storici* (Firenze, 3-5 maggio 1971), Firenze, Accademia della Crusca, 1973, pp. 97-110; para los ejemplos, además de

Prati y Migliorini citados, cfr. también C. Tagliavini, *Guida alle tesi di laurea e di perfezionamento nelle discipline linguistiche,* Bologna, Pàtron, 1946. Los diccionarios etimológicos italianos científicamente válidos son precisamente los ya citados DEI (7.1.3), el *Avviamento* de Devoto, el VEI de Prati, y B. Migliorini - A. Duro, *Prontuario etimologico della lingua italiana,* Torino, Paravia, 1970[5] (reed. 1974), con D. Olivieri, *Dizionario etimologico italiano, concordato coi dialetti, le lingue straniere e la topo-onomastica,* Milano, Ceschina, 1961[2]; anticuados y poco fiables E. Levi, *Vocabolario etimologico della lingua italiana,* Livorno, 1914, O. Pianigiani, *Vocabolario etimologico della lingua italiana,* vols. I-II, Roma-Milano, 1907, y F. Zambaldi, *Vocabolario etimologico italiano,* Città di Castello, 1889 (1913[2]), cfr. Ž. Muljačić, *Introduzione allo studio della lingua italiana,* Torino, Einaudi, PBE, 159, 1971.

Sobre los proyectos de reforma en el campo específico de la etimología italiana, cfr. P. Zolli, «Per un nuovo dizionario storico-etimologico della lingua italiana», *La ricerca dialettale,* Pisa, Pacini, I (1974), pp. 1-23, y para los ejemplos véase del mismo autor «L'influsso francese sul veneziano del XVIII secolo», *Memorie dell'Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti,* XXXV, II, Venezia, 1971.

9.1.8. Cap. 8. Además de la referencia al *Prontuario* de Migliorini-Duro cit., véase el pasaje de G. I. Ascoli, *Studj critici,* Roma-Torino-Firenze, Loescher, 1877, y P. Fanfani-C. Arlìa, *Lessico dell'infima e corrotta italianità,* Milano, 1898[4].

ÍNDICE DE ÉTIMOS

El presente índice recoge una selección bastante amplia de los términos estudiados en este volumen: las voces están ordenadas alfabéticamente, remitiendo a la página en la que se citan, y van seguidas de siglas de identificación que a continuación aclaramos: abr. = abruzés; alb. = albanés; al. = alemán; a. al. a. = alto alemán antiguo (dialectos antiguos meridionales); amer. = americano; angls. = anglosajón (o inglés antiguo); ant. = antiguo; aost. = valdostano; ár. = árabe; arm. = armenio; arum. = arumano (variedad de rumano difundida en los Balcanes); avést. = avéstico (variedad de persa antiguo); cat. = catalán; chec. = checo; cámb. = cámbrico (o galés); comel. = comelicano (ladino central); dálm. = dálmata (con la variedad vegliota); dial. = dialectal; dór. = griego dórico; emil. = emiliano; eng. = engadino (ladino occidental); esc. = escocés (gaélico de Escocia); esl. = eslavo; esp. = español; ferr. = ferrarés; finl. = finlandés; fr. = francés; fr. a. = francés antiguo; friul. = friulano; gál. = gálico; galolat. = galolatino (celta latinizado); gard. = gardenés (ladino central); gen. = genovés; gót. = gótico; gr. = griego; gris. = habla de los Grisones (ladino occidental); gasc. = gascón; hebr. = hebreo; húng. = húngaro; ingl. = inglés; irl. = irlandés; irl. a. = irlandés antiguo; ist. = istrio; it. = italiano; jap. = japonés; lat. = latín; lac. = lacial; let. = letón; lit. = lituano; lomb. = lombardo; marq. = marquesano; med. = medieval; mer. = meridional; mod. = moderno; nap. = napolitano; neerl. = neerlandés (holandés y flamenco); nórd. a. = nórdico antiguo; o. = osco (lengua itálica); paleoesl. = paleoeslavo (o eslavo eclesiástico); piam. = piamontés; pol. = polaco; port. = portugués; prov. = provenzal; pugl. = pugliés; romañ. = romañés; rum. = rumano; rus. = ruso; sánscr. = sánscrito (variedad de indio antiguo); sardo (en las variedades logudoresa,

nuoresa, barbaricina y campidanesa); sv.-cr. = servo-croata; sept. = septentrional; sic. = siciliano; suah. = suahili (lengua bantú); turc. = turco; tosc. = toscano; trent. = trentino; u. = umbro (lengua itálica); umbr. = umbro (dialecto románico); ven. = véneto; venec. = veneciano.

aarde (neerl), 115
abagiù (tosc), 125
abeille (fr), 116
abelha (port), 116
abelha (prov), 116
abeja (esp), 116
abella (cat), 116
able (ingl), 131
ab(b)ominare (it), 268
achar (port), 139
acieris (lat), 113
acĭscŭlus (lat), 113
acus, ĕris (lat), 159
Adamo (it), 23
'ādām (hebr), 23
'aḏāmāh (hebr), 23
aetas (lat); 38
âf (friul), 117
afla (rum), 139
aguardar (esp), 172
Ähre (al), 159
aia (it), 121
-aio, -aro (it), 122, 217
airþa (gŏt), 115
alb (rum), 107
albagio (it), 271
àlbaro (it), 160
albicocca (it), 127
alcaicería (esp), 88
alcázar (esp), 88
alḗtheia (gr), 31
alfana (it), 48
alhóndiga (esp), 127
altāre (lat), 153
àmia (venec), 87
Amme (al), 241
an (rum), 82
anca (it), 74
anca (esp, port), 74
âne (fr), 87
angipŏrtus (lat), 65
annodare (it), 81
ante (fr. a), 87
anudar (esp), 81
año (esp), 82
ape (it), 117
Aphrodítē (gr), 150
aquīla (lat), 96, 207
aquilēja (lat), 96
Aquĭlo (lat), 207
aquĭlus (lat), 207
Arbeit (al), 92
'arḏ (ár), 115
arəšō (avést), 98
arǰ (arm), 98
árk(t)os (gr), 98
Armbrust (al), 152
armelìn (ven), 127
arrogante (it), 12
arṣ (hebr), 115
arsenale (it), 273
arzanà (venec), 273
art. (irl), 98
arzigŏgolo (it), 150

aspettare (it), 172
aștepta (rum), 172
Ata, Atatürk (turc), 241
atta (gót), 241
attendre (fr), 172
Attila (gót), 241
aurelha (prov), 116
ave (esp, port), 106
aveugle (fr), 196
avolterare (it), 112
avoutrar (prov), 112
avoutrer (fr. a), 112

baba (rus), 241
babbo (tosc), 242
Babèle (it), 23
Bāβel (hebr), 23
Babilonia (it), 23
baccalà (it), 164
bad (ingl), 115
baliverner (fr), 184
ballaena (lat), 126
Bär (al), 98
barqūq (ár), 127
basalto (it), 270
basiléus (gr), 12
basu (jap), 125
basuketto (jap), 125
bear (ingl), 98
beau (fr), 139
beber (esp), 142
beccaccia (it), 180
bedlam (ingl), 154
beef (ingl), 107
beisubooru (jap), 125
bello (it), 139
bĕllus (lat), 254
Beneventum (lat), 151
benzinaro (it), 122
berciare (tosc), 242
berger (fr), 70
bergolare (it), 242
bericuòcolo (it), 127
bertàin (dálm), 144
bésicles (fr), 188
bestia (it), 102
bête (fr), 102
bianco (it), 107
biche (fr), 102
bicrota (lat), 127
bigey (gasc), 174
binōmĭnis (lat), 268
binomio (it), 268
bīsah (ár), 127
biscia (it), 102
blood (ingl), 187
Blut (al), 187
bodega (esp), 76
boliclinică (rum), 159
bollire (it), 139
bonaccia (it), 151
bonito (esp), 255
bontà (it), 118
bŏnus (lat), 255
Bósporos (gr), 65
bottega (it), 76
bouillir (fr), 139
boussole (fr), 53, 132
boutique (fr), 126
Braut (al), 144
brebis (fr), 71
bride (ingl), 144
bridegroom (ingl), 159

bru (fr), 144
Bruges (Phrygii) (lat), 126
brüt (eng), 144
brût (friul), 144
brūþs (gót), 144
bucato (it), 100
būc(c)ĭna (lat), 153
bueno (esp), 255
buffai (sard), 142
bun (rum), 255
bŭrrus (lat), 126
bušlát (rus), 200
bŭxus (lat), 126
buzunar (rum), 156
buzunára (gr. mod), 156

caballo (esp), 97
cabildo (esp), 87
cabrito (esp), 140
cadera (esp), 75
cage (fr), 130
cahier (fr), 128
cal (rum), 82, 97
cald (rum), 216
caldo (it), 216
caldo (esp, port), 216
caliente (esp), 216
ca(l)e (venec), 82
camba (lat), 35, 75
cancan (fr), 129
canĕre (lat), 94
cantare (it), 94
cantāre (lat), 94
cap (fr), 129
capitaine (fr. a), 120
capitan (fr), 120
capitan(i)o (it), 120
cappe (fr), 129
capretto (it), 140
captain (ingl), 120
car (ingl), 100
caractère (fr), 226
caratterista (it), 227
care (rum), 82
carillon (fr), 128
carmen (lat), 94
carnet (fr), 128
Carolus (lat. med), 13
carosello (it), 228
carpĕre (lat), 14
carré (fr), 128
carrousel (fr), 228
carusiellë (nap), 228
caruso (nap, sic), 228
casa (cat, prov), 63
casa (it), 63
casă (rum), 63
casa (esp, port), 63
case (fr), 64, 119
casser (fr), 120, 128
cavale (fr), 98
cavall (cat, prov), 97
cavallo (it), 97
caval(l)o (port), 97
cendre (fr), 83
cent (fr), 83
certain (ingl), 131
chambre (fr), 87
chance (fr), 129
chanta (port), 214
chanter (fr), 94
character (ingl), 226
charger (fr), 119

chas (fr), 109
chat (fr), 109
château (fr), 129
chaud (fr), 216
(good) cheap (ingl), 130
chef (fr), 106
cheval (fr), 97
chevetain(e) (fr a), 120
chevreau (fr), 140
chez (fr), 64, 119
chic (fr), 245
chieftain (ingl), 120
chies(e) (fr. a), 64, 119
chino (it), 83
chiquer (fr), 184, 245, 254
chleb (rus), 130
choquer (fr), 245
chose (fr), 86
ciadon (gris), 164
ciarlatano (it), 154
cidivòc (friul), 127
cîne (rum), 82
cispadano (it), 273
cité (fr), 65
city (ingl), 65
clam (lat), 262
clātra (lat), 158
clavatra (lat), 158
cloche (fr), 129
coach (ingl), 198
coapsŭ (rum), 74
cocchio (it), 198
cogitate (ingl), 134
cognac (fr), 101
collimare (it), 270
collucāre (lat), 38
complotto (it), 273
consul (lat), 263
cŏrium (lat), 135
corpse (ingl), 187
corretto (it), 12
coscia (it), 74, 75
couver (fr), 68, 160
covare (it), 160
covetous (ingl), 131
coxa (port), 74, 75
coy (ingl), 131
crībĕllum (lat), 92
crībrum (lat), 92
croccante (it), 273
crus, crūris (lat), 35
crux (lat), 35
cueisa (prov), 74
cufuruna (sic), 200
cuib (rum), 158
cuisse (fr), 74, 75
cuxa (cat), 74
cyning (anglos), 13

dad, daddy (ingl), 241
d'ad'a (rus), 241
dai (dálm), 171
damascèna (it), 127
danaro (it), 122
Daniel (esp), 23
dàrsena (gen), 273
daughter (ingl), 242
d'ed (rus), 241
deer (ingl), 103
déidō (gr), 104
déos (gr), 103
détaler (fr), 183
deutsch (al), 13

dezmierda (rum), 102
di (fr. a, prov), 171
dì (eng, friul), 171
di (it), 171
díkaios, díkē (gr), 219
din (cámbr), 65
diot (a. al. a), 12
diretto (it), 12
diśā- (sánscr), 219
doce (it. mer), 193
doce (port), 192
dola (comel), 140
donna (it), 172
dósis (gr), 90
doux (fr), 193
du (al), 115
dŭbāre (lat), 104
dubitāre (lat), 104
dŭbius (lat), 104
dulce (esp), 192
Dumnorīx (gal), 11
dūn (irl. a), 65
-dūnum (galolat), 65
duo (lat), 104
duomo (it), 63
duplex (lat), 104
dvaēθā- (avést), 104

ear (ingl), 160
earth (ingl), 115
eau (fr), 95
ebba (sard), 97
échelle (fr), 176
écumer (fr), 182
écurie (fr), 187
edu (sard), 140
ef (fr. a), 116
ega (prov), 97
egoa (port), 97
ēgrĕgius (lat), 92
egua (cat), 97
Emmanuel (esp), 23
épaule (fr), 138
(w)épomai (gr), 25
(w)épos (gr), 25
erbe estrose (trent), 153
Erde (al), 115
(cavaliere) errante (it), 154
escala (cat, esp, prov), 176
escalier (fr), 176
escota (esp), 133
espádoa (port), 139
espalda (esp), 139
espeitar (port), 172
esperar (esp), 172
estimelogie (fr. a), 19
estorée (fr. a), 103
estorie (fr. a), 103
étal (fr), 183
etymēgoría (gr), 17
etymología (gr), 17
etymŏlŏgĭa (lat), 17
étymos, -n (gr), 17
ĕtўmum (lat), 17
eva (gard), 117
éverole (fr), 95
eveux (fr. a), 95
évier (fr), 95
exāmen (lat), 92
exsul (lat), 263
Ezequiel (esp), 23

fahren (al), 66
faihu (gót), 14

faîte (fr), 188
falamandī (ár), 125
falamankī (ár), 125
falce (rum), 100
falke (sard), 99
fals (cat), 99
falts (friul), 99
faran (gót), 65
faransī (ár), 125
fare (ingl), 66
faubourg (fr), 91
faus (prov), 99
faux (fr), 99
fé (nórd a), 14
feather (ingl), 205
Feder (al), 205
Felge (al), 269
felloe, felly (ingl), 269
femme (fr), 172
feoh (anglos), 14
Ferenc (hung), 125
ferver (port), 139
feu (fr), 187
feudo (it), 14
feudum (lat. med), 19
fiammingo (it), 125
fief (fr), 14
fierbe (rum), 139
fierce (ingl), 131
fihu, fehu (a. al. a), 13
fiòrdo (it), 65
First (al), 187
firth (ingl), 65
fjǫrðr (nord. a), 65
flamenco (esp), 125
fliessen (al), 263
flood (ingl), 186
florghìs (friul), 159
flot (fr), 186
flŭctus (lat), 186
fluĕre (lat), 186
Flut (al), 186
focolare (it), 118
foedare, foedus (lat), 115
folliculaire (fr), 188
fondaco (it), 127
forcella (it), 68
forchetta (it), 68
forchino (it), 68
forcina (it), 68
ford (ingl), 65
ford (neerl), 65
Fö(h)rde (al), 65
foreign (ingl), 131
forge (fr), 121
formoso (port), 139
fornaio (it), 122
fouce (port), 100
fouet (fr), 235
fourmiller (fr), 182
fowl (ingl), 101
foz (esp. a), 99
frêne (fr), 87
Friedhof (al), 101
frumos (rum), 139
fucuruna (sic), 200
Fug (al), 219
funduq (ár), 127
Furt (al), 65
fustuq (ár), 127

gaio (it), 131
gallo (it), 94

galoppino (it), 273
gamba (it), 75
gammattë (abr), 140
garbino (it), 132
garçon (fr), 90
garden (ingl), 132
(re)garder (fr), 172
Gast (al), 89
gasts (gót), 89
gat (gasc), 173
gauche (fr), 252
gavòcciolo (lac), 140
gay (ingl), 131
géant (fr), 264
gebären (al), 207
gehören (al), 207
gelĭdus (lat), 50
ğémo (venec) 140
ğemp (ferr), 141
gêne (fr), 187
gérōn (gr), 263
gestr (nord. a), 89
ghem (rum), 141
ghiòmo (it), 140
gift (ingl), 90
Gift (al), 90
giöl (trent), 140
giorno (it), 53, 171
girouette (fr), 156
giulivo (it), 131
glaive (fr), 188
glemùz (friul), 141
gloms (prov), 140
gmisel (emil), 140
gnommeru, gliuommeru (it), 140
gomìtolo (tosc), 140
ğom (trent), 140
ğomo (istr), 140
gorrión (esp), 107
gota (cat, prov), 81
gota (esp, port), 81
gote (friul), 81
goutte (fr), 81
gracidare (it), 235
grandfather, grandmother (ingl), 98
grandson, granddaughter (ingl), 98
granum (lat), 263
gráphō (gr), 92
grifarello (umbr), 140
grive (fr), 180
grümisel (lomb, piam), 140
gruppettaro (it), 218
Guadalquivir (esp), 156
guest (ingl), 89
gualcare, gualchiera (it), 100
guata, guada (it), 130
guardare (it), 172
ğümesélu (gen), 140
guota (eng), 81
gută (rum), 81

habēnae (lat), 100
habĭlis (lat), 100
Hahn (al), 94
hallar (esp), 139
hamac (fr), 152
hamaca (esp), 152
hameau (fr), 133
hamlet (ingl), 133
hanche (fr), 75
Hängematte (al), 152
harvest (ingl), 14
hazan (gasc), 174

Heim (al), 134
hélos (gr), 263
hen (ingl), 94
Henne (al), 94
Herbst (al), 14
hermoso (esp), 139
hervir (esp), 139
hoen (neerl), 94
hombro (esp), 138
home (ingl), 134
horquilla (esp), 69
hŏstis (lat), 89
hound (ingl), 101
hoz (esp), 99
Huhn (al), 94
hun (arm), 104
Hund (al), 102
hvaiteis (gót), 116
hveiti (nord. a), 116
hýdōr (gr), 14

iapă (rum), 97
-icchiare, -acchiare (it), 179
ied (rum), 140
incuibaţie (rum), 158
individu (fr), 226
infans (lat), 27
înoda (rum), 81
interlucāre (lat), 38
interrogare (it), 12
iskala (sard), 176
ištiqāq (ár), 27
iŭgum (lat), 26
iungĕre (lat), 26
ive (fr. a), 97
izquierdo (esp), 252

jabón (esp), 81
jambe (fr), 75
janitrīces (lat), 242
joli (fr), 131
jolly (ingl), 131
jǫrð (nord. a), 115
jorn (cat, prov), 171
jour (fr), 53, 171
jument (fr), 98

kaḍḍu (sard), 97
kalt (al), 49
karpós (gr), 14
kaufen (al), 130
kauppa (finl), 130
k'aval (friul), 97
k'aze (friul), 63
kéirō (gr), 135
kerben (al), 92
Kerze (al), 100
k'eza (eng), 63
kin (ingl), 13
king (ingl), 13
kitabu (suah), 127
klóssō (gr), 235
Knecht (al), 90
knight (ingl), 90
König (al), 13
konungr (nord. a), 13
Korn (al), 263
korol' (rus), 13
koša (eng), 74
koša (sard), 74
král (chec), 13
krâlj (sv-cr), 13
król (pol), 13

kuđéi (çomel), 160
kuèse (friul), 74
kulta (finl), 130
kuni (gót), 13
kuosa, kesa (dálm), 63
kupiti (esl), 130

labourer (fr), 68, 92
lachen (al), 235
lady (ingl), 99
laetāmen (lat), 92
lairme (fr), 188
làstrico (it), 128
(a)latón (esp), 128
laugh (ingl), 235
laũnkas (lit), 38
lavorar, labrar (prov), 92
lavorare (it), 92
lazzaretto (it), 153
leah (anglos), 38
lease (ingl), 90
leer (al), 91
Leiche, Leichnam (al), 102
leipä (finl), 130
lesen (al), 90
levóu, alvóu (comel), 107
lich (ingl), 102
-lich (al), 102
līgŭla, lingŭla (lat), 153
limpio (esp, port), 195
lindo (esp), 195
lîngură (rum), 153
liquiritia (lat), 153
livertizio (it), 189
livrer (fr), 121, 253
ljëms (alb), 141
llanta (esp), 213
lôf (friul), 87
lōh (a. al. a), 38
lokáḥ (sánscr), 38
lord (ingl), 99
lua (port), 82
lūcus (lat), 38
lulla (it), 95
lúvkei (o), 38
lūx (lat), 38
-ly (ingl), 102

magione (it), 63
mai (rum), 139
maire (fr), 158
mais (fr), 264
maison (fr), 64
mâlen, -eina (aost), 260
malice (fr. a), 77
malin (fr), 260
malvagio (it), 164
malvatz (prov), 164
mammy, mommy (ingl), 241
manco (it), 252
mandāre (lat), 264
mangiare (it), 119
mangier (fr a), 119
manicare (it), 119
mansio, ōnis (lat), 63
mare (lat), 262
maroufle (fr), 109
más (esp), 139
masă (rum), 139
maschun (eng), 64
masone (sard), 64
massacro (it), 273

masunu (pugl), 63
mat' (rus), 242
mati (gr. mod), 98
mauvais (fr), 164
mavisce (fr. a), 77
mazó (prov), 64
mazon (lomb), 63
mazun (trent), 63
Mediolanum (lat), 65
medvéd' (rus), 98
mèlica (it), 127
-mente (it), 102
mentira (esp), 193
meridies (lat), 38
mesa (esp, port), 139
mesa (ven), 139
mesón (esp), 64
mezzùle (it), 95
Miguel (esp), 23
mirar (esp, port), 172
mirare (it), 172
mistress (ingl), 264
moine, moineau (fr), 106
molde (esp), 87
monello (it), 192
Mosè (it), 23
Mŏšeh (hebr), 23
Mŏ(y)sēs (lat), 23
mošun (sv-cr), 64
mošun(a) (dálm), 64
moudre (fr), 141, 174
mugnaga (lomb, emil), 127, 253
muncă (rum), 92
muslo (esp), 75
mutton (ingl), 107

n'an'a (rus), 241
natrīx (lat), 153
nero (it), 107
nini (tosc), 242
nirukta (sánscr), 25
nòcca (it), 127
nogal (esp), 252
noghèra (venec), 252
nogueira (port), 252
noir (fr), 107
nokyera (dálm), 252
nouer (fr), 81
noyer (fr), 252
nozar (prov), 81
nuar (cat), 81
nuiâr (friul), 252

Ohr (al), 159
oiseau (fr), 106
ombrai, lombral (lomb), 139
ombro (port), 138
ómma, ommátion (gr), 98
onaro (ven), 253
orbace (it), 271
ŏrbis (lat), 36
orakla (dálm), 116
orecchio (it), 116
oreglia (it), 116
oreille (fr), 116
oreja (esp), 116
orèle (friul), 116
orelha (port), 116
orella (cat), 116
oriente (it), 101
origliare (it), 116
oriya (sard), 116
Orsa maggiore (it), 154

otac (sv-cr), 242
otéc (rus), 242
ottone (it), 128

pactum (lat), 219
Pàdova (it), 136
pagano (it), 43, 44
pagānus (lat), 43
păgîn (rum), 43
pájaro (esp), 106
palačinka (sv-cr), 125
palacsinta (hung), 125
palese (it), 262
paletilla (esp), 139
paletta (tosc), 139
palma (lat), 262
pangĕre (lat), 219
panier (fr), 102
paniere (it), 102
pantā (avést), 104
pánthāḥ (sánscr), 104
pardal (port), 107
pardālus (lat), 107
parson (ingl), 226
parsonage (ingl), 226
párśu- (sánscr), 270
pas (fr), 91
pasăre (rum), 106
pássaro (port), 106
passero (it), 106
pasu (avést), 13
pátati (sánscr), 205
pátos (gr), 104
pax (lat), 219
pecchia (it), 116
pecūlium (lat), 14
pecūnia (lat), 14
pĕcus (lat), 13
pedone (it), 118
pëgerë (alb), 43
peldaño (esp), 192
penna (it), 97
penna (lat), 97
pepper (ingl), 136
perche (fr), 87
pərətúš (avést), 65
perna (port), 75
personne (fr), 91, 226
pèsca (it), 127
pêssō (gr), 219
péter (fr), 236
petĕre (lat), 205
pétomai (gr), 97, 205
pétra, pétros (gr), 205
peuplier (fr), 151
Pfeffer (al), 136
Pflanze (al), 213
Pfosten (al), 187
pianta (it), 213
pierna (esp), 75
pieto, peit (it. sept), 142
pilota (it), 271
pintis (prus. a), 104
piòvere (it), 263
pis (fr), 142
più (it), 139
plăcintă (rum), 125
plaga (lat), 262
planta (esp, port), 213
plante (fr), 213
plante (friul), 213
planus (lat), 262
plávatē (sánscr), 187

plĕō (gr), 263
plonger (fr), 119
plôō (gr), 187
pluĕre (lat), 187, 263
plus (fr), 139
plýnō (gr), 263
podê (friul), 80
poder (cat, prov), 80
poder (esp, port), 80
poids (fr), 187
point (fr), 91
poirier (fr), 252
poison (fr), 90
poitrine (fr), 142
pommier (fr), 68
pons, pontis (lat), 104
póntos (gr), 104
Póntos Éuxeinos (gr), 157
pork (ingl), 107
póros (gr), 65
port (prov), 66
Port, Portel, Portet (fr), 66
pŏrta, portāre (lat), 65
portillo (esp), 66
portocal (rum), 253
portogallo (it), 253
pŏrtus (lat), 65
post (ingl), 187
postis (lat), 187
potar (dálm), 80
potere (it), 80
pǫtĭ (paleoesl), 104
pouvoir (fr), 80
praikókion (gr), 127
pranta (sard), 213
premier (fr), 122
premier (ingl), 122, 218
praesul (lat), 263
prĕsule (it), 263
primaio (it), 122, 218
primar (rum), 157
primario (it), 122, 218
primarola (it. dial), 218
primeiro (port), 122
primiero, -a (it), 122, 218
primero (esp), 122
privi (rum), 172
pterón (gr), 205
pudair (eng), 80
puerto (esp), 66
punch (ingl) 133
Pūnĭci, Poeni (lat), 126
pŭrpŭra (lat), 126
putea (rum), 80

qui (it), 83

race (fr), 166
race (ingl), 166
ragazzo (it), 192
rājan (sánscr), 11
rājñī (sánscr), 12
rançon (fr), 121
ranno (it), 100
rassa (prov), 166
raza (esp), 166
razza (it), 166, 170
razzia (fr), 125
razzìa (it), 125
rechnen (al), 12
recht (al), 12
Recke (al), 90

rēctus (lat), 12
rédini (it), 100
rĕgĕre (lat), 12
reggente (it), 12
reggia (it), 12
reggimento (it), 12
regime (it), 12
regīna (lat), 12
rĕgio, ŏnis (lat), 12
rēgnāre (lat), 12
rēgnum (lat), 12
rēgŭla (lat), 12
res (esp), 168
rettore (it), 12
rēx, regis (lat), 11
rī (irl. a), 11
ri (irl), 11
ricco (it), 127
richtig (al), 12
rien (fr), 91
right (ingl), 12
rione (it), 12
ritu- (gal), 65
ritzen, reissen (al), 92
rivālis (lat), 92
ṛkṣaḥ (sánscr), 98
ròda (venec), 81
rŏgāre (lat), 12
ròǵito (it), 12
rohvessori (finl), 251
ròsbiffe (tosc), 125
ruòta (it), 81

sabão (port), 81
šabla (gard), 138
sabó (cat, prov), 81
safe (ingl), 131
saliare (lat), 263
salvadanaio (it), 122
sapaun (dálm), 81
sapone (it), 81
săpun (rum), 81
sarcelle (fr), 235
Satiri (Piazza dei-) (roman), 157
saul (dálm), 143
savon (fr), 81
savon (friul), 81
savun (eng), 81
sberegare (ven), 242
scala (it), 176
scāla (lat), 176
scară (rum), 176
scheren (al), 135
Schirm (al), 135
Schoss (al), 133
Schot (al), 133
Schürze (al), 135
sciadon (gard), 164
scirocco (it), 132
scoss, scossàl (it. sept), 133
scòtta (it), 133
scrībĕre (lat), 92
scrupuleux (fr), 221
sedon (friul), 164
ségala (it), 85
segaligno (it), 85
segretario (it), 122
sel (fr), 68
sé(l)ega (venec), 181
selo (esl), 263
sento (venec), 80
septemtriōnes (lat), 155
sèssola (venec), 273

seul (fr), 143
sevrer (fr), 121
shear (ingl), 135
short (ingl), 135
siàle (friul), 85
sialègne (friul), 85
sk'able, sciala (friul), 139
sk'ale (friul), 176
skirt (ingl), 132
skrīpât (let), 92
smodeâ (friul), 195
smodegar (ven. sept), 195
só (port), 143
soare (rum), 143
sol (cat, prov. (ant)), 143
sol (esp, port), 143
sole (it), 143
soleil (fr), 143
solelh (prov), 143
solell (cat), 143
soréli (friul), 143
sorgo (it), 127
soroiu (comel), 143
souci (fr), 108
soucier (fr), 108
spàdule (friul), 138
spalla (it), 138
spallone (it), 273
spazieren (al), 134
Speicher (al), 130
stallo, -a (it), 183
stanco (it), 252
standardize (ingl), 134
stîng (rum), 252
stolz (al), 131
store (ingl), 103
story (ingl), 103
stout (ingl), 131
strada (it), 101
strangulāre (lat), 153
stugabanut'iwn (arm), 29
sublucāre (lat), 38
sudden (ingl), 131
sul (eng), 143
sulal' (eng), 143
Sündflut (al), 101
suradl (gard), 143
susina (it), 127

table (fr), 139
tache (fr), 244
tacon (fr), 244
Tafel (al), 136
taffiare (it), 242
taié (tosc), 125
takusshii (jap), 125
tante (fr), 87, 241
taquin (fr), 244
tata (it. mer), 241
t'at'a (rus), 241
tautà (lit), 13
tavola (it), 139
tenda (it), 76
tenda (port), 76
tĕrra (lat), 23
tête (fr), 106
teutiscus (lat. med), 13
Teutŏni (lat), 13
thou (ingl), 115
Thoutmôsis (gr), 23
thygátēr (gr), 242
tic (fr), 244
tienda (esp), 76

Tier (al), 102
tilde (esp), 87
toccare (it), 244
tòco (venec), 244
toquer (fr), 244
torb (cat), 169
torreo (lat), 23
t'at'a (rus), 241
tota (u), 13
toucher (fr), 244
toutefois (fr), 154
touto (o), 13
town (ingl), 64
Tracht (al), 207
trăchtig (al), 207
traire (fr), 141, 174
tramontana (it), 132
travailler (fr), 92
trebalh, trebalhar (prov), 77
Trift (al), 114
trobar (prov), 169
trouver (fr), 139, 169
trovare (it), 139, 169
truvare (sard), 169
tū (irl. a), 116
tu (gr. dor), 116
tū (lat), 116
tù (lit), 116
tuin (neerl), 65
tún (nord. a), 65
tvam (sánscr), 116
ty (paleoesl), 116

þiuda (gót), 12
þiudans (gót), 12
þŭ (nord. a), 115
þŭ (gót), 115

uccello (it), 106
u(i)sce (irl. a), 14
uisge (beatha) (esc), 14
uita (rum), 172
umăr (rum), 138
unda (lat), 14
ural'a (eng), 116
ŭrbs (lat), 36
ureche (rum), 116
ursus (lat), 98
usöl (gris), 140
usquebaugh (ingl), 14
utur (u), 15

vac- (sánscr), 25
vacher (fr), 70
vagīre (lat), 235
(ieus) vairs, vers (fr. a), 155
Valsugana (it), 189
vauxhall (ingl), 200
veal (ingl), 107
vedetta (it), 154
vêpres (fr), 91
Vercingetorīx (gal), 11
verify (ingl), 132
verilŏquium (lat), 29
vespri (it), 91
vice (fr. a), 77
Vieh (al), 14
vif (fr), 114
vivir (esp), 142
vocāre (lat), 25
voda (paleoesl), 15
vodá (rus), 15
vodka (rus), 15
Vogel (al), 102

vokzál (rus), 200
vôl (friul), 94, 95, 144
voler (fr), 103
vōx (lat), 25
vrabie (rum), 106
vyutpatti- (sánscr), 25

Wasser (al), 15
water (ingl), 15
-weit (neerl), 116
Weizen (al), 116
wheat (ingl), 116
whiskey (ingl. amer), 14
whiskibae (ingl), 14
whisky (ingl), 14
wretch (ingl), 90
write (ingl), 92

yegua (esp), 97
yoga (sánscr), 26
yomu (marq), 140
yuop (dálm) 117

(Schach)zabel (al), 135
zanco (ven), 252
Zaun (al), 64
zelga (romañ), 181
zéugnymi (gr), 26
zi (rum), 171
zmuticare (arum), 195
zola (ven. sept), 140
zwei (al), 104
Zweifel, Zweifeln (al), 104

ÍNDICE GENERAL

		Págs.
0.	*Introducción*	9
	0.1. Definición de etimología	9
	0.2. La etimología moderna: origen y aspectos	10
	0.3. La reconstrucción	14
	0.4. Duplicidad del término «etimología»	16
1.	*Historia y significado del término «etimología»*	17
	1.0. Origen de la palabra: desde las fuentes clásicas a la Edad Media	17
	1.1. Historia de la palabra en las lenguas de cultura europeas.	20
2.	*Historia de la investigación etimológica desde los comienzos hasta principios del siglo XIX*	22
	2.0. Antigüedad de la especulación etimológica. Los hebreos.	22
	2.1. Los indios	24
	2.2. Los árabes	27
	2.3. Los griegos	29
	2.4. Los romanos	36
	2.5. La Edad Media	40
	2.6. Del Humanismo al siglo XVIII	46
	2.7. Los comienzos de la lingüística moderna	58
3.	*La etimología moderna: problemas y métodos*	61
	3.0. La etimología como búsqueda y definición de la relación entre formas lingüísticas	61

Págs.

3.1. El cambio lingüístico formal 78
3.2. El cambio semántico 88
3.3. Multiplicidad de los factores de cambio: criterios internos y externos en la etimología 109
3.4. El método histórico-comparativo 114
3.5. Factores cronológicos y espaciales: el préstamo 123
3.6. Factores cronológicos y espaciales: la geografía lingüística. 137
3.7. Conclusiones 145

4. *La etimología popular* 146
4.0. Crítica de los conceptos tradicionales 146
4.1. La etimología popular como principio asociativo 150
4.2. Tipos de etimología popular 157
4.3. Conclusiones 160

5. *Corrientes y problemas de método en la etimología moderna.* 162
5.0. Tendencias idealistas: H. Schuchardt y L. Spitzer 162
5.1. W. von Wartburg 170
5.2. La afirmación de los métodos estructuralistas: Guiraud. 177
5.3. La etimología culta 186
5.4. La madurez del historicismo: Malkiel 189
5.5. Hacia una formalización acentuada 196
5.6. La etimología y los métodos generativo-transformacionales. 201

6. *Otras perspectivas teóricas* 209
6.0. Sociolingüística y etnolingüística 209
6.1. Filosofía 219
6.2. Fonosimbolismo, onomatopeya, etimología elemental .. 232
6.3. Retórica y estilística 245
6.4. Universales etimológicos 248

7. *Aplicaciones: los diccionarios etimológicos* 256
7.0. Tipos de diccionarios etimológicos 256
7.1. Innovaciones metodológicas y técnicas 261
7.2. El diccionario histórico-etimológico 267

Págs.

8. *Conclusiones* 274

9. *Bibliografía* 278
   9.0. General 278
   9.1. Particular 278

Índice de étimos 299